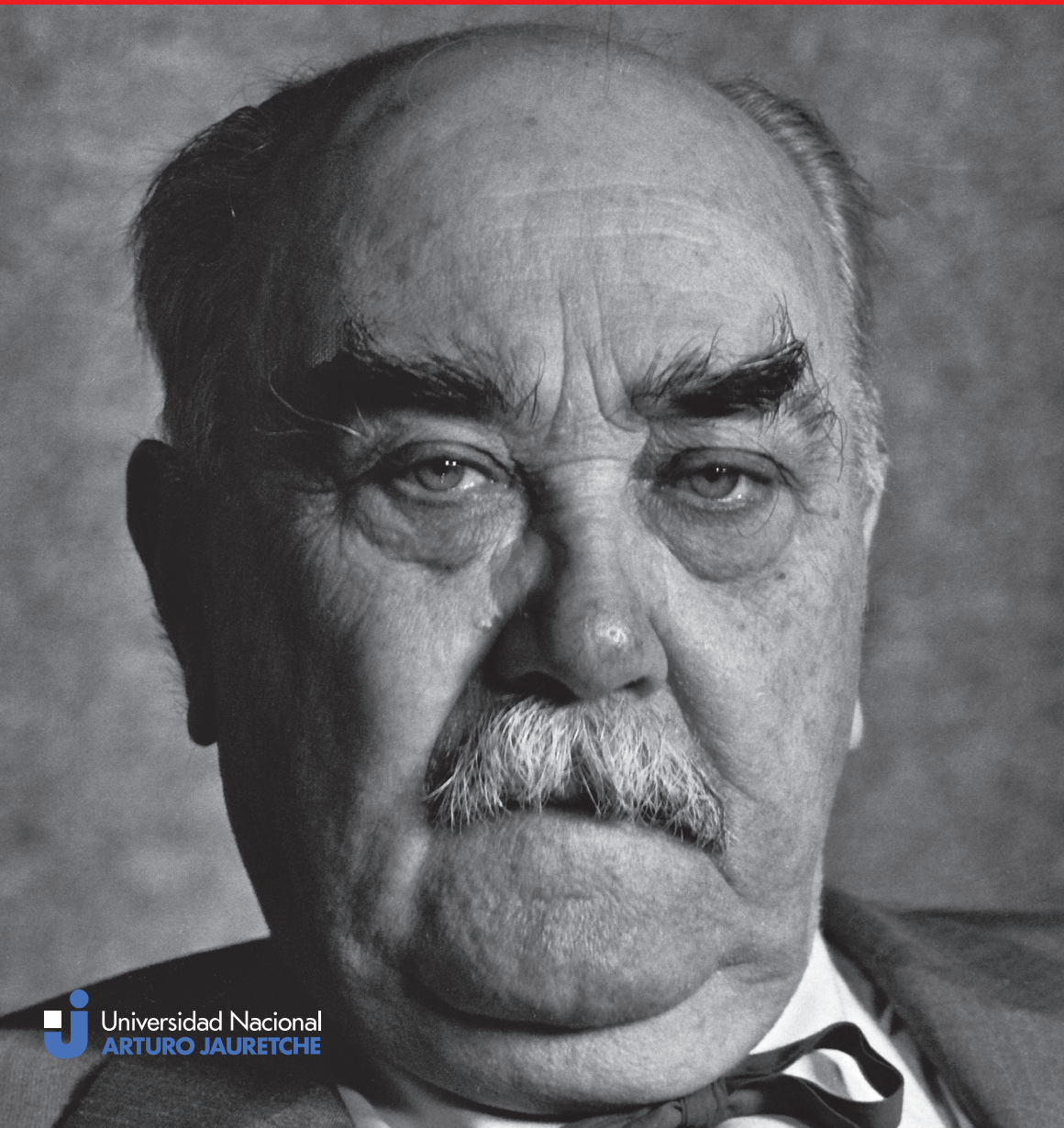


ARTURO JAURETCHE

SOBRE SU VIDA Y OBRA

ERNESTO SALAS (COORD.)

**Ernesto Villanueva, Ricardo Forster, Norberto Galasso, Horacio González,
Aníbal Ford, Ernesto Jauretche, Ernesto Salas, Julián Dércoli,
Carlos Martín Rodríguez y Mauricio Schuttenberg.**



ARTURO JAURETCHE

SOBRE SU VIDA Y OBRA

UNIVERSIDAD NACIONAL ARTURO JAURETCHE

ARTURO JAURETCHE

SOBRE SU VIDA Y OBRA

COORDINADOR:
ERNESTO SALAS

AUTORES:
ERNESTO VILLANUEVA, RICARDO FORSTER, NORBERTO GALASSO,
HORACIO GONZÁLEZ, ANÍBAL FORD, ERNESTO JAURETCHE, ERNESTO SALAS,
JULIÁN DÉRCOLI, CARLOS MARTÍN RODRÍGUEZ
Y MAURICIO SCHUTTENBERG.

Arturo Jauretche : sobre su vida y obra / Ernesto F. Villanueva ...
[et. al.] ; compilado por Ernesto Salas. - 1ª ed. - Florencio Varela :
Universidad Nacional Arturo Jauretche, 2015.
196 p. : 22x16 cm.

ISBN 978-987-3679-11-7

1. Biografía. I. Villanueva, Ernesto II. Salas, Ernesto, comp.
CDD 920.71



Universidad Nacional Arturo Jauretche
Rector: **Lic. Ernesto Villanueva**
Director Editorial: Lic. Alejandro Mezzadri

Director del Centro de Política y Territorio: Lic. Rafael Ruffo
Arturo Jauretche. Sobre su vida y obra

Diseño interior y tapa: Leandro Eloy Capdepón
Fotografía de tapa: Anatole Saderman
Corrección de estilo: Victoria Piñera

Realización Editorial:
Universidad Nacional Arturo Jauretche
Av. Calchaquí 6200 (CP 1888)
Florencio Varela - Buenos Aires
Tel.: 011 4275 6175
editorial@unaj.edu.ar

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopias u otros medios, sin el permiso previo del editor.

PALABRAS PRELIMINARES

Durante el año 2014, el Centro de Política y Territorio de la Universidad Nacional Arturo Jauretche desarrolló múltiples actividades intelectuales, artísticas y deportivas (conferencias, presentaciones, muestras, etc.) para conmemorar los 40 años del fallecimiento del pensador nacional que da nombre a nuestra casa de estudios. Queremos expresar nuestro agradecimiento por el apoyo económico brindado por la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación para la realización de todas estas actividades anuales entre las cuales se encuentra la posibilidad de este libro.

En este marco, el Centro de Estudios Políticos *Arturo Jauretche*, integrante del Centro de Política y Territorio de la Universidad, convocó el 3 de noviembre de 2014 a la **I Jornada Vida y Obra de Arturo Jauretche**. Contamos para la organización con la participación solidaria del **Centro de Estudios Políticos y Sociales Felipe Varela (Norberto Galasso)**, el **Centro de Estudios Políticos Arturo Jauretche** del Banco de la provincia de Buenos Aires, del **Club Argentino Arturo Jauretche** y del **Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche**. A todos ellos nuestra gratitud. Asimismo agradecemos la participación en la conferencia de cierre de las jornadas, acompañando a nuestro rector Lic. Ernesto Villanueva, del secretario de Coordinación Estratégica del Pensamiento Nacional, Dr. Ricardo Forster y del director de la Biblioteca Nacional, Dr. Horacio González. Nuestro reconocimiento también por su participación en las charlas, conferencias y encuentros a Ernesto Jauretche, Néstor Gorojovsky y César Luis “Tato” Díaz, quienes contribuyeron con sus observaciones al mejor conocimiento de la vida personal y política de Jauretche. Dado que no pudo estar presente en las jornadas de noviembre, se incorpora a este volumen la conferencia dictada por Norberto Galasso en nuestra Universidad en el mes de mayo.

Gracias al desinteresado interés que despertó en los hijos de Aníbal Ford, que autorizaron para este proyecto algunos textos sobre Jauretche, se reeditan aquí

“Desde la orilla de la ciencia” y “Jauretche: Un modo nacional de ver las cosas”. Junto a ellos, transcribimos una ineludible entrevista sobre la vida de Homero Manzi –con detalles de la vida política de ambos–, que el autor le realizara a don Arturo en el año 1970. Aníbal Ford fue uno de los intelectuales que mejor captó el análisis profundo y sistemático de la cultura popular en la obra de Jauretche.

El Lic. Ernesto Salas realizó la selección de los trabajos y la edición del presente libro, tanto de los artículos como de las conferencias y la entrevista. Los textos aquí reunidos son el fruto de un trabajo continuo de nuestra casa de estudios por la alimentación la memoria de uno de los más grandes pensadores políticos de la Argentina del siglo XX, cuyo nombre hemos adoptado para nominar la mirada que anima nuestra universidad. Arturo Jauretche fue, ante todo, un hombre coherente con sus ideales. Ellos fueron el sustrato íntimo de sus convicciones, los que lo llevaron a participar con pasión de los dos grandes movimientos populares del siglo veinte: el radicalismo y el peronismo.

Durante los treinta años posteriores a su muerte, Arturo Jauretche fue arrumbado al desván de un pasado que se decía superado, solo rescatado por la rememoración de ciertos grupos de resistentes tenaces. Hoy su pensamiento y su vida vuelven a ser inspiradores para nuevos desarrollos. Son un punto de partida de nuevos saberes. Hay justicia para su memoria.

LICENCIADO RAFAEL RUFFO
DIRECTOR DEL CENTRO DE POLÍTICA Y TERRITORIO.
FLORENCIO VARELA, JUNIO DE 2015.

EN LA HUELLA DE DON ARTURO

ERNESTO F. VILLANUEVA
20 DE DICIEMBRE DE 2014.

Leopoldo Marechal encontró en *Megafón o la guerra* una de las más bellas metáforas de la patria que han dado las letras nacionales, la de la víbora y sus dos peladuras:

Hay símbolos que ríen y símbolos que lloran, hay símbolos que muerden como perros furiosos y símbolos que se abren como frutas y destilan leche y miel; hay símbolos que aguardan como bombas de tiempo junto a las que pasa uno sin desconfiar y que revientan de súbito pero a su hora exacta; hay símbolos que se nos ofrecen como trampolines flexibles para el salto del alma voladora y símbolos que nos atraen con cebo de trampa y que se cierran de pronto si uno los toca y mutilan entonces o encarcelan, y hay símbolos que nos rechazan con su barrera de espinas y que nos rinden al fin su higo maduro, si uno se resuelve a lastimarse la mano.

Megafón, en su carrera por dar con el país real, decide lastimarse la mano (y el alma), y afirma:

La Patria es una víbora enroscada en un árbol, la cual tiene dos peladuras. La primera está materializada de forma fantasmal por hombres y cosas que habían muerto en el país, políticos ya desintegrados en sus tumbas, asaltantes ya históricos en el poder y en el dinero. Estos fantasmas reencarnados constituyen la exterioridad visible del país, la peladura externa de la víbora. La segunda está encarnada por un pueblo sumergido, que quiere salir a la superficie y mostrar sus escamas al sol, pero la peladura externa de la víbora no lo deja. Cierto es que su vieja peladura lo ciñe y ahoga exteriormente; pero la Víbora ya construyó debajo su otra piel. De modo tal que ahora, mientras los figurones extensos consuman la muerte de una dignidad y la putrefacción de un estilo, la piel interna de la Víbora quiere salir a la superficie y mostrar al sol sus escamas brillantes.

Sin lugar a dudas, durante los últimos once años, los argentinos observamos el resurgir del pueblo sumergido que volvía a tener protagonismo en las políticas de Estado, tras décadas de aplazamiento. Vislumbramos, entonces, el desmoronamiento de la peladura de la vieja Argentina y el nacimiento de una nueva, aunque contradictoria, intensamente esperanzada, deseosa de mostrar sus escamas al sol. Este devenir fue de búsquedas incesantes de pedazos de dignidad arrebatados, de creación de nuevos modos de imaginar el país, pero además, de recuperación de legados emancipatorios. Será por eso que evoco a Marechal al momento de pensar en Arturo Jauretche. Dos notas de una misma partitura que señalaron a mi generación y, lo que resulta más importante aún, a las generaciones actuales que con la copia acrítica de ritmos venidos de otras realidades y latitudes no hacíamos otra cosa que errar incesantemente sin dar con nuestra propia voz. Sin cantar nuestra propia música. Mudos repetidores de cadencias ajenas.

La palabra de Arturo Jauretche no fue cualquier palabra. Disonante y poderosa se alzó como vozarrón para descubrir y desentrañar la peladura externa de la víbora, la exterioridad visible del país traicionado que había poetizado Marechal. Por eso, su nombre permaneció durante décadas silenciado por el *establishment*. Se había animado a cuestionar a los autodenominados dueños del país en defensa del patrimonio nacional, dando por tierra con todos y cada uno de los mitos del sentido común inculcados por el colonialismo. La Academia liberal no se lo perdonó: el costo fue el silencio sistemático y pormenorizado. Porque hay que decirlo: los genocidas del 76, los creadores de la teoría de los dos demonios, los operadores del neoliberalismo, esos sí ponderaron el valor de la palabra de Jauretche. Por eso lo “desaparecieron” de las currículas, del debate de ideas, de las librerías, de la posibilidad del encuentro con las nuevas generaciones.

Soy un convencido de que a Jauretche lo rescataron las organizaciones libres del pueblo. Aun recuerdo cómo, en medio de la debacle neoliberal de los años 90, su palabra era para muchos de nosotros un soplo de aire fresco que nos permitía aferrarnos a alguna certeza frente a tanto escepticismo. Que nos salvaba del naufragio de eternizar aplazamientos distanciándonos de todos los complejos de autodenigración y negación de nuestras capacidades colectivas para ofrecernos un espejo donde mirarnos y reconocernos.

En este sentido, su recuperación en el presente continúa siendo plataforma de creatividad y los diversos trabajos que aquí se compilan lo atestiguan. Son cabal muestra de su vigencia en el camino de autoconocimiento de nuestro pueblo, de la necesidad de sustituir la importación acrítica de ideas para ir de la realidad a la idea en la forja de una política nacional auténtica. Hoy, a 40 años de su desaparición

física, en cualquier ámbito de la cultura, Jauretche es ya una marca registrada: un estandarte vivo del Pensamiento Nacional, Popular, Revolucionario y Latinoamericano. Y en esta conquista han contribuido además las políticas de recuperación de la soberanía política, la independencia económica y la justicia social de los últimos años. Para muestras basta un botón, dicen: nuestra Universidad nacida en el año 2009 lleva su nombre. En homenaje al intelectual revolucionario, al combatiente en Paso de los Libres, al militante de la pluma y de la acción. Al forjista, al que supo acompañar los diez años de Justicialismo y que después de la infamia de 1955 se sumó a la Resistencia.

Al hombre que con más claridad señaló los efectos peligrosos que tenía sobre el país una educación colonizada. Su mirada sobre la universidad, que propendía a un desarrollo nacional de inequívocos perfiles industrialistas, fue profundamente humanista, atenta a la filosofía, la historia y las ciencias sociales. Justamente fue Jauretche quien con agudeza señalara que la historia liberal oficial era una política de la historia. Sin una formación política, sin un acabado conocimiento crítico del pasado nacional, la utopía del país industrial con democracia y justicia social no podría alcanzarse. Por eso, la publicación de este volumen tendiente a bucear más y mejor en su pensamiento es fundamental para seguir forjando la Universidad que queremos y, fundamentalmente, para seguir pensando y construyendo el país que soñamos.

Pues leer a Jauretche es aprender a pensar como Jauretche, atentos a la vigencia de su legado. Es escuchar lo que continúa diciéndonos para elaborar nuestros propios criterios de realidad y nuestras propias soluciones para los grandes problemas nacionales. Andar en la huella de Don Arturo es afirmarnos en nuestra propia identidad. El color nacional de su palabra, los ritmos de la cadencia del sur, junto a la ironía y al humor socarrón continúan coadyuvando a la generación de una masa crítica de jóvenes dispuestos a dar los mejores años de su vida en la construcción de un destino común manifiesto, que en palabras de Leopoldo Marechal suena así: “Un sabor eterno se nos ha prometido, y el alma lo recuerda”. Del mismo dan cuenta las páginas que siguen.

¿QUÉ DECIMOS HOY CUANDO HABLAMOS DE PENSAMIENTO NACIONAL?¹

RICARDO FORSTER

Gracias a Ernesto Villanueva por la invitación. Es interesante siempre —no me canso de decirlo—, hablar después de haber escuchado a Horacio González. La verdad es que hizo un recorrido sutil, decisivo, como para permitirme a mí leer a Jauretche desde un lugar que creo que sale desde la palabra del propio Horacio. Hace poco tiempo, en estas múltiples reuniones o actos en los que solemos estar, sentí un profundo disgusto. Era un acto que conmemoraba el 17 de octubre, ¿y cuál era mi profundo disgusto en ese acto? No el 17 de octubre, por supuesto, sino una frase. Alguien de los que hablaba pronunció una frase que me tocó, me incomodó y me produjo disgusto. Dijo literalmente: “Antes del 17 de octubre no había nada”. Yo lo escuchaba a Horacio y, claro, esa frase que es un agujero negro de la historia implica que tampoco había Jauretche, que tampoco había Scalabrini Ortiz, pero que tampoco había anarquistas, socialistas, comunistas. Una frase parte aguas. Una frase casi religiosa que termina mitificando la historia y borrando de un plumazo lo previo.

Recuerdo que Pancho Aricó, un enorme pensador de la tradición de Gramsci, de Marx, decía que el problema del 17 de octubre era que había producido mitológicamente una ruptura de tal densidad en la historia argentina que antes de ese acontecimiento solo quedaba el vacío. Esto me parece que nos permite romper ciertos prejuicios, cierto esquematismo, cierta lectura dogmática. Cuando Horacio —me parece— hace el recorrido del Jauretche duelista; del Jauretche obviamente irigoyenista; del Jauretche que participa de la saga de FORJA; de ese otro Jauretche

¹ Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional Arturo Jauretche, el 3 de noviembre de 2014.

vinculado de un modo u otro al desarrollismo; o de ese Jauretche en relación tensa, crítica, compleja, con el propio Perón, lo que me parece que también está señalando es que es fundamental romper las miradas demasiado simples de la historia, demasiadas sencillas, que sirven un rato nada más. Pero que no nos permiten dar cuenta de la complejidad de nuestra propia época, de los desafíos del propio presente. Porque solo podemos discutir el presente y actuar sobre el presente si somos capaces de percibir su dificultad, sus contradicciones, sus tensiones, su enorme complejidad.

Pero para estar en condiciones de percibir esa densidad del presente tenemos que, de un modo muy potente, abrírnos a una comprensión compleja del pasado, porque si no nos abrimos a esa dimensión compleja del pasado, lo que tendemos es a producir una maquinaria de reducción sistemática y de aplanamiento de todo aquello que guarda dentro suyo una dialéctica, una densidad, que lejos de empobrecer —precisamente— nuestra posibilidad de actuar y de pensar el presente, lo que hace es darle mayor intensidad, mayor densidad y mayor envergadura.

Y ahí es donde creo que vale la pena colocar a la figura de Arturo Jauretche, una figura que inmediatamente nos ofrece un problema. El problema es sus frases magníficas, sus frases que terminan siendo rápidamente frases de una bandera, frases de una pancarta, frases que nos permiten discutirle al otro sin argumentar, salvo bajo la forma potente, brutal, explosiva de la retórica punzante jauretcheana. Decimos “el medio pelo” y parece que ya resolvimos el problema de la clase media argentina. Y allí me parece que está —podríamos decirlo de esta manera— la traición a Jauretche, porque Jauretche es un pensador de herencias, de deudas intelectuales. No me voy a detener en los que ya señaló Horacio. Horacio señala sus lecturas de la gauchesca, señala también cómo el lenguaje de Jauretche está vinculado a una tradición argentina. Establece también, no caprichosamente y no con ingenuidad, su relación con Borges en torno a un poemario que da cuenta de la última insurrección radical e yrigoyenista en la historia argentina. Allí se juntan los que después se van a separar, pero que ven —en un contexto equivalente— lo mismo, en relación a una época que los coloca por un instante en un lugar no intercambiable, pero profundamente semejante.

Desde cierto dogmatismo, desde cierta esclerosis del pensamiento resulta imposible establecer vínculos que la historia, la historia de las pasiones políticas, la historia de los enfrentamientos, la historia de las batallas, se dedicó sistemáticamente a separar. Claro, uno diría, Borges está junto con Jauretche, porque hubo un momento en que Borges pensó en clave nacional. Y con eso estamos tranquilos. Colocamos, por un instante, a Jauretche, que se ha convertido en un ícono de la gran tradición nacional y popular, junto con aquel, que precisamente, va a dinami-

tar en su pensamiento, en su acción política, todo aquello que supuestamente tiene que ver con la tradición nacional y popular. Y sin embargo, el Borges que llega a escribir ese prólogo es un Borges que estaba, en ese contexto, a la altura de una representación de la vida que no era muy diferente a la de Jauretche.

Esto nos señala las dificultades para movernos en la compleja trama de la historia nacional. Incluso –por supuesto– para pensar la travesía del propio peronismo y para pensar también un acontecimiento, que parece tan sencillo pero que es al mismo tiempo tan extraordinariamente sutil y complejo como fue el 17 de octubre del 45. Porque allí, en ese 17 de octubre, que va a impactar a Jauretche, que va a impactar a Scalabrini que escribe esas palabras que se han convertido –también– en palabras mitológicas sobre el 17 de octubre, lo que está aconteciendo es una fundación, pero que a su vez implica toda una interpretación, en acto, llevada adelante por los invisibles de la historia que se vuelven visibles de su propia historia ninguneada previamente. Es decir, de aquellos que confluyen a la plaza del 17 siendo –algunos sabiéndolo y siendo parte de esas herencias– anarquistas, socialistas, comunistas; otros, sin saberlo, pero también siendo parte de esas herencias de las grandes luchas de la FORA, de la vieja CGT, de las grandes tradiciones anarquistas, socialistas y también –sin duda– de las intervenciones, que sobre la historia nacional, había generado esa marca tan particular que fue el radicalismo. Entonces, ese 17 de octubre también nos permite entender esta complejidad, esta densidad de la propia tradición argentina, de la propia manera de conocer conformando los rasgos de una tradición popular, democrática, de raíz nacional, que a su vez, también –por supuesto– está siendo y es heredera de otras tradiciones, que se forman fuera de lo que estrictamente podríamos imaginar como la geografía de lo nacional.

Y en ese sentido, tanto Scalabrini como Jauretche, como Hernández Arregui, grandes articuladores de una tradición nacional no pueden ser pensados sin sus herencias, sin sus deudas, que provienen de lecturas y de escrituras que se generaron por fuera de nuestra propia tradición. Entonces, con esto quiero decir que es muy interesante que en una universidad que se llama Arturo Jauretche, nosotros podamos reivindicar a un hombre mayúsculo, un hombre extremadamente significativo para las tradiciones emancipatorias, pero sin la necesidad de pagar el precio de la simplificación y el dogmatismo. Por eso, es muy bueno el recuerdo que Horacio nos planteaba de los desencuentros con Perón, de la suspicacia de Jauretche en relación a ese nombre que se multiplica por todos los lados y que le plantea una dificultad. O las propias disidencias de Scalabrini con el propio Perón. O incluso, en ese último giro, el hecho de identificar a la juventud peronista de los 70, particularmente a Montoneros en este caso, como un peronismo que en un punto se rebelaría frente al propio Perón.

Es decir, ese Jauretche de los 70 no es simplemente alguien que abraza al peronismo, sino que es alguien que se instala en el interior de un peronismo en disputa, de un peronismo que incluso va a asomarse a una especie de guerra fratricida o civil —o como ustedes quieren llamarlo—. Jauretche es parte de esa tradición argentina, de la lucha, de la violencia y, por qué no, de la guerra también. Que haya participado en ese momento en el que se cierra la rebeldía militar del radicalismo, y que cierre su vida en un momento en el que la revolución, el enfrentamiento, la experiencia guerrillera estaba en el interior de la vida argentina no es algo como para poner a un costado, sino que es parte también —si ustedes quieren— de lo trágico de la propia historia de la que somos parte. Jauretche es toda esa historia. Jauretche es el yrigoyenismo, pero también es lo etéreo, lo inasible del radicalismo yrigoyenista, que produce transformaciones importantes en el plano de las estructuras civiles, republicanas o democráticas, pero que retrocede ante la necesidad de avanzar en las transformaciones materiales de la misma sociedad.

Jauretche está en el interior de esa tradición, que plantea la discusión sobre la propia idea de la tradición nacional, cuando —sobre todo— a esa tradición se le incorpore otra parte. Hoy no vino Norberto Galasso porque no estaba bien de salud, pero Norberto hubiera incorporado sin dudas la introducción de esa otra tradición política que conforma la izquierda nacional, y que va a leer de una determinada manera a Jauretche, que introduce el nombre de socialismo a la cuestión nacional, que Jauretche la va reencontrar también en el interior del propio peronismo en la experiencia de la juventud peronista, que uno podría identificar como parte de la tradición de la izquierda peronista. Donde, quizás sin saberlo —o no lo sabemos— se hubiera podido encontrar con ese Cooke que, dice Horacio, en parte despreciaba, no sé si en términos adecuados, la propia figura de Jauretche como un desarrollista, como alguien que no ha comprendido el lugar central de la clase trabajadora. Desde la perspectiva de Cooke, el lugar central de la clase trabajadora es el lugar de la revolución, no es el lugar del diálogo con el capital, no es el lugar de la comunidad organizada, es el lugar que Cooke vuelve a descubrir en la clase trabajadora después de su experiencia cubana y de su encuentro con el Che y, de alguna manera, de su relación con el marxismo.

Fíjense la complejidad, no es lo mismo Cooke que Jauretche, no es lo mismo Jauretche que Scalabrini Ortiz. Jauretche no tuvo la violenta diferenciación que Scalabrini planteó respecto al imperialismo británico, más allá de que Jauretche también va a criticar el imperialismo británico. Pero no llegó a aproximarse, como si lo hizo Scalabrini Ortiz en los años 30 y en parte de los años 40, a aproximarse en su anglofobia a la Alemania nazi. Scalabrini tuvo una relación con la financia-

ción que la Embajada de Alemania hacía a proyectos y editoriales nacionalistas en la Argentina. Eso no transforma a Scalabrini en un nazi, por supuesto. Pero quiero con esto, en un espacio como este, un espacio reflexivo, interesante, valioso, y más después de haber escuchado a Horacio y la intervención primero de Ernesto Villanueva, poder señalar que la riqueza de lo nacional no es su linealidad, no es su simplificación, es su complejidad; la manera cómo se reúnen distintas tradiciones, distintas lenguas en el interior de una identidad, que nunca llega a ser identidad, porque no hay identidad nacional que se forme como una esencia. Hay siempre un espacio de disputa, una construcción histórica, un juego en el interior de la misma historia que va densificando lo que significa en un determinado contexto asumir una propuesta, un proyecto, una idea donde lo nacional se identifica también con lo que hoy llamaríamos Latinoamérica.

Probablemente, la manera de ver hoy Latinoamérica y la Patria Grande no sea la manera como pudieron haberla visto en su contexto, en los 30 o en los 40, un Scalabrini o un Jauretche. Y eso también nos plantea el modo cómo se van moviendo, modificando, a veces sutilmente, las compresiones de la historia, sin abandonar un término. Yo creo que hoy es muy interesante poner en la mesa el debate sobre lo nacional, pero bajo características diferentes a las que podía enfrentar en su contexto Scalabrini o seguramente también Jauretche. Y, sin embargo, somos herederos, deudores de la sutileza interpretativa que está en las obras de Scalabrini y de Jauretche. Hoy me parece que lo que se disputa en la Argentina ha generado confluencias de distinto tipo. El poder real, el poder económico, el poder mediático parece no ser muy distinto al que fue en aquella otra Argentina —lo conversábamos hace un rato con Ernesto—. Y, sin embargo, me parece que lo que se viene produciendo en esta Argentina es también la emergencia de una lengua política que, nutriéndose del 17 de octubre del 45, produce también un efecto del cual es hijo el 17 de octubre del 45: se deja atravesar por nuevas confluencias, por las novedades propias de la época. Habla una lengua que es antigua, pero la coloca en los desafíos de una potente contemporaneidad. Con esto quiero decir que, por ejemplo —y lo he dicho en alguna otra ocasión—, para los jóvenes su 17 de octubre fue el 27 de octubre del 2010, donde se produjeron también extrañas confluencias inimaginables aquel otro 17 de octubre. Porque no eran las masas trabajadoras las que fueron a despedir a Néstor Kirchner, por más que los suburbios del Gran Buenos Aires también llegaron con su sonido ronco. Pero también estaban los colectivos de los putos peronistas, los colectivos gay, transexuales, en esas noches extrañas, mágicas y trágicas que recorrieron ese momento único de la historia argentina. Y ese 27 de octubre nos planteó otros desafíos, que a su vez es heredero del 17 de octubre del 45, que tienen

que ver de nuevo con los desafíos de la emancipación, con los desafíos de la justicia social, con los desafíos de la soberanía, una nueva discusión sobre la soberanía en los tiempos de la financiarización del capitalismo y de los fondos buitre. Todo eso está en Jaureche, siempre y cuando aprendamos a leerlo sin dogmatizarlo.

Gracias.

ARTURO JAURETCHE: CÓMO PENSAR EN NACIONAL¹

NORBERTO GALASSO

Bueno, me da gusto estar con ustedes. Ya ustedes conocían quién era Jauretche y ahora lo han conocido más a través del compañero **Horacio (González)**. Yo les voy a agregar algunas anécdotas o experiencias que decidieron sobre mi vida con respecto a Arturo Jauretche, de quien no pretendo haber sido amigo, pero a quien conocí, y que tuvo una influencia bastante importante en mi forma de pensar. Es decir, esto que él decía “pensar en nacional”, en mi caso fue efectivamente así, me cambió la manera de ver la realidad y me permitió llegar a un conocimiento más cercano de lo que era la Argentina y sus problemas.

Yo lo conocí a Jauretche allá por el año 1960 o 59/60, en la época de Frondizi, en el teatro Fray Mocho, en la calle Bartolomé Mitre. Se hacía una mesa redonda en la cual intervenían Luisa Mercedes Levinson, una escritora vinculada a *La Nación*; Héctor P. Agosti, del Partido Comunista y Bernardo Ezequiel Koremblit, que era un ensayista un tanto frívolo. Yo llegué un poco temprano y vi a un hombre corpulento con un... no una corbata, sino una lacito federal puesto en la camisa, que se paseaba nerviosamente esperando a otro señor, que llegó al rato, y el otro señor era Hernández Arregui, que después fue uno de los, o quizás el intelectual más importante del siglo XX en la Argentina. Y, entraron los dos, y yo por casualidad fui a sentarme unas butacas atrás de ellos. Ellos iban con el propósito de hacer la crítica a los que iban a escuchar. Y los oradores que ocupaban el panel daban suficiente motivo para eso. Koremblit dijo, por ejemplo, que al pueblo argentino le interesaba

¹ Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional Arturo Jauretche, el 28 de mayo de 2014.

solamente la pizza. Y ahí ya hubo una crítica desde la platea de parte de Hernández Arregui. Pero después, cuando habló Luisa Mercedes Levinson, que escribía poemas en *La Nación* en gran medida porque se había casado con un hombre del directorio del diario, dijo que había gente en la platea que se había expresado como si ella, y los que participaban con ella, desconocieran las cuestiones nacionales. Que esto no era así. Y se puso un tanto nerviosa, fervorosa en su exposición, y cometió un error garrafal porque dijo: “Tan es así y tanto me importa a mí la Argentina, que hace pocos días he vuelto de visitar las cataratas del Niágara”, en vez de decir las Cataratas del Iguazú, donde efectivamente había estado. Jauretche pegó un salto de su butaca, todo grandote como era él, y con esa voz potente, pero aguardentosa que tenía, le dijo: “No sé hasta dónde es ‘cipaya’ esta mujer, que viene a confundir las Cataratas del Iguazú con las Cataratas del Niágara”. Y se armó todo un revuelo en el teatro, que era el objetivo principal de la visita de ellos.

Después, en el año 1961, se hicieron las elecciones de senadores en la Capital Federal. Perón se inclinaba por votar en blanco pero, por esas cosas difíciles de comprender de Perón, empezó a darle manija a Damonte Taborda, que era un aventurero. Venía del radicalismo y había sido diputado en el año 40. Había sido diputado porque se había casado con la hermana de Botana, a la que le decían la China. Entonces a él se le decía comúnmente que era un diputado argentino, pero diputado por la China. [Risas]. Después dio algunas vueltas, fue muy antiperonista, escribió el libro *Ayer fue San Perón*. Y luego, en determinado momento, jugó oportunista a la resistencia y fue a verlo a Perón para que lo candidateara. Y a Perón, creo yo, con esa habilidad que tienen los caudillos, le pareció conveniente candidatearlo a Damonte Taborda, porque él no candidatearía nunca a alguien que fuera realmente un caudillo potencial que pudiera arrebatarle la conducción de las masas. Perón sabía que era un tipo que estaba muy desprestigiado. Y entonces le manifestó su apoyo, con crecientes críticas de parte de los trabajadores, especialmente de la CGT. Y Jauretche, un poco indignado por estas cosas, se lanzó a la candidatura para senador solo, sin el apoyo de Perón. Consiguió el apoyo que le dio siempre su mejor discípulo, el más seguidor con él, que era Darío Alessandro, consiguió una sigla para presentarse y publicó la segunda parte, la segunda edición del diario *El 45*, que había aparecido en la resistencia, en el año 1955, y se lanzó a dar discursos en las tribunas.

Yo, en ese momento había sufrido largos años de enseñanza en la Facultad de Ciencias Económicas, que por supuesto eran liberales, y alguno que otro desarrollista, pero también amigos del capital extranjero. Como entre otros defectos que tengo está el de ser hijo único y además estudiante universitario de aquella época —que eran dos pesos enormes sobre una persona—, fui a escuchar a Jauretche pen-

sando que no tenía nada que aprender de él. Porque yo las sabía todas. Entonces Jauretche dijo: “El otro día me decía un amigo: en la Argentina llueve riqueza, pero los argentinos estamos todos secos ¿Cómo es esto? ¿Cómo se explica? Y antes que yo le respondiera, me dijo: se explica porque la Argentina está techada y tiene dos canaletas enormes, una que va a Londres y otra que va a Nueva York, entonces se llevan toda la lluvia. Perón no tuvo tiempo, no tuvo poder suficiente, o no quiso —no sabemos—, no logró sacar el techo enteramente, pero le hizo un buraco tremendo y los argentinos empezamos a mojarnos”. Y este estudiante de Ciencias Económicas se dio cuenta que, en ese lenguaje popular, le estaban hablando de lo que era el imperialismo y lo que era la redistribución del ingreso. Del imperialismo habíamos escuchado hablar en la Facultad de Ciencias Económicas. Contra el imperialismo yanqui, que todavía no tenía gran vigencia, recién había penetrado algo con Frondizi. De la redistribución del ingreso ni hablábamos porque era un tema que convenía no menearlo por parte de los profesores liberales. De tal modo que yo me fui caminando por la calle Santa Fe, desde Plaza Italia, pensando que había perdido seis o siete años de mi vida escuchando estupideces y que la verdad estaba en otra parte. Eso me llevó a estudiar rápidamente las dos o tres materias que me faltaban y recibirme de contador, lo cual no es un estigma porque de un modo u otro mi esposa y mis hijos han vivido bastante tiempo gracias a la evasión de impuestos [Risas], que además no deja de ser una forma de debilitar el estado capitalista. [Aplausos]. Pero empecé a aprender, a tratar de aprender, otra historia para entender otra política en una familia donde casi todos eran antiperonistas. Porque eran docentes. Disculpen los docentes, pero los docentes en aquel tiempo eran antiperonistas y creían que eran apóstoles de la enseñanza, no eran trabajadores de la cultura como ahora creen los de CTERA. Han progresado mucho en ese sentido. Mi viejo únicamente era un socialista, confiado en el socialismo, que entendía que Perón estaba realizando las cosas que el socialismo había levantado y se había hecho peronista. Y tenía toda la familia en contra. Cosa que a mí me llamaba la atención porque los otros eran docentes, y yo suponía que los docentes eran los que tenían la civilización, y mi viejo era la barbarie. Pero era en realidad al revés, la barbarie le permitía conseguir el conocimiento de la realidad, y la civilización servía para hacerse una mentalidad probritánica y antinacional.

En ese tiempo yo, entre otra de las cosas de las que no me arrepiento pero que fueron pasos dados mal, estaba militando en el grupo de Abelardo Ramos. Fue cuando hice el libro de Moreno, que lo publicó Coyoacán, que era una editorial que tenía Abelardo Ramos —publicación que pagué yo, como pasa con los primeros libros de casi todos los autores—. Con el agregado de que Ramos vio tal embale

que tenía yo de publicar el libro de Moreno, que me fue pidiendo más fondos para poder terminar la publicación. Y, de tal modo que, con las características tan particulares que tenía Abelardo, en el sentido de cierto impudor, cierto aventurerismo, un día me llamó para que fuera a ver la vidriera de su librería en la calle Córdoba, la librería Mar Dulce, que estaba en Córdoba y Talcahuano. Él había usado el dinero para publicar tres libros, tres libritos de la colección Coyoacán, que eran el 38 y el 39, que eran *La revolución permanente* de Trotsky en dos tomos, y el número mío que era el 40, el de Moreno. Entonces, como una forma de lavarse la conciencia y quedar bien conmigo, me llevó a la vidriera y en la vidriera había puesto una cosa absurda, porque estaba completa de libros que decían Galasso/ Trotsky/ Galasso/ Trotsky. [Risas].

Interviene Ernesto Villanueva: —O sea que financiaste a Trotsky.

Responde Galasso: —Pero no a los trotskistas. [Nuevas risas].

Ese librito de Moreno me permitió ir a la casa de Jauretche —Esmeralda 886 5.º J— a llevárselo. Y Jauretche me dijo que Moreno es una figura un tanto discutida por algunos revisionistas. Esto era una referencia a José María Rosa y a Salvador Ferla, que eran saavedristas. Jauretche no tomaba posición en ese momento, pero después se definió más bien a favor de Moreno, al igual que Scalabrini. Pero ahí me ocurrió otro hecho que me llevó a pensar correctamente. Porque, no sé por qué motivo, salió el tema del divorcio, y yo le dije a Jauretche:

—Usted debe estar a favor del divorcio, ¿no? —Yo estoy a favor del divorcio porque soy divorciado). Le dije a Jauretche eso, y Jauretche me mira, con esa mirada criolla, pícara, y en forma campechana—, me dice:

—¿Usted no conoce mucho el país m'hijo, no? —Ya me temblaban las piernas, porque no sabía qué decirle:

—Mire, doctor, yo tengo 25 años, yo conozco Buenos Aires y Mar del Plata, la verdad es eso, no conozco otra cosa.

—Bueno —me dice—, si usted conociera el país se daría cuenta que el problema es casar a la gente, no divorciarla. Porque si usted conociera todo el Interior del país sabría que la gente no se puede casar, no puede formar familias, porque no hay trabajo permanente, porque este es un país con una cabeza enorme que es la provincia de Buenos Aires y sus alrededores, y un cuerpo raquítrico. Entonces, mientras en el interior hay una cosecha, va un chico a la cosecha, pasa dos meses en la cosecha, duerme en un galpón, un sábado o un domingo va al pueblo, ahí enamora a una chica, tiene relaciones con ella, ella queda embarazada pero él ya está por irse. Y él se va, a lo mejor a otra cosecha, o a ver si consigue figurar en la nómina municipal de algún intendente conocido, en otro lado. Y ella, cuando llega el hijo, le pone el

apellido materno. Nadie se escandaliza, como se escandalizarían aquí en la Capital, porque cuando el drama es social no ofende. Y esto era lo común. Entonces a esa chica hay que generarle las condiciones para que pueda casarse, no le interesa el divorcio. El divorcio es un lujo de la gente de clase media de esta ciudad. Yo ya no sabía qué decirle. Y como había hecho alguna incursión, muy breve por suerte, por el Partido Socialista, se me ocurrió hacer una crítica a la sociedad de consumo, esa sociedad que lleva a que uno vaya al supermercado y compre cosas de las góndolas que no precisa, aunque como las ve las compra. Y me dice Jauretche:

—Sí, usted puede tener razón si estuviera en Estados Unidos, pero como usted está en la Argentina tiene que hablar de la sociedad del no consumo. Acá lo que preocupa es la sociedad del no consumo, no el consumo—. Bueno... ya, ahí no había mucho más que hablar. [Risas].

En 1961, cuando él se lanza a senador por la Capital, sufre una derrota total. Además, Perón lo descalifica en un reportaje y dice que está al servicio de Rogelio Frigerio. Jauretche consideraba en el año 58 que había que tratar de que no ganara Balbín, y que la única forma de que no ganara Balbín, que no hubiera un continuismo de la llamada Revolución Libertadora, era votar a Frondizi. En lo cual terminó coincidiendo Perón cuando hizo el pacto con Frondizi. Pero en la elección anterior de Constituyentes, Perón había sostenido la necesidad del voto en blanco y Jauretche había sostenido la conveniencia de votar a Frondizi como el menos malo, el menos “gorila” de todos los que había en ese momento. Y en esa ocasión, en 1961, la derrota fue un golpe muy fuerte. Jauretche salió a hacer propaganda, especialmente en la Capital Federal con un lenguaje muy especial en *El 45*. A tal punto que, valiéndose de que el candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente, frondicista, era Turano, y el candidato radical del Pueblo, balbinista, era Romano, puso grande en *El 45*: “Romano y Turano, los dos del mismo año”. No era un lenguaje muy adecuado para una ciudad culta como Buenos Aires. Ponía ahí: “Saque pecho, compañero”. Y hacía una serie de críticas, especialmente de tipo económico y social al desarrollismo. Jauretche no lo contaba, pero su enfrentamiento con el desarrollismo había sido fuerte.

Cuando Frondizi había logrado el poder, estaba por tomar el poder, faltaban dos días, estuvo con Jauretche. Y Jauretche le dijo a Frondizi que hiciera lo que hizo Néstor Kirchner cuando llegó al poder. Néstor Kirchner se barrió a veintiséis generales y doce almirantes. Cambió toda la cúpula militar y empezó a gobernar. Y después se deshizo de Duhalde, que era el otro obstáculo para que pudiera gobernar como él quería. Entonces Jauretche le dice: “Usted da un discurso y remueve la cúpula militar”. Y Frondizi le dice que no, que lo ha conversado mucho con Frigerio y que...

Frigerio parece que tenía una influencia muy especial sobre Frondizi. Lo cierto es que Frondizi asume y Jauretche, para acceder a un gusto de Clarita, de su mujer, y para no estar presente en las primeras medidas que iba a tomar Frondizi, las cuales eran la *Batalla del Petróleo*, de la cual él estaba en contra, se va a Europa. Cuando le comunica por teléfono a Frondizi que se va a Europa, Frondizi le dice que vaya a cenar. Y Jauretche va a la residencia presidencial. El objetivo de Frondizi era lograr que se reanudase la amistad con Frigerio. Cuando Jauretche entra y ve que por la otra puerta entra Frigerio, agarra un cuchillo de arriba de la mesa y lo corre diciendo: “Vos sos el culpable de la traición de Frondizi”. No lo alcanza, por supuesto...

En otra oportunidad, en televisión, un viajante del comercio, ghioldista, o sea gorila, le dice: “Usted opina como un nazi”. Y Jauretche se levanta y le dice: “¡La puta que te parió!”, y saca una navaja de debajo del saco y lo corre, mientras que el organizador se tira sobre la cámara para que no salga, pero se escucha todo el escándalo que se ha producido. Ese era el Jauretche duelista del que hablaba Horacio González.

Y bueno, andando el tiempo, cuando yo trabajé sobre la biografía de Scalabrini lo vi seguido a Jauretche para consultarle cosas, para orientarme sobre las cuestiones de lo que había sido FORJA. FORJA había sido algo heroico, en un sótano de Lavalle 1725, durante diez años, luchando en plena Década Infame, y haciendo cuadernos de FORJA, que a través de coroneles se lo enviaban a Perón. Perón va a repetir después muchas palabras que surgen por primera vez en FORJA, como “tercera posición”, “vendepatria”, “oligarca”. Y Jauretche se va a convertir en el corazón de FORJA, el hombre que está en las manifestaciones y en el medio de todos los tumultos. Y siempre como un peleador y como un hombre que está al igual que todos sus compañeros de agrupación. Scalabrini no se incorpora a FORJA, pero es la usina ideológica de FORJA, le da a FORJA las ideas. Aun cuando Scalabrini no había conocido a De la Rúa, igualmente consideraba que el radicalismo ya estaba terminado en aquel tiempo. [Risas]. Y lo dice en una carta, donde afirma, en el año 1935 (había que ser radical para ser forjista): “Yo no puedo ser forjista porque yo no me voy a afiliar al partido radical, que es una antigüalla histórica”. Después corrió mucha agua bajo el puente y se fue agravando la cosa. Y en ese sentido, Jauretche se ocupaba de darle a su mensaje forjista un carácter muy entrador que atrajera al hombre que pasaba por Buenos Aires. Por ejemplo, un afiche muy grande que decía, interrogaba: “¿Los argentinos somos zonzos?”. Y abajo decía: “Los argentinos queremos que la libertad empiece por Egipto, empiece por la India. ¿Por qué no empezamos por nacionalizar los ferrocarriles y a nacionalizar los bancos, terminar con las compañías de seguros británicas?”. Es decir, se trataba —como él decía— de ver el mundo desde aquí. No dejarse, como le pasó a casi toda la izquierda abstrac-

ta, absorber por los problemas lejanos.

Una de esas noches, que estaba haciendo uno de esos afiches, se hizo tarde, se hizo de madrugada ya. No encontraba las palabras para el afiche. Ellos habían hecho afiches llamativos, como por ejemplo cuatro pes (PPPP). Era fácil, para escribirla con carbón en los muros. Cuatro P: **Patria, Pan y Poder al Pueblo**. No pensaban que iba a venir después una quinta P. Pero en cierto sentido eran anticipatorios. Y en esa oportunidad en que no encontraba el afiche que era conveniente, lo acompañaba un muchacho forjista que no quería dejarlo solo, pero que ya estaba un poco cansado de la hora que era. Hasta que al final le dijo:

—Doctor, déjelo para otro día, si al pueblo argentino le importa solo el fútbol. —Jauretche se irritó:

—Mire m'hijo, al pueblo argentino le interesa el fútbol, y ha dejado la plaza pública y se ha ido a los estadios porque los jugadores prometen goles y hacen goles, y los políticos prometen muchas cosas y no hacen nada; pero va a llegar un momento en la Argentina que alguien va a cumplir con las promesas que le ha hecho al pueblo, y entonces el pueblo va a bajar de los estadios, de las gradas de los estadios de fútbol, y va a llenar la Plaza de Mayo. Y va a llenar la Plaza de Mayo para quedarse. Esta fue la idea de Jauretche, de que no fue un solo día el 17 de octubre, sino que el pueblo, principalmente los trabajadores, se quedaban para siempre y que iba a ser difícil ignorar su protagonismo. Que venía desde allá, de los primeros trabajadores como fueron French, que era un cartero, y Beruti, que era un empleado del Estado.

Una de las características que lo diferenciaba de Scalabrini era que Scalabrini hacía un análisis profundo de la economía pero era menos político, en el sentido de que Jauretche quería cabalgar sobre los acontecimientos.

Entonces cuando se produce el golpe del 4 de junio de 1943, Jauretche lo llama a Homero Manzi (Homero Mancione, que era ya Homero Manzi para el cancionero popular) y le dice: “Hay que conseguir urgente una entrevista con los dos militares más inteligentes que se conozcan en el Ejército para ver adónde van, para ver a qué lado van”. En el Ejército había una línea liberal, que se estaba extinguiendo, que era la de Justo; había una línea pronazi, cosa que han ignorado generalmente los investigadores, que era la de Perlinger, Enrique González y León Bengoa; y había una línea nacional democrática que estaba expresada por Perón, con la idea que Perón tenía de que había llegado la “hora de los pueblos”.

Después de su viaje a Europa, lo cual no quería decir ni que fuera nazi ni que fuera fascista. Simplemente, que el hombre que estaba al lado de Perón, Mercante, era un coronel que tenía el hermano y el padre en funciones gremiales en el sindicato ferroviario, lo que le daba un cable a tierra a este fenómeno del crecimiento de

los trabajadores que venía produciéndose desde 1935, cuando se va deteniendo la importación y van creciendo las industrias y se va industrializando el país, como había ocurrido en la Primera Guerra, que los radicales no supieron aprovechar, y que Perón, en un discurso del año 44 dice: “Es necesario evitar que estas industrias que se están formando se hundan. Hay que hacer proteccionismo, hay que controlar el comercio exterior; hay que tener barcos para llevar nuestros productos, porque si el que produce no puede entregar su mercadería, se condiciona en inferioridad respecto del comprador”.

Entonces, en una misma noche, a las diez de la noche, conversan con Enrique González, que era un tipo inteligente pero era admirador de Hitler; y después, a las siete de la mañana (Perón acostumbraba llegar a sus oficinas de la Secretaría de Trabajo y Previsión a las seis y veinte) los recibe Perón. Y Jauretche se impacta con Perón, se impacta con la capacidad de Perón para captar las cosas inmediatamente, una capacidad de captación muy singular. Darío Alessandro recuerda que al día siguiente fue al sótano de FORJA y le dijo a los compañeros forjistas: “Hay un coronel de un apellido Perona, Pegón, una cosa así, que es un tipo bárbaro”. Era el recuerdo de él. Tal es así la relación que se establece allí, que Perón le da una tarjeta de audiencia permanente, para que Jauretche, lunes, miércoles y viernes vaya a verlo a la Secretaría de Trabajo a conversar sobre lo que es la política argentina. Porque Perón era un hombre al que le gustaba la historia, le interesó mucho San Martín, estudió la Campaña de los Andes, pero no tenía un conocimiento de la política. Jauretche, por el contrario, había estado inserto en la política desde su juventud, primero en el conservadurismo, luego cuando pasa al radicalismo y había salido a la calle en el golpe del 6 de septiembre del 30 con un revólver en la mano —no era una mera adhesión intelectual—, buscando radicales para combatir a los conservadores. Y había actuado después, como aquí se dijo en la revolución de Paso de los Libres y había estado detenido. Detenido de una forma muy particular, porque en Corrientes no había cárcel. Entonces los tenían en la comisaría y de vez en cuando le daban un franco al preso, y el preso —según cuenta Jauretche— se iba al prostíbulo que estaba cerca. Y uno de los presos amigos de él, radicales, se tomó unas copas y dijo:

—¡Viva Hipólito Yrigoyen! —Entonces un sargento que había ahí le dijo:

—Usted está detenido. —Pero estaba el comisario también, el comisario que ya lo tenía detenido y dice:

—¡Ese preso es mío! [Risas].

Esas cosas propias de un mundo atrasado, ¿no es cierto? De Corrientes.

Bueno, Perón lo recibe... Perón pensaba primero en una fórmula Sabattini/Perón; no pensaba que él pudiera ser presidente. Sabattini era lo mejor del radicalismo,

era lo más consecuente con respecto al yrigoyenismo, estaba en contra de Alvear, era la Intransigencia Nacional. Jauretche le consigue todas estas informaciones, lo ubica en la política argentina, le explica que el Partido Comunista estuvo contra el 17 de octubre porque la Unión Soviética era aliada de Inglaterra, y entonces ellos no podían estar en contra de Inglaterra. Todas estas cosas desgraciadas de nuestra historia que son bastante reiteradas por algunos sectores. Llegan a un punto en que Perón le dice: “Bueno, le vamos a confiar a ustedes, los forjistas, la gobernación de la provincia de Buenos Aires”. Jauretche, contento, lo comenta a sus compañeros. Y al día siguiente sale en el diario que el gobernador interventor de la provincia de Buenos Aires era el general Sanguinetti y que en su gabinete aparece un solo forjista, con lo cual Jauretche queda pagando. Y espera que Perón le dé alguna explicación. Pero Perón no era una persona de darle explicaciones a nadie. Lo recibe, lo llama para que vaya a visitarlo y le habla de todas otras cosas pero no menciona eso. Y cuando termina la conversación le dice: “Bueno, hoy es lunes. Lo espero el miércoles, como siempre”. Y Jauretche le dice: “No me espere, no me espere”. Y se va.

Es el primer cortocircuito importante que Jauretche tiene con Perón, a tal punto que Jauretche, cuando un grupo radical apoya la lista de Perón en 1946 –Cruzada Renovadora–, al realizarse las elecciones internas Jauretche sale primero. Perón las impugna y se hace de nuevo la elección, y sale primero Diego Luis Molinari, o sea el desplazamiento de Jauretche. Esto no es una crítica a Perón. Está relacionado con de dónde venía Perón, cuál era su manejo. Su manejo era la verticalidad, la cadena de mando, de concepción. No era de discutir con intelectuales. Él sabía que la ejecutividad para realizar determinadas cosas está ligada a que alguien sea el único que decide. También es cierto que, cuando ese único que decide se equivoca, se equivocan todos. Pero bueno, Mercante lo saca a Jauretche de esa especie de desplazamiento y lo lleva a la provincia de Buenos Aires para ser presidente del Banco Provincia.

Jauretche cuenta muchas cosas del Banco Provincia, algunas anécdotas interesantes, por ejemplo un tipo que trata de coimear a un funcionario del banco, un funcionario del banco que dirigía Jauretche. Y Jauretche lo llama al tipo y le dice: “Me dijeron que usted dijo que si salía el contrato suyo íbamos a ganar mucho dinero, ¿qué explicación tiene?”. Y el tipo, bastante rápido, dice: “Sí, sí. Me refería a mi hermano, no me refería al funcionario del banco. No era un intento de coima, era simplemente que él trabajaba con el hermano y con eso zafaban”.

Y Jauretche, cuando cae Miranda, se separa. Ve que hay muchas cosas que no le gustan del peronismo, pero le gusta mucho menos que vuelvan los conservadores o los radicales. Entonces se va a Escobar. Él era un hombre de campo, un criollo

aportañado, y empieza a estudiar botánica, a cultivar flores, hasta que se produce el golpe del 16 de septiembre 1955. A los pocos días Jauretche y Scalabrini están en las oficinas del diario *El Líder*, que era un diario de la Confederación General del Trabajo, ofreciéndose para iniciar la resistencia. Después saca *El 45*, atacando al Plan Prebisch; después publica *El Plan Prebisch o el retorno al coloniaje*. Después publica *Los profetas del odio*. Y, cuando los comandos civiles ya están dispuestos a terminar con Scalabrini y Jauretche, Jauretche es obligado prácticamente por sus amigos a exiliarse en Montevideo. De donde vuelve después y sigue en la lucha, pero su frustración en la elección de 1961 lo lleva fundamentalmente a convertirse en escritor. No deja de usar el cuchillito, por las dudas, pero publica *Política nacional y el revisionismo histórico*, publica *El medio pelo en la sociedad argentina* que tiene un éxito muy importante. En *El medio pelo* lo que Jauretche quería decir es lo que se preguntó Néstor Kirchner cuando llegó al gobierno: “¿Dónde está la burguesía nacional en la Argentina? ¿Cómo se hace el crecimiento en la Argentina si no existe un empresariado?”. Eso se lo preguntaba Mariano Moreno, no en esas palabras. Moreno decía: “El Estado tiene que expropiar a los que tienen capitales y tiene que hacer fábricas de fusiles, fábricas de pólvora y de puñales”. E inició tres fábricas entre mayo y diciembre de 1810.

Era la misma concepción, el mismo problema de la inexistencia o existencia de una burguesía nacional muy débil, expresada a veces por Miranda o por Gelbard. Pero que, finalmente, terminó trasnacionalizándose con los Macri, los Fortabat. O con Techint vinculándose al Banco Boston, al City. O Pérez Companc. Y esto es importante porque si un empresariado produce para el mercado interno, tiene que reconocer que los trabajadores tienen derecho a importantes sueldos, no por una cuestión de justicia sino porque tienen que consumir, tienen que consumir sus productos; es muy difícil salir a vender al mercado internacional. Pero si las grandes corporaciones, como Techint o Aluar, venden la mayor parte afuera, les interesa, por el contrario, que los empleados tengan salarios bajos, para tener costos bajos y competir afuera con costos bajos. Esta es la cuestión que lo lleva a Jauretche a decir: “No hay economía liberal y economía proteccionista, la economía está siempre dirigida. La dirigen las grandes corporaciones o la dirige el Estado”. Como lo lleva a decir también esto de la libertad de prensa, que ahora con la Ley de Medios se ha vuelto tan común: “No hay libertad de prensa, hay libertad de empresa”.

Mucha gente se creyó que había inventado la pólvora, y ya lo había dicho él hace muchísimo tiempo. Como también el Instituto Geográfico Militar, que ha publicado últimamente un planisferio igual al planisferio de los colegios, que tenía el meridiano 0 que pasaba por Greenwich separando el Este del Oeste. Jauretche,

en el año 38, en un teatro, muestra un planisferio y dice: “Este es el planisferio de Argentina y, ¿por qué nosotros estamos abajo y a un costado que casi nos caemos del mapa? Porque el planisferio está hecho con mentalidad europea, si la Tierra es redonda y está girando, ¿por qué nosotros tenemos que estar abajo? Nosotros tenemos que estar arriba, o en el medio”. Eso que provocó ironías, ahora el Instituto Geográfico Militar lo acepta y pone a la Argentina en el medio, con lo cual se nota, se explica, el carácter bioceánico de la Argentina, la existencia de la Antártida muy enorme, pegada a la Argentina. En el medio también, o abajo del medio. Lo que da una versión completamente distinta, que es la que él quería que viéramos, que viéramos el mundo desde nosotros, que *pensáramos en nacional*, entendiendo por nacional no el nacionalismo de derecha, sino lo nacional como lo universal visto por nosotros. Es decir, lo universal es solo un interrogante que se plantean los hombres y las mujeres de todo el mundo: ¿existe dios?, ¿qué es el amor?, ¿qué es el odio?, ¿qué es la traición? Pero, en distintos épocas y en distintos lugares se dan respuestas distintas, y esas respuestas distintas son respuestas nacionales. Si yo, por ejemplo, hoy le dijera a mi abuela que se ha legislado sobre el matrimonio igualitario le vale morir, directamente. En distintas épocas, hay pensamientos que son, no nacionalistas —decía él— ni chauvinistas que niegan la cultura universal y todo lo que el hombre ha acumulado en su cultura, sino que ven los grandes problemas internacionales o universales con ojos nacionales y les permite resolver los problemas nacionales.

Bueno, para ir terminando, Jauretche, después de su frustración como senador, se dedica a escribir y escribe fundamentalmente *El medio pelo...*, que tiene más de quince ediciones en pocos años, y que lo lleva incluso a la televisión, donde tiene ardorosas discusiones. Con Emilio Hardoy, por ejemplo, a los gritos, o con uno o con otro, no se callaba nunca, decía todo lo que tenía que decir. Después comienza a escribir su libro *De Memoria*. Y apoya, es decir, entrevé, en 1965, este proceso que se va a dar, de una marea social que está avanzando. Él recorre el país y dice: “La Argentina se empieza a mirar a sí misma, y esto es muy importante, esto va a producir un cambio muy importante”.

Efectivamente, poco después se produce el *Cordobazo*, la irrupción de las juventudes en la política. Juventudes que tienen relación con Jauretche. Su sobrino Ernesto estaba en JAEN y después estuvo en otros grupos guerrilleros. Iban a la casa de Jauretche, él con Galimberti (no el Galimberti último, sino el Galimberti de aquellos tiempos). Yo recuerdo un día que lo fui a visitar y Clarita, la mujer, me dijo: “Quédese un ratito en el comedor porque está discutiendo con dos jóvenes en su biblioteca. Discutiendo arbolitos”. Cuando salieron los dos jóvenes —que uno de

ellos era Ernesto—, me hizo pasar, y sin que tuviera conmigo una amistad fraterna, así, íntima, tuvo la necesidad de contarme lo que él pensaba. Que la acción de estos jóvenes y esta marea que se venía de todos los jóvenes era fundamental, que la revolución eran los jóvenes, que los peronistas viejos iban a quedar en viudos tristes que no entendían este fenómeno, pero que siempre la política debía prevalecer y no las balas. Que las balas debían seguir a la política, que la violencia sin política iba a ser muy grave y que iba a producir un gran fracaso. Por esa época, el ensayista Alberto Methol Ferré había dicho: “La política de la muerte es la muerte de la política”. Y Jauretche decía: “Me vienen a decir a mí, que anduve con la tartamuda, la ametralladora en la mano, me vienen a decir a mí que hay que hacer dos, tres, cien Vietnam. Dos, tres, cien Vietnam se hacen realidad si el pueblo se levanta, entonces hay que ser violento junto con el pueblo. Esto no se puede crear por sí mismo”. Era una crítica al vanguardismo, a la teoría del foco. Y habló un rato largo. Solamente que éramos compañeros de trabajo, porque en ese momento Jauretche era presidente de Eudeba y yo era el síndico de Eudeba. Por ser contador, lo de mi profesión de síndico (después dejé de ser contador, superé esas dificultades).

Los síndicos nos encontramos con una Eudeba quebrada, totalmente fundida, con cuarenta y cinco juicios de autores extranjeros a los cuales no se le habían pagado derechos. Y Jauretche, que observaba los acontecimientos y el desencuentro de Perón con los jóvenes que se estaba produciendo, vivía muy angustiado. Fumaba permanentemente, y presentía que aquello iba a terminar mal, que iba a terminar en una frustración. Efectivamente, en ese directorio de Eudeba, Mario Hernández fue acribillado a balazos, Norberto D’Atri murió de un síncope manejando su auto en las calles del centro, otra gente se exilió. Jauretche tuvo una hemorragia intestinal bastante grave y estuvo internado en el sanatorio Otamendi, donde lo fuimos a ver junto a un periodista, el Moro Álvarez, que era un periodista que había estado en *El Líder* en el momento de la resistencia. Y ahí, hubo una situación un tanto rara. Jauretche, con esos camiones que ponen cuando operan a la gente, nos dijo: “Yo, con respecto al socialismo nacional que se está hablando aquí, que levantan los jóvenes, no tengo ningún problema, porque a mí no me pueden sacar nada si yo no tengo nada, nunca tuve nada (tuvo solamente a Clarita Iturraspe, la mujer, que le permitió no ejercer la profesión y vivir modestamente, porque no era hombre de grandes gastos), pero quiero que ese socialismo sea nacional, fundamentalmente nacional, en eso estoy plenamente seguro”. Volvió a Eudeba después de un tiempo. Le dijo a un amigo delante de mí: “Vos sabes que casi me voy por la rejilla. Como que se iba a morir. Y ya en ese tiempo, él estaba muy mal”.

Y para terminar, les cuento el último recuerdo que tengo de Jauretche. Le ha-

bían prohibido fumar, tenía un enfisema, estaba muy obeso. Dos recuerdos: uno es que las *Tres A*, o si no existían las *Tres A* todavía, López Rega y el comisario Almirón y toda esa pandilla de desgraciados, llamaban por teléfono amenazando. Un día estaba hablando con la secretaria y la chica se puso pálida y dice: “Nos van a poner una bomba”. Se lo dijeron a Jauretche, y Jauretche dijo: “Esos se creen que me van a asustar a mí”. Había reunión de directorio los martes, pero él venía todos los días y se pasaba la tarde. Y García Lupo, que era el gerente, me decía: “¿Qué pasa si ponen una bomba, qué hago yo con este hombre, con el peso que tiene, si hay que bajar una escalera tremenda?, ¿cómo lo saco yo? ¿Cómo lo convengo de que no venga?”. Y Jauretche me dice: “Yo no soy un amargo, che, yo les voy a demostrar a estos que no les tengo miedo”.

Y pocos días antes de fallecer va al café de la esquina de Córdoba y Esmeralda, en *Castelarito*, que le decían así porque parecía *El Castelar* de Avenida de Mayo. Y él tenía ahí dos paquetes de cigarrillos que compraba y los dejaba en el café para que Clarita no los viera. Clarita se creía que él había dejado de fumar; entonces se iba todas las mañanas, pedía un café, compraba dos o tres diarios, se informaba de todo, tomaba apuntes, y si alguno le discutía, le tiraba una polémica formidable típicamente duelista como decía Horacio. El almirante Rojas dijo, por ejemplo (el almirante Rojas que el 16 de julio del 55 fue leal al gobierno, no el de septiembre, en septiembre sí estaba en contra), en un discurso: “Yo estuve siempre en la resistencia”. Y Jauretche inmediatamente le contestó: “No sabía que había vivido en el Chaco”.

La sobrina de Saavedra Lamas, que había sido un personajón de los años treinta, era Victoria Pueyrredón, también refuta algunas cosas de Jauretche, y Jauretche le dice: “Ahora me doy cuenta de que era cierto que había dos clases de Victoria, la Victoria de Samotracia, que era una escultura que se había encontrado y era una hermosa mujer pero sin la cabeza, y ella misma, Victoria Pueyrredón, que tampoco tenía cabeza”. En una de esas oportunidades en que estaba en el café leyendo el periódico, en la mesa de al lado un señor con pinta de pituco, llama a un lustrabotas que pasa para que le lustre los zapatos. Entonces el pibe, con mucho entusiasmo porque se va a ganar unos pesos, saca la pomada negra para pasarle a los zapatos negros y no advierte que este hombre tenía medias blancas. Y por ahí se le zafa el cepillo y le mancha las medias blancas con pomada negra. Y el tipo reacciona, como reaccionaría mucha gente del centro porteño que vota a Macri. Lo agarra de los pelos al chico y le dice: “Tenías que ser un negrito de porquería para hacer lo que hiciste, andate”. Y lo hecha a empujones del bar. Y Jauretche que está al lado, que tiene 72 años, que está sumamente obeso, que tiene problemas respiratorios y

que ha salido del Otamendi hace dos meses, se levanta y pega un grito que escucha todo el café: “¡Hijo’e puta, yo te voy a enseñar a respetar a la gente!”. Y le tira un trompazo al tipo. Le erra y se cae encima de la mesa, la mesa por el suelo, la vajilla por el suelo, todo un escándalo en el café. Al rato, después, cuando ya se calman las cosas —el otro tipo se había ido—, vuelve a su casa y Clarita le dice: “Pero, Arturo, ¡qué hiciste! ¡Otra vez te peleaste con alguien!”. Para terminar, voy a recordar lo que le dijo a Clarita: “Clarita lo que pasa es que yo no puedo resistir la injusticia”.

Nada más, gracias.

EL DUELISTA

HORACIO GONZÁLEZ¹

Muchas gracias, Ernesto, por tu invitación.

Bueno, revisando el gabinete de recuerdos que cada uno tiene, la primera vez que escuché el nombre de Jauretche fue en el año 1962, recién ingresado en la Universidad de Buenos Aires, cuando asistí a una de sus conferencias, sin saber quién era. Y al finalizar la conferencia –de la cual he olvidado todo, menos la proclama de una persona cuyo nombre no he olvidado–, Nicolás Iñigo Carrera, brindó una expresión que me llamó poderosamente la atención: “¡Viva el héroe de Paso de los Libres!”. Y, por supuesto, el auditorio de la sala central de la Facultad de Filosofía y Letras, en aquel momento en la calle Viamonte, gritó: “¡Viva!”. Lo cual me comprometió a indagar de qué se trataba esa expresión tan altisonante, que me era totalmente desconocida. Así se suele entrar a una historia, cualquiera que sea y, por supuesto, a la historia nacional. El “viva” que profiere algún asistente a una asamblea que, como digo, pertenecía al vastísimo campo de mi desconocimiento. Para un joven estudiante que pretendía estudiar a Kant o a Hegel, o a la sociología, que en aquel momento era un saber negativo, un grito de esa índole no podía ser sino algo que lo sobresaltara: “¡Viva el héroe de Paso de los Libres!”. De modo que ese grito generaba una obligación averiguatoria. Seguramente tuve algún diccionario a mano, o lo que fuera, –Wikipedia no existía, pero nada impedía que uno no se enterara de las cosas del mismo modo o mejor–. Y, es así que sigo asociando el nombre de Jauretche a ese “¡Viva el héroe Paso de los Libres!”.

¿Qué tipo de héroe era Jauretche? Sin duda, la idea de heroísmo, la idea de coraje, la idea de duelo, la idea de honor, que son todas ideas íntimamente relacionadas,

¹ Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional Arturo Jauretche, el 3 de noviembre de 2014.

están muy presentes en la vida de Jauretche. Y *Paso de los Libres* fue un gran acontecimiento de la historia insurreccional argentina. Fue un hecho muy sangriento por otro lado, porque fue el primer acto donde interviene la aviación militar —en ese momento no era un arma independiente, sino que pertenecía al Ejército—. Por lo tanto, hay muchos muertos y, lo que parecía fácil, una insurrección radical del año 1933, dirigida por dos coroneles radicales, uno el general Pomar —aún hay centros y comités radicales que llevan el nombre del teniente coronel Gregorio Pomar—. Los radicales habían intentado insurrecciones en los años anteriores, unos eran los hermanos Kennedy, también uno de ellos organizado por un militar radical. El radicalismo conspiró mucho en la Argentina, y el sector militar del partido radical conspiró muchísimo también. Recuerdo entre esas conspiraciones la del coronel Bosch, que estaba emparentado indirectamente con Macedonio Fernández que también, aunque en broma, era un conspirador parecido al conspirador radical, porque Macedonio siempre fue afecto a todo lo que sonaba a conspiraciones, sin haber participado íntegramente en ninguna.

El Paso de los Libres tiene hoy en la historia de la literatura argentina un valor eminente. Porque, si bien fue una gran derrota militar del partido radical —de hecho fue la última gran insurrección hecha a la manera de Yrigoyen—, eran yrigoyenistas, y Jauretche nunca dejó de ser yrigoyenista. En realidad yo diría que fue el que más profundamente lo ligó a los nombres conocidos de la historia nacional.

Ese nombre, el fracaso militar, con muchas muertes como digo, deja un poemario de gran importancia como es el poema “El Paso de los Libres” de Jauretche, que le llama la atención a Borges. Es muy conocido el encuentro entre Borges y Jauretche, un encuentro no personal, pero sí a través de un prólogo de gran significación, donde Jauretche es saludado por Borges en el punto específico del honor. Tanto Jauretche como Borges tienen como figura máxima del conocimiento social la idea del honor, el momento del conocimiento que se destaca como el momento más dramático del conocer, en donde está en juego la vida o donde se puede poner el valor máximo que uno considera vinculado a la vida, como comprobación de una verdad.

La tradición científica exime del honor respecto a la responsabilidad de comprobar la verdad. La tradición científica no demuestra sus verdades, reales o imaginarias, con el duelo. Un duelo a cuchillo no puede demostrar la ley de gravedad, ni puede inaugurar investigaciones para enviar un satélite al espacio, pero para un duelista, que viene de la tradición de la caballería medieval, las verdades se demuestran no como en un laboratorio de INVAP o en cualquier organismo científico de la universidad, sino que se demuestran a través del coraje personal y de las figuras del duelo que están muy estipuladas, a veces tanto como un manual de procedimientos científicos.

El general Lucio Mansilla, entre otras cosas importantes que ha hecho, pasa a la historia como autor del *Manual del duelo*, el manual del duelista, que era donde se contienen las reglas honoríficas que, en simultaneidad a la verdad científica, siguen los pasos que hay que respetar para arribar a una conclusión. Solo que en la ciencia no se prueba la verdad por medio de la sangre y en el duelo las relaciones de la sangre son importantes, a primera sangre, a espada, a pistola. En fin, la historia del duelo en la Argentina es la historia argentina. Y Jauretche fue un duelista. Y Borges saluda, en el prólogo, específicamente ese punto. Dice: “La patriada es uno de los pocos rasgos decentes de la odiosa historia de América”, esa es la primera frase del prólogo de Borges a *El Paso de los Libres*.

Esa historia del prólogo tiene muchas vicisitudes posteriores, porque es sabido que la historia argentina separa a Borges de Jauretche en relación a las opciones que ofrecía el peronismo de aquel momento. Jauretche toma opciones del peronismo muy explícitas, que no le impiden pelearse también con Perón, entre otras razones porque Perón no es un duelista. Perón no estima en la prueba de la verdad a través del duelo, al igual que Juan B. Justo y la tradición socialista, porque Perón es alguien que estima el pensamiento planificador, la movilización de masas, la gran oratoria. No tiene esa idea de la verdad Perón. La idea de la verdad de Perón, obviamente no es científica pero es una idea de verdad que lo liga a la certificación de la movilización social o de lo que él llamó “el vínculo asociativo de la comunidad organizada”.

Por eso mismo, Jauretche tenía muchas más posibilidades de quedar al lado de Borges que quedar al lado de Perón, pero a Jauretche también le importa el panorama político y no solamente la vida humorística del duelista, un gesto que nunca abandonó. Por eso, su vínculo con Perón viene a través de la programática de FORJA, que le exige a este grupo disolverse ante la llegada del peronismo, pero, al mismo tiempo, disolverse en medio de un mar de dudas. Se disuelven porque creo no quedaba otro remedio. Un grupo que se presentaba como intermediario entre el yrigoyenismo y lo que iba a venir, y nunca Jauretche dejó de ser yrigoyenista, toda su postura, su vestimenta. No su lenguaje, porque el lenguaje de Yrigoyen era místico y el de Jauretche es menos místico. Pero si escarbamos en sus gauchescas, el origen del lenguaje de Jauretche es Estanislao del Campo, un poco José Hernández, un poco Bartolomé Hidalgo.

Es el siglo XIX, el gauchesco, es el siglo del duelo, el siglo donde la idea militar no es incompatible con la idea del duelo personal. Si escarbamos un poco en esa gauchasca, hay una idea mística también de Jauretche. Pero, su lado peronista y menos yrigoyenista lo tenemos que remitir a su simpatía hacia el desarrollismo.

Aunque nunca emplea estrictamente esa palabra, su idea de la alianza entre pueblo y fuerzas armadas, hoy una idea que no resiste la prueba de la realidad argentina contemporánea, pero esa era la idea permanente de Jauretche, a través de la promoción de ciertos aspectos de la burguesía nacional, de la industrialización, también la de tener una decisión sobre las finanzas vinculadas a la promoción de la industria nacional. No hay que olvidarse que fue presidente del Banco Provincia de Buenos Aires durante bastante tiempo. Y, al mismo tiempo hay que decir que su relación con el peronismo es una relación que no tiene una fuerte estima hacia Perón.

Ese grito que escuché, “¡Viva el héroe de Pasode los Libres!”, no hubiera sido habitual ni esperable en un Jauretche que jamás hubiera dicho “¡Viva Perón!”. Eso no lo dijo nunca Jauretche. Era una figura que le inspiraba cierto recelo, de hecho se pelean muy rápido. La pelea de Jauretche con Perón duró para siempre, al punto tal que Jauretche es uno de los que festeja el fin del mito de Perón. ¿Cuándo lo festeja? Cuando triunfa Frondizi en el 58. Jauretche escribe un artículo muy fuerte en la revista de Frondizi, que dirigía Scalabrini Ortiz, la revista *Qué*. El artículo es fuertísimo porque dice: “en la figura de Frondizi por fin podemos ver cerrada la gran fisura en la Argentina entre civilización y barbarie”. Frondizi, con los votos peronistas y la teoría del desarrollo cerraba la gran contradicción argentina. Y Jauretche tenía en su cabeza eso. Tenía la idea de que alguien la tenía que cerrar, no había sido Perón.

Hoy podemos percibir cierta injusticia en esa proposición de Jauretche, si es que existe esa denominación como ajustada al modo en que se desarrolla la cultura argentina, es una discusión. En la suposición de que exista esa contraposición del modo intacto que percibimos de los textos fundacionales argentinos, habría que ver si alguien tendría que cerrarla. Y, en tercer lugar, habría que ver si el que se propusiese cerrarla lo lograra hacer a la manera de Perón o, según Jauretche, a la manera de Frondizi, que sí lo habría logrado. Ese es un artículo que se puede consultar en la revista *Qué*. Es un artículo larguísimo, con mucha fundamentación histórica, y releva hasta qué punto lo había entusiasmado la figura de Frondizi. Y con eso quería certificar que estaba apartado de las operaciones sobre el regreso de Perón.

La expresión “mito” en Jauretche, siendo un autor de la gran literatura gauchesca argentina, que es ponerlo... O sea, la gauchesca argentina no la cierra Estanislao del Campo con el *Fausto*, la cierra Jauretche con el *Paso de los Libres*. Pero también la cierra Borges. Los dos son gauchescos. Cada uno a su manera, los dos tienen el impulso gauchesco. De ahí la relación muy fuerte entre ambos que se corta, obviamente, por el peronismo.

Entonces, no es este el intento de desperonizar a Jauretche, sino de repensarlo en relación a un tema que es de fundamental importancia para él o para Scalabrini.

Los dos se suman al peronismo, se suman a la marcha, digamos, en la grandísima crónica de Jauretche, donde ve pasar a las manifestaciones primeras del peronismo. Incluso asiste al 17 de octubre, es un testigo, no es uno que camina, no es uno que llega a la plaza, no pertenece a la fundación, es alguien que escucha que la gente canta consignas de carácter nacionales, como diría él; y que no lo reconocen. Eso lo festeja, que no me reconozcan —dirá— es el modo en que se comporta una historia donde nuestro mensaje, nuestra palabra ya no es necesaria que tenga el respaldo de nuestro nombre. El tema de los nombres le interesaba mucho a Jauretche, ahora vamos a ver por qué. Y es muy interesante la observación del que va a ser un testigo del 17 de octubre, alguien que se felicita de que no lo reconozcan, porque era un personaje muy conocido Jauretche. Era un gran polemista, un duelista, se bate a duelo en uno de los últimos grandes duelos de la Argentina con el brigadier Güiraldes sobre la nacionalización o no de Aerolíneas, un tema vinculado a Aerolíneas Argentinas, con el presidente de Aerolíneas, el hijo del autor del *Don Segundo Sombra*. Y se baten a duelo, creo que en Uruguay, porque en Uruguay, que tiene una formación más política que la Argentina, todavía estaba semipermitido por la policía, no así en la Argentina que era donde había triunfado el pensamiento de Juan B. Justo, que se propone específicamente rebatir la idea de verdad asociada al duelo. A diferencia de Alfredo Palacios, que era un personaje jauretcheano. Se vestía como un *dandy*, Jauretche también tiene cierto remezón de *dandy* en su vestimenta. Y era un duelista. Palacios se bate a duelo en los años 60. Los dos tienen vidas paralelas, Palacios y Jauretche. Y Palacios tiene una cierta insinuación de socialismo nacional, menos presente que en Jauretche, pero no hay que abandonarlo en este pensamiento a Palacios también.

Las diferencias que tienen Perón con Jauretche, en general, se ligan a temas en los que Jauretche estaba más atento, por ejemplo el relevo constitucional. Jauretche pensaba que el próximo presidente debía ser el gobernador de La Plata, Domingo Mercante, con el cual trabajaba. Mercante era el más forjista de los generales argentinos. No era Perón, era Mercante, y era un general vinculado a la vida cultural de una manera específica. Era el hermano de un gran educador argentino, Víctor Mercante, e hijo de un ferroviario. Por lo tanto, Mercante que era general en el momento que gobernaba la provincia de Buenos Aires, tenía de un lado, un rostro que miraba al sindicalismo y del otro al aparato educativo argentino. No era cualquier general Mercante. Era el segundo Perón digamos, y Perón no tenía la menor intención de que... Hubiera sido impensado para el peronismo, que ya se llamaba peronismo.

Y Jauretche tiene una cierta inquietud con ese nombre: “peronismo”. En el último diálogo con Perón...—todo esto lo cuenta Galasso, o sea que no lo invente yo

ni tampoco lo inventó Galasso. Galasso escuchó a los que escucharon a Jauretche, además de ver toda la documentación para hacer el libro que le dedica a Jauretche—. Hacia el año 49, en la última conversación, le dice: “Usted puede llegar a caer por la forma en que el paisaje se parece a su nombre. No hay calle ni estación de tren ni un pequeño pueblito del Interior que no se llame Juan Domingo Perón”. Y es una observación curiosa, ¿no?, si es que la dijo. Según Galasso... eso está impreso en los libros de Galasso en relación a la diferencia con Perón. No es una divergencia menor. Y sin duda, es casi una exageración, “usted puede llegar a caer por esto”. Evidentemente es un hombre un poco enojado el que dice eso ni más ni menos que a Perón. Nadie puede decir que Perón haya sido el responsable de que prácticamente el paisaje, la llanura argentina, los aviones se llamaran Perón. Había un avión que se llamaba JDP, habían forzado la matrícula para que coincidiera con el avión particular de Perón. Me acuerdo de este episodio porque yo era chico, y mi familia que era antiperonista decían: “Pero miren lo que hizo este hombre, a un avión de él le puso como matrícula JDP 45 y no correspondía poner JDP 45”. (El número no importaba, era otra cifra pero...). Ahora, evidentemente no fue Perón, fue un empleado que decidió “vamos a ponerle a este avión JDP”. Eso, para Jauretche no era un simple acto de fachonería política, sino que era un hecho grave.

Jauretche es un pensador del paisaje y de los nombres, que luchó buena parte de su vida para conservar los nombres criollos. No indigenista porque el indigenista cede al indigenismo, pero era un criollista, es decir era un vasco de Lincoln. Su primera inquietud era que el pueblo se llamara Lincoln. No me acuerdo cómo se llamaba, pero se llamaba Lincoln de hacía muchos años, cuando asesinan a Lincoln en un teatro —Sarmiento creo que gobernaba, o Mitre, no me acuerdo quién, coincide con esa presidencia— lo primero que hacen es ponerle Lincoln a un pueblo de la provincia de Buenos Aires. De ahí era Jauretche. Le ponen el nombre del presidente asesinado, que era norteamericano. Pero su gran tema era Bellville, porque Sarmiento le pone Bellville a Fraile Muerto, que es un nombre piola. Y Sarmiento dice, con este nombre Fraile Muerto nunca va a progresar en la historia, vamos a ponerle el nombre del inventor del teléfono, el nombre de un técnico en vez del nombre de Fraile Muerto, que nos recordaría quien sabe qué mitología de la Iglesia y de los principios de la lengua en la Argentina. Entonces Jauretche, al revés que Sarmiento —que tiene muchos rasgos de Sarmiento y él mismo los reconoce: la forma peleadora, la permanente inquietud por las cosas, la publicidad intelectual, se siente muy cercano a Sarmiento aunque no hace más que hablar de Sarmiento, pero es su gran personaje—, es un Sarmiento invertido. Su tema educativo, el colonialismo pedagógico, no es el de Sarmiento de esa misma forma, pero es algo que lo hace

sentirse a él permanentemente en duelo con Sarmiento. Jauretche, al revés, quería conservar todos los nombres. A Sarmiento lo critica por ser el gran rebautizador de la llanura argentina. Laboulaye, por ejemplo. Laboulaye era un senador francés amigo de Sarmiento. ¿Qué razón hay de que con el nombre de un senador francés se llame un paraje que no me acuerdo qué nombre tenía en criollo? Sarmiento pasó y se acordó de su amigo francés y le puso Laboulaye. Esas cosas, para Jauretche, eran imponer la cultura sobre el territorio. En realidad, el territorio de una cultura era la singularidad nacional en la que pensaba Jauretche. Bueno, no pensaba que el nombre de Perón debía ser igual que Laboulaye, es decir, no pensaba que el nombre de Perón fuera una diferencia: Laboulaye, no y Perón, sí.

Por lo tanto, el nombre del paisaje, hay que tener en cuenta que el nombre de Perón sustituye el nombre que es la metáfora misma del nombre de Argentina, de La Pampa, que ahora se llamaba Perón. El Chaco es una gran palabra indígena que significa ‘lugar de caza’, una palabra en quechua, igual que “pampa”, que es tehuelche o algo así. Todas esas cosas a Jauretche le importaban demasiado porque es un poeta. Es un poeta que tiene además el tema de la industrialización argentina y de la alianza de clases que sostenga la industrialización argentina. Pero es un poeta, es un gran poeta gauchesco. *El Paso de los Libres* es un poema que se puede leer hoy con gran gusto. Entonces, si realmente le dijo eso a Perón, le daba una gran importancia al tema. Y no hay que desdeñarlo. Usted por esto puede llegar a caer. Y Perón se debió de haber reído, como va a caer por... No creo que a Perón le gustara también, pero no hacía nada por impedirlo, como no se hace hoy nada por impedir que se llame Kirchner cualquier carretera central u olvidada del país.

¿Por qué? Porque hay una fuerza interna en las cosas que nos lleva a eso. A todos nos lleva a eso porque el deseo de homenajear es muy misterioso y Jauretche no lo tenía como algo seguro. Para nosotros es simple, no nos incomoda. Pero para Jauretche era la quintaesencia de su pensamiento cultural. Poner un nombre es apropiarse democráticamente de un territorio, es forjar un territorio. Entonces, esas cosas le incomodaban del peronismo. Y se entienden al modo en que hablaba bien de Scalabrini. Perón hace algo que va mucho más allá de poner su nombre o dejar que se pusiera su nombre a los parajes de todo el país, que es encuadrar a los que se llaman peronistas ante el drama de una doctrina. Es decir, los que se llaman peronistas deben hablar de determinada manera y eso distinguiría ser peronista de no serlo. El peronismo está muy escrito, está escrito de todas las maneras posibles. La folletería peronista es enorme. Hay un manual de conducción política, o sea, está manualizado el peronismo. Se llama doctrina a un conjunto de enunciaciones que hoy se siguen repitiendo; algunas serán verdades y están numeradas de uno a vein-

te. Es decir, la pedagogía peronista era una pedagogía poderosísima y competía, primero con el sistema escolar heredado del siglo XIX, competía muy directamente.

Y después competía con la Iglesia, porque él tenía una doctrina y la Iglesia eso no lo perdonó. El sarmientismo lo perdonó más fácilmente que la Iglesia eso. Entonces era verdad que podía llegar a caer por eso. Si no, ¿por qué se bombardeó la Plaza? Por supuesto que se afectaron intereses de todo tipo, incluso económicos, pero los que bombardearon la plaza pusieron la insignia cristiana, dijeron “Cristo vence”. Cuando conspiraron, sobre todo el nacionalismo católico, conspiró en nombre de la cristiandad. Eran generales cristianos. El general Valle, que era un general cristiano, se levanta recién cuando cae Lonardi; se levanta cuando aparece el sector no cristiano del Ejército, el sector más vinculado al liberalismo, incluso a la masonería. Entonces, Scalabrini y Jauretche fueron compañeros de peronismo en muchos sentidos, pero Scalabrini hablaba con un idioma totalmente diferente al del peronismo. No se va a encontrar en Scalabrini ninguna verdad peronista. Se encuentran frases de Macedonio Fernández junto a frases de Lenin, frases de Hilferding y frases de su cosecha. Su cosecha era muy vasta, porque era un lector modernista, simbolista, y decadentista en sus comienzos. Sus comienzos son muy diferentes al empeñoso publicista que fue a partir de los años 30 en adelante. *El hombre que está solo y espera* es un libro melancólico, es un libro metafísico. De modo que los lenguajes de Scalabrini son anteriores al peronismo y no entran dentro del peronismo. Y los de Jauretche tampoco. Por eso la disolución de FORJA es una disolución forzada. No cabía FORJA... si tenían que pedir la nacionalización de los ferrocarriles y demás, no cabía un grupo que tenía un fuerte sello yrigoyenista, y lo siguen teniendo a pesar de que se escapan del partido radical por muchas razones; porque al partido radical lo dirigía Alvear en ese momento; o los que eran los herederos de Alvear —no sé si había muerto por esa época Alvear—. Y porque Scalabrini no quería ser ni radical ni peronista.

Scalabrini era un personaje muy orgulloso. Era tan orgulloso, que llegaba a decir “Yo soy el más humilde de los argentinos”. Solo un gran orgulloso puede decir eso. Una vez, Perón le escribe una carta diciéndole: “Usted va a ser el jefe espiritual de los intelectuales argentinos”, que era la misma expresión de la cual era portadora Evita. Perón le escribe desde Madrid en ese momento. Y Scalabrini le responde: “Usted a una pobre persona como yo la pone en un lugar que no merezco”.

Bueno, si cualquiera que lee a Scalabrini percibe que él es otro salvador de la Nación. Él, o Hernández Arregui, eran salvadores de la Nación. No tenían una relación buena con Perón, que no se consideraba un salvador de la Nación, pero estaba seguro de que su nombre estaba en las plazas, le cantaban millones de personas

con marchas; le decían “¡Viva Perón!”, “¡Perón, Perón!”, ¡cuántas veces lo dijimos! Entonces, Perón descansaba sobre ese límite. Y Jauretche tenía el título de héroe de *Paso de los Libres*, y Scalabrini decía, yo, una pobre persona, pero estaba destinado a todo lo que escribió. Scalabrini es para denunciar lo falso de la situación argentina, a todo lo ve como falso. Y, al mismo tiempo, encarna una idea de intelectual sacrificado a la manera de Moreno. Porque si él era algo, era un morenista. Scalabrini es un morenista y es un morenista del *Texto de supresión de honores*, es decir, no tiene la idea de Jauretche de batirse a duelo, tiene la idea de que el intelectual es un intelectual solitario, él rechaza todo los honores, tiene esa idea de supresión de honores, rechaza cualquier honor, rechaza los premios de *La Nación*. Y subordina toda su vida, incluso su vida familiar, a la denuncia, a la denuncia grandilocuente y magnífica respecto de que el país está sometido a la tela de araña del imperialismo. En esa empresa destaca la obra de Scalabrini y por eso merece un nombre de calle, merece respeto y consideración. Una manera de ser intelectual que prácticamente está extinguida en la Argentina. Y Jauretche lo respeta a Scalabrini precisamente por eso. En algo son parecidos. Uno es más duelista que el otro, pero hablan lenguajes que no son del peronismo. Están obligados a acompañar al peronismo, y están casi obligados a pelearse con Perón. Porque Perón era otro personaje difícil, lo hacía difícil el rito de Eva Perón, las marchas que se cantaban... él no podía dejar de ser difícil, con sus maneras totalmente cortes.

Perón está formado en la cortesía militar, no tiene nada que ver con el modo agresivo de la política tal como se hace hoy. Era un personaje que hablaba en tercera persona del plural —“trabajadores os digo”—, no era alguien de lenguaje vulgar Perón. Si uno escucha los discursos de Perón, es un gran orador sofisticado, usa un castellano casi castizo. Es cierto que se hablaba un poco así, pero la radio argentina ya no hablaba así. Perón, a pesar de que los medios de comunicación estaban muy instalados en Argentina... (la radio... de donde sale Evita... Evita sale de la radio, y también dice “trabajadores os digo”), es cierto que la plaza pública lo obliga a un lenguaje plebeyo que íntimamente no le gustaba. Eso también hay que decirlo, porque él viene de otra Argentina y todo lo que despierta los sorprende, y no evita la proliferación de su nombre, que era el clima en el que Jauretche se fija para decirle “Usted por esto va a caer”.

Me acuerdo que en mi casa, el libro de la escuela primaria, el primer balbuceo dadaísta de un infante (el grupo “dada” se basa justamente en un chico que dice “da da”, la primera sílaba), bueno, el dadaísmo argentino era decir “Pe-rón”, “E-vita”. Mi abuelo me decía, mi abuelo era profundamente “gorila”, decía lo mismo que Jauretche: “Este hombre se tiene que ir, ¿cómo obliga a los niños a hacer esto?”. Era

un empleado de los ferrocarriles ingleses. No le interesaba la nacionalización. Las cosas que nos interesaban después a los que fuimos peronistas, a mi abuelo no le interesaban. Le interesaban otras cosas, le interesaba ese magma cultural pequeño que era la familia y cómo uno aprendía a leer ¿con Perón y Evita? Entonces, la frase de Jauretche tenía cierto sentido, “Usted por esto puede llegar a caer”. Era una charla entre dos personajes astutos, la astucia criolla los dos, porque los dos tienen la misma astucia criolla. Entonces, no hay que pasar por alto estas grandes discusiones, que resumo muy mal y por supuesto habría tantas otras cosas que decir de Jauretche.

Cuando cae Perón, él y Scalabrini —sobre todo Scalabrini— se sienten llamados a hacer algo que no habían pensado, defender a Perón. Porque son los que perciben que Perón, en su liderazgo expresaba algo más profundo que la mera presencia del líder, que expresaba la vida de un pueblo, que expresaba grandes reivindicaciones. El peronismo ortodoxo, el peronismo sin más, o el peronismo que después fuimos nosotros, no pensaba eso, pensaba que Perón era una figura cuya autonomía de conciencia y cuya biografía tenía la condición de ser la vida de un santo, lo que para la Iglesia son las vidas de los santos, hacíamos la hagiografía de Perón nosotros. Pero para Jauretche y Scalabrini no era así. Perón era el intermediario afortunado de la vida popular y por eso lo apoyaban. Ese sentimiento se parecía más al de las izquierdas nacionales, al de las izquierdas que entraban al peronismo, no por Perón. Desde la revista *Contorno*, muchos de sus miembros después también respetaron al peronismo porque efectivamente no se podía pasar por alto lo que había sido una formidable movilización popular en torno de fórmulas de la democracia, la independencia económica.

Pero, el estilo cultural del peronismo, el modo de comportarse de Perón estaba en discusión. No para los peronistas, pero sí para Jauretche y Scalabrini. Y salen a defenderlo con grandes escritos, Jauretche refuta a Prebisch, que fue el asesor económico de Lonardi, que obliga a una devaluación, etc. Ese es un episodio muy interesante, porque Prebisch es otro desarrollista, el creador de la CEPAL. Y Jauretche, en virtud de la defensa del peronismo, escribe el magnífico opúsculo *El retorno al coloniaje*, con su lenguaje de “vendepatrias”, “coloniaje”, “cipayos”. “Cipayos” es una gran metáfora, “cipayo” creo que es de Jauretche, si nadie demuestra lo contrario, es de Jauretche. Porque todos toman de todo, pero esa es formidable. “Cipayo” se llamaba realmente al miembro del ejército hindú al servicio de Inglaterra, el cuerpo de habitantes de la India inscriptos en el Ejército inglés se llamaban “cipayos” como denominación correcta, del diccionario real de la lengua inglesa. Es una palabra hindú. En la Argentina, Jauretche la convierte en el que está al servicio de

los ejércitos extranjeros o de los extranjeros en general. Una palabra de una potencia simbólica enorme hasta hoy. Entonces, esos personajes se lanzan con toda su potencia simbólica a hacer algo de lo que después se arrepienten, porque Prebisch pensaba muy parecido a Jauretche; eso lo demostrará el tiempo, cuando crea la CEPAL y demás. Y Jauretche en el libro *El medio pelo...* hace una cierta autocrítica y se lanza a una reconsideración de Prebisch. También se puede leer en *Los profetas del odio*, que es un libro contra Martínez Estrada...

En eso creo que se equivocaba, no entendió hasta qué punto se parecían también; su gauchesca era un género tan género como las alusiones que hace Martínez Estrada de la mitología griega, es decir, de los mitos fundadores europeos. Los dos tenían mitologías diferentes, eso es lo que se puede decir. Con esa mitología, Martínez Estrada hizo un enorme esfuerzo por comprender al peronismo atacándolo. Entonces ahí, creo que le jugó una mala pasada el confrontar mitología contra mitología, porque así siempre nos vamos a pelear con cualquiera. Debajo de esas mitologías había fuertes comprensiones del peronismo, en ambos. Y a ninguno de los dos le gustaba la figura de Perón. Son cosas para ir revisando.

Ya en el 56 le escribe una carta a Sábato. Porque Sábato también era alguien que hace su periplo espiritual, apoyando el golpe del 55, e inmediatamente corta relaciones con el golpe del 55 porque quería forjar también su propia corriente que, en el balance final de la Argentina, fue una corriente fracasada. Sería un humanismo de carácter europeísta, influido por Albert Camus, donde él, al igual que Scalabrini, serían oficiantes sacerdotales de ese humanismo para educar a los militares, educarlo a Borges, hablar con Videla... bueno, eso le fracasó totalmente al pobre Sábato. Pero yo no lo desdenaría hoy, porque nosotros no estamos garantizados de nada para jactarnos del fracaso de los demás. Y como Sábato renuncia a la dirección de la revista *Mundo Argentino*, que era *Mundo Peronista*. La *Revolución Libertadora* se la da a Sábato, que se había destacado por denunciar las torturas al médico comunista Ingalinella, que fallece en Santa Fe a causa de las torturas en las comisarías del peronismo. Y ese hecho inmediatamente lo obliga a Perón a reaccionar y dismantela esa comisaría, es un hecho olvidado. O sea, a Perón también lo horroriza ese hecho.

Perón no era un personaje al que le gustara la violencia, muchos lo acusaban de cobarde, era un personaje que repudiaba enteramente esos hechos, y actúa muy rápidamente ahí Perón. Pero, eso no lo hace a Sábato ser peronista por eso. Ahora, la *Revolución Libertadora* no solo tortura más en las comisarías, y no hay ningún general en la *Revolución Libertadora* que se horrorice, sino que son los que dan las órdenes, sino que además fusila. Eso Sábato no lo admite. Por eso, ahí Sábato se

convierte en alguien que comienza a denunciar ese orden. Renuncia a la revista de la *Revolución Libertadora* y comienza su largo itinerario también de comprensión del peronismo. Escribe *El otro rostro del peronismo*, que Jauretche saluda. Sábató dice lo mismo que dice Ismael Viñas, que dice la revista *Contorno*, “a Perón no lo soportamos, pero... las masas peronistas quedan huérfanas”.

Lo mismo dijo Lonardi, todos dicen lo mismo, que las masas peronistas quedan huérfanas y a ver quién se encarga de ese patrimonio enorme en busca de justicia. Perón desde el exilio podía reírse, pero en Madrid; en Panamá no se rio tanto, cuando le escribe a Cooke “estoy acá solo con mi máquina de escribir”. No en vano desde Panamá —o desde Caracas—, escribe la carta diciendo: “En caso de mi fallecimiento, delego en usted el mando de... el mando o la dirección de nuestras fuerzas, su palabras serán mis palabras, sus decisiones mis decisiones”. Eso no lo escribe cualquiera, lo escribe alguien que piensa en su muerte. Ya en Madrid no piensa en ninguna muerte, se pelea con todos los que antes trataba como amigos, ya no lo tolera a Cooke. Pero, en realidad, el peronismo queda con los muchachos de Corrientes y Esmeralda, que se rearmen, originando discusiones —justo en la esquina de Corrientes y Esmeralda, que es la esquina de *El hombre que está solo y espera*, provocando a los no peronistas a que discutan.

Los primeros atisbos de la resistencia, que fue muy precaria, los llamados “caños”, etc., hasta que aparecen los grandes grupos armados en nombre del peronismo, que ya a Perón no le gustaron tanto, aunque le gustó hasta lo que fue el MRP, el Movimiento Revolucionario Peronista, que era un esbozo de violencia inocente. Pero, no tuvo cómo decir que no le gustaba lo que vino después hasta que finalmente logró decirlo, con el altísimo costo humano y simbólico que eso tuvo. Digo esto, ya para terminar esta larga disquisición, Jauretche y Scalabrini pertenecen al frondicismo, pertenecen al desarrollismo más que al frondicismo. Scalabrini rompe con Frondizi cuando asciende a Aramburu y Rojas en su carrera militar, y renuncia a la revista que él dirige, porque dirige la revista de Frondizi. Y Jauretche, según el libro *El pacto*, de Ramón Prieto —que es un interesante personaje del desarrollismo y de la vida política argentina—, describe una escena en un bar de la calle Las Heras, donde se festejan los votos de Frondizi y Jauretche grita “¡Se acabó el mito de Perón!”. Como diría Lanusse después: “Que venga Perón para que se acabe el mito de Perón”. Un mito que no se acabaría. Entonces Jauretche tiene eso, los mitos eran los que él forjaba con su gauchesca y el peronismo era lo que le recordaba del yrigoyenismo, porque nunca dejó de serlo, y lo que le recordaba del vastísimo programa que FORJA había anunciado en términos de soberanía nacional, la siderurgia, los ferrocarriles argentinos, que había que pedírselos a Perón. Porque Perón no pensaba

tanto en eso. Hay un banquete que cuenta Scalabrini, que está sentado a tres mesas de Perón, y le escribe un billetito, le dice “Coronel, le vamos a pedir los ferrocarriles”, y Perón lo lee y se lo guarda en el bolsillo. Eso lo cuenta Scalabrini, no es que estaba clara la nacionalización de los ferrocarriles. Es un grupo que se plantea como un grupo para presionar a un gobierno que cree con ciertas afinidades, con la programática de FORJA.

Y, con posterioridad a la caída de Perón, cuando el representante de Perón en Argentina es John William Cooke, que es alguien que tiene como sujeto de la historia a la clase obrera... en la *Correspondencia* hacen una valoración del frondicismo con mucho desprecio hacia FORJA. Cooke le escribe a Perón: “Fíjese General –le dice– qué es el frondicismo, es la FORJA rediviva, es el grupo FORJA que siempre fue la misma clase media argentina, que nunca fue peronista”. Eso le dijo Cooke a Perón. ¿Por qué razón? Claro que fue un período fugaz, pero porque la vieja FORJA, con Frondizi, no votan en blanco en las elecciones de 1957. Las elecciones del 57 las gana el voto en blanco, en la elección de Constituyentes, y recién después aparece el partido radical. Y Perón y Cooke llaman al voto en blanco; es antes del voto a Frondizi. Y FORJA, o sea, la FORJA rediviva, como dice Cooke, la clase media argentina porteña dice Cooke, llama a votar a Frondizi. Esas son largas cartas de Perón y Cooke donde ambos repudian por igual a Jauretche.

El repudio en Perón es muy pasajero, es un repudio que ya conocemos. Su repudio no era duradero, y sí en cambio el del duelista Jauretche. Y sí en cambio el de Cooke, que actuaba por razones ideológicas. Perón, como él se consideraba más allá de las ideologías, no tenía repudios permanentes.

Entonces, en ese sentido me parece que toda la historia del peronismo y de Jauretche es muy compleja. No es que hoy no se pueda poner en una galería de la gran marcha del pueblo argentino a estos nombres en común. Pero lo que creo que no deberíamos hacer es no indagar en las razones que son las razones por las cuales hoy también aparecen quebraduras y fisuras en los grupos que apoyan al gobierno. Y en los mismos grupos de discusión donde estamos por un lado hermanados, y por otro lado, no exentos de este tipo de dificultades que tienen que ver con nuestra memoria, con nuestros lenguajes, y que somos celosos de defenderlos más allá de los lenguajes genéricos que aceptamos. De modo que estas razones que me animo a tratar aquí son las mismas que hacen a cómo se forjan los grandes conjuntos políticos en su operatividad. Esto no implicaba menos operatividad para lo que llamamos peronismo, pero sí implicaba conocer las razones por las cuales había fuertes divergencias internas en personas que tenían todas las oportunidades posibles para coincidir en rasgos generales dentro de una historia común.

Por eso, el último rasgo de Jauretche es que marcha hacia su última morada —como dicen los sacerdotes—, envuelto en una bandera montonera. Claro que fue una decisión de su sobrino Ernesto, pero no era una decisión que un político llamaría casual...

ERNESTO VILLANUEVA: —Ernesto está entre los presentes...

HORACIO GONZÁLEZ: —¿Es así Ernesto?

ERNESTO JAURETCHE: —Sí, es así.

HORACIO GONZÁLEZ: —Yo creo que si hubiera sabido que Ernesto estaba en la sala no hubiera dicho ni la cuarta parte de lo que dije. [Risas]. Bueno, creo que, sin embargo, no he sido tan infiel con la historia verdadera... y no es inadecuado que esa bandera envolviera a Jauretche porque —y acá solamente imagino y te pido disculpas Ernesto por lo que voy a decir— imagino la profunda simpatía que le debía causar a Arturo Jauretche la saga montonera. Imagino que, en las grandes dificultades de la época, esa era su elección pública o secreta, no lo sé...

ERNESTO JAURETCHE: —No sé qué pensaba él, pero Jauretche era nuestro... nosotros pensábamos que Jauretche era nuestro.

HORACIO GONZÁLEZ: —Creo que era una elección correcta que no hacía sino coronar todas las dificultades que había tenido con Perón. Puesto que no podía escapársele qué significaba el debate de Perón con una buena parte de la juventud armada, creo que la opción de la bandera montonera en el féretro... Y esto da para muchas interpretaciones, simplemente me parece que en este momento y pensando en esta historia contemporánea, era la fusión emblemática o simbólica que correspondía. Esto no hace más que revelar, no la necesidad de escribir otra historia artificiosa del peronismo, sino revelar la complejidad insospechada que tenía el peronismo. Creo que si lo hubiéramos sospechado, habríamos sido más prudentes. [Risas]. Como ya es tarde para decirlo, seguimos hablando así.

[Largos aplausos].

“DESDE LA ORILLA DE LA CIENCIA: Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”*

ANÍBAL FORD

1. ¿Sobre qué me está informando?

El objetivo “consolidar la identidad nacional” es un lugar obligado de las políticas culturales nacionales. Lugar muchas veces retórico, hoy se ha transformado en zona crítica y objetivo básico de las políticas de los países dependientes –como lo ejemplifican las problemáticas del Nuevo Orden Informativo Internacional– debido al fortalecimiento de las estrategias, recursos y “baterías” tecnológicas de la “cultura transnacional”. De cuáles son las formas con que opera esta cultura tuvimos un buen ejemplo no solo durante la guerra de las Malvinas, sino también durante todo el “proceso”, el cual puso en marcha un franco, ambicioso y también frustrado operativo de “lavarle el cerebro” al argentino histórico. Y no por medio de los diferentes “gancedos”, sino a través de la estrategia “económico-cultural” de Martínez de Hoz, apoyada en la publicidad estatal, la desinformación, la represión. Esto en un marco donde la Argentina del proceso votaba en la Unesco por el “flujo libre de información”, es decir, por el mantenimiento del actual *statu quo*, caracterizado por la concentración de casi el ochenta por ciento del flujo informativo y cultural en unas pocas transnacionales de la información y la electrónica (Mc Bride, 1980; Fox, 1982; Portales Cifuentes, 1982; Matterlat y Schmucler, 1983).

* Este trabajo fue presentado en el Segundo Seminario de la Comisión de Comunicación de CLACSO (“Comunicación y culturas populares”), Buenos Aires, 12-16 de septiembre de 1983, y publicado en *Crítica y Utopía*, 10-11: 51-69, noviembre de 1983.

Pero este lugar “obligado” o necesario –“consolidar la identidad nacional”– no está siempre claro en los grupos mandantes, en los intelectuales, en los técnicos, en los políticos. Si uno le preguntara a alguno de estos, al uso de los viejos manuales de filosofía analítica: “¿dígame, cuando usted me habla de ‘consolidar la cultura o la identidad nacional’, me puede decir sobre que me está informando?”, es muy posible que reciba una respuesta deficiente, de casi imposible ejecución, “de compromiso”, cuando no vacía o retórica. (O correcta en el “interior” de lo político, no objetivable en una política cultural). Debajo de esta deficiencia hay varios problemas, que me limitaré a enunciar, pues es el otro camino que voy a seguir. Está por ejemplo el hecho de que a pesar de lo mucho recorrido fuera y *dentro* del país sobre “lo cultural”, todavía se sigue operando con un criterio obsoleto e ideológico, muy influido por la concepción elitista-distributiva de la cultura. (Esto explica la presencia hegemónica en grupos, comisiones, proyectos culturales, y también en lugares de opinión, de artistas e intelectuales “al viejo uso”, frente a la ausencia de los que ahondan la problemática cultural desde la sociología, la comunicología, la historiografía, la antropología, la politicología, etc.)¹. Está también debajo de la

¹ Lo “cultural” y lo “comunicacional” han sido lo suficientemente trajinados como para que hoy no se los conciba ingenuamente. Recuérdense las 160 definiciones de cultura –solo desde el punto de vista antropológico–, en Kroeber, Kluckhohn y Meyer (1952) o las 95 definiciones de comunicación en Dance, 1970: 201-210. Un importante y polémico intento de trabajar el concepto de cultura desde lo político cultural fue realizado, también hace años, por Morin (1969). Junto con esto, y lo que le sigue, se genera, especialmente a partir de la crisis internacional de 1973, una problemática cultural en la vida cotidiana que termina de romper con el concepto tradicional al integrar alternativismos, “ecologismos”, nuevas “lecturas” de los recursos naturales, revalorizaciones de las culturas nacionales y regionales, crisis de los saberes derivados del economicismo o de la razón iluminista, etcétera.

Digo “dentro” porque en la Argentina, siguiendo una línea revisionista histórico-cultural, o pensamientos que relacionan lo epistemológico al análisis de la dependencia (de Ortiz Pereira a Jauretche) se reelabora la problemática cultural desde la identidad, lo popular, lo político, etc., con intensidad, sobre todo en grupos que trabajan en sociología, filosofía, historia de la cultura popular, antropología hacia 1970.

En el “dentro” va también la reconceptuación que se hace en los años de los primeros gobiernos peronistas y de la cual son testimonios el curso sobre “El hombre y la cultura” dado en la Escuela Superior Peronista en 1954. –En Perón (1974) [la atribución a Perón es errónea, el curso fue dictado por Hernán Benítez] o el folleto Presidencia de la Nación (1953)–.

La presencia de un concepto “restringido” de cultura se da aun en textos recientes. Es el caso de A. Rouquié (comp.) (1982), *Argentina hoy*, México, Siglo XXI Editores; aquí el “espacio cultural” es ocupado por un artículo sobre la narrativa literaria (Ángel Rama)

deficiencia que analizamos, la poca conciencia (y también los tabúes y prejuicios) sobre la necesidad y las características de una política nacional centralizada, armada en torno de un proyecto nacional. Sobre todo en un país que ofrece una notable dispersión e irracionalidad, de “anarquía oligárquica” como señalaba el Segundo Plan Quinquenal, en los aparatos culturales del Estado. (Basta ver el campo restringido y elitista que cubre la subsecretaría de Cultura, complementario inferior, casi siempre, en un ministerio que no es de Educación, sino de Instrucción Pública; a su vez su desconexión con los medios masivos, dependientes de organismos con los cuales se relacionan por el control o la infraestructura; la no relación de estos campos, por otra parte, con los del tiempo libre, los deportes, el turismo, etc., que operan en el ministerio de Bienestar Social; la no existencia o funcionamiento de organismos regionales o interregionales, etcétera)².

Pero debajo de estas dos carencias –reconceptuación de lo cultural y de lo político cultural– hay otras carencias que son tal vez las que impidan el “salto”. Me refiero a la necesidad de una real revisión –científica, pero también social–³ del “aparato de conocimiento hegemónico”, de ese paquete de conceptos que articula la base de una reconceptuación de “lo cultural”: concepto de comunicación (verbal y no verbal), manipulación, aprendizaje, decisión, flujo de información y censura, constitución de lo político y de la identidad, “variados” canales de participación y elaboración de

donde el avance esta dado solo por una ampliación del “concepto de literario” al campo del testimonio, la denuncia, la historia de vida, en un marco donde no solo desaparecen grandes zonas de la cultura popular, sino que también esta es entendida como reaccionaria, pasiva. Dice Rama: “dentro de la cultura popular funcionan poderosas energías conservadoras y retardatarias hijas de la deformación (impresa por la situación represiva en la que se la ha tenido) para las cuales toda nueva incorporación, toda novedad, es un sacrilegio”.

² Basta revisar la descripción de los “aparatos” culturales del Estado que hace Harvey (1977), para comprobar esta inorganicidad. Para esta “anarquía oligárquica” –Presidencia de la Nación (1953)– es también parte de un complejo proceso histórico de institucionalización de lo “cultural” –Rovan (1969)–. Por otra parte, la oligarquía, al margen de los aparatos llamados “culturales”, tuvo siempre un concepto orgánico y “antropológico” de la cultura (algo aprendieron de los ingleses) que marchó por otros canales (Ford, 1983).

³ Digo social porque ciertas concepciones erróneas actúan no solo en las ciencias o en la política, sino en la vida cotidiana (del vendedor al médico, del comunicador al empresario). Tal es el caso, por ejemplo, de la unidireccionalidad de la comunicación, del privilegio del emisor. Esta concepción ante la cual la cultura popular acuñó términos críticos (“dar filo”, “bajar la cortina”, etc.) tiene un camino de revisión que, aunque se acentúa hoy –es el caso de Hall (1980)–, ya estaba sobre el tapete hacia fines de los 60 (Mortensen, 1978).

proyectos y de “formas” de calidad de vida, etc.⁴. Un paquete que por cierto también debe informar al que opera en el campo de la economía o de la política tecnológica, de lo social o de lo político. Y digo esto en el marco de la crítica al socioeconomismo y sus “reducciones”, como en aquellos casos en que la alternativa entre una sociedad competitiva y una sociedad solidaria se plantea en términos semejantes a los de la elección de un perfil de explotación de recursos naturales⁵.

Pero mi intención no es entrar por lo teórico en estos problemas. Sino “salir a exteriores”, “escuchar con humildad”⁶ algunas de esas tantas historias por donde creo que pasa la real problemática de la cultura, de la historia de mi país en esta etapa de crisis “límite”.

⁴ Revisión nada fácil. El autoritarismo utiliza los aportes de la psicología o de la comunicación en ciertos planos; en otros no los puede admitir porque derrumban su concepción del mundo, por más “eficientista” o científica que esta quiera serlo. De ahí el ataque a ciertas epistemologías movedizas como lo ejemplifican el caso de la represión de las matemáticas modernas o el tipo de crítica que se realiza a Piaget en la revista militar *Manual de la Información*, vol. XXIII, N.º 6, 1981.

⁵ Este sería el caso de algunos proyectos economicistas o tecnócratas. Pero también está el caso de importantes modelos o proyectos que deslindan o reducen la dinámica y las redes de la constitución política y cultural del proyecto. Doy ejemplos diferentes como: Mont (1972) o el trabajo llevado a cabo hacia 1975 por la Fundación Bariloche. Dos ejemplos, vale acotar, de un importante corpus de investigación sobre proyecto nacional. Cf. F. J. Cirigliano (1977), “Aportes para una bibliografía sobre proyecto nacional”. *Geopolítica*, vol. 7, N.º 8, enero-abril, pp. 51-53, que todavía no ha recibido la atención que merece.

⁶ La expresión es de Perón, cuya concepción del modelo no es “cientificista”, sino abierta (“en modo alguno puede proponerse un modelo estático y cerrado”), alimentada por la historia y la experiencia de las clases populares (“el ideólogo es un intérprete”). Perón se plantea lo “cultural” en dos niveles. Uno de base “El ámbito cultural... constituye una especie de red que conecta los ámbitos económico, político y social”) y otro más específico, objetivable en una política cultural. Este, a su vez se apoya en tres pilares: la educación, los medios, y la cultura popular. Es al bocetar este último factor que dice: “[los universitarios] deberán estar cerca del pueblo, que aporta el tercer elemento para la definición de cultura nacional; su misteriosa creatividad, que lo convierte –además– en testigo insobornable. Testigo que hay que escuchar con humildad...”. Lo de “misterioso” puede ser mal entendido si no se acepta la concepción del hombre que alimenta al proyecto o no se repara en ciertas afirmaciones claves que este contiene y que cobraron vigencia durante estos años. Por ejemplo, la siguiente: “La coerción interna *no puede impedir* que se desarrollen mecanismo informales de comunicación directa” [subrayado nuestro]. J. D. Perón (1974), “El modelo argentino para la elaboración del proyecto nacional”. Discurso del 1.º de Mayo de 1974. Diversas ediciones.

2. La historia de doña A

Enero de 1982. Estoy con algunos compañeros peronistas en un rancho de un pueblo de la quebrada jujeña. Rancho coquetón, cargado de adornos. Cae la tarde. Enfrente el sol pega contra los cerros “pintarrajeados”. La conversación es lenta, ceremoniosa. De pronto uno de nosotros, con años de militancia en la zona, mira la pared donde, como faltándole algo a los costados, está solitario, el retrato de San Martín, y se dirige a la anciana dueña de la casa:

—¿Y los retratos, Doña A? —le pregunta.

—Están bien guardaditos —contesta la interpelada y sonriente, corta ahí la respuesta.

Claramente, con una estrategia comunicacional que persiste en la cultura del hombre más allá de las etapas económicas, “metacomunica” que los retratos no han sido destruidos y que, a pesar de la confianza, no quiere hablar más del asunto.

Enero de 1983. El compañero que le había hecho la pregunta a doña A vuelve a visitarla. Ahora sí, sobre la pared, están los retratos de Perón y Evita. Entonces se anima y le pregunta:

—Y, doña A, ¿dónde tenía guardados los retratos?

Y ahí la anciana habla. Cuenta que durante los años de represión los había escondido en la tumba de su hijo mayor, un suboficial peronista muerto durante los bombardeos gorilas de la Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955. De ahí se los había traído ahora para colocarlos de nuevo junto al de San Martín.

Es a partir de esta pequeña historia que me voy a hacer algunas precarias preguntas sobre la identidad y la cultura nacional.

3. Primera salida: en torno de lo micro

Me vuelvo hacia esta microhistoria no con la intención del que incluye en el discurso (político, religioso, etc.) la anécdota, el “caso”, el *exemplum*, como unidad que acompaña a la razón “demostrativa” en calidad de apoyo analógico, “literario”, didáctico. Sino como dato central; como un “conjunto” de conductas, valores, estrategias de acción y comunicación, ejes de procesamiento de la mismidad y de la autorreferencia, formas de constitución de lo político, fragmentos de biografías individuales y sociales, etc. Conjunto que se abre hacia abajo como esas unidades “finales” que la física moderna destruyó descubriendo dentro de ellas un universo ilimitado que, además, compromete al propio observador, transformándolo también en parte de lo observado. En este sentido rescato esta entrada en las problemáticas de la identidad y la cultura, en la constitución de lo político en el sentido

global del término. Como entrada en lo totalizador, en las grandes explicaciones, en la discusión con los modelos hegemónicos, desde lo *hiperconcreto*. (Afirmación que ubico en la problemática de la “cultura” argentina, notoriamente débil en el análisis o la percepción concreta de la realidad concreta). Pero aclaro: no desde lecturas “puramente” sociológicas, antropológicas, económicas, culturoológicas, o lo que fuere; sino desde la posibilidad de leer esta noticia desde sus propias relaciones. (El “seudosistema” que articula entre sí los silencios de una conversación, el valor de los símbolos, las historias políticas no habladas, las formas de decorar una vivienda, los rastros de una inserción económica, etc. Seudosistema que, no siendo reducible, nos constituye)⁷.

4. Segunda salida: la microhistoria tiene sus historias cruzadas

Pero este conjunto se “designifica” si hacemos de él solo una lectura sincrónica, error grave, y frecuente en nuestra “cultura”, y no únicamente en el terreno de las ciencias “blandas”. Porque cada elemento, cada relación de este conjunto nos remite a una historia propia, a una problemática, a una “cultura”, a un corpus institucional, formal o informal, y, muchas veces, hasta a un campo de reflexión erudito, científico o ensayístico generalmente olvidado⁸. Y aquí cabría reflexionar, con respecto a esta microhistoria —sin perder su centro estructurador: la biografía de doña A— sobre zonas tan diversas como la fuerte tradición popular sanmartiniana que se genera coetáneamente a las propias campañas de “Don José”; o en el cruce de esta tradición con las referentes a los procesos de integración territorial e identidad nacional; la lectura popular de las Fuerzas Armadas, sobre todo en zonas marginadas (el hijo subo-

⁷ En la práctica política la “complejidad” de la constitución de lo político fue más “trabajada” por las corrientes “populistas” que por las corrientes “iluministas”. Incluso el ingreso de esta “complejidad” en el campo de las ciencias políticas es relativamente nuevo, o se está dando de una forma nueva, no ajena a las diversas crisis. Es el caso de O. Landi (1982). El problema es “cómo”, “por dónde” (o “desde dónde”) se avanza en estos planteos.

⁸ Una de las características de nuestra cultura es haber desarrollado un importante corpus —“culto” o popular— de información, de análisis sobre nuestra realidad que, en gran medida, termina siendo “bloqueado, tapado, no movilizado”. Ejemplos de esto, en lo que se refiere al “saber” territorial, hemos analizado en Ford (1982).

⁹ Lo documenta el sainete rural *El detall de la acción de Maipú*, desarrollado sobre el propio parte de la batalla, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, 1923.

ficial)¹⁰; las estrategias de ocultamiento, desvió, astucia, ya descritas por Sarmiento en sus razonamientos sobre la “barbarie”¹¹, y sus trayectos a través de los “desensillar hasta que aclare” hasta los años del proceso donde esas viejas estrategias adjudicadas muchas veces a las culturales rurales, o a lugares de reflexión del “populismo”, fueron utilizadas por todos los argentinos; y también las formas de transmisión de estos recursos por terceras generaciones (el abuelo puede enseñar la astucia, el padre no); a su vez, la relación de todo ello con las defensas frente a la censura que se mueven, como se han movido siempre en todo el espectro cultural, y que pueden ser razonadas desde el Senado de Liliput del *Gentleman's Magazine* a Clemente; el valor y el uso de los retratos —dentro del marco general de la iconografía elegida por los sectores populares— tanto en su juego, muchas veces aleatorio y otras muy formalizado, como en su peso identificatorio de tanto valor que ha generado un viejo y “rentable” negocio en la venta del retrato de vidrio bombé y marco de caoba destinado a fijar una escena familiar o la imagen de algún finado; las reglas y los usos de la conversación tanto política como cotidiana, tan poco atendidos en la reflexión sobre nuestra identidad (Jauretche sería una de las pocas excepciones) a raíz de la hipervaloración de lo escrito en el marco histórico y cultural de la constitución del Estado moderno que como lo señala Jean Franco, siguiendo a Poulantzas, “basa su poder sobre lo escrito y así subordina todo otro tipo de cultura como aberrante y retrógrada” (Franco: 1983), las formas de “memoreo”, recuerdo, transmisión familiar que se dan en los sectores populares y que constituyen uno de los canales internos por donde persiste la identidad política, en este caso la del peronismo, a pesar de las grandes y largas represiones, y que explican ese inexplicable, para algunos, fenómeno de afiliación masiva. Y así podríamos seguir pero señalando que no se trata de desagregar, sino de “cruzar”, o de “recibir cruzado”, de configurar paquetes de relaciones y de relaciones de relaciones, si de lo que se trata es de reflexionar sobre nuestra identidad y nuestra cultura, obviamente como procesos —*con sus momentos de elección y fijación, indivi-*

¹⁰ Relación que debe haber sufrido fuertes transformaciones después de la guerra de las Malvinas donde murieron muchos soldados de esas regiones. Tema no muy tratado que, por otra parte, actualiza el sentido estructural que tenía esa vieja reflexión de la historiografía revisionista sobre las “guerras gauchas”.

¹¹ “En los llanos, el patriotismo es como en el Sahara. El niño, la mujer, todos contestaran lo contrario de la verdad. ¿Por dónde va la división? Y le señalan con la boca o con el pie: para allá. Se puede tomar a ciencia cierta el rumbo opuesto si se quiere acertar”. (Sarmiento, 1898: 77). Ejemplos similares, provenientes de la encuesta realizada por el Consejo Nacional de Educación en 1921, cita Fermín Chávez (1975: 57).

*dual o social*¹² y no como entidades metafísicas. (Lo cual no es una novedad, sino una forma de conceptualizar la identidad de manera abierta que tiene su larga historia, aún, o sobre todo, en el interior de la cultura popular).

5. Tercera salida: acotación posiblemente innecesaria

Pareciera que los razonamientos sobre la cultura popular constituyen el ingreso en una “espiral infinita”. Difícil encajonarlos en las pautas de la investigación clásica. Autoincluyen al investigador y cruzan sujeto con objeto de estudio¹³. Lo comprometen con su práctica laboral, con su práctica política, con su biografía personal. Problematizan categorías, clasificaciones, jerarquías, conjuntos y relaciones hegemónicas. Levantan saberes no institucionalizados: en el juego, la acción, la decisión, la fiesta, el aprendizaje, la comunicación oral y aun no verbal, las prácticas significantes, la relación con el contexto, la elaboración del consenso, el razonar, la concepción del hombre y del mundo. Y aun saberes especiales: en torno del territorio, la sociedad, el gobierno, los trabajos, la naturaleza. Someten a un proceso de retroalimentación positiva no solo a la cultura como “sector” sino también, y fundamentalmente, a la teoría o a la concepción de lo político, de lo social. Y esto mediante procesos en los cuales muchas veces se destruyen “sentidos” trabajosamente elaborados. Y esto debe ser, nomás, porque son razonamientos sobre el Hombre, íntegro y concreto, fuera de esa falaz dicotomía individual-social; sobre el Hombre, esa espiral infinita que siempre va a encontrar la manera de “romper” los intentos de “formalizarlo”, de manipularlo¹⁴.

¹² Los momentos de fijación, elección, decisión, vertebran la identidad, ya nos referimos a cristalizaciones históricas (el 17 de octubre) o a un gesto individual (la pose ante un retrato). Y esos momentos se constituyen sobre series muy complejas que no excluyen el azar como “saber” y crisis del individualismo totalizador, aun en la conducción política: “El punto máximo de la conducción... es... saberse jugar todo a una carta y que sea después lo que Dios quiera” (Perón, 1982: 206).

¹³ Planteo no nuevo, pero que hoy se está generalizando en diversos planos que problematizan la actitud tradicional del científico o del investigador. Cf. Las observaciones en torno a la física de Herrera (1982) o la puntualización de P. Bordieu (1980: 63-72): “L’objet de la science, à savoir la concurrence pour le monopole du découpage légitime, est aussi dans le sujet de la science, c’est-à-dire, dans le champs scientifique et dans chacun de ceux qu’il y trouvent engagés”. Son muchos los casos de transformación del discurso científico tradicional. Un ejemplo de esto es G. Bateson (1980).

¹⁴ Valen aquí las reflexiones sobre el teorema de Gödel, de D. R. Hofstadter (1974: 144-156). Con respecto a la manipulación ya hace más de una década que ciertos psicólogos refutaban las teorías del lavado de cerebro y la persuasión oculta. Mortensen, por ejemplo

6. Cuarta salida: las microhistorias y la crisis

¿Por qué el interés en la microhistoria? ¿Por qué este interés en concentrarse en una microhistoria con la misma intensidad con que en los años de la facultad nos concentrábamos en algún curso de paleografía, en algunos fragmentos de una piedra escrita en griego, en caracteres casi indescifrables? No porque quiera entablar una discusión “académica” en torno de las epistemologías de acceso a lo cultural. Sino por otras razones derivadas de la propia historia de estos años.

La Argentina ha sufrido un proceso de destrucción de sus tejidos políticos y culturales, de dispersión de sus razonamientos colectivos, de bloqueo de sus formas de buscar un propio modelo de felicidad, de dignidad, de justicia, de grandeza; un proceso de represión, de censura global que no creo que sea necesario describir. Esto hace que cierto discurso integrador de la nación —aquel que está por debajo de las opciones políticas— se haya en parte dispersado¹⁵. Y ese discurso no lo vuelven a integrar solo los políticos o los intelectuales, sino la propia sociedad en la compleja elaboración del proceso de agresión que ha sufrido. En parte nuestra sociedad lo está haciendo; es evidente por las afiliaciones masivas, las movilizaciones, la recuperación de formas de organización y participación y el surgimiento de nuevas. Pero también es evidente que en muchos casos se está elaborando, se irá elaborando después de las elecciones y pasará algún tiempo antes de que genere sus cristalizaciones.

(1978: 34-35) puntualizaba, apoyado en investigaciones concretas: “Lo que ignora esa imagen reactiva es la capacidad tremenda del organismo humano para seleccionar, ampliar y manipular las señales que acometen sus sentidos”.

¹⁵ Vale aquí recordar la reflexión de Jauretche en torno a FORJA y la crisis del 30. Decía ahí: “La expresión ‘posición nacional’ admite bastante latitud, pero entendemos por tal una línea política que obliga a pensar y dirigir el destino del país en vinculación directa con los intereses de las masas populares, la afirmación de nuestra independencia política en el orden internacional y la aspiración de una realización económica sin sujeción a intereses imperiales dominantes. Esta posición no es una doctrina, sino el abecé, el planteo elemental y mínimo que requiere la realización de una nacionalidad, es decir, la afirmación de su ser. No supone ni una doctrina económica o social... ni tampoco una doctrina institucional pues todas son contingentes al momento histórico y sus condiciones. Esto no excluye la posibilidad del desarrollo de una doctrina nacional o de una doctrina de carácter general a condiciones de que esta sea *histórica*, es decir, que nazca de la naturaleza misma de la nación y se proponga fines acordes con la misma. Y esta necesidad primera era la que FORJA vino a satisfacer. Promover el *modo de ver las cosas* como un punto de partida previo a toda doctrina política para el país, precisamente lo inverso de lo que hacían los partidos de doctrina”, (Jauretche, 1976: 21-22).

nes, sus bases de pluralidad. De allí la reparación en la microhistoria, en las miles de microhistorias donde se va “cocinando” una Argentina cultural y política que todavía no sabemos, no podemos saber bien qué es y que debemos ir “escuchando con humildad”, si de lo que se trata es de ir reconstruyendo de manera realmente democrática nuestro país. Esa Argentina que no solo como identidad, sino también como proyecto, pasa hoy por esas pequeñas historias del inundado que no es asistido ni económica ni “informativamente” para resolver o decidir su futuro; del desocupado que vuelve a su casa con las manos vacías después de “yirar” changas inútilmente; en el hiperhacinamiento de las pensiones de la “mishiadura”; en las madres que preguntan por sus hijos muertos por la represión o por la guerra de las Malvinas; en el que ahoga sus pequeños proyectos en las diversas “milcincuentas”¹⁶, en el jubilado que elige la muerte ante la desasistencia sanitaria o el costo de los medicamentos; en las penurias —o el futuro— de los chicos subalimentados o en el golpe a la dignidad de aquel que debe recurrir a una olla popular para alimentarse. Y obviamente se podría seguir.

Pero esta observación de lo micro que parte de un diagnóstico de fragmentación, ruptura y dispersión de una zona importante de los tejidos y discursos socioculturales, no se fundamenta en la necesidad de observar desde ángulos no ortodoxos la génesis de posibles configuraciones o cristalizaciones, cercanas o lejanas¹⁷; sino fundamentalmente en su validez como forma de explorar o de recibir la problemática cultural actual de mi país y de aportar a que se genere una política que atienda las necesidades culturales de fondo de los argentinos.

7. Quinta salida: las “problemáticas guachas”

Si nosotros exploramos todas esas microhistorias nos encontramos con una problemática cultural “de base”, por cierto mucho más compleja que aquella que se ubica, recurrentemente, bajo el nombre de cultura, y que va de los diversos problemas de identidad nacional, social, regional, etc., a las elaboraciones populares de formas de calidad de vida (felicidad del pueblo); de sus relaciones con el trabajo y la tecnología a sus modelos de diversión o religiosidad. Pero lo cierto es que este

¹⁶ Resolución del Banco Central de la República Argentina por la cual se indexan los préstamos y que ha tenido como consecuencia en numerosos casos el empobrecimiento o el despojamiento de los deudores.

¹⁷ Ciertas “entradas” en la cultura popular, en la vida cotidiana, si bien pueden alimentar formas de participación, de elaboración de proyecto, defensas de la justicia social etc., también pueden transformarse en abastecimiento para nuevas estrategias de represión.

“paquete” es ubicado, tradicionalmente, en el campo de lo político, donde, a su vez, es desplazado a un rol complementario inferior por la dinámica del poder y por los modelos economicistas de decisión o planificación. Y también es cierto que no se desplaza hacia lo “cultural” porque este sector sigue hegemonizado por una concepción elitista-distributiva de la cultura. Queda así como un conjunto “guacho”, desamparado, que si bien no podemos apartar de lo político, de lo social, de lo económico –sería una operación aberrante– debemos ubicar en la problemática político-cultural como sector central, desde el cual tendríamos que leer los proyectos culturales específicos, tradicionales o no. De alguna manera se trata de ir buscando, afirmando un paradigma para lo político cultural que encuadre problemáticas parciales, como lo son las listas negras o la censura en los medios, en el marco mayor de las contradicciones entre las identidades, las autonomías, las necesidades de los países del Tercer Mundo y las nuevas formas tecnoideológicas de la cultura transnacional, cuyas estrategias de censura y de “lista negra” afectan a millones de habitantes del planeta; un paradigma que ingrese efectivamente tanto en la creación de las clases populares –en sus prácticas significantes y comunicacionales, en sus prácticas participativas y políticas– como también en su demanda de formas culturales específicas (de capacitación, información, etcétera).

¿Quién se encarga de suministrarle al “inundado” el flujo de información (y en el nivel comunicacional que corresponde) que necesita sobre lo económico, lo ecológico, lo poblacional, lo hidrológico, lo geopolítico, lo sanitario, etc., para decidir o resolver su futuro incierto? ¿Quién lo protege de ese juego infernal que registramos en los diarios en las afirmaciones y rectificaciones en torno de la recuperación de la ruta 12? ¿Los medios? ¿Las organizaciones o instituciones existentes? ¿O una política cultural global que no solo acompañe, sino que también alimente las decisiones técnicas y económicas?

¿Dónde se decide el modelo de desarrollo, de progreso? ¿Quién genera la “cultura” de proyecto? ¿Los economistas? ¿Los planificadores? ¿Es seguro que se sabe recibir desde las clases populares y devolverles una problemática que a su vez sufre los efectos de una brutal desinformación colectiva? ¿Quién repara esto y cómo? ¿Quién evita que tras estos años de bloqueo internacional no pasemos a un *laissez-faire* que termine entregando el flujo informacional y cultural a un juego que en la Argentina resultó siempre distorsionador?¹⁸. ¿Tiene que haber o no, en nuestro país, una política cultural global de activación y aceleración de la información (en

¹⁸ Me refiero al *laissez-faire* que alimentó en nuestro país lo que Jauretche denominó “colonización pedagógica”.

todos los niveles comunicacionales posibles) con respecto a nosotros mismos, nuestras posibilidades, nuestra inserción en el mundo?

¿Forma parte o no de la política cultural profundizar las formas de participación en la decisión y aun en la constitución de las decisiones? ¿De proteger el flujo de memorias, creencias y valores populares en un marco superior al de la figura casi retórica de libertad de cultos? ¿De respetar las estrategias comunicacionales populares globales o regionales? ¿De proveer asistencia “cultural” ante un desplazamiento poblacional, un cambio en el perfil industrial, una política tecnológica? ¿De registrar y revertir los efectos en la vida cotidiana de todos los desastres que han afligido al país? ¿De proteger y respetar al consenso —tan reprimido en nuestro país— y no solo al disenso? ¿De elaborar políticas para el tiempo libre que partan del propio modelo de felicidad popular y no de la industria cultural internacional o de los intelectuales autoritarios?¹⁹.

Problemáticas “guachas”, que están y no están, y que exigen una constante reconceptuación del campo cultural, de las políticas culturales y de su “infraestructura” legislativa e institucional. Pero que también exigen procesar un *corpus* más complejo de datos e informaciones. Porque una sociedad no se procesa a sí misma solo a través de lo reconocido en los paradigmas hegemónicos sino también a través de múltiples formas de comunicación y “contacto”, de “subsuelos”, no siempre observados o jerarquizados. Especialmente durante una etapa de crisis. Y voy a un caso.

8. Sexta salida: “esperando que amanezca”

Si esconder los retratos identificatorios de una filiación política en una tumba es —a pesar de su distancia de lo socioeconómico— un dato denso sobre las formas en que se procesa y se afirma la identidad en medio de la represión, también lo son otros datos.

Durante una encuesta, al preguntar sobre las expectativas de las clases populares, recibí del informante (un cuadro político sindical y no un poeta) la siguiente respuesta: “Que se acabe esta noche de mierda”. Y la frase quedo ahí rondando, al margen de los datos concretos de la encuesta. ¿Era, en ese informante, una simple imagen? ¿Una simple “síntesis analógica”? ¿O remitía a algunos “subsuelos” por donde transita la elaboración de la crisis? Y si era así ¿se relacionaba este con los otros “subsuelos”?

¹⁹ Aquellos que operan —y no son pocos— con un concepto elitista-distributivo de la cultura y desde ahí emiten tanto una definición de la identidad nacional como un proyecto para los medios de comunicación. Desvalorizando, por ejemplo, en este último caso, el hecho de que la relación culturas populares-desarrollo de los medios ha generado una problemática que desborda totalmente los viejos paradigmas culturales.

Explorando la imagen, y sobre todo sus contrafiguras (el día, el amanecer) en la historia del pensamiento político argentino durante etapas de crisis me detuve en los textos de los hombres de FORJA, hombres que llevaron adelante un salto cualitativo en la denuncia de la dependencia y en el análisis político y económico durante la década infame. Y en ellos es fácil ver cómo se cruzan los subsuelos y adónde llevan. Ya el nombre de FORJA no solamente siglaba a la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, sino que también remitía a una frase de Yrigoyen que se relaciona con lo que vamos viendo: “todo taller de *forja* parece un mundo que se derrumba”. Idea de parto. Idea de nacimiento. Idea de Amanecer. “Forjista que estas de guardia si te preguntan contesta que estas de guardia en la noche esperando que amanezca” dirá Homero Manzi en su *Milonga de Forja*²⁰. Y afirmaría Jauretche al parafrasear su respuesta a un nacionalista de derecha:

El nacionalismo de ustedes se parece al amor del hijo junto a la tumba del padre; el nuestro el amor del padre junto a la cuna del hijo... Para ustedes la Nación se realizó y fue derogada; para nosotros sigue todavía naciendo (Ford, 1971: 62)²¹.

Estas ideas —y atención que son imágenes de hombres totalmente comprometidos en la lucha política y en la denuncia económica—, estas imágenes surgidas en los momentos más oscuros de la crisis del 30 se engarzan con otra serie. Marcados estos jóvenes radicales por la frase pronunciada por Yrigoyen antes de morir (1933): “Radicales, hay que comenzar de nuevo” habrían de producir, al analizar minuciosamente la dependencia de Inglaterra y su incidencia en la explotación de las capas populares, un cambio epistemológico cualitativo en las formas de conocer, de aprehender la Argentina. Diría Scalabrini, compañero de ruta de los forjistas:

El imperialismo económico aquí encontró campo franco. Bajo su perniciosa influencia estamos en un marasmo que es letal. Todo lo que nos rodea es falso e irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas que nos imbuyeron. Falsas las perspectivas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran... Volver a la realidad

²⁰ Con respecto a esos años, generalmente se privilegia la percepción de Discépolo, que ve la crisis como derrumbe de jerarquías (“Cambalache” es de 1935), frente a esta otra percepción, la de Homero Manzi quien, significativamente, era un hombre mucho más comprometido en la lucha contra el “régimen”, cf. A. Ford (1971). *Homero Manzi*. Buenos Aires, Centro Editor.

²¹ Estamos aquí ante una corriente que difícilmente hubiese procesado un título como “La república perdida”.

es el imperativo inexcusable. Para ello es preciso exigirse una virginidad mental a toda costa y una resolución inquebrantable de querer saber exactamente cómo somos (Scalabrini Ortiz, 1940: 11).

No voy a detallar cómo estos hombres a partir de estas premisas registraron la crisis, la asumieron. Tampoco cómo, al hacerlo, renovaron el discurso y la comunicación política, desarrollaron la lógica de lo concreto y la necesidad, cruzaron sofisticados análisis con el saber popular, la paremiología, el “método del estaño”, el “sentido común”; ubicados (y sigo entrecomillando a Jauretche)²² en la “orilla de la ciencia”, conscientes de que el encuentro con la verdad iba a ser “paulatino”, “fragmentario”, que lo que a veces observaban podía ser reducido a “pura anécdota de mirón”, “mezclando cuestiones económicas, sociales, culturales”, y realizaron, apoyados en viejos y marginados pensadores, como el Ortiz Pereira (1926) de *La tercera emancipación*²³, una nueva lectura de lo argentino que alimentaría al peronismo de los años siguientes.

Sí, en cambio, me interesa conectar subsuelos. Señalar la conexión de lo mítico de lo analógico (“que se acabe esta noche de mierda”) no con un espacio de soluciones arquetípicas como lo hacía Jung (1946) en pleno surgimiento del nazismo, sino con los “sismos” epistemológicos que se producen en una etapa de crisis. El planteo que hace Fermín Chávez en sus trabajos sobre la “epistemología de la periferia” si bien lo lleva, en cierta medida, a refutar el *inpuribus naturalibus* (“en pelotas”) o nuestra condición de “comenzantes” (1983a: 50-51), también lo conduce, como le sucedía a aquel Scalabrini que planteaba la “virginidad mental” a plantearse el problema del conocimiento:

El problema hegemónico que se nos plantea a los trabajadores de la cultura de la periferia... es el de la reelaboración del sujeto y el objeto, oscurecidos, condicionados o agrisados, en el mejor de los casos. De ahí el reclamo primordial de otra episteme, que tiene y no tiene que ver con la filosofía pura, como lujo exclusivo del sistema central del poder (1983b: 22).

²² Hemos analizado la metodología de Jauretche en el “estudio preliminar” a Jauretche, Arturo (1982) (incluido en este volumen).

²³ Este olvidado pensador argentino es uno de los primeros en plantearse en términos modernos la liberación de la “opresión económica y cultural extranjera”. Y es importante señalar que al hacerlo en *La tercera emancipación*, parte de la revisión del aparato de conocimiento de lo social (el capítulo I se titula “Ciencias relativas y provisorias”), antecediendo y alimentando el pensamiento de FORJA, agrupación de la cual también formaría parte. Sobre este pensador yrigoyenista, que después publica *Por nuestra redención cultural y económica* (Buenos Aires, Peuser, 1928), véase N. Galasso (1974: 53-55).

Obviamente Chávez hace este planteo en un sentido estructural, e histórico, pero también actual, condicionado por la “noche” del Proceso y por la vuelta de tuerca que este le dio a nuestra condición dependiente. Como en aquel Ortiz Pereira de 1926, se cruzan el análisis de la dependencia con la problemática epistemológica. Lo cual, a su vez, plantea el problema de la identidad fuera de lo metafísico y en el medio de la historia. Aquella obsesiva denuncia de Jauretche sobre el hecho de que “la incapacidad de ver el mundo desde nosotros mismo ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país” (Jauretche, 1957: 159) partía de estas bases y no como problema filosófico sino como “entrada” en el análisis concreto de nuestra realidad, en el dominio de “nuestra” información (en sentido amplio, no meramente digital) que es también el de “nuestra” decisión.

9. Séptima salida: Olascoaga y el Dialog

Y aquí vale preguntarse si, más allá del formidable desarrollo tecnológico, el problema de la información debe ser tratado como un nuevo problema, de *hoy*, o como una situación estructural que arranca justo con la historia misma de la dependencia. Si no debe ser ubicado en una serie histórica, en la que podríamos tipificar muchas formas en que fuimos *procesados por otros*. Y aclaro. Nosotros podríamos ponernos a analizar las maneras en que se está ubicando en el mercado argentina el Dialog y sus derivaciones, sobre todo analizando a ese usuario que carece de preparación y que desconoce los límites y las trampas, en diversos planos, de las “bases de datos” que alimentan el sistema. ¿Pero podemos desconectar esta temática de una larga historia de dependencia informativa? O, generalizando, ¿podemos realmente tomar decisiones nacionales sin insertarnos en series históricas, en genealogías²⁴, de defensa y elaboración de la identidad, válidas tanto en la decisión de un perfil industrial, de un perfil en la explotación de los recursos naturales, como en el problema que tratamos? La crítica de Minc (1982: 11-19) ante la devolución de una única historia de Francia desde el banco de datos del *New York Times* es una vieja historia para los países de la periferia.

En medio de la campaña del desierto (1879) el coronel Olascoaga se encontró, junto con los sabios alemanes que había traído Sarmiento y que acompañaban a

²⁴ Aun en temáticas “de punta” como las tratadas por Mattelart y Schmucler (ver nota 1) aparece la necesidad de insertarse en series históricas, en genealogías, como necesidad de base para generar políticas. Esto sucede porque el tipo de crisis (internacional o nacional), los “tiempos largos” de la historia puestos sobre la mesa, exigen reconstituir identidades, recuperar proyectos, volver hacia zonas olvidadas o marginadas (como lo son historia de la ciencia y de la tecnología).

la expedición, con un árbol seco, lleno de pequeños ataditos de trapos de colores. Intrigado tanto él como los sabios, le preguntaron al baqueano por el significado de los paquetes, los cuales resultaron ser ofrendas de un ritual que no voy a detallar aquí. Lo que me interesa es la reacción de Olascoaga, quien, al ver el asombro de los sabios alemanes, afirma en su diario: “Antes de que vaya [el alemán] a interpretarla [la narración del baqueano] a su modo y que nos la espete en alguna edición francesa que venga a servir de texto de historia y geografía en nuestros colegios, voy a explicarla”. Y ahí, adelantándose al alemán, Olascoaga (1974) emite ese mismo día en el diario de la expedición, *su* versión de la leyenda²⁵.

Y me detengo en la observación de este importante geógrafo y pensador nacional²⁶, en esta pequeña defensa del manejo de la información sobre nosotros mismos “desde nosotros mismos” —y no “exportándola” como lana sucia para que el valor agregado se lo pongan otros— porque ahí creo que está una de las claves (o llaves) de una política cultural nacional. Nuestra identidad no es, tal vez, otra cosa que esa operación de manejar la información, de revertir los mecanismos de interrupción, interferencia, expropiación, tanto actuales como históricos, tanto hacia adentro como hacia afuera, desde nuestras necesidades, desde nuestro pueblo, desde nuestro país y nuestra historia concretos. Y respetando, o trabajando *desde*, todas sus formas y estrategias de saberes, de comunicación, de elaboración de la realidad, de proyecto, de felicidad. Sin esto es muy difícil que podamos contestar no solo que es eso de “consolidar la identidad nacional” sino también evitar que quede aislado el hecho de que doña A haya guardado los retratos en una tumba en lugar de destruirlos.

²⁵ Los estudiosos alemanes (Lorentz, Doering, Berg, etc.) dejaron testimonio de sus investigaciones científicas durante la campaña en Berg, C., Holmberg, E. L., Lorentz, P. y Niederlein, G. (1881). *Informe oficial de la comisión científica agregada al Estado Mayor de la expedición al Río Negro*. 4 tomos. Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez.

²⁶ Figura clave. Forma parte de una “genealogía” olvidada en la constitución del pensamiento nacional. Chávez, F. (1977, 1982). *Militares de la soberanía*. Buenos Aires, Pueblo Entero. Esta genealogía jugó un rol fundamental en la constitución de la ciencia en la Argentina (su colaboración en el Instituto Geográfico Argentino, 1879); en la elaboración de proyectos integrales —lo testimonia su obra Chávez (1935)—, elaboración de proyectos que choca con el 80 oficial y que se relaciona con la tecnología puesta en práctica por los alemanes —por ejemplo, los trabajos de estos contenidos en R. Napp (1876)—; y aun en la forma de pensar la política nacional “desde” el desarrollo integral del país y desde su propia cultura (Olascoaga es autor también del primer *Juan Cuello*).

Bibliografía

- Bateson, G. (1980). *Espíritu y Naturaleza*, Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Berg, C., Holmberg, E. L., Lorentz, P. y Niederlein, G. (1881). *Informe oficial de la comisión científica agregada al Estado Mayor de la expedición al Río Negro*. 4 tomos. Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez.
- Bordieu, P. (1980). “L’identité et la représentation. Eléments pour une réflexion critique sur l’idée de région”. *Actes de la Recherche*, N.º 75, noviembre, pp. 63-72.
- Chávez, F. (1935). *Topografía andina. Aguas perdidas*. Buenos Aires, Cabaut y Cía.
- (1975). *General Ángel Vicente Peñaloza. El Chacho*. Buenos Aires, Cuadernos de Crisis.
- (1977). *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*. Buenos Aires, Editora del país.
- (1982). *Militares de la soberanía*. Buenos Aires, Pueblo Entero.
- (1983a). “Es necesario creer en los que somos”. *Crear*, vol. III, N.º 14, junio-julio.
- (1983b). *La recuperación de la conciencia nacional*. Buenos Aires, Peña Lillo.
- Cirigliano, F. J. (1977), “Aportes para una bibliografía sobre proyecto nacional”. *Geopolítica*, vol. 7, N.º 8, enero-abril, pp. 51-53.
- Dance, F. E. (1970). “The concept of communication”. *The journal of communication*, N.º 20, pp. 201-210.
- Ford, A. (1971). *Homero Manzi*. Buenos Aires, Centro Editor.
- (1983), “Del robo del cadáver de Evita a la cultura del Proceso”. *Movimientos*, vol. I, N.º 8, agosto, p. 65.
- (1982). “Una morada en la tierra. Notas sobre la cultura del territorio en la Argentina”. *Crear*, vol. II, N.º 9, junio-agosto, pp. 7-14.
- Fox et ál (1982). *Comunicación y democracia en América Latina*. Lima, CLACSO-DESCO.
- Franco, J. (1983). “Popular culture, popular resistance and everyday life in the age of the mass media” (mimeo).
- Fundación Bariloche (s. f.). *Catástrofe o nueva sociedad. Modelo mundial latinoamericano*. mimeo, s. d.
- Galasso, N. (1974). “Manuel Ortiz Pereira. Un argentino silenciado”. *Crisis*, N.º 20, diciembre, pp. 53-55.
- Hall, S. (1980). “Encoding/decoding”. *Culture Media Language*. Londres, Hutchinson, pp. 129-139.
- Harvey, E. R. (1977). *La política cultural en la Argentina*. París-Madrid, Unesco.
- Herrera, A. O. (1982). *La larga jornada*. México, Siglo XXI.

- Hofstadter, D. R. (1974). "¿Mecanizar la inspiración?". *Investigación y ciencia*, N.º 74, noviembre.
- Jauretche, A. (1957). *Los profetas del odio*. Buenos Aires, Peña Lillo.
- (1976). *FORJA y la década infame*. Buenos Aires, Peña Lillo.
- (1982). *La colonización pedagógica y otros ensayos*. Buenos Aires, CEAL.
- Jung, C. G. (1946). "Psicología y poesía". En: E. Ermatinger et ál. *Filosofía de la ciencia literaria*. México, FCE.
- Kroeber, A. L., Kluckhohn, C. K. M. y Meyer, A. G. (1952). *Culture: a critical review of concepts and definitions*. Nueva York, Peabody Museum.
- Landi, O. (1982). "Comunicación, cultura y proceso político". *Crisis y lenguajes políticos*. Buenos Aires, CEDES, Estudios.
- Matterlat, A. y Schmucler, H. (1983). *América Latina en la encrucijada telemática*. Buenos Aires, Paidós.
- Mc Bride, S. et ál (1980). *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo* (Informe Mc. Bride). México, FCE.
- Minc, A. (1982). "La informatización de la sociedad". *Crítica y Utopía*, N.º 7.
- Mont, Á. (1972). *Proyecto Nacional. Razón y diseño*. Buenos Aires, Paidós.
- Morin, E. (1969), "De la culturanalyse a la politiqueculturelle". *Communications*, N.º 14.
- Mortensen, C. D. (1978), *Comunicación: el sistema intrapersonal*. Buenos Aires, Ediciones Tres Tiempos.
- Napp, R. (1876). *La république Argentine*. Buenos Aires, Courrier de La Plata.
- Olascoaga, M. J. (1974). *Estudio topográfico de La Pampa y Rio Negro*. Buenos Aires, Eudeba.
- Ortiz Pereira, M. (1926). *La tercera emancipación*. Buenos Aires, J. Lajouane y Cía.
- Perón, J. D. (1974). *Filosofía peronista*. Buenos Aires, Freeland.
- (1982), *Conducción Política*. Buenos Aires, Megafón.
- Portales Cifuentes, C. (comp.) (1982). *Comunicación transnacional. Conflicto político y cultural*. Lima, DESCO-ILET.
- Presidencia de la Nación (1953). *La cultura en el Segundo Plan Quinquenal*. Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones.
- Rovan, J. (1969), "Pour una politique de la culture". *Communications*, N.º 20, pp. 49-69.
- Sarmiento, D. F. (1898). "El Chacho". En: *Proceso al Chacho*. Buenos Aires, Ediciones Caldén, 1968.
- Scalabrini Ortiz, R. (1940). *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Ediciones Reconquista.

JAURETCHE: UN MODO NACIONAL DE VER LAS COSAS*

ANÍBAL FORD

Todo taller de forja parece un mundo que se derrumba

En su excelente biografía de Scalabrini Ortiz, Norberto Galasso (1970) narra cómo, en medio de la década infame, Scalabrini, preocupado por los fracasos argentinos, por “la miseria de los resultados que muestran los argentinos en relación con su capacidad”, pasa, en abrupto salto, de las explicaciones metafísicas y existenciales a las explicaciones económicas; concretamente al descubrimiento de que esos fracasos, esas incapacidades, esa “inhibición oculta”, eran causadas fundamentalmente por la estructura dependiente del país. Ante esta evidencia todo sería puesto en tela de juicio. Afirmaría más tarde Scalabrini:

El imperialismo económico encontró aquí campo franco. Bajo su perniciosa influencia estamos en un marasmo que puede ser letal. Todo lo que nos rodea es falso e irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron. Falsas las perspectivas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran... Volver a la realidad es el imperativo inexcusable. Para ello es preciso exigirse una virginidad mental a toda costa y una resolución inquebrantable de querer saber exactamente cómo somos (Raúl Scalabrini Ortiz, 1940: 11).

* Este trabajo constituyó el prólogo de: Jaureche, *La colonización pedagógica y otros ensayos. Selección y estudios preliminares de Aníbal Ford*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982. Hemos dejado las referencias internas a esta antología aunque los textos no figuren en este volumen.

La demostración de todas estas hipótesis, pero concretamente el análisis y el despiece de las estructuras del dominio inglés en la Argentina serían, especialmente a partir de 1933, el campo obsesivo de trabajo de Scalabrini Ortiz, quien se sumerge en él despreciando la brillante carrera literaria que en esos tiempos se le presentaba. Una decisión total que lo compromete con la insurrección militar radical que en diciembre de ese año comandan Bosch y Cattáneo bajo el lema “Por la soberanía popular que es la libertad y de la Patria”. Derrotada la revolución, Scalabrini irá a prisión y luego al exilio.

Justamente en esa misma insurrección había participado, armas en la mano, otro hombre que venía replanteándose a la Argentina desde puntos de vista hermanados con los de Scalabrini: Arturo Jauretche, el poeta gauchesco que dejará testimonio de esa patriada en su poema “Paso de los Libres”, escrito en la cárcel correntina y publicado en 1934, con prólogo de Borges, amigo de los yrigoyenistas en ese momento. Jauretche venía del conservadurismo, al cual había abandonado a los dieciocho años dejando así de lado otro “brillante porvenir”; había actuado activamente en las luchas reformistas y se había acercado al radicalismo en medio de la acción política, a veces a raíz de hechos muy concretos —aquella famosa patada en el traste que le propinan cuando está provocando a un agitador anarquista y que cambiaría su destino político¹, a veces en el intercambio nocturno con los compañeros de la Facultad de Derecho. Uno de ellos, Homero Manzi, quien con él fundaría años después FORJA, sería el encargado de introducirlo definitivamente en el yrigoyenismo, en la comprensión del caudillo.

Estos y otros hombres —jóvenes radicales como Manzi y Jauretche, compañeros de ruta como Scalabrini— que se unen después de 1930 en torno a las luchas del abstencionismo activo, a la impugnación de las corrientes antipersonalistas y alvearistas, al seguimiento del Yrigoyen del final —ese Irigoyen que Jauretche ve morir y que poco antes había afirmado frente a un grupo de militantes entre los que estaban Jauretche y Manzi: “Radicales, hay que comenzar de nuevo”—, habrían de producir, al analizar minuciosamente la estructura de la dependencia de Inglaterra, a denunciar el pacto Roca-Runciman, al desmenuzar el Estatuto Legal de Coloniaje, un cambio epistemológico cualitativo en las formas de conocer, de aprehender la Argentina, un cambio que los llevaría a “mirar” de manera totalmente nueva su historia, su economía, su cultura, su geografía². Nueva, o mejor dicho vieja, porque de lo que se trataba era de volver a ver las cosas como son, “con solo el auxilio de un buen razonamiento”, y no

¹ Véase el artículo de Jauretche (1964) “Otras palabras para fubistas”, en *Filo, contrafilo y punta*.

² Condición de “comenzantes” que ha sido también señalada en este proceso por Chávez (1981: 11-16).

como la superestructura cultural, la “colonización pedagógica”, había querido que las viéramos dado que “la incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismo ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país” (Jauretche, 1957:158).

Tanto Scalabrini como Jauretche eran hombres de pensamiento y acción: escritores, periodistas, políticos. Pero durante esos años Scalabrini volvería su mayor esfuerzo en la investigación económica, mientras que Jauretche lo haría en la acción política, la tribuna callejera. (Él cargó con gran parte de las cuatro mil conferencias que da FORJA durante esos años.) De este perfil surgiría muchos años después, de 1955 en adelante, el Jauretche, escritor que pondría énfasis en la comunicación —se puede decir que es uno de los grandes transformadores del discurso político en la Argentina— y en la superestructura cultural. Pero ambos son parte de la misma matriz —FORJA fue “obra de elaboración colectiva”, afirmaría Jauretche— y de una propuesta que los define como totalizadores, impugnadores de los ocultamientos producidos por el uso ideológico de la división del saber.

El lector—dice Jauretche— percibirá que mezclo cuestiones económicas, sociales y culturales. Tal vez sea falta de método como expositor, pero también persigo el deliberado propósito de mostrar constantemente la recíproca interdependencia de todos los aspectos para que se comprenda que el problema argentino necesita ser visto siempre desde el punto de vista integral... (Jauretche, 1959: 67).

La crisis del treinta desnuda nuestra dependencia de Inglaterra y pone al descubierto las falencias del radicalismo, partido que hasta ese momento había expresado a las mayorías populares. Jauretche puntualiza:

Si el radicalismo caído del gobierno en 1930 carecía de una programática doctrinaria, poseía la aptitud, como creación auténtica del pueblo, de expresar la realidad viva del país y en función de ella aportaba soluciones correspondientes a la misma y que contrariaban las doctrinas y el pensamiento de las clases ilustradas en cuanto su ilustración era esencialmente ignorancia de lo propio y sabiduría de lo ajeno. Como el viejo partido federal, expresaba confusos sentimientos e ideas, comunes a sectores, contradictorios entre sí en muchos aspectos, pero conglomerados en un sentido propio del destino y de los medios a realizar la nación. Pero después de 1930 el radicalismo pierde esa significación al caer sus comandos en manos de las minorías llamadas “antipersonalistas”. Expresión popular del país, el radicalismo llevaba en su seno esas contradicciones que he señalado y antipersonalismo e yrigoyenismo habían expresado en sus crisis internas la oposición entre las tendencias nacionales, que veían en el mismo instrumento de su realización, y los que se diferenciaban solo formalmente del pensamiento de la oligarquía liberal (Jauretche, 1962: 27-28).

Este proceso del radicalismo produce, cuando se levanta la abstención en 1935, la polarización de los grupos yrigoyenistas, uno de los cuales, Jauretche al frente, funda FORJA, con el objeto de profundizar el credo yrigoyenista, pero ya en la búsqueda de las precisiones, los “análisis de problemas concretos y soluciones concretas” de los que había carecido hasta ese momento.

Si bien FORJA entra rápidamente en precisiones políticas, económicas y sociales, sobre todo en lo que se refiere al sistema de las derivaciones del pacto Roca-Runciman, se puede decir que su propuesta³ se inscribe en tiempos mucho más largos, algunos cerrados y otros no. Por eso es significativa la visión del futuro —a pesar de que estaban luchando en medio de la crisis y “mishiadura” de los años treinta— que se da en sus hombres. “Todo taller de forja parece un mundo que se derrumba” era la frase de Yrigoyen de donde había salido el nombre de la agrupación (FORJA: Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Idea de parto. Idea de nacimiento. “Forjista que estas de guardia/si te preguntan contesta/que estas de guardia en la noche/esperando que amanezca” dirá Homero Manzi en su *Milonga* de Forja. Y afirmaría Jauretche:

Alguna vez discutiendo con un nacionalista cuando se acercaban a FORJA en busca de coincidencias, le dije: “El nacionalismo ustedes se parece al amor del hijo junto a la tumba del padre; el nuestro, se parece al amor del padre junto a la cuna de su hijo, y ésta es la sustancial diferencia. Para ustedes la nación se realizó y fue derogada; para nosotros, sigue todavía naciendo” (Jauretche, 1962: 62).

Mitología de un grupo de hombres que iba a ser uno de los nexos fuertes entre los dos grandes movimientos de masas de la Argentina contemporánea: yrigoyenismo y peronismo. Mitología también de los hombres que prefigurarían el peronismo y que cuando surge este, el 17 de octubre de 1945, disuelven la organización “porque el pensamiento y las finalidades perseguidas con su creación están cumplidas”.

Pero esta es la coyuntura. Y bien podemos afirmar que como “modo nacional de ver las cosas”, como análisis concreto de la nación concreta, como construcción de una visión desde adentro de nuestro país, las propuestas de FORJA mantienen aún un alto grado de vigencia.

³ La historia y los aportes de FORJA han sido analizados por diferentes ensayistas (Norberto Galasso, Ernesto Goldar, Miguel Ángel Scenna, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui, etc.) y aun por el propio Jauretche, quien dejó una obra fundamental sobre el tema en Jauretche, 1962.

Un modo nacional de ver las cosas

Hemos señalado que a pesar de la claridad de sus propuestas, FORJA es fundamentalmente un proceso inacabado de análisis de la Argentina, de descubrimiento de su cara real. Un proceso que, entre otros, Jauretche y Scalabrini fueron articulando trabajosamente.

Ante una crítica que en cierto momento le hizo Soler Cañas por haber mencionado elogiosamente a Caseros en su poema “Paso de los Libres” (1934) puntualiza Jauretche:

Esto puede ser perfectamente explicado si se recuerda cómo fuimos formados intelectualmente los hombres de nuestra generación y cómo el encuentro con la verdad ha sido paulatino, fraccionario, carente de una visión panorámica integral, pues en cada paso que avanzábamos lo que se descubría estaba en contradicción con lo que se nos había enseñado como verdad inconclusa y muchas veces subsistente en nosotros. No hemos tenido ni literatura ni maestros de esa verdad, y los que había estaban ocultos bajo la abrumadora carga de la literatura y enseñanza destinada a ponernos anteojeras. En una palabra, tuvimos que fabricarnos nuestras propias armas y conseguir con atisbos, intuiciones y datos aislados lo que para nuevas generaciones ya es una verdad arquitectural (Jauretche, 1959: 56).

Y no fueron armas fáciles de fabricar. Pues no se trataba solamente de discutir doctrinas sino de desmenuzar críticamente una forma de conocimiento. Se trataba de construir una forma de ver las cosas desde aquí. Afirmaría Jauretche:

La expresión “posición nacional” admite bastante laxitud, pero entendemos por tal una línea política que obliga a pensar y dirigir el destino del país en vinculación directa con los intereses de las masas populares, la afirmación de nuestra independencia política en el orden internacional y la aspiración de una realización económica sin sujeción a intereses imperiales dominantes. Esta posición no es una doctrina, sino el abecé, el planteo elemental y mínimo que requiere la realización de una nacionalidad, es decir; la afirmación de su ser. No supone ni una doctrina económica o social... ni tampoco una doctrina institucional, pues todas son contingentes al momento histórico y sus condiciones. Esto no excluye la posibilidad del desarrollo de una doctrina nacional o de una doctrina de carácter general a condición de que esta sea histórica, es decir que nazca de la naturaleza misma de la nación y se proponga fines acordes con la misma. Y esta necesidad primaria era la que FORJA vino a satisfacer. Promover el modo de ver las cosas como punto de partida previo a toda doctrina política para el país, precisamente lo inverso de lo que decían los partidos de doctrina (Jauretche, 1962: 21-22).

Poco puede entenderse el aporte de Jauretche o el de Scalabrini si no se distingue esto. Conozcamos, afirmemos, consolidemos nuestra identidad y desde ahí conozcamos. Si la identidad está fragmentada, bloqueada, desviada, si no tenemos conciencia de desde dónde o cómo conocemos no podemos discutir con idoneidad las opciones que nos presenta la realidad. Se trata de un problema o de una corrección epistemológica anterior a la discusión doctrinaria. (O del diagnóstico en nuestra cultura de una patología epistemológica pues el énfasis que tanto Jauretche como Scalabrini ponen en el análisis de las formas en que aprehendemos las cosas resulta de considerar que debido a la “colonización pedagógica” el argentino deco-difica erróneamente su propia realidad).

“Todo nuestro problema consiste en empezar a ver las cosas desde el ángulo de nuestra realidad, la individual y la colectiva” (Jauretche, 1957: 35). ¿Por qué? Porque:

La incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismos ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país. No pretendo desdeñar los factores lógicos que hacen gravitar lo universal, sino señalar cómo se ha evitado la compensación natural con lo propio y la síntesis equilibrada en la expresión de nuestra personalidad. De aquí que el iletrado se desoriente mucho menos que el culto cuando trata nuestro problema “indiscreto” (Jauretche, 1957: 159).

Dejemos por ahora de lado las razones por las cuales se ha desarrollado esa incapacidad. Importa el diagnóstico que se centra fundamentalmente en los agentes de la superestructura cultural, la *intelligentzia* de nuestro país. Ese diagnóstico de incapacidad para leer la propia realidad desde adentro, ese desvío salta si comparamos tanto con las formas de ver las cosas de los “menos cultos”, como las formas de ver las cosas en los países centrales. Dice Jauretche después de señalar el concepto restringido de la geografía y de la cultura que tienen los franceses:

Esta divertida noción que tiene el francés de la geografía, es la geografía de la cultura. No los critico, ellos son lógicos, y se rigen por las reglas naturales de proximidad histórica, geográfica, económica, cultural. Los ilógicos somos nosotros; digo nosotros, los más o menos ilustrados. Los ignaros, que se regulan por las leyes naturales de la proximidad, aciertan con mayor eficacia en nuestros problemas, pues su método se parece más al método de la ciencia (Jauretche, 1957: 161).

Aclaremos. Hoy el viejo concepto de reglas naturales de proximidad puede ser mejor entendido a la luz de las investigaciones tanto comunicacionales y psicológicas como ecológicas y etológicas, y aun epistemológicas, pero no era fácil de de-

fenderlo en los años treinta, cuarenta, ni siquiera en los cincuenta. Piénsese simplemente en la afirmación de Echeverría al pie de su estatua (“La patria no se vincula con la tierra natal”) analizada por Jauretche en el *Manual de zoncetas*. Lo digo porque esa estatua fue ubicada en un lugar central de Buenos Aires después de 1955.

A partir de ese diagnóstico, de esa puntualización de las enfermedades de nuestra identidad —en la medida en que el “sí mismo” se articula sobre un punto de referencia externa, “pendiente de” y no sobre lo interno— tanto Jauretche como Scalabrini comienzan desde cero (recuérdese la “virginidad mental a toda costa” de este último), poniendo entre paréntesis lo conocido y volviendo a las cosas mismas; a pensar la realidad desde lo propio y desde lo concreto, es decir desde la necesidad, para articular desde ahí el “cómo somos”, que es lo que va a posibilitar una aprehensión correcta de la realidad. Movimiento anterior por cierto a toda discusión política o económica, como lo señalamos antes. Aun los planteos específicos como lo es el de la geopolítica, implican esta problemática. Dice Jauretche:

En Política y Ejército, la Patria Grande y la Patria Chica he intentado algunas proposiciones para una geopolítica nuestra. Su punto de partida es hacer un planteo desde aquí, desde nuestra posición excéntrica al hemisferio norte, desde nuestra posición en subdesarrollo, en el orden económico y social, y desde el particularismo de la situación insular, típica a todo el hemisferio sur con la parte sureña de esta América separada por la olla amazónica del hemisferio norte. Correspondiendo a una visión geográfica global, impuesta por la técnica que obliga a abandonar la proyección Mercator de los mapas, la visión geográfica se dinamiza y hay tantos como posibles puntos de proyección. De ahí la necesidad de asomarse al mundo desde una proyección antártica, única forma de percibir nuestra real ubicación. Pero este es solo uno de los puntos de vista, de los infinitos y variados puntos de vista geográficos, sociales, económicos o culturales que reclama el planteo de una política nacional (Jauretche, 1959: 91).

Como vemos, aun desde la geografía o de la historia se va a volver siempre al planteo de base, al análisis de cómo aprehender la realidad concretamente, o a la manera de recuperar esa forma natural y lógica que la dependencia cultural ha distorsionado.

Por el camino de la geografía estará entrando en la historia y al entrar en ella irá percibiendo en qué manera nuestra política ha sido realizada contranatura, y se preguntará por qué. Esto lo llevará de la mano a comprender que hay algo falso en nuestra historia; que si los dictados de la naturaleza y de la lógica han sido contrariados, no es porque nuestro acontecer no haya sido hijo de la lógica y de la naturaleza. Comprenderá que otros factores, otras fuerzas, otros intereses han determinado nues-

tra historia, y que algo en nuestra historia ha servido a esos intereses y a esas fuerzas. Paralelamente comprenderá que esas tendencias, esa orientación que respondía a la lógica y a la naturaleza ha existido y que ha sido derrotada, y que replantear la política en función de esas tendencias derrotadas, pero naturales y lógicas, es planear sobre las bases políticas nacionales nuestro destino. (Jauretche, 1959: 94).

El “populismo” de Jauretche es el intento de recuperar esta lógica y esta lógica es pensar a partir de lo concreto y pensar a partir de lo concreto es pensar a partir de la necesidad:

Al hombre que no es un intelectual y por eso razona según el orden de la naturaleza se le ocurre que en el orden de las demandas humanas, que es el mismo, están primero las alpargatas que los libros. El fuego debe calentar de abajo, dice Fierro, y la cultura debe ir precedida de zapatos, ropa, frazadas y pan. Pero la tradición de la intelligentzia argentina es al revés... (Jauretche, 1957: 81).

La vuelta de Jauretche a las formas populares de conocimiento, a la paremiología, al “sentido común”, al análisis de la realidad con solo “el auxilio de un buen razonamiento”, al “método del estaño”, debe ser vista más que como una operación “populista” como una manera de salirse de esa forma de aprehender enferma, y también como el paso que en lo social va del no quererse a sí mismo al quererse —piénsese en el Jauretche de la crítica a la autodenigración— y asumir la identidad propia. Desde la “orilla de la ciencia”, desde el lenguaje llano, desde el saber común, Jauretche moverá las piezas:

Si el lector me sigue encontrará que mis verdades tienen un origen modesto, son asociaciones de ideas, relaciones de hechos, conjeturas fundadas en la propia observación o en la experiencia propia de mis paisanos... En el lenguaje llano de todos los días, hilvanando recuerdos, episodios o anécdotas, diré mis cosas como se dicen en el hogar, en el café o en el trabajo. Seré muy feliz si el lector adquiere en esta modesta lectura el hábito de someter las suyas a la crítica de su pensar habitual, utilizando la comparación, la imagen, la analogía y las asociaciones de ideas con que se maneja en su mundo cotidiano. Le bastará esto para salir de la trampa que le tienden los expertos de la cultura. En definitiva, estas páginas han sido escritas con el propósito de ayudar a esa tarea, en la confianza de que, desprovistos de torcidos andadores, todos aprendamos a caminar derechos. (Jauretche, 1957: 44-45).

La omnipotencia de la sociología de los años cincuenta y sesenta lo llevaba Jauretche a armar su táctica sobre la modestia. Tal vez lo que yo diga sea “pura anécdota de mirón”, afirma. Pero no nos engañemos. Se trata de polémicas de fondo

que en muchos aspectos recién ahora comienzan. Por eso debajo de su modestia Jauretche se animaba hasta a problematizar el dato científico:

Lo que llevo dicho basta para dar la idea que me propongo. He citado solo algunos casos, tanto de la falacia del dato como de su utilización maliciosa para sorprender al que no está prevenido y carece de “cancha” para leer las entrelineas de la información. Deseo que el lector la tenga presente, cuando recordando que el que escribe es un hombre comprometido, lo confronte con otros informantes de apariencia aséptica. La verdad es que todos estamos comprometidos, porque todos estamos en la vida y la vida es eso: compromiso con la realidad (Jauretche, 1966: 17-18).

Desde todas estas hipótesis, premisas y planteos, Jauretche emprendería su análisis de la Argentina, uno de cuyos centros básicos es el desmenuzamiento de la “colonización pedagógica”, tarea que ejemplifican tanto los trabajos teóricos como los análisis que constituyen esta antología. La columna vertebral de este trabajo parte de la siguiente afirmación:

A la estructura material de un país dependiente corresponde una superestructura cultural destinada a impedir el conocimiento de esa dependencia, para que el pensamiento de los nativos ignore la naturaleza de su drama y no pueda arbitrar nuevas soluciones, imposibles mientras no conozca los elementos sobre los que debe operar y los procedimientos que corresponden, conforme a sus propias circunstancias de tiempo y lugar (Jauretche, 1957: 28).

De esta realidad económica emerge la patología cultural que hemos venido señalando:

La mentalidad colonial enseña a pensar el mundo desde afuera, y no desde adentro. El hombre de nuestra cultura no ve los fenómenos locales directamente, sino que intenta interpretarlos a través de su reflexión en un espejo ajeno, a diferencia del hombre común, que guiado por su sentido práctico ve el hecho y trata de interpretarlo sin otros elementos que los de su propia realidad. Esta deformación mental de los cultos es típica de todos los países coloniales y estos lo que explica el divorcio entre la mentalidad foránea de los letrados y el sentido realista de los iletrados (Jauretche, 1964: 112).

Esa superestructura cultural destinada a reforzar la dependencia ignorándola está constituida por un paquete complejo de programas y técnicas que impiden el crecimiento y el desarrollo autónomo de la Nación y que el propio Jauretche sintetizará así en el *Manual de zonceras*:

Falsificar la historia, achicar la extensión, dividir ideológicamente con planteos ajenos a la realidad, crear intereses vinculados a la dependencia y dotarlos de un pensamiento acorde, controlar el periodismo y todos los medios de información, enfrentar proletariado y burguesía cuando son solo incipientes para impedir el resurgimiento de los dos, manejar la cátedra, elaborar o destruir los prestigios políticos o intelectuales o morales, y orientar toda la enseñanza, disminuir la fe en el país y en sus hombres, proponer modelos imposibles y ocultar los posibles, son las variadas técnicas de esa colonización para que la semicolonía no se independice y construya su economía en razón de sus verdaderas posibilidades que la llevan a la liberación. Constituyen la técnica de esa “colonización pedagógica” que precisamente en función de su dominio económico posee y maneja el instrumental de la cultura para que necesariamente el gobierno caiga en manos de los equipos técnicos y los grupos de intereses que cumplen la función cipaya (Jauretche, 1968: 198).

Muchas de estas variadas técnicas son analizadas o explicadas por Jauretche en los textos que constituyen esta antología, textos que, más allá de las polémicas que pueden suscitar, de las revisiones o “matizaciones” que puedan admitir, de las limitaciones coyunturales que puedan tener (Jauretche escribía siempre desde el aquí y el ahora) señalan, bocetan, recortan “males” de nuestra realidad cultural, social y política aún presentes. (Aunque revisemos el concepto de nación que sustentaba el pensamiento de Jauretche o hayan quedado atrás algunas de las premisas o metodologías que sostienen sus tesis sobre la falsificación de la historia, sobre los fracasos de la burguesía nacional, sobre el pensamiento de la superestructura cultural, etcétera).

Y esto sucede porque los planteos de Jauretche se inscriben en niveles más profundos, en niveles donde se pasa a explorar zonas críticas de la relación del hombre con su territorio, su cultura, su comunidad. Por eso su pensamiento seguirá funcionando de manera aleccionadora. Por su enorme esfuerzo de “ver las cosas desde aquí” (primera vigencia de Jauretche en la medida en que nuestra cultura sigue padeciendo los males de desconocimientos de lo propio, de la constante referencia a modelos externos, del escepticismo y la autodenigración). Por ese intento empecinado por totalizar y, en especial, por analizar de manera integral a la Argentina (segunda vigencia de Jauretche en la medida en que nuestro país se halla fragmentado en su autoconocimiento, sectorizado institucionalmente, censurado). Por ese trabajo sobre la historia y la sociedad de su país en el cual las polémicas particulares se transforman de pronto en grandes peleas por la dignidad del hombre como sucede con esa refutación de la dicotomía civilización y barbarie, que Jauretche fue estructurando durante toda su vida de intelectual nacional.

Bibliografía

- Chávez, F. (1981). "Una epistemología para la periferia". *Pensamiento y Nación*, año 1, noviembre-diciembre, pp. 11-16.
- Galasso, N. (1970). *Vida de Scalabrini Ortiz*. Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce.
- Jauretche, A. (1957). *Profetas del odio*. Buenos Aires, Ediciones Trafac.
- (1959). *Política nacional y revisionismo histórico*. Buenos Aires, Peña Lillo.
- (1962). *FORJA y la década infame*. Buenos Aires, Coyoacán.
- (1964). *Filo, contrafilo y punta*. Buenos Aires, Juarez Ed.
- (1966). *El medio pelo en la sociedad argentina*. Buenos Aires, Peña Lillo.
- (1968). *Manual de zoncetas argentinas*. Buenos Aires, Peña Lillo.
- Scalabrini Ortiz, R. (1940). *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Ediciones Reconquista.

ENTREVISTA DE ANÍBAL FORD A ARTURO JAURETCHE (1970)¹

FORD: —Yo lo que quería, para ordenar un poco, para programar y no quitarle mucho tiempo a usted, yo lo que quería hacerle dos, tres preguntas, divididas por época. Lo que quiero es un poco de esto, un poco de Manzi pero anterior al año treinta. Manzi es, digamos todavía no se ha definido en su cosa escrita, recién después del treinta...

JAURETCHE: —Ya tiene algo...

FORD: —Sí, tiene algo pero...

JAURETCHE: —Bastante.

FORD: —...Sí, tiene algo pero todavía no está... tiene *El viejo ciego* y tiene algunas cosas que después van a pasar al olvido...

JAURETCHE: —Mire, le voy a contar esto... Manzi debe haber hecho letras casi desde que gateaba. Porque había... había un canto de murga que era de Manzi.

FORD: Sí, lo conozco.

JAURETCHE: —Ese de la [no se entiende]. Y su referencia es a la guerra del 14, con el cuento de la guerra, de modo que lo más tarde que puede haber sido es el 18. En ese entonces tenía...

FORD: —Once años.

JAURETCHE: —Once años.

FORD: —Del primario, de la época del colegio Luppi... ahí de Pompeya.

JAURETCHE: —Él debe haber andado, el anduvo siempre a esas cosas en la infancia, cuando él habla del viejo sur, del colegio Luppi², de eso... él tuvo un circo de

¹ A cargo de las notas de esta edición: Lic. Ernesto Salas.

² [N. del E.] El colegio Luppi funcionó entre 1897 y 1927 y se encontraba ubicado en la esquina Av. Del Barco Centenera y Esquiú. Homero Manzi cursó estudios en él, como

chico, ¡pero un circo en serio!, con pruebistas, en un corralón. Él con otros muchachos del barrio... el Loco Papa estaba ahí, eh. Organizaban *matches* de boxeo, merodeaban por las glorietas de los guitarreros, con Cátulo³, que era del barrio, los amigos de... él, además, desde muy jovencito era caudillo radical en la 8.^a, en una fracción, en su barrio de Chiclana y Garay tenía muchos amigos, y la casa era en cierto modo un comité. Tenía muchos amigos que le respondían, un grupo grande: Ruso, Juan José Constantino Barro⁴, este que fue ministro de Perón... muchos muchachos de la octava. Y otros personajes pintorescos, el Loco Papa, que era una especie de acompañante guardaespaldas...

FORD: —El del lío en la Facultad...

JAURETCHE: Sí... [no se entiende] Un loco, Papa... Una de las cosas que recuerdo, y no la presencié pero se la he oído contar a él y a Cátulo, también debe haber sido de los primeros tiempos de la radiotelefonía, que en la casa del viejo Castillo, de González Castillo, tenían una estación transmisora de radio, que consistía en un salón donde había colgado un micrófono y había un piano, ¡pero no había antena ni había nada! Se llamaba *Radio Castilla*. Y venían las declamadoras, las concertistas, los deportistas, hacían reportajes, funcionaba como una radio. En tiempo de la radio con galena. Y los familiares y amigos de los tipos que actuaban se rompían todos en sus casas queriendo pescar y no pescaban la onda, porque la galena andaba mal, era la explicación. Mientras que en la pieza de al lado, la barra se reía a carcajadas del tipo o de la pobre tipa que se estaba rompiendo todo frente al micrófono. Ese era el tipo de humor que cultivaban. Homero tenía un gran sentido del humor, él inventaba personajes, tenía un caballero misterioso, que era un personaje que hablaba por teléfono, que saludaba en la calle; me acuerdo yendo una vez con él pasaba Vicente Gallo⁵ y Homero se sacó

pupilo, entre 1920 y 1923. El paredón al que hace referencia en su tango “Sur” pertenecía a la curtiembre Luppi, fundada en 1865 por Santos Luppi y Hnos. Homero lo observaba desde su habitación del colegio.

³ [N. del E.] Cátulo Castillo.

⁴ [N. del E.] José Constantino Barro (1906-1983): abogado, militante radical y rigoyenista. Fue uno de los fundadores de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) y gran amigo de Homero Manzi y Arturo Jauretche. Llegó a ser secretario de Industria y Comercio durante el primer gobierno peronista.

⁵ [N. del E.] Vicente Carmelo Gallo (1873-1942): abogado, académico y político, se sumó a la Unión Cívica Radical desde muy joven y acompañó a Hipólito Yrigoyen. Fue diputado (1912) y senador nacional (1919) y uno de los fundadores de la Liga Patriótica. En 1924, rompe con el yrigoyenismo y funda la Unión Cívica Radical Antipersonalista. Fue candi-

el sombrero, dio dos pasos y le dijo: “¡El caballero misterioso lo saluda!”. Y Gallo le dijo: “Muchas gracias”. [Risas]. Había creado el personaje. Él era ocurrente, una vez íbamos por la calle Florida, venían dos rubias —¡hermosas!— hermanas seguramente, pero de tamaño gigantesco, ¿no? Me parece que hay un personaje literario, creo que creado por Baudelaire, la gigante, rubia, de amplio pecho, un escote... hermoso aunque de amplias dimensiones. Y Homero las saludó, diciéndole casualmente el verso: “¡Adiós, granaderos de la belleza!”. Y entonces les dijo el verso de Baudelaire: “Quisiera dormir a la sombra de tu pecho, en una aldea al pie de una montaña”. Creo que es de Baudelaire el verso, no estoy muy seguro... Ahora recuerdo perfectamente... yo no sé, yo lo debo haber conocido así, si, yo lo he conocido así hacia el año 26, tal vez 25, cuando ingresé en la Facultad, porque yo ingresé de más edad que Homero y que casi todos mis compañeros, porque yo había dejado de estudiar y trabajaba, me ganaba la vida trabajando y volví a estudiar recién a los 25 años. Además a los 19 años yo había estado suspendido de los colegios nacionales por dos años a raíz de una huelga. Y lo conocí cuando formamos el comité universitario radical... bue... pero recuerdo que un día tome un ómnibus en la calle Lavalle y lo vi de conscripto, así que la conscripción la debe haber hecho para esa fecha. Tal vez, Homero la ha hecho adelantada, como era estudiante, porque la hizo junto con...

FORD: —Con Cátulo...

JAURETCHE: —Con Cátulo. Porque venían estos dos cachafaces, uno se comunicaba desde el asiento delantero y el otro del de atrás, y lo tenían al guarda de una punta para la otra, porque era un viaje corto y se lo hicieron sin boleto, haciendo ese trámite. En esa época él tenía un vals grabado de hacía mucho tiempo, un vals que se llamaba...

FORD: —“Por qué no me besas”...

JAURETCHE: —No sé...

FORD: —O “A su memoria” posiblemente, algunos de ellos.

JAURETCHE: —Pero lo cierto es que este vals, en una de las grabaciones de Glujman, había sido grabado detrás un tango cantado por Gardel, aquel de “Con los amigos que el oro me produjo... Pero mi madre no...”⁶. Y sabíamos andar por Florida y [Homero] parecía todo siempre desesperado porque en lo de Glujman

dato a vicepresidente en 1928 en la fórmula Melo-Gallo, que fue derrotada ampliamente por Yrigoyen.

⁶ [N. del E.] Se trata del vals “A mi madre”, con letra de Pedro Bonifacio Palacios (Alma-fuerte) y musicalizado por Gardel y Razzano.

pusieran el disco de Gardel, que ya tenía la misma eficacia que ahora, porque me acuerdo que se ponía el disco de Gardel y el público entraba a lo de Glujman a comprar. Porque él iba a cinco centavos por disco.

FORD: —Y la grabación de lo de Manzi, ¿también había sido hecha por Gardel?

JAURETCHE: —¡Noo, noo! Manzi se había colado no sé cómo detrás de Gardel... en el otro, en el anverso del..., ¿no? Y, vuelta a vuelta caía en lo de Glujman, y Glujman le hacía dar unos valecitos de dos pesos, un peso, ¡tres pesos! [Risas], que era plata... en aquel tiempo y para un concripto...

FORD: —Ahora, en esa época más o menos, un poco, digamos, para sintetizarlo con palabras fáciles, un poco comienza la decisión él de hacer una literatura popular, ¿no es cierto?

JAURETCHE: Bueno, sí, él empezó haciendo versos, pero en él era un poco rasgo de humorismo también, era constante, el tipo de más humor que yo he conocido, de salidas graciosas, ¿no? Me acuerdo que había un mozo, Lima Mansilla, muy dado, muy solemne, petiso, muy solemne... el nombre se puede tapar, ¿no? Porque vive. Y que todo le daba una trascendencia. Y Homero... dijo una cosa que le venía tan bien que éramos treinta tipos que nos pusimos a reír a las carcajadas. Le dijo una vez: “Che, personaje de Dostoievsky injertado en la técnica de Canaro”. Era tan precisa la definición, este tipo de un ambiente de tragedia en el medio furbo⁷ y reo en que nos movíamos. Era de gran ocurrencia. Y era poeta. Tenía versos de estudiante, imágenes... no los guardé y no sé si están guardados los versos de esa época.

FORD: —Sí, se conservan, se conservan...

JAURETCHE: —...muchas cosas. Y las imágenes que después trajo García Lorca, Homero las hacía, hacía mucho. Del que guardo recuerdos... sí, es de un... ese sí creo que está, su poema a la Facultad de Derecho.

FORD: —Sí, sí. Los 42 versos...

JAURETCHE: —...de una comida de estudiantes en el [no se entiende]. Creo que se ha guardado pero no entero, ¿no? Ha habido que reconstruirlo de memoria. Y así, poco a poco fue entrando, y empezó ya a hacer sistemáticamente lo que dejó de ser excepción y dedicarse a ser el letrista. El empuje, para mí vino en el momento en que tomó contacto con Piana⁸, porque con Piana regularizó una

⁷ [N. del E.] Del lunfardo: informal, tramposo.

⁸ [N. del E.] Sebastián Piana (1993-1994): músico, compositor, director de orquesta y pianista. Compuso la música de muchas obras de Homero Manzi (“Milonga del 900”, “Milonga sentimental”, “Negra María”, entre otras) y de Cátulo Castillo (“Tinta roja”, “Aleluya”), entre otros. También fue compositor de música de películas.

situación de producción real, de producción continuada. Creo que fue “Milonga sentimental”.

FORD: —“Milonga Sentimental” y “Milonga del 900”, en el 31.

JAURETCHE: —Bueno, así es como de una casualidad yo vine a colaborar con él una vez que estaba enfermo en la calle Oro, a la que costó mucho que se mudara, porque no quería largar su viejo barrio de la calle Garay, ¿no? Tan lleno de recuerdos y de encantos, la cortada de Chiclana [...], todo ese barrio...

FORD: —O sea, usted considera que la influencia más importante es Piana en la adhesión de Manzi...

JAURETCHE: —No, no...

FORD: —...en cierta medida, cómo se va armando el paquete de lo...

JAURETCHE: —Se profesionalizó ahí...

FORD: —Ahí se profesionaliza...

JAURETCHE: —Claro, se dedica a lo que hacía accidentalmente. Es decir, él era un mozo que hacía letras y era poeta, pero se pensaba ser abogado. Después ya se puso en eso, y lo de abogado fue perdiendo importancia, y fue siendo poeta. Ahora, en estas tribulaciones, de su destino, la explicación de esas tribulaciones, de su rumbo, y ya no entre abogado y letrista, sino entre géneros poéticos, fue que me dijo aquello, que pudo haber sido, porque pesábamos el asunto de la literatura como literatura popular. Y me dijo: “Yo prefiero, a ser un hombre de letras, hacer letras para los hombres”.

FORD: —Y cuando se discutían esas cosas, por ejemplo, esas decisiones...

JAURETCHE: —Todo esto no se discutía muy a fondo porque él era un tipo de personalidad, y yo creo que tengo la mía... en realidad eran consultas un poco por arriba... intercambiábamos como cambiábamos opiniones políticas... y analizábamos hechos, pero propensiones y tendencias y gustos e inclinaciones...

FORD: —Claro, pero esa decisión en cierta medida...

JAURETCHE: —P... pero no tenían un carácter polémico, eran autónomas...

FORD: —Claro, pero esa decisión...

JAURETCHE: —Por otra parte, tenía ya el mundo de contactos que yo no tenía.

FORD: —¿Cuál era ese mundo?

JAURETCHE: —Y, el mundo de contactos de las letras, ya estaba con los músicos, él se movía un poco. Además, se empezó a mover en un mundo en que yo no me movía. El mundo de la noche mía era exclusivamente político, andábamos mucho de noche en ese tiempo, conocíamos a toda la gente de noche. El de él empezó también a ser literario y sobre todo de músicos, y el juego, un factor muy importante. Homero se fue separando poco a poco de nosotros. Más adelante, en la medida en que fue entrando en esa vida de juego. Lo mismo pasó en la vida de

FORJA, en el radicalismo yrigoyenista, después que se produjo la revolución del treinta, nosotros formamos un núcleo de resistencia a la revolución uriburista, nos empezamos a organizar enseguida de la revolución. Al poco tiempo habíamos organizado la Juventud del Sur, precisamente con Barro, Ruso, algunos muchachos de la 9.^a, los Achile. Habíamos formado una agrupación que hizo algunos actos, pero sobre todo participamos en el famoso mitin que tuvo gran importancia donde concurrió la juventud de todo el país. Y de acá fue un tren expreso, un acto en el teatro Real de Rosario, estuvimos entre los organizadores. Después tuvimos todavía una vida intensa política porque nos resistimos cuando Alvear vino a ponerse al frente del partido, nos resistimos a la dirección alvearista y creamos la doctrina que se llamó de “continuidad jurídica del radicalismo”, histórica del radicalismo, jurídica e histórica del radicalismo. Sosteníamos que Alvear no tenía nada que hacer y la gente del City⁹, que el radicalismo tenía que reorganizarlo el comité del partido caído el 6 de septiembre, que había presidido Pablo Torello. Nos resistíamos a la conducción alvearista, porque nos resistíamos a la fusión con los que venían del antipersonalismo y a la primacía que iba a tener el espíritu liberal sobre las decisiones nacionales y sociales que había representado –para nosotros– el radicalismo. Fue una larga lucha...

FORD: –La época del abstencionismo activo...

JAURETCHÉ: –Sí...

FORD: –Y la época de las insurrecciones...

JAURETCHÉ: –Y le bloqueamos con la ayuda de muchos dirigentes de barrios, caudillos, antiguos yrigoyenistas, le bloqueamos la organización de la Capital a Alvear durante casi dos o tres años, con la continuidad jurídica. Tuvimos choques con don Marcelo, algunos que sería largo de contar, en fin, hasta episodios...

FORD: –En esa época, Manzi actúa activamente en el radicalismo.

JAURETCHÉ: –Actúa activamente en el radicalismo. Y, después de la “continuidad jurídica”, se intentó cuando ya el... comité nacional ya no llevó adelante las cosas y no hubo más remedio que aceptar la organización dirigida por ellos, nosotros organizamos un grupo que ganó las elecciones de la Capital, internas. Pero, teníamos un voto de mayoría en el nuevo comité y... nos lo sedujeron, lo compraron. Y entonces constituyeron las autoridades del comité, presididas por Carlos Noel, que respondía a la tendencia de Alvear. Entonces hubo una esci-

⁹ [N. del E.] Se refiere al Hotel City, donde Marcel Torcuato de Alvear se instaló a su regreso de Europa y que funcionó como el lugar donde este proponía la reconstrucción del partido después del golpe.

sión, se organizaron dos grupos enfrentados, uno era el legalismo y el otro era el comité oficial. Los del legalismo, nosotros éramos la tendencia revolucionaria, pero los periódicos, para quitarnos la popularidad que la posición revolucionaria representaba en el radicalismo nos pusieron el nombre legalistas porque sosteníamos la aplicación del texto de la Carta Orgánica que había sido violado por las nuevas autoridades. Fue otro núcleo de resistencia que duro mucho tiempo, hasta que producido el levantamiento de la abstención fundamos FORJA. Con la misma gente, muchos de ellos, cuando vio que FORJA no iba a participar de la vida interna del partido y que no había perspectivas electorales, se fue de FORJA. Ahora, en ese momento, Manzi es uno de los cinco fundadores. Y estuvo militando con nosotros muchos años.

FORD: —Hasta el cuarenta, hasta que se separan Dellepiane y...

JAURETCHE: —No, no, no, el siguió con nosotros...

FORD: —¿Siguió? En ese momento no hay cierta...

JAURETCHE: —No, no se separó. Él se fue enfriando, pero yo creo que se fue enfriando, porque lo fue arrebatando la vida en que estaba, el asunto del juego, el juego tuvo influencia [...] después vino otro mundo que yo no lo conocí. Accidentalmente sí, por ejemplo, la letra esa de “Milonga de Puente Alsina”, que tenemos en colaboración, que yo firmo Julián Barrientos, esa fue mucho después del cuarenta, dos o tres años, me parece. Es fácil de ubicar la fecha porque la cantó Olinda Bozán en el Teatro Real, en una piecita que graba entonces. Y precisamente mi intervención fue originada porque estaba Homero enfermo y... me pidió que lo ayudara a hacer la letra, porque había que entregársela a la Bozán con tiempo para que... entonces Homero me dio... porque yo soy una bestia que no tengo oído en absoluto, ya he dicho más de una vez que no sé distinguir entre la música de los muchachos peronistas y la Marcha de la Libertad, a pesar de mi distinta posición respecto a las dos. Tengo un mal oído y Homero me hizo el mostro, no sé si usted sabe lo que es el mostro, en fin, los lectores tal vez no lo sepan. Es una cosa sin sentido, pero que tiene los ritmos y los acentos para que uno pueda hacer la letra. Y yo hice entonces la letra esa de “Milonga de Puente Alsina”, que por cierto, Homero después reajustó, corrigió y mejoró bastante. En esa época casualmente tengo una anécdota muy graciosa de Homero. Un día que iba con Homero por Avenida de Mayo, me dice:

—Mirá, vamos aquí, a este café, que hay un punto que me está esperando, que quiere que le haga una letra—.

Era un café frente a Crítica, en la Avenida de Mayo. Entramos, el tipo estaba en una mesa, se levantó, nos hizo sentar:

—¿Cómo está don Homero? Sí, don Homero, yo lo molesto...

—Muy bien —dice Homero—, ¿y cómo es la música?

—No, la música tampoco la tengo —dice—, me la va a hacer otro—.

Entonces nosotros largamos la carcajada. Y Homero le dice: —¿Y qué tenés vos?

—El título, tengo un título fenómeno.

—No te mandés la parte.

—¿Qué les parece?

[Risas].

FORD: —Es buena la anécdota. Yo lo que quisiera tal vez pescar, aunque usted tiene razón, la cosa se va dando de una manera a veces muy espontánea...

JAURETCHE: —Claro, como todo en la vida, naturalmente...

FORD: —Pero de cualquier manera, yo he encontrado así, parcialmente, muchos textos de Manzi donde él teoriza sobre lo popular, teoriza sobre... se propone cosas.

JAURETCHE: —Eso era nuestro yrigoyenismo, claro, por algo estábamos en el yrigoyenismo y por algo continuamos unidos... ¡Claro! Teníamos el mismo ideario y la misma sensibilidad. Y por algo estuvimos juntos en la fundación de FORJA y en la vida de FORJA.

FORD: —Sí. En cierta medida, Manzi traspasa el yrigoyenismo y después el ideario de FORJA a lo que él escribe.

JAURETCHE: —¡Claro! Él es él, un hombre del pueblo de Buenos Aires.

FORD: —Claro. Yrigoyen lo corta de punta a punta... [...].

JAURETCHE: —Bueno, vea... hay un verso, digo, hay una frase... ¿de Antonio o de Manuel Machado? De Manuel creo que es, muy importante para entender esto. Le preguntan si el poeta habla para el pueblo o por el pueblo...

FORD: —Continúe.

JAURETCHE: —Esto de Machado yo lo he utilizado, haciéndole una crítica amable a una extraordinaria charla que dio Julián Centeya sobre...

FORD: —Sobre Manzi.

JAURETCHE: —No. Sobre Discépolo. Y utilizando un lenguaje parecido al de Centeya. Un artículo humorístico. Y es porque, en este caso Centeya, como Ferrer y el otro, cómo se llama, este que escribe siempre sobre Discépolo, el abogado este...

FORD. —Sierra.

JAURETCHE: —Sierra. Se lo tragan al Discépolo de la época peronista. Porque ese Discépolo no es bien. Suponen ellos, como gorilas, que Discépolo era un acomodado. Entonces no pueden elogiar al personaje que creó entonces, que es Discepolín, sin darse cuenta que el acento dramático de Discépolo es el que

corresponde al drama popular de la Década Infame¹⁰. Y el alegre Discepolín corresponde a la fiesta que fue la Nueva Argentina del 46 en adelante, el de Morisquito. Cosa que se explica perfectamente si se piensa que el poeta habla desde el pueblo, es decir, expresa al pueblo. Hay dos pueblos muy distintos; uno, el de la Década Infame [...] de abandono, de miseria, de resignación. Y el de euforia, entusiasmo y vocación creadora del pueblo de Buenos Aires posterior al 45.

FORD: —Exactamente. Ahora, si eso lo pasamos a Manzi hay dos problemas que surgen en relación con lo que usted dice. A Manzi también le tiran el asunto del oportunismo con el peronismo...

JAURETCHE: —No, señor. Manzi estuvo... y yo lo conocí... con Manzi juntos lo conocimos a Perón, una mañana. Lo que pasa es que Manzi era muy afectivo, y en ese condenado café El Ateneo, en la calle Pellegrini y Cangallo. Y en la vida de la noche que yo no lo podía acompañar, lo fue agarrando el grupo de Dellepiane, y tuvo un momento de vacilación y no estuvo en el momento de la elección...

FORD: —En el 46, claro.

JAURETCHE: —Pero fue cosa de poco tiempo, tres o cuatro meses. Al día siguiente de la elección... vio enseguida cómo se habían alineado las fuerzas y lo entendió y volvió a estar en la posición...

FORD: —Porque él está cerca del MIR¹¹ en las elecciones y después se aparta. Ahora hace poco...

JAURETCHE: —¿Y qué era el MIR?

FORD: —El Movimiento de Intransigencia... el de Lebensohn y toda esa gente...

JAURETCHE: Sí, bueno, pero por ejemplo Dellepiane salió candidato a diputado por el grupo mayoritario, por el grupo [¿Sancerni?] no nos engañemos al respecto...

FORD: —Sí, Manzi tiene ese momento de vacilación y después vuelve...

JAURETCHE: —Momento de vacilación y después volvió...

¹⁰ [N. del E.] “¿Pero vos Centeya?, ¿vos también te complicás? No me digas que sos gorila... Por favor. No me digas que estás entongado con los que hacen la historia a medias (...) ¿vos también has entrado, Julián Centeya, y te has puesto del lado de la yunta de la SADE, de La Nación que odia al Discípulo de morisquito?”. En Arturo Jauretche (2007). *Polémicas*. Tomo I. Buenos Aires, Peña Lillo.

¹¹ [N. del E.] El Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR) fue una agrupación interna de la UCR, creada en 1945. Representaba una posición crítica que plasmaron en la *Declaración de Avellaneda*, una suerte de programa nacionalista popular. Luego de la derrota del sector unionista en las elecciones de 1946, el MIR los desplazó de la conducción partidaria. Sus principales representantes fueron Arturo Frondizi, Ricardo Balbín, Moisés Lebensohn, Crisólogo Larralde, Arturo Illia, Oscar Alende y Francisco Rabanal, entre otros.

FORD: —En todos sus discursos sobre Perón, indudablemente él va a reconocer en el fondo la figura de Yrigoyen...

JAURETCHE: —Sí, sí, es una continuidad. Una continuidad actualizada, porque también el país es otro, la gente es otra [...], pero esa es la línea de él, donde hay una pequeña desviación, momentánea, provocada para mí por su afectividad [...].

FORD: —Sí, ahora en otro plano lo que pasa también con respecto a...

JAURETCHE: —Yo creo que perdió contacto con nosotros por esa vida de la noche.

FORD: —En uno de los artículos que salió en una revista dice esto, que él estuvo con Tamborini porque Tamborini le ofreció la ciudad del cine, y que después estuvo con Perón porque se la ofreció Perón.

JAURETCHE: —Nadie le ofreció nada. Ni Tamborini. Tamborini... yo he sido adversario de Tamborini, pero Tamborini era un caballero. No, no, no, no sobornaba ni... Además, Tamborini lo conocía a Manzi para saber que era de otro pelo. Exactamente.

FORD: —No, y eso es lo que surge en los pocos documentos que hay de la época del peronismo de él, que son las “Tablas de sangre del radicalismo”. O sea, cuando lo expulsan —se acuerda— ese discurso de radio Belgrano. Y después unas declaraciones que hace en Mendoza cuando él se separa del Movimiento Radical Revolucionario de Farías Gómez¹², donde claramente puntualiza su posición... la de seguir siendo yrigoyenista...

JAURETCHE: —La desviación no fue no ser peronista. La desviación fue no estar con Perón en ese momento crítico por atarse a las palabras, a las formas, a las etiquetas.

FORD: —Ahora, en el plano así ya más cultural, más en el plano de la cultura, Manzi, aparentemente, no sufre en su obra poética el cambio de Discépolo que usted puntualizaba.

JAURETCHE: —No, porque era la continuidad, porque Manzi lo traía de atrás al asunto. Además, Discépolo en su literatura es un poco refleja... es un poeta más objetivo, Manzi es más intimista.

FORD: —Es mucho más subjetivo Manzi que...

JAURETCHE: —Mucho más intimista es, claro. En realidad, podría decirse, en ese sentido sí podría decirse, que Discépolo es más expresivo de lo popular, en el sentido de la vida popular. Manzi más bien es la estética popular.

¹² [N. del E.] Jorge Farías Gómez: jurista, político y escritor, fundador junto a Homero Manzi del Movimiento Radical Revolucionario creado como sostén político del primer peronismo.

FORD: —Es un elaborador de lo popular...

JAURETCHE: —Es claro es una cosa más elaborada... sí. Aunque tampoco se le puede negar a Discépolo su calidad intelectual, porque era un intelectual también. Esas cosas que no se dan cuenta, que Manzi y Discépolo son intelectuales totalmente. Pero intelectuales que precisamente, por serlo, por encima del barniz intelectual se enraízan con el pueblo. Pero son tipos de una elaboración mucho más pronunciada que la generalidad de los letristas y de los poetas de este género.

FORD: —Además que actúan otra cosa. En momentos en que se plasma la poética de Manzi es el momento del abstencionismo, del abstencionismo fuerte. Justamente en ese momento es que el escribe las milongas. Eso se coordina perfectamente con el momento político. El en lo político está en la cosa fuerte en ese momento. Engancha con las intervenciones, creo que forma parte del intento de Cattáneo...

JAURETCHE: —Hemos estado, pero, hombre... Una vez le llevamos a un tipo al que le habíamos ofrecido tres bombas y le llevamos doce, porque había reclamos que eran pocas y se puso a llorar en el zaguán. Nos hizo ir con las doce, un dirigente conocido de acá de la Capital. [Risas].

FORD: —Bueno, a Manzi un día creo que le explotó el baño porque tenía pólvora en la bañadera.

JAURETCHE: —Sí, tenía los materiales para hacer las molotov, los tenía en un cuarto de atrás, y estábamos tomando mate, en la casa estábamos, varios estábamos tomando mate. Y ha ido el Loco Papa al baño y hubo una explosión, y aparte el Loco Papa con los ojos, con las pestañas y los pelos, todo quemado, lo chamuscó, la suerte que no había...

FORD: —No pasó a mayores.

JAURETCHE: —No. Se deterioró el baño, pero no vino la Policía ni nada, afuera hay tanto ruido en la ciudad...

FORD: —Claro, ese es un momento, en el momento así del abstencionismo...

JAURETCHE: —Eso habrá sido el año 32. Sí, con aquella revolución de Cattáneo.

FORD: —La de Cattáneo. Porque la de Bosch, ¿es del 33?

JAURETCHE: —Bueno, la de Libres, y la de Santa Fe, Libres, esa fue en el 33, en diciembre del 33, 29 de diciembre del 33. La de Cattáneo debe haber sido en enero o febrero del 32. La de Pomar había sido en el 31.

FORD: —Esto explica en cierta medida. Manzi no vuelca tanta política en sus canciones porque la hace en la vida...

JAURETCHE: —Claro...

FORD: —Él dice siempre, el tango uno lo necesita para recordar, uno lo necesita para una cosa nostálgica, todo eso. Ahora, de cualquier manera pesa, yo creo, en el Manzi de esa época, un poco la nostalgia yrigoyenista, o sea, esa vuelta al pasado, a los compadres...

JAURETCHE: —En él había una mezcla curiosa de porteño de barrio, de intelectual del centro con un arrastre provinciano santiagueño y campero. Curioso la mezcla, ¿no? Que se combinaba muy bien dando un tipo de hombre argentino integrado.

FORD: —Sí, exactamente. Bueno, y yo creo que incluso en sus proyectos más de fondo, él va a tener más presente lo rural que lo urbano. Eso es evidente en los discursos de FORJA que yo encontré. Son, uno es el análisis de la decadencia de Santiago del Estero, ocasionado por la tala indiscriminada de los quebrachales, por la política ferrocarrilera probritánica. En fin, el hace toda la decadencia de Santiago. Después, cuando viene la seca en el 37 o en el 38...

JAURETCHE: —En lo agrario, usted tiene ese tema “María Chacarera”, que es hermosísimo, un tema rural. Hay que tener sentido del campo para comprender ese dominio de “María Chacarera”...

FORD: —Bueno, él tiene... más de la mitad de las canciones son rurales. Lo que pasa es que no pasaron después y quedaron en el olvido. Tal vez no llegó a concretar con lo rural un estilo. ¿Sabe dónde se hubiese dado...?

JAURETCHE: —Yo digo “María Chacarera” como verso, no como música.

FORD: —No, no tiene música. Bueno, en “Milonga Triste” también es un tema rural, no es un tema urbano. Es ahí donde él también llega más a fondo. Ahora, tal vez, el proyecto así rural en el plano de la literatura que quedó así inédito y frustrado, es una novela que se iba a llamar *Río Muerto*. Que es ahí donde él traspasa la denuncia sobre Santiago, la decadencia de Santiago del Estero al plano literario. Es un gaucho que vuelve después de haber estado 15 años en la prisión, y cuando vuelve a la casa...

JAURETCHE: —Le voy a contar una anécdota que me contó Manzi sobre eso de la decadencia de Santiago del Estero. Al lado del ferrocarril, una vez que él iba para Añatuya, en una de las estaciones había unos chicos vendiendo empanadas en una canasta. Y en eso, apareció un paisano montado en un caballito flaco, chico. Pero, se arrimó a la ventanilla, con la ventaja que le daba estar a caballo para acercar las empanadas a la ventanilla. Entonces, le dije: “¿Pero, como vos grandote, le sacás a ese chiquilín su trabajo?”. Y el santiagueño entonces le dijo: “Señor, la única cosa que nos trae el ferrocarril, a veces es un porteño que compra una empanada y si lo vamos a perder...”. [Risas].

FORD: —Sí, y él se enoja con el ferrocarril ahí...

JAURETCHE: —Y claro, porque el ferrocarril a Santiago no tuvo en cuenta a Santiago. Santiago fue un desierto que había que cruzar...

FORD: —Claro, por eso en el artículo que salió...

JAURETCHE: —...desierto que había que cruzar y se hizo recto. Y cambió toda la traza urbana de las provincias. Porque los pueblos de Santiago estaban instalados sobre los caminos, en las aguadas. El ferrocarril no tuvo en cuenta las aguadas. Entonces el ferrocarril creó un pueblo al lado de la estación, a veinte kilómetros, a diez kilómetros, a treinta kilómetros del pueblo real. Y entonces no creció ni uno ni otro...

FORD: —Añatuya surge así... [...].

JAURETCHE: —Todo Santiago es así. Una cosa es la ruta del agua que era la de los caminos y otra la ruta del ferrocarril. Si el ferrocarril hubiera tenido en cuenta a Santiago, habría seguido la ruta del agua. El ferrocarril era un puente entre Buenos Aires y Tucumán.

FORD: —Ahora, él en estas denuncias rurales, que son posiblemente... no sé cómo usted las recordara en ese momento, pero deben ser los aportes más de fondo...

JAURETCHE: —Sí, él dio varias conferencias en FORJA sobre esos temas.

FORD: Y es el aporte de él, yo creo que él es donde trabajo más sistemáticamente buscando información.

JAURETCHE: —Sí, trabajó sistemáticamente. Además en esa época fue que me parece que Palacios vino al Congreso con sus denuncias sobre la miseria del norte. Pero, nunca buscando las explicaciones de fondo, siempre orillándolas..., ¿eh?

FORD: —Bueno, en el discurso sobre el problema del algodón, en el Chaco, Manzi se ubica, yo no sé... el contexto puede definir bien lo que significaba la ubicación de él, ¿no? Pero él critica la explotación que hacen los monopolios del colono, pero al mismo tiempo critica la explotación que hacen el colono y el monopolio del jornalero.

JAURETCHE: —¡Claro! Y, bueno, esa es la historia.

FORD: —Y aparentemente...

JAURETCHE: —...esa es la historia de nuestra economía que llevó al absurdo, y de nuestra política, que el partido socialista en vez de ser un partido... en el orden rural, lo poco que hicieron, en vez de juntar peones, juntaron chacareros...

FORD: —Exactamente, y él enfrenta a Giúdice...

JAURETCHE: —...los afligía exclusivamente la suerte del chacarero y no la suerte del peón. La verdad es que el peón...

FORD: —Él pone el ejemplo de Giúdice en ese momento...

JAURETCHE: —...el peón hasta que no tuvo el Estatuto del Peón dado por Perón no fue tenido en cuenta.

FORD: —O sea que Manzi en ese momento político es una punta bastante avanzada, ¿aun en FORJA mismo, no?

JAURETCHE: —Sí, sí... [...] Manzi era una cabeza importante de FORJA, pensante, no solo en las conferencias y la doctrina, sino en la dirección. Además tenía un gran sentido político, un gran instinto popular...

FORD: —Él participa en las propagandas, en todo ese...

JAURETCHE: —Participó, participó. Fue lo que ya le digo, la vida lo fue sacando. Y tal vez el éxito en este mundo. Y la vida nocturna.

FORD: —Claro, porque ya llega el cuarenta y él un poco se parta de todo eso. Incluso el tango que él hace, el tango así, demasiado evocativo a veces, o el tango del amor desesperado. Cabría preguntarse si es justamente un arte...

JAURETCHE: —Yo, a Homero, después ya de su éxito, lo veía muy de vez en cuando con una gran satisfacción, con un gran cariño porque nos quisimos siempre, pero ya no nos frecuentábamos porque estábamos en dos mundos distintos. Yo seguía en mi mundo político, y él había entrado a este mundo... de la música, de la poesía, del arte. Y también un poco de la juerga nocturna...

FORD: —Claro, él se aparta [...], yo creo que debe ser uno de los que traslada con más fuerza el problema económico al plano cultural...

JAURETCHE: —Ahí está... Ninguna fuerza se pierde, ese es el problema...

FORD: —Aparece como uno de los defensores de la...¹³.

JAURETCHE: —...y a ese mundo lleva ese aporte que ha elaborado en una larga lucha, en conjunto con nosotros, y de antes, porque él tiene aportes elaborados desde la más tierna infancia. Es un hombre siempre bien ubicado en el problema argentino. Desde que yo lo conocía, por el hecho de ser mayor no tuve nunca que orientarlo. Al contrario, muchas cosas las he recibido de él, no se las he dado. Nos hemos dado, recíprocamente, todos los que actuamos en ese movimiento.

FORD: —[...] Cuando él habla de lo que influyó en él, va a hablar fundamentalmente de una figura, que es Yrigoyen...

JAURETCHE: —Ah, sí...

FORD: —Tiene un discurso...

JAURETCHE: —Hay también en él una idealización de Yrigoyen, como en toda imagen del caudillo, del conductor, que tiene el hombre del pueblo, hay una idealización del personaje. Algo corresponde a la realidad del personaje, y algo corresponde a la imagen que uno hace del personaje idealizándolo. Ahora, con Homero, lo tratamos bastante a Yrigoyen después de su caída. Con mucha fre-

¹³ [N. del E.: *nouvelle vague*].

cuencia lo hemos visto en la casa de la calle Sarmiento. Con tanta frecuencia íbamos, que a mí me tocó verlo morir, yo lo vi morir a Yrigoyen, esa noche [...] Pero Homero tenía... mucho de mi yrigoyenismo, porque yo era nuevo en el radicalismo, yo entré en el radicalismo recién a los 23 o 24, mucho de mi formación política se la debo a Homero. Él era antes que yo, yrigoyenista. Y él me dio una de las explicaciones más orgánicas, tal vez más poéticas del caudillo. Posiblemente es el aporte que más contribuyó a consolidar mi yrigoyenismo, que había sido el producto de una evolución puramente intelectual. Es decir que yo no llegué a Yrigoyen por Yrigoyen, sino por la comprensión del populismo. Entonces, Yrigoyen para mí era válido como expresión del populismo. Le debo a Homero, quizá lo que más le deba, es la comprobación, la constatación del valor de Yrigoyen por Yrigoyen mismo. Esta es una cosa que la he definido en este momento porque no la tenía definida y lo digo con toda claridad, que políticamente soy populista. Frente al fracaso de las ideologías, constante en nuestra América, cosa que empecé a percibir mirando el fenómeno mexicano, sé comprender la significación de los caudillos. Y era subsidiariamente yrigoyenista; primero, populista y después, yrigoyenista. Y le debo a otros, pero especialmente a Homero Manzi la comprensión, a su vez, del caudillo, del individuo Hipólito Yrigoyen, y lo que significó.

FORD: —Y en una época en la que Manzi era muy joven.

JAURETCHE: —Sí, en la época que Manzi tendría como le digo, yo tendría veintiséis, veintisiete años y Manzi tendría veintiuno, veintidós. Manzi estaba muy madurado. Menos mal que maduró temprano, porque los dioses habían resuelto que muriera temprano.

FORD: —Claro, y el yrigoyenismo, a Manzi le viene de la casa también, ¿no es cierto?

JAURETCHE: —Sí, los hermanos... toda la familia yrigoyenista.

FORD: —Y ya aparece muy temprano, aparece en Tucumán, en Jujuy, en Salta, a los dieciocho años, hablando y en discursos. Hay un comité en Tucumán que se llama Homero Manzi cuando él tiene diecinueve años. No sé cómo era el sistema y por qué el comité se llamaba Homero Manzi...

JAURETCHE: —No sabía de esas andanzas por Tucumán a esa edad. Yo no sabía y ahora me explico un incidente que tuvimos en una reunión de la juventud que había un hombre muy meritorio del radicalismo, pero ya un poco maduro [...] Manzi lo increpó diciéndole (esto fue el año 30): “Cuando yo estaba en el Colegio Nacional, usted era rector del Colegio Nacional de tal provincia, de una provincia del Norte”. Y ahora me doy cuenta de que había andado por ahí y era por eso que lo sabía.

FORD: —Sí, sí, él viajaba constantemente a Añatuya. Pero además aparece como delegado al comité nacional, aparece ya en el 25...

JAURETCHE: —Bueno, eso ya estábamos en contacto. Yo no sé si el contacto conmigo con él empieza en la Universidad o empieza antes, no me acuerdo bien. Porque es para esa época. Para esa época también yo voy a Entre Ríos, en el 25 o 26, a una elección del circuito Gualaguay/Victoria.

FORD: —Sí, él aparece... al mismo tiempo que aparece en Buenos Aires en las primeras cosas políticas, aparece en el Interior...

JAURETCHE: —Otra cosa que hay que tener presente también... el barrio fue muy importante para él, y ese grupo del barrio.

FORD: —¿Cuál era el grupo del barrio?

JAURETCHE: —¿Por qué no lo grabaron a José Constantino Barro...?

29 DE JUNIO DE 1935: FORJA, 80 AÑOS DE VIDA

ERNESTO JAURETCHE

Es el lunes 24 de junio. Seguro que frío y nublado. A la tardecita. En el café El Foro, de Corrientes y Uruguay, se reunió una treintena de hombres maduros, abogados, ingenieros, médicos, periodistas, escritores, artistas, todos notables militantes del partido fundado por Leandro Alem, con el propósito de lanzar una nueva agrupación política como corriente de pensamiento yrigoyenista dentro de la UCR. Bajo la dirección inicial de Juan B. Fleitas y Manuel Ortiz Pereyra, el grupo que unos días más tarde dará origen a la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina –FORJA– estaba integrado por Arturo Jauretche, Homero Manzione (Manzi), Félix García Ramírez, José María Cané, Oscar López Serrot, José Constantino Barro, Juan Luis Alvarado, Conrado Míguez, Abel Sánchez Uncal, Amable Gutiérrez Diez, Juan Molas Terán, Germán País, Ismael Segovia, Atilio García Mellid, Gabriel del Mazo, José Peco, Jorge Walter Perkins, Carlos Menica, Luis Dellepiane, Silvano Santander, Martín Irigoyen, Manuel Belnicoff, Rodolfo Álvarez Prado, Camilo Stanchina, Ernesto Laclau, Jorge Luis Borges, Ernesto Vatteone, Guillermo y Carlos Maya, Oscar Correa, Ángel y Néstor Banfi, Jorge del Río, Oscar Meana, Orlando Paoletta y los hermanos Fernando, Carlos y Ubaldo Estrada, entre otros. Raúl Scalabrini Ortiz participaba, pero no adhirió por no cumplir con la condición de ser afiliado radical.

Ese mismo día. Al anochecer. Las voces del canillita desbarataron la reunión. *Crítica*: titular en tipografía catástrofe: *Carlos Gardel muere en un accidente aéreo en Medellín*. Conmoción y congoja nacional. Manzi le escribe un epitafio imperecedero: “...en esta Patria que tiene un pueblo sentimental como una novia, derecho como una daga y amigo como un poncho, a Gardel se lo considera un compañero más”.

29 de junio de 1935. Sábado. En un sótano de Corrientes 1778, se lanzó, por fin, la **Fuerza de Orientación Radical de la Nueva Argentina (FORJA)**. Presidían

la primera reunión Jauretche, Manzi, Alvarado, Dellepiane, del Río, Correa y Molas Terán. El nombre de la agrupación, inspirado en un concepto atribuido a Yrigoyen, describía, a la vez, el panorama pavoroso de la Década Infame y la oportunidad luminosa que animaba los jóvenes militantes del nacionalismo popular y democrático de aquellos tiempos: “Todo taller de forja parece un mundo que se derrumba”.

FORJA, a partir de esa definición fundacional, imaginó una experiencia inédita en la política nacional:

De los nacionalistas, compartimos la exaltación patriótica, y de los comunistas, su conocimiento del fenómeno imperialista. Pero el patriotismo de símbolos de los nacionalistas fue, en nosotros, amor a la sustancia de lo argentino y no su expresión abstracta, y de la concepción doctrinaria de los segundos, apreciamos las generalizaciones y el aspecto mecánico del capitalismo, para abocarnos al conocimiento y soluciones de nuestra realidad... Los socialistas pretenden excluir la realidad para cambiarla, en lugar de comprenderla para superarla. Así han fracasado en el interior, al rechazar a las masas por incultas, ineptas, etc... Las masas se saben desapreciadas por la petulancia socialista... El partido socialista es el de los hombres que no quieren que pase nada. A los nacionalistas les dije: el nacionalismo de ustedes se parece al amor del hijo junto a la tumba de su padre. El nuestro, se parece al amor del padre, junto a la cuna del hijo y ésta es la sustancial diferencia. Para ustedes, la Nación se realizó y fue derogada; para nosotros, todavía sigue naciendo (Jauretche, 1962).

Jauretche declinó la presidencia, que a propuesta de Manzi recayó en Luis Dellepiane.

Ese pequeño grupo marginado de la llamada política grande consagró términos que luego serían cotidianos, como “vendepatria” y “cipayo”, y desnudó el “Estatuto legal del coloniaje” que dio el carácter de “infame” a la década. Pero lo más importante: fue el primer intento orgánico de ver la Argentina con ojos argentinos y de crear categorías propias de análisis para entender la realidad nacional. Desde entonces hasta hoy las definiciones forjistas constituyen el piso conceptual en que se asienta todo proyecto nacional, popular y democrático.

Hasta entonces se había procedido así: dada tal doctrina, es necesario que la realidad se someta a ella. Nosotros nos propusimos que dada nuestra realidad, resultase una doctrina que sirviera a nuestros intereses y no a los ajenos. Hasta entonces habíamos ido al almacén con el “manual del perfecto comprador”, pero escrito por el almacenero. Empezamos por estudiar, libres de las anteojeras, algunos problemas de nuestro presente y de nuestro pasado. De su conocimiento resultaron conclusiones que siguen dando frutos. Del conjunto de esas conclusiones han resultado puntos

de vista generales que, ahora sí, permiten deducciones propias y auténticas. Se era liberal, marxista o nacionalista, partiendo del supuesto que el país debía adoptar el liberalismo, el socialismo o el nacionalismo y adaptarse a él, partiendo del supuesto doctrinario importado, reproduciéndolo y forzando a la naturaleza a condicionarse a él. La tarea de FORJA no fue hacer ni liberalismo, ni marxismo ni nacionalismo, sino contribuir a una comprensión en que el proceso fuera inverso y que las ideas universales se tomaran sólo en su valor universal, pero según las necesidades del país y según su momento histórico las reclamasen, como creaciones propias del mismo, en su marcha ascendente. En una palabra, utilizar las doctrinas y las ideologías y no ser utilizado por ellas (Jauretche, 1962).

De esa época es el siguiente texto, que denota la vocación latinoamericanista revolucionaria del nuevo grupo: “Como en 1810, sólo por la acción de los pueblos, la Argentina y los países indoamericanos conquistarán la emancipación económica. Ciudadano, no se resigne. Luche. Oponga la rebelión de su conciencia a la fuerza de los usurpadores”.

Juan José Hernández Arregui, en una evocación personal de Jauretche, describió el momento de la decisión forjista:

Jauretche no fue solamente uno de los fundadores de FORJA, sino su activista panfletario... A diferencia de los fantasmas hinchados por la oligarquía, Arturo prefirió al narcisismo literario el folleto anónimo, el volante insurrecto, el fragor callejero y el puñetazo, en medio del terrible muro de silencio, cuestionado por economistas universitarios y escritores lacayos del imperialismo y, por eso, famosos. La antipatria le cerró a Jauretche y a su generación, todos los caminos. Me alegro. En un país colonial, el patriotismo es eso. Mirar a la Patria, olvidarse de uno y darle al pueblo lo mejor de sí mismo (Hernández Arregui, 1957).

Un volante de FORJA convocaba, para el miércoles 31 de marzo de 1940, a un “gran mitin del Salón Augusteo”, templo de los bailarines de tango de la época (¡qué paradoja!: otro 29 de junio, pero de 2006, un incendio provocó graves daños en el salón):

Titula: LOS PROBLEMAS DE LA PATRIA –la corrupción de las direcciones políticas; su traición a la democracia; la colonización económica; el caos social– SERÁN DENUNCIADOS POR FORJA, con claridad, con franqueza, con energía. UNA CITA RADICAL Y ARGENTINA.

Serán ORADORES: Atilio García Mellid, Homero Manzione, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Luis Dellepiane.

Otro volante de FORJA, que adelantaba la definición de conceptos que el peronismo convertirá en sus tres banderas una década y media después, dice:

En el territorio más rico de la tierra vive un pueblo pobre, mal nutrido y con salarios de hambre. Hasta que los argentinos no recuperemos para la Nación y el Pueblo el dominio de nuestras riquezas, no seremos una Nación soberana ni un pueblo feliz. Hay que sentir y obrar como argentinos. Contra todos los vendepatrias nativos y contra todo imperialismo. La restauración argentina sólo podrá cumplirse sobre la base de la soberanía popular, la emancipación económica y el imperio de la justicia".

Manzi escribe la *Milonga de FORJA*:

Forjista que estás de guardia/si te preguntan, contesta,/que estás de guardia en la noche/esperando que amanezca./ Bajo la luz del crucero,/signo plateado de estrellas,/ el sol del Inca y de Mayo/dora tu afán en la espera./ Está velando la noche/en que Argentina despierta:/mañana cuando haya sol/será libre nuestra América./ Bajo la luz del crucero/ si alguno a caer acierta;/¡un laurel para su frente/adelante los que quedan./ Que se rompa y no se doble/ésa es la voz de tu espera./¡Qué lindo será mañana,/mañana cuando amanezca.

Recién el 2 de setiembre se dio a conocer el *Manifiesto liminar* de FORJA, puesto a consideración en la reunión fundacional del 29 de junio: "Somos una Argentina colonial. Queremos ser una Argentina libre". Estas palabras, ahora en boca de los forjistas, hubieran sonado inverosímiles antes de la crisis de los años 30. Sin embargo, en esos momentos, desnudaban la realidad: la orgullosa Argentina del Centenario, con gran impudicia, confesaba su dependencia del Imperio británico.

En su Preámbulo, el Manifiesto denunciaba a las direcciones de la UCR "que tienden a destruirla por el abandono de los ideales que le dieron origen y por el debilitamiento de los valores morales que han definido al movimiento histórico del radicalismo..." y las acusa de "colaborar con las oligarquías económicas entregadas al capital extranjero..." (Hace casi un siglo y nada nuevo, ¿no?).

El documento de la Asamblea Constituyente de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina consideraba:

Que el proceso histórico argentino en particular y Latinoamericano en general, revelan la existencia de una lucha permanente del pueblo en procura de la Soberanía Popular, para la realización de los fines emancipadores de la Revolución Americana, contra las oligarquías como agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural, que se oponen al total cumplimiento de los destinos de América...

Declaraba:

Que la tarea de la nueva emancipación sólo puede realizarse por la acción de los pueblos... consumando hasta la totalidad la obra truncada por la desaparición de Hipólito Yrigoyen... única forma de cumplir incorruptiblemente los ideales que le dieron vida y determinan su perduración histórica al servicio de la Nación Argentina”, y “abre sus puertas a todos los radicales y particularmente a los jóvenes que aspiren a intervenir en la construcción de la Argentina grande y libre soñada por Hipólito Yrigoyen”.

Y concluía: “Por el radicalismo a la soberanía popular. Por la soberanía nacional a la emancipación del pueblo argentino”.

Se fijaron como objetivo revelar el silencio de radicales alvearistas y socialistas frente a lo que denominaban “El estatuto legal del coloniaje”:

1. la entrega a Otto Niemeyer del Banco Central;
2. la unificación de los impuestos internos;
3. la Coordinación de Transportes;
4. las Juntas Reguladoras;
5. el Tratado de Londres (Pacto Roca-Runciman);
6. el abandono de la neutralidad internacional de Yrigoyen;
7. el Régimen de Cambios;
8. la Política Petrolífera;
9. la sujeción de la enseñanza a organizaciones extranjeras;
10. la participación en intervenciones militares en América Latina;
11. la restricción de las libertades de palabra y asociación;
12. leyes que otorgan facultades discrecionales al Poder Ejecutivo;
13. las graves irregularidades con la venta de armamentos, la política frigorífica y la venta de carnes comprobadas en la investigación parlamentaria y el asesinato del senador Bordabehere;
14. la implantación de la censura previa y,
15. la complicidad del Poder Judicial.

Sus consignas reclamarán: “Patria, Pan y Poder al Pueblo”, “Ni plutocracia ni nazifascismo”, y después del golpe de Estado del 4 de junio del 43, “Radicalizar la revolución y revolucionar al radicalismo”.

Hacia 1940, la facción de FORJA liderada por Luis Dellepiane y Gabriel del Mazo pactó su reintegración a la conducción nacional de la UCR, y abandonó el

movimiento. Esto favoreció a la línea más radicalizada, que representaba Scalabrini Ortiz —quien se incorporó formalmente al eliminarse la obligatoria adhesión a la UCR—, y colocó a Jauretche al frente del grupo.

“Se prepara una revolución radical”, anunciaba el coronel Pomar a sus amigos forjistas. Aludía a las reuniones que oficiales del GOU (una suerte de logia secreta interna en el Ejército de tendencia nacionalista y neutralista) sostenían con el general Arturo Rawson en Campo de Mayo. A un llamado, los muchachos de FORJA se juntaron en el sótano de la calle Lavalle, uniformados, de boina blanca y bajo el liderazgo de Darío Alessandro. Jauretche concurrió al Edelweiss de la calle Libertad, lugar habitual de reunión de nacionalistas y forjistas, y allí, por boca de un mensajero de los conjurados, confirmó la partida de las tropas. Trescientos forjistas marcharon hacia el Congreso para sumarse a la columna militar que bajaba por la avenida Rivadavia. Diez mil hombres convergieron desde todos los rumbos sobre la Plaza de Mayo.

El movimiento castrense del 4 de junio de 1943 derrocó al catamarqueño y conservador presidente Castillo, último representante de la Concordancia. El general Arturo Rawson ocupó el sillón presidencial sin resistencia alguna. El primer decreto del gobierno revolucionario nombró a oficiales del GOU en los comandos de los regimientos y de la policía. El segundo suprimió el Congreso y abolió los partidos políticos.

Con un comunicado, FORJA caracterizó al nuevo gobierno militar como el fin de la Década Infame:

FORJA declara que contempla con serenidad no exenta de esperanza la constitución de las nuevas autoridades nacionales, en cuanto las mismas surgen de un movimiento que derroca al “régimen” y han adquirido el compromiso de reparar la disolución moral en que se debatía nuestra política y de crear un sistema basado en normas éticas y en claros principios de responsabilidad y soberanía. FORJA... ratifica su demanda total de emancipación nacional y soberanía política...

El nuevo jefe de gobierno, general Arturo Rawson, que ha firmado un decreto rompiendo relaciones con el Eje que no llega a publicarse, mantuvo una entrevista con Jauretche: “Con esas ideas —le dice—, no va a ser presidente por mucho tiempo”. El general Pedro Pablo Ramírez, de posición neutralista, desplazó al belicista Rawson y nombró a Edelmiro J. Farrell secretario de Guerra y este a Perón en la Subsecretaría. Los logistas instalaron otros integrantes del GOU en puestos clave de gobierno. Los forjistas miraban con esperanza el avance de algunos viejos conocidos y, especialmente de Perón, en el que reconocían a un lector de sus “Cuadernos”, los libros de José Luis Torres y la *Historia de los ferrocarriles*, de Raúl Scalabrini.

Sin embargo, FORJA no cesaba su combate desde las bases. El frente de trabajo universitario de FORJA había alcanzado para esas fechas importantes conquistas: el presidente de la FUA, Francisco J. Capelli, provenía de las filas forjistas de la ciudad de La Plata. Carlos Maya era presidente del Centro de Derecho de la UBA y Mario Pascale era delegado a la FUBA. En Córdoba, el forjista José Cafasso y Mario Roberto, vinculado a Sabattini, constituían una agrupación de gran relieve: la Unión Federalista Revolucionaria Argentina, que defendía posiciones federalistas y latinoamericanas. En Tucumán, Celestino Gelsi (que llegó a ser gobernador de la provincia en la década del 50); en Mendoza, Mathus Hoyos; en Santa Fe, Alejandro Greca; en Salta, Juan Carlos Cornejo Linares (también de distinguida actuación política más tarde) y en La Rioja, Ramón Torres Molina eran militantes forjistas e importantes dirigentes universitarios. En todas las facultades de la Universidad de La Plata había forjistas que ocupaban cargos dirigentes.

A causa de la suspensión de los partidos políticos decretada por el gobierno de facto, FORJA funcionó como “Club Argentino” en Florida 334. Ante ciertas actitudes autoritarias y ultramontanas de sectores del gobierno (como la prohibición del lunfardo en las letras de tango) y una serie de medidas inspiradas en el nacionalismo oligárquico, FORJA emitió un pronunciamiento:

La revolución del 4 de junio ha abierto un paréntesis en la política argentina y ese paréntesis se ha poblado de interrogantes... La única salida del movimiento de junio es alinearse junto a la voluntad de las grandes mayorías sin sectarismos de estilo, subordinándose a un movimiento nacional que está en la calle y en las fábricas a la espera de canales políticos que lo interpreten... Lo que en FORJA llamamos voluntad nacional, es cosa distinta a la simple y ocasional suma de voluntades que se da en oportunidades electorales... Y no puede construirse desde arriba sino trabajando en el seno del pueblo.

En octubre del 43, el gobierno dio a conocer como decreto-ley el “Estatuto del peón”, lo que despertó un violento rechazo de todo el *establishment* económico y político, encabezado por la Sociedad Rural y la “prensa seria”. La serie de normas legales que tenían por objeto proteger a los trabajadores del campo, manejados hasta entonces como parias, había sido diseñada por Jauretche. Perón respondió con un discurso de neta hechura jauretcheana:

Hoy llegamos con el Estatuto del Peón. Sé bien que ello no agrada a algunos explotadores sin conciencia. Sé también que será motivo de crítica por parte de algunos merodeadores de las grandes empresas y escribas sin escrúpulos al servicio de los vacunos, que ya han visto mal que yo defienda con más entusiasmo el perfeccionamiento de la raza humana que la de los toros y los perros argentinos.

El 16 de diciembre apareció el primer número del semanario *La Víspera*, un tabloide que dirigía Francisco J. Capelli. El primer editorial escrito por Jauretche decía:

La Víspera es una publicación modesta. Saldrá una vez por semana. El sábado... Del sábado inglés La Víspera aspira a hacer un sábado argentino... No es La Víspera una voz nueva. Viene desde el fondo de la historia... porque el pueblo está en la raíz de lo nacional... En lo grande no se han equivocado nunca ni el pueblo de la emancipación ni el de los caudillos federales, ni el de Yrigoyen. Los doctorcitos son los que se equivocan... Por eso no somos maestros de nada. Nos dimos cuenta, simplemente, de lo que verdaderamente intuíamos hasta hacerlo pensamiento primero que otros, y nada más. Ahora queremos ayudar a que ese descubrimiento de la verdad de cada uno se haga en todos. Cuando ello haya ocurrido habrá dejado de ser La Víspera. Será el día.

El periódico sobrevivirá a las graves penurias financieras y a la ofensiva reaccionaria hasta el 24 de marzo de 1945. Adquirió la apariencia de vocero forjista, no siéndolo oficialmente.

Escribieron en sus páginas un nutrido grupo de intelectuales jóvenes que con los años se destacarán en la política y en la academia universitaria: José Aralda, Guillermo Borda, Miguel López Francés, Mario Pascale, Carlos Maya, César Bunge, Roque Raúl Aragón, Basilio Ruiz, Vicente Trípoli, Atilio García Mellid, Juan Pastor, y los latinoamericanos, Natalicio González, paraguayo; Tulio Cestero Burgos, puertorriqueño; Isa Carballo, cubano; entre otras personalidades. Publicaban poemas de Andrés Bello, Guido Spano, Rafael Alberti, Rubén Darío y, entre otros, de Julián Barrientos, seudónimo de Jauretche.

Algunos títulos de las principales notas son indicativos de la línea editorial del periódico: “El imperialismo: historia y utopía”, de Abel Cardelicchio; “La Tercera Posición”, de Alejandro Greca; “Rehabilitación de la figura revolucionaria de Castelli”, de Guillermo Borda; “¿Adónde va indoamérica?”, de Cestero Burgos; “Valores estéticos en la música popular”, de Vicente Demarco; “Iniciativa privada y librecomercio: bases del predominio yanqui”, de López Francés, etc.

La Víspera defendía la neutralidad argentina frente a la guerra mundial. Jauretche tituló su nota: “General Farrell: queremos morir aquí”. La reacción oficial delata el peso político del periódico forjista en la opinión pública; el presidente Farrell clausuró tanto el periódico como el Club Argentino. El gobierno declaró la guerra al Eje. La consigna coreada por las calles era: “Qué desencanto tan hondo, que desconsuelo brutal, qué ganas de echarse en el suelo y ponerse a llorar”.

EE. UU. enviaba como a embajador a Spruille Braden, socio de las multinacionales Braden Copper Company de Chile y de la United Fruit Company de Guatemala, para atender los asuntos argentinos: una clara señal de discrepancia con la línea política del gobierno militar y un gesto amable hacia los agentes de la dependencia nucleados en la oposición.

De allí en adelante los forjistas, contando con la anuencia y el apoyo de Perón, empezaron a recorrer el país. En Villa María, Jauretche se entrevistó todas las semanas, a lo largo de un año, con Amadeo Sabattini, la más caracterizada figura del radicalismo de entonces. Le planteó organizar un movimiento de solidaridad con la gestión de la flamante Secretaría de Trabajo y Previsión. Sabattini, sin rechazar la propuesta, quedó en que lo pensaría, lo que dio lugar a otros numerosos encuentros. “...todos estaban de acuerdo, pero no se animaban a dar el primer paso. Los radicales son enfermos de timidez”, acusará Jauretche admitiendo el fracaso de intentar hacer converger en un único movimiento político al radicalismo con la emergente fuerza histórica.

En otoño, López Francés y René Orsi viajaron desde La Plata a la casa de Moisés Lebensohn en Junín con el mismo propósito. A Lebensohn no le disgustaba la posibilidad de apoyar al secretario de Trabajo, pero disentía con su posición de neutralidad frente a la guerra. Al fin, solicitó tiempo para consultar con don Amadeo para fijar posición conjunta, lo que nunca se concretó.

Jauretche declinó entonces el ofrecimiento de Perón de ser nombrado Interventor Federal en la provincia de Buenos Aires. En cambio, aceptará comprometer a varios de sus compañeros forjistas para integrar el gabinete de gobierno del interventor militar designado: el general Juan Carlos Sanguinetti. El acuerdo consistía en que la Casa de Gobierno de La Plata pasaría a ser el nódulo central de la política sustentada por FORJA. Pero Sanguinetti no respetó el acuerdo y Jauretche se distanció entonces de Perón, por considerar que no había hecho todo lo necesario para llevar a cabo el cumplimiento de su palabra. E interrumpió sus visitas al coronel. El mismo Jauretche le puso fecha a esta separación: “En julio del 44 me disgusté con Perón”.

El lunes 8 de octubre de 1945, Perón cumplía 50 años: una jornada turbulenta. En la mañana siguiente renunciará a todos sus cargos: secretario de Trabajo y Previsión, ministro de Guerra y vicepresidente de la República. La noticia sacudió al país. En su despedida de los afligidos trabajadores que lo aclamaron cuando se retiraba de la Secretaría que él mismo había creado, Perón pronunció frases que quedaron para siempre grabadas en la conciencia proletaria: “Los trabajadores sólo deben confiar en sí mismos y recordar que la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero”.

El 11 de octubre Jaureche se entrevistó con el dirigente radical intransigente Amadeo Sabattini y le solicitó que asuma el gobierno. Pero los radicales insistieron con la entrega del gobierno a la Corte. “Ya no hay otra alternativa para el país que Perón o la oligarquía –sentenció Jaureche–. Nosotros nos vamos con Perón”.

Entre los forjistas el 17 de octubre provocó un terremoto. Unos iniciaron su emigración hacia el Partido Laborista; otros creyeron que, eliminando la palabra “radical” de la sigla, FORJA podría subsistir; los menos se aprestaron a regresar al radicalismo atemorizados por las masas en la calle.

El 15 de diciembre, FORJA se disolvió:

...el pensamiento y las finalidades perseguidas por FORJA están cumplidas al definirse un movimiento popular en condiciones políticas y sociales que son la expresión de una voluntad nacional de realización (Acta Asamblea de FORJA, 15 de noviembre de 1945)”

“Las ideas que habíamos sembrado habían madurado y percibíamos su eclosión en el movimiento en marcha. La bandera de las clases medias que el radicalismo yrigoyenista no ha sabido sostener pasó a manos de los trabajadores que la llevaron a la victoria. (Borrador Jaureche, en: Galasso, 2003).

Bibliografía

Jaureche, Arturo (1962). *FORJA y la década infame*, Buenos Aires, Coyoacan.

Hernández Arregui, Juan José (1957). *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Amerrindia.

Galasso Norberto (2003). *Jaureche y su época. La revolución inconclusa, 1955-1974*. Tomo II. Buenos Aires, Corregidor.

ARTURO JAURETCHE, UN INTELLECTUAL DE SU TIEMPO

ERNESTO SALAS¹

“El hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía leer ni escribir. [...] Mientras el sueño llegaba, la noche se poblaba con las historias y los sucesos que mi abuelo iba contando: leyendas, apariciones, asombros, episodios singulares, muertes antiguas, escaramuzas de palo y piedra, palabras de antepasados, un incansable rumor de memorias que me mantenía despierto, el mismo que suavemente me acunaba.

...no será necesario decir que yo imaginaba que mi abuelo Jerónimo era señor de toda la ciencia del mundo”.

JOSÉ SARAMAGO.

DISCURSO DE ACEPTACIÓN DEL PREMIO NOBEL, 1998.

Cuenta el sociólogo brasileño Emir Sader que, mientras participaban del Foro por la Emancipación y la Igualdad organizado por la Secretaría de Cultura, Cristina Kirchner se hizo un tiempo para recibir a los visitantes extranjeros. Los reunió en la Casa Rosada para explicarles que ella, como alguien del mundo de la modernidad, “encontraba dificultades para encontrar las explicaciones que requiere el mundo de la posmodernidad”. Sentados en uno de los salones —que había sido la sala de despacho de Eva Perón— estaban algunos de los intelectuales más prestigiosos de las corrientes intelectuales y políticas emancipadoras del presente —Noam Chomsky, Leonardo Boff, representantes del Podemos español, el Sinn Féin irlan-

¹ Licenciado en Historia. Director del Centro de Estudios Políticos Arturo Jauretche (UNAJ).

dés, el propio Emir Sader, entre otros—. Les enumeró la cantidad de fenómenos nuevos sin explicación que había abierto la posmodernidad —cuyo comienzo ella ubicó con la caída de las Torres Gemelas—: la importancia de las razones religiosas, la “incapacidad para dar cuenta de fenómenos de nuestro tiempo y, especialmente, la naturaleza de este período”, o sea, la falta de las grandes teorías explicativas con las que habían contado los movimientos de la modernidad.

Cuenta Sader que la presidenta dijo, con audacia, “que no son los acontecimientos los que generan las ideas, sino que son las ideas las que propician nuevos grandes períodos históricos”. Sader sintió que era una interpelación al rol fundamental de los intelectuales en los procesos sociales y políticos contemporáneos, a la necesidad de brújulas que puedan orientar el asalto al cielo de los nuevos movimientos liberadores.

Algunas de las experiencias intelectuales más fructíferas del siglo veinte fueron realizadas por militantes políticos que, en el ocaso de su intervención pública, necesitaron de la reflexión para entender las razones por la cual su práctica —o la de los movimientos libertarios de sus sociedades— no había obtenido el resultado que de ella habían esperado. Un ejemplo de esto que me atrevo a postular fueron las influyentes reflexiones de Antonio Gramsci mientras permaneció recluido en las cárceles de Mussolini.

¿Por qué no pasó aquello que era lo esperado?, ¿por qué suceden fenómenos sociales inesperados?, ¿qué fue lo que no tuvimos en cuenta? Son preguntas que muchas veces han inaugurado momentos clave del pensamiento, necesarios para la explicación de fenómenos políticos y sociales de una época.

Sin intención de hacer un paralelismo —innecesario por otra parte—, me parece importante rescatar este aspecto de la vida de Arturo Jauretche, en el que coinciden sus biógrafos, sus amigos y contemporáneos. Pese a que durante toda su vida de intervención política pública, Jauretche no dejó de escribir y expresar sus ideas y sus propuestas en hojas sueltas, periódicos de batalla, volantes, etc., hay coincidencia en que a partir de 1955 con alguna pausa y, vertiginosamente desde 1960, desarrolló la etapa más fructífera y relevante de su pensamiento. Dan cuenta de ello la mayor parte de sus libros, artículos y polémicas realizados en aquellos años, entre otros sus trabajos más famosos como *El medio pelo en la sociedad argentina* y el *Manual de zonceras argentinas*.

Después de las elecciones para senador por la Capital Federal de 1962, en las que Jauretche participó sin éxito, da comienzo su etapa reflexiva, la que abarca los cuarenta años previos de su vida militante. Sus preguntas constituyen una guía para los temas sobre los que van a tratar sus indagaciones. Lo que a Jauretche le preocupaba era la incapacidad del movimiento popular y su construcción política, el Frente Nacional, frente a sus enemigos.

A comienzos de los sesenta ya eran varios los años de proscripción del peronismo. Luego del golpe, Perón había decidido una estrategia insurreccional impulsada mediante las acciones de la resistencia peronista. Luego, las circunstancias políticas lo llevaron a un pacto con un sector del radicalismo para evitar el fraccionamiento de la fuerza propia. Unos años después del golpe de 1955, habiendo partido de una situación de ilegalidad generalizada, una parte del movimiento había comenzado a participar de un orden posperonista semilegal y se había generado una burocracia política y sindical sin perspectivas estratégicas. Hacia 1961, una camada de militantes obreros había sido separada de las fábricas por sucesivas derrotas sindicales y por el declive de la resistencia. Los intentos golpistas del peronismo no hacían sino volver evidente la desesperación del paso de los años. Perón se encontraba exiliado a más de 7000 kilómetros y su intervención en la política nacional había decaído. El punto de inflexión fue la anulación de las elecciones de 1962 —que el peronismo había ganado en la estratégica provincia de Buenos Aires— y la escasa respuesta del movimiento frente a ello.

La historia peronista posterior, que simplifica en una sola y larga resistencia los sucesos de los dieciocho años del exilio y la proscripción, pasa por alto este momento particular. Pero en la práctica, la percepción de la derrota —la personal tanto como la del movimiento popular—, lleva a Jauretche a la reflexión. No es el único. Otro militante que presiente lo mismo y se larga a preguntar es John William Cooke. Es el momento en el que este afirma que el peronismo se parece a un inmenso, pero inmóvil “gigante invertebrado”. La importancia de ambos en aquella coyuntura es que reconocen la crisis. Y la asumen.

Años atrás, frente al derrocamiento de Perón, Jauretche había apuntado a las particularidades de la coyuntura como causas del fracaso; por ejemplo, la responsabilidad de Perón de enajenarse la voluntad de los sectores medios, o las características de su personalismo. Ahora su indagación se hace más estructural y se pregunta por las causas profundas, aquellas que radican en la historia, en las formas culturales, en las consecuencias de la relación imperial, en las formas del saber.

Es entonces que aplica la experiencia de los años vividos, su historia, la cual le permite tirar de la punta del ovillo, para encontrar los hilos con el fin de entender algunas cuestiones que surgen de esa reflexión, a saber:

- La razón de la tendencia histórica de las clases medias a participar de las ideas de los sectores económicamente dominantes de la sociedad (el *medio pelo*).
- La crítica a la afirmación de la irracionalidad de las masas y su contraposición con una razón que radicaría en el proceso civilizatorio (*civilización y barbarie*).
- El rol de una serie de instituciones como la universidad (con la llamada perspectiva “científica” y “racional”), los medios de comunicación, la escuela, las organiza-

ciones empresariales en la producción de una perspectiva “natural” de la sociedad, pero que resulta un calco de la mirada de los sectores aliados al imperialismo y afines a una mirada foránea de los problemas nacionales (la *colonización pedagógica*).

- El papel de los intelectuales en el desarrollo de la perspectiva enunciada en el punto anterior (la *intelligentzia*).
- Las consecuencias de la relación histórica de dependencia hacia el extranjero de los sectores concentrados del campo y la industria (el *imperialismo*).
- La necesidad de una política de desarrollo económico que superara la industria de bienes durables y avanzara hacia la construcción de la industria pesada y de bienes de capital, condición indispensable para superar el subdesarrollo (el *desarrollismo*).
- La reflexión sobre los aportes de FORJA a la historia del movimiento nacional y su interpretación de que toda la historia argentina con la que se habían formado era mentira (*FORJA y la década infame*).
- La percepción, al acercarse a los fenómenos de la cultura popular, de que hay una forma de razonar de los iletrados que, a diferencia de los modos de los intelectuales, se parece más al método de la ciencia.
- La comprensión de la clave de lo barrial para entender las formas en que la organización social de base (familia, vecinos) se estructura en la sociedad general².
- La afirmación de una mirada científica que observa interviniendo y participando —“desde nosotros”— y su contraposición a la proclamada cientificidad de las disciplinas específicas (*Desde la orilla de la ciencia*).

Después de años de olvido, en los cuales su nombre apenas fue pronunciado por pequeños núcleos de resistencia, ha habido en los últimos años un renacer del pensamiento de Jauretche, enraizado nuevamente —como no podía ser de otro modo— en una generación de jóvenes militantes en busca de ayuda en los pensadores del pasado. Sin embargo, no es la mera ausencia de un pensamiento explicativo de los conflictos del presente lo que devuelve su figura a las costas del pensamiento. Creo que son otras las explicaciones. Todavía persisten ciertas variables constitutivas del conflicto social argentino, que Jauretche desarrolló y que, salvando la distancia, son

² Ver Jauretche (1966), en el capítulo V, “La sociedad urbana se modifica”, se refiere a los lugares barriales integradores de las nacionalidades: el conventillo, la esquina, el almacén, el café, el potrero, la escuela pública, las formas en que se “comunican en la igualdad de las situaciones sociales, donde los grupos no se han separado en estancos, sino que se disuelven por afinidades personales de contacto (...), pues resulta más fuerte el común denominador que da la vida que los denominadores particulares heredados”.

una contribución para pensar nuestro presente. Hay algo de esencial en algunas de sus observaciones que trascienden el tiempo en el que las formuló. Ayuda para ello el estilo irónico y batallador de su escritura, su coherencia en la búsqueda de la construcción de una alternativa política englobadora de las demandas y aspiraciones populares. Sin embargo, es necesario alertar que la validez de un pensamiento y de un autor en particular, por más afirmaciones generales que proponga, es hijo y deudor de su tiempo y de sus circunstancias. No todo es adaptable a nuestro presente ni hay certezas eternas. Gramsci o Jauretche tienen fecha de caducidad. Porque si no lo hiciéramos, recurriríamos a herramientas viejas para el análisis de realidades nuevas. Cristina lo planteó así a sus interlocutores en el relato que da comienzo a este texto: nos hemos formado en la modernidad y sus teorías generales, sus certezas fracasadas no nos sirven para explicar los fenómenos nuevos de la posmodernidad, la globalización, la expansión planetaria del capitalismo, el nuevo orden mundial.

Pero en su época, sus preguntas y lo acertado de sus respuestas fueron fuente de inspiración para un conjunto de movimientos sociales y políticos de raíz popular —radicales y peronistas— que aspiraba a acabar el ciclo de las dictaduras mediante una revolución social. Su desentrañamiento de los núcleos visibles e invisibles de la historia y las formas de la dominación imperial y de clase fueron una aproximación teórica a la comprensión de los nuevos fenómenos que la descolonización, la Guerra Fría, la tercerización de los países y los procesos de liberación inauguraban en nuestro marco regional argentino.

En momentos que se producía en los sectores medios un replanteo de la cuestión peronista por la persistencia de la identidad de la clase trabajadora, en el contexto de un mundo convulsionado por la independencia colonial y afectado por los problemas del desarrollo desigual, la afirmación de la capacidad nacional para pensar y resolver los problemas argentinos fue una brújula que permitió a muchos sectores la comprensión de fenómenos hasta entonces sin respuesta. La clave argentina de sus preguntas —y de las respuestas que ensayó— fue esencial para la interpretación del proceso político de la llamada “generación de los 70”. Fue, en toda su significación, un intelectual de su tiempo.

La colonización pedagógica / Aparatos ideológicos

Me quiero detener en un par de observaciones de Jauretche, de lo que él mismo llamó su intento de:

... colocarme “a la paleta” en el método, proporcionando datos y reflexiones que he recogido como actor y observador apasionado en el curso de una vida lo suficientemente prolongada para que pueda ser testigo de casi todo lo que va del siglo.

Tal vez lo que resulte sea pura anécdota de “mirón”, pero no es mi propósito [...] hacer obra puramente literaria a través de un personaje de imaginación (Jauretche, 1966: 9).

La primera de ellas tiene que ver con la percepción de los llamados “aparatos de hegemonía” o “aparatos ideológicos” de la sociedad capitalista moderna. Es sabido que Gramsci, en sus indagaciones, nombró con el concepto de *sociedad civil* a una serie de instituciones sociales no estatales, o sea, no pertenecientes a la sociedad política, pero esenciales a la hora de elaborar y difundir la argumentación de los sectores económicamente predominantes de la sociedad para fundar su hegemonía. Entre otros, y de manera general, nombró a la Iglesia católica, los sindicatos, la universidad; y de manera particular al rol de los intelectuales en ellas. No concluyó que ellos solos fueran los gestores de dicha hegemonía, pero sí que formaban parte del dispositivo que hacía resistente la dominación social capitalista. Por su lado, Jauretche argumentó, siguiendo las ideas de Jorge Abelardo Ramos³, que en las sociedades coloniales sin dominación política, estas instituciones resultaban fundamentales para establecer la naturalidad de la dominación imperial influyendo tanto en las élites locales como en una parte considerable de la población. Y los describió: los medios de comunicación, la universidad, la escuela, las organizaciones empresariales, sus fundaciones. Colonizados ellos, la forma de esta dominación hacia la sociedad adquiriría los rasgos de una *colonización pedagógica*. También describió el papel de muchos intelectuales en dicha construcción y la forma en que su legitimidad era construida, a los que en conjunto definió como la “intelligentzia”.

³ “En las naciones coloniales, despojadas del poder político director y sometidas a las fuerzas de ocupación extranjeras los problemas de la penetración cultural pueden revestir menos importancia para el imperialismo, puesto que sus privilegios económicos están asegurados por la persuasión de su artillería. La formación de una conciencia nacional en ese tipo de países no encuentra obstáculos, sino que, por el contrario, es estimulada por la simple presencia de la potencia extranjera en el suelo natal... En la medida que la colonización pedagógica —según la feliz expresión de Spranger, un imperialista alemán— no se ha realizado, solo predomina en la colonia el interés económico fundado en la garantía de las armas. Pero en las semicolonias, que gozan de un estatus político independiente decorado por la ficción jurídica, aquella “colonización pedagógica” se revela esencial, pues no dispone de otra fuerza para asegurar la perpetuación del dominio imperialista, y ya es sabido que las ideas, en cierto grado de su evolución, se truecan en fuerza material. De este hecho nace la tremenda importancia de un estudio circunstanciado de la cultura argentina o pseudoargentina, forjada por un signo de dictadura espiritual oligárquica...” (Ramos, 1954).

El saber conjetural o la sabiduría del pueblo

El otro punto en el que me quiero detener es en la observación de Jauretche referente al saber de los sectores iletrados de la sociedad, dado que sus descubrimientos en esta área tienen variados puntos de contacto con otros intelectuales dedicados al análisis de la cultura popular⁴. En varias ocasiones a lo largo de sus escritos, Jauretche se refirió a esta supuesta característica de conocimiento de los sectores populares. La cita más explícita sobre el asunto es la siguiente:

Cuando el hombre de las metrópolis habla de la Humanidad no piensa en nosotros –incluyendo en nosotros a los papagayos de su cultura–. Su Humanidad apenas traspasa los Alpes, se detiene en los Pirineos, llega escasamente al Elba y a través del Atlántico, aunque con regateos, comprende a los Estados Unidos y al Canadá. Los demás pertenecemos a un suburbio de su ciudad humana; tal vez estemos más cerca que los chinos o los annamitas, pero tan lejos como los egipcios, los griegos o los yugoeslavos.

Esta divertida noción que tiene el francés de la cultura, es la geografía de la cultura. No los critico, ellos son lógicos, y se rigen por las reglas naturales de proximidad histórica, geográfica, económica, cultural. Los ilógicos somos nosotros; digo nosotros, los más o menos ilustrados. Los ignaros, que se regulan por las leyes naturales de la proximidad, aciertan con mayor eficacia en nuestros problemas, pues su método se parece más al método de la ciencia⁵. (Jauretche, 1957: 161).

Sus intervenciones sobre el tema fueron muchas, siempre mediante un elogio del sentido común de los pobres: “De aquí que el iletrado se desoriente mucho menos que el culto cuando trata nuestros problemas ‘in-concreto’. No lo digo en elogio del analfabetismo, como apuntará maliciosamente alguno, pero sí en demérito de la mala ilustración” (Jauretche, 1957: 161).

Pero en el argumento de que “su método se parece más al método de la ciencia” hay una intuición jauretcheana. Años después de su fallecimiento cuestiones similares fueron parte de un intercambio en el que participaron Carlo Ginzburg (con su tesis del paradigma indiciario), Umberto Eco y otros, al aportar al debate originado por la publicación del trabajo de Thomas A. Sebeok y Jean Umiker-Sebeok (1987). Estos intercambios se profundizaron con la publicación de los artículos en el volumen colectivo *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce* (1989). Unos años

⁴ Véase en este volumen el artículo de Ford, p. 47.

⁵ [El destacado es mío].

más tarde, la influencia de estos debates serán notables en la aplicación política que de ella hace Adolfo Gilly (1995).

Veamos en qué se parecen a las deducciones de Jauretche. Sebeok rescató de Charles Peirce, el fundador de la semiótica, el concepto de abducción, que el mismo definía de manera sencilla:

- Si veo un saco con una etiqueta que dice «Judías blancas» y saco un puñado de judías, serán blancas (*deducción*).
- Si meto varias veces la mano en un saco y siempre saco judías blancas, llego a la conclusión de que se trata de un saco de judías blancas (*inducción*).
- Si veo un saco de judías y al lado varias judías blancas caídas en el suelo, puedo pensar que el saco es de judías blancas (*abducción*).

Es la capacidad humana de formular hipótesis a partir de la experiencia acumulada, también compartida por el método detectivesco, del que Sherlock Holmes fue su paradigma.

Carlo Ginzburg avanzó más allá. Postuló que la abducción, o la capacidad de formular hipótesis (*el saber conjetural*) constituía el instrumento de investigación y la forma de conocer de las clases subalternas, construido a través de la experiencia, el pensamiento y la práctica. Y que estos instrumentos fueron “subestimados, desvalorizados, ignorados o perseguidos [...] por el conocimiento formalizado de las clases dominantes, es decir, por las formas dominantes del saber y del conocimiento” (Gilly, 1995: 38). Para ejemplificar este saber antiguo, recurrió a la fábula de los tres hermanos cazadores:

Tres hermanos (cuenta una fábula oriental, difundida entre los kirguises, tártaros, hebreos, turcos...) encuentran un hombre que ha perdido un camello (o, en algunas versiones, un caballo). Sin dudas los hermanos se lo describen: es blanco, ciego de un ojo, tiene dos odres sobre el lomo, uno lleno de vino, el otro lleno de aceite. ¿Entonces lo han visto? No, no lo han visto. Pero son acusados de hurto y sometidos a juicio. Es, para los hermanos, el triunfo: en un instante demuestran cómo, a través de indicios mínimos, habían podido reconstruir el aspecto de un animal al que jamás habían tenido bajo sus ojos. Los tres hermanos son evidentemente depositarios de un saber de tipo venatorio (si bien no son descritos como cazadores). Lo que caracteriza a este saber es la capacidad de remontarse de datos experimentales aparentemente omitibles a una realidad compleja no directamente experimentable⁶. (Ginzburg, 2010).

⁶ [El destacado es mío].

Este saber no formalizado no ha permanecido inmutable (una parte del mismo ha sido expropiado por la burguesía a los trabajadores), pero sigue vivo, cambiante. Su límite lo marca el propio Ginzburg:

Un sutil parentesco las unía: todas nacían de la experiencia, de la concretez de la experiencia. En esta concretez estaba la fuerza de este tipo de saber, y su límite (la incapacidad de valerse del instrumento poderoso y terrible de la abstracción) (Ginzburg, 2010).

Lo que vio Jauretche en el saber de sus paisanos también lo vio Adolfo Gilly años después, al recordar su experiencia como militante entre los trabajadores latinoamericanos:

Aprendí, en cambio, a reconocer la capacidad indagatoria y explicativa de los saberes y los conocimientos no formalizados en los trabajadores con quienes pude compartir por muchos años los hogares, los días, los libros, los trabajos, los descansos y las luchas; en otras palabras, la antigua trama de la vida cotidiana [...] Los trabajadores argentinos me enseñaron el arte de medir cuándo ir o no ir a una huelga, aun paro, a otras acciones colectivas (...); cuándo, cómo y con quién negociar; qué decir y cómo en una asamblea o una reunión: o, en otras palabras, cuáles son los códigos, cuáles las palabras, cuáles los modos y los tonos en los cuales, en el universo verdadero del trabajo, nos entendemos, nos juntamos o distanciamos. En una palabra, nos organizamos: nosotros, no las leyes y reglamentos de las instituciones existentes (Ginzburg, 2010: 45).

En la obra de Jauretche, el reconocimiento a esta forma de conocer de los humildes es permanente. Va de la observación a la resolución, se vale de lo concreto. La cita de su pensamiento con la que introduce la cuestión continúa así:

Al porteño o sanjuanino del común le interesa en primer término lo de Buenos Aires o San Juan y subsidiariamente lo otro, en un orden que va de lo particular a lo general. Cuando habla de Libertad habla de su libertad y la de los suyos; cuando habla de Economía, se refiere a los efectos que percibe y los que perciben su gremio, su clase, su ciudad, su provincia, su nación. El letrado ve las cosas de otra manera. A él le interesa lo que le sucede a la Humanidad, a la Libertad, a la Economía en abstracto. Piensa en términos de principios y no en términos de hechos, y le interesa que esos principios jueguen en el mundo abstracto a que pertenece, al margen de lo que resulta para sus paisanos (Jauretche, 1957: 161).

Osvaldo Bayer cuenta, en uno de sus programas de televisión, que le preguntó a Atahualpa Yupanqui, a quien estaba entrevistando, cómo se le había ocurrido esa

inmensa frase poética “las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas”. Y Atahualpa, con modestia, le confesó:

No, no se equivoque. No lo hice yo a eso. Le voy a contar. Una vez me fui a caballo a Tucumán, y en la entrada me paré ahí, donde había un bosquecito, y me puse a hacer un asadito. Y de pronto vino un arriero con unas vacas lindísimas. Yo me paré y le dije: —Paisano, ¡qué lindas vacas que tiene! Y él me miró, y con esa sabiduría de los hombres de campo, me dijo: —No se equivoque, las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas. Y siguió el camino con las vacas. Así son los paisanos de esas regiones, ¡qué sabios! (Bayer, s. f.).

No fue una casualidad que esta valoración de la cultura popular entroncara, en la década del sesenta, con el reconocimiento que hizo un sector de la clase media de la conciencia de los trabajadores peronistas basada en la experiencia. Lo que muchos pusieron en duda entonces fue la razón misma de las corrientes de izquierda que pretendían alumbrar las conciencias de mentes alienadas mediante una supuesta verdad científica, a la vez que postulaban que la clase obrera sería el sujeto histórico revolucionario.

La acusación de sus detractores a esta postura fue que se estaba planteando una cierta forma de populismo acrítico, no importaba que fuera este reformista o de izquierda. Sin embargo, para Jauretche se trataba del reconocimiento de los procesos históricos de una sociedad determinada, de las formas culturales a ella asociados. Más allá de la jerarquía que se les atribuyera, no eran reemplazables por otra historia ni por otra cultura.

La colaboración decisiva para esta confluencia de clase y generacional fue lo que hizo de Jauretche uno de los más grandes intelectuales de su tiempo.

Bibliografía

- Bayer, O. (s. f.). Atahualpa Yupanqui. Canal Encuentro, Conectate, Argentina. Disponible: <http://www.conectate.gob.ar/sitios/conectate/busqueda/buscar?rec_id=124948>.
- Gilly, A. (1995). “Huellas, presagios, historias. Carta al subcomandante”. En: Adolfo Gily, Subcomandante Marcos y Carlo Ginzburg. *Discusión sobre la historia*. México, Taurus.
- Ginzburg, C. (2010). “Señales. Raíces de un paradigma indiciario”. En: Carlo Ginzburg. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona, Gedisa.

- Eco, U. y Sebeok, T. A. (eds.) (1989). *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*. Barcelona, Lumen.
- Jaureche, A. (1966). *El medio pelo en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- (1957). *Los Profetas del odio*. Buenos Aires, Ediciones Trafac.
- Ramos, J. A. (1954). *Crisis y resurrección de la literatura argentina*. Buenos Aires, Ed. Indoamérica.
- Sebeok, T. A. y Umiker-Sebeok, J. (1987). *Sherlock Holmes y Charles Peirce: El método de investigación*. Barcelona, Paidós.

PENSAMIENTO NACIONAL Y UNIVERSIDAD.

Una aproximación a las transformaciones impulsadas por el primer peronismo en las universidades nacionales a la luz del pensamiento de Jauretche¹

JULIÁN DÉRCOLI (UBA - UNAJ)

Introducción

La actual política de creación de nuevas universidades y de promoción de la investigación científico-tecnológica, junto a otras iniciativas en torno a la producción de conocimiento que los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner han impulsado desde el 2003 hasta nuestros días, son hechos que despertaron una serie de interrogantes que brindan sentido a este trabajo. Todas estas políticas se destacan por significar un giro de 180 grados con respecto a las adoptadas en la década de los noventa. Este cambio nace con la decisión política de transformar la estructura económica y social de la Argentina. Analizar, entonces, el origen de esta relación entre política de desarrollo nacional y política universitaria es el objetivo general de nuestro trabajo. El horizonte propuesto es establecer la conexión entre la actual política gubernamental y su relación con la llevada a cabo por los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón. El primer objetivo específico será visualizar la conexión entre los postulados de la Reforma Universitaria de 1918 y los fundamentos de la legislación universitaria del primer peronismo. En relación a esto, nuestro

¹ Ponencia presentada en la I Jornada Vida y obra de Arturo Jauretche, Universidad Nacional Arturo Jauretche, 3 de noviembre de 2014.

segundo objetivo específico será establecer la vinculación entre los planteos de un pensador como Arturo Jauretche y su influencia en los conceptos de universidad que surgen de la legislación peronista para el sector educativo que mencionamos.

La asociación entre política de desarrollo económico-social independiente, junto con iniciativas de transformación de las instituciones de producción y distribución del conocimiento no son una invención del kirchnerismo, sino que fueron desarrolladas por el primer peronismo. Nuestra hipótesis general es que el peronismo propuso una forma caracterizada por la planificación en la configuración de la relación ciencia-sociedad-Estado, la cual será el resultado de una concepción en torno a la producción, distribución y utilidad del conocimiento que parte de un proceso de democratización y nacionalización del sistema universitario. Esto significó un cambio profundo, dado que en nuestro país la articulación entre dicha tríada se caracterizó por una concepción liberal, la cual posee como principios la libertad y autonomía científica, la neutralidad del conocimiento científico y una pretensión universalista de la ciencia. Prácticamente se abonaba a la interacción entre dichos actores o, en el mejor de los casos, se ansiaba una relación indirecta.

Nuestra primera hipótesis específica es que la inspiración de estos lineamientos en la política para la educación superior del peronismo tendrá una fuerte inspiración en los planteos y las críticas desarrolladas por Jauretche (y es fundamental la realizada a la Reforma Universitaria). La segunda hipótesis de trabajo es que el peronismo propuso una resignificación de la reforma universitaria y no una mera oposición, proponiendo una revaloración del componente nacional y antimperialista en materia de Educación Superior y criticando los elementos liberales que hegemonizaron los principios reformistas a partir de los años 30.

Al proponer aquellos objetivos y estas hipótesis, pretendemos superar el esquema simplista por el cual la concepción hegemónica sobre la historia de las universidades en Argentina ubica al peronismo y al pensamiento nacional como antintelectual y con un afán destructivo hacia la universidad. Al poner en contraposición los planteos del peronismo y de Jauretche con las concepciones hegemónicas que habitan en la Universidad de nuestro país veremos que, en esencia, la interpretación hegemónica no es más que una *política de la historia* que pretende ocultar la esencia del conflicto; el cual responde centralmente a la disputa por dos modelos de país y cómo la universidad se incorpora en ella, y no a la lucha entre civilización y barbarie o ciencia y oscurantismo clerical.

La elección de Jauretche no es arbitraria, pues fue un pensador clave que elaboró críticas al Reformismo Universitario pese a haber militado dichos principios. Esta historia lo une a tantos otros de los legisladores peronistas que participaron de la redacción y aprobación de las leyes N.º 13031 y 14297. Además, utilizaremos

conceptos de don Arturo que nos permiten meternos a fondo en la discusión sobre el carácter político de la educación, de la ciencia y de la cultura, y la ubicación de todas estas instancias sociales en el conflicto soberanía o dependencia. Por lo tanto, Jauretche nos permite pensar no solo la forma de producción y acreditación del conocimiento, sino también pensar la universidad como institución que otorga prestigio a la Nación y a quienes asisten a ella, pero teniendo en cuenta que todo eso no es equivalente, necesariamente, a tener una función que aporte al desarrollo de la Nación.

La importancia del periodo analizado en materia universitaria reside en que no solo hubo una intensa producción legislativa, sino también un crecimiento exponencial de la matrícula universitaria y la creación de una importantísima universidad nacional como lo fue la Universidad Obrera. En función de esto, la finalidad que persigue este trabajo es poder desarrollar un aporte para entender las políticas actuales que buscan ubicar nuevamente al sistema universitario nacional como parte de un proyecto de desarrollo económico y social independiente. Al mismo tiempo, la comparación con el periodo tiene como meta evaluar las dificultades que encontraron la propuestas regulacionistas por parte de la comunidad universitaria. En este punto, nuestra apuesta será realizar un aporte significativo para pensar alternativas efectivas y hacer real la asociación entre Estado, universidad y proyecto de desarrollo.

Un breve análisis histórico

La producción historiográfica sobre el problema que plantemos es exigua. Los trabajos de mayor relevancia estudian la relación entre el peronismo y la universidad exclusivamente a partir de la relación conflictiva entre el gobierno y los universitarios. Esta perspectiva es afirmada en los trabajos de Berdichevsky (1965), Buchbinder (2010) y Halperín Donghi (2002), trabajos hoy de mayor renombre y que han logrado convertirse en la voz autorizada del tema (los llamaremos la “interpretación hegemónica”). Estas investigaciones pueden agruparse en una misma línea interpretativa, no solo porque ubican el conflicto en el centro, sino también porque afirman que todas las acciones que llevó adelante el gobierno de Perón en materia de transformaciones universitarias tuvieron como finalidad el domesticar y derrotar a un territorio opositor y hostil como eran los docentes y estudiantes de nivel superior. De esto se desprende que, para el peronismo, el problema de las universidades sería de puro carácter policial y limitado al control político. Esto se enmarcaba en la interpretación que los sectores históricamente conservadores proponían del periodo, en la cual el peronismo era asociado al totalitarismo y los sectores antiperonistas se entendían como los defensores de la democracia. En con-

secuencia, esta estructuración del conflicto nacional llevará a que estos años pasen a ser vistos como los años oscuros para la ciencia, en los cuales la universidad era considerada una defensora de la democracia liberal frente al avance del fascismo que representaba el peronismo.

Resulta curioso que la “interpretación hegemónica” termina por reproducir, años después, los marcos interpretativos y conceptos que fueron utilizados por los legisladores opositores en el Congreso cuando, en el marco de las acaloradas sesiones, se aprobaban las dos leyes para la universidad que propuso el peronismo (la Ley N.º 13031/47 y la Ley N.º 14.297/54)². Años más tarde podrá observarse la contradicción de estas posiciones cuando, tras el golpe de Estado de 1955, estos mismos autores afirman que la Revolución Libertadora inicia en la universidad una época dorada. De acuerdo a este planteo, mientras gobernaba una dictadura en el país la universidad gozaba de salud institucional y democracia. Esto deja a la luz no solo las inconsistencias desde el punto de vista político, sino que muestra un paradigma de análisis donde se separa la universidad de la Nación. Según este paradigma puede haber en una universidad “democrática y científica” en el marco de un proyecto político de que persigue y proscribe a la identidad política de las mayorías.

La separación entre universidad y Nación produce como efecto negativo caracterizaciones de la universidad que se basan en una concepción instrumental de lo democrático, aspecto destacado por Victoria Kandel (2010). Ella engloba, dentro de ese concepto, a las interpretaciones que califican de democrática o no a una institución, tomando como medida su funcionamiento interno. Por lo tanto, esta concepción deja totalmente en un segundo o tercer plano el rol que juega la institución en el desarrollo nacional y la relación que la universidad tiene con las orientaciones políticas que el pueblo define soberanamente, como parte de la definición de *lo democrático*.

Esta visión está totalmente presente en los autores que agrupamos como la *interpretación hegemónica* y es una de las críticas que le realizamos a la hora de analizar la política universitaria del peronismo. La consecuencia de utilizar la concepción instrumental termina por quitarle toda sustancia social al problema universitario y acaba reducido en sí mismo. Esta crítica, específicamente, se hace palpable cuando es analizada, en el canon tradicional, la Reforma Universitaria de 1918. Es también usual que se deje de lado la vinculación de aquel proceso con la democratización que vivía el país durante la primera presidencia de Yrigoyen.

² Ver Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados (1947a, 1947b, 1948, 1953) y Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores (1947a, 1947b, 1953).

Los reformistas fueron hegemonizando la conducción de las universidades y construyendo la interpretación histórica de los principios reformistas y de la trayectoria de la universidad argentina. De ahí que esta separación entre universidad y Nación empieza a traer como consecuencia la entronización de los principios reformistas como única alternativa de universidad científica y, con ello, la asociación directa entre reforma y democracia universitaria. Así, los principios de la Reforma no pueden ser reinterpretados y se terminan transformando en el ideal máximo al cual debería aspirar toda universidad democrática. Esta idealización del *modelo reformista*, tiene como principal consecuencia que lo transforma en el punto culmine como forma de organización de la universidad según la “interpretación hegemónica”. Por esta razón, reducen la historia de la universidad argentina al análisis de cuanto más o menos se acercan las transformaciones impulsadas al modelo ideal de autonomía, el cogobierno y la libertad de cátedra, al cual fueron reducidos los principios de la Reforma Universitaria.

Siguiendo a Jauretche podemos decir que esta “interpretación hegemónica” más que *la Historia*, es una *política de la historia*, ya que se trata de un instrumento de una sistemática política del conocimiento destinada a servir a la política de las clases dominantes y a su proyecto de dependencia económica. La “interpretación hegemónica” no critica en ningún momento el impacto real de la Reforma en la estructura universitaria. En segunda instancia, reproduce un principio abstracto de autonomía científica, basado en la irrisoria posibilidad de que, en la universidad, los investigadores puedan escaparse de las determinaciones sociohistóricas que atraviesan a todos los sujetos e instituciones. Por último, es falaz también oponer, tal como si fueran irreconciliables, la tradición de la Reforma del año 18 con el espíritu que alienta las transformaciones que inicia el peronismo.

Esta *política de la historia* instaló que las transformaciones impulsadas por el peronismo eran una revancha del pasado clerical y antiprogresista contra la Reforma. Lejos de eso, prima en el peronismo un balance crítico del impacto real de los principios reformistas en las universidades nacionales; al tiempo que el movimiento de los reformistas, en su negación del movimiento popular impulsado por Yrigoyen, no hacía más que reproducir ese divorcio entre los doctores y el pueblo que proponía la oligarquía y que el *medio pelo* reproducía gustoso. Veamos, entonces, la caracterización realizada por Arturo Jauretche ([1957] 2004: 143): “la Reforma, al divorciarse de su base de sustentación original que era la presencia del pueblo en el Estado, fue creándose una mitología con sus dioses y liturgia”; es decir, hay aquí un balance crítico de aquella experiencia y no una negación. Por lo tanto, más que una revancha hay una crítica a la Reforma Universitaria, que en su proceso nació como

un cambio radical de la universidad, pero terminó adaptándose a las estructuras del país colonial y de la universidad colonizada y, como consecuencia de ello, terminó por reproducir el mal con el que quería terminar.

Universidad y Nación, una relación conflictiva

Jauretche expresa una visión de articulación entre país y universidad cuando afirma que un movimiento de transformación de la universidad no es genuino si está aislado de la transformación real del país. Esto no es otra cosa que forma sin contenido y esta es la crítica central de don Arturo en la medida que la Reforma “centró sus objetivos en sí misma y terminó en un culto esotérico que la hizo medio y fin al mismo tiempo” ([1957] 2004: 144). El fracaso, entonces, fue que la Reforma “no supo integrar la Universidad en el país” ([1957] 2004: 136). Quedaron, por decisión, aislados del movimiento que le daba sustancia y fortaleza, el cual les permitía avanzar en sus reivindicaciones. Así, sin ese sustento, la Reforma pasó a ser nada más que una excusa para que nuevos integrantes se pudieran meter en las estructuras de decisión de la vieja Universidad con nueva cara.

El balance realizado sobre las debilidades del movimiento de la Reforma y el análisis de las causas se vuelve en un elemento central para el planteo de Jauretche sobre la relación que debía construirse entre universidad-sociedad-Estado. Ese diagnóstico será, entonces, medular en los conceptos volcados por la legislación universitaria de los dos primeros gobiernos del general Perón. Estas nuevas leyes no hacían más que plantear la integración de la universidad al país a través de principios de sinergia entre conocimiento e industrialización. Obviamente, esto se encuentra en las antípodas del planteo de la “interpretación hegemónica”. En esta, el país es estigmatizado como algo negativo, atrasado, mientras que la universidad surge como el polo que, asociado al conocimiento universal, debe importar el verdadero conocimiento científico que será el equivalente a la civilización.

La repetición de la madre de todas las zonceras, *civilización o barbarie*, por parte de la “interpretación hegemónica”, no hace más que afirmar que no solo la universidad debía estar aislada de la nación, sino que, además, esto era deseable y positivo. Pues no sería productivo que el conocimiento científico se mezclara con el país y que de ahí pierda su carácter neutral. Alejado de la política, entonces, guardaría sus propiedades civilizatorias. Esta valoración de lo extranjero propone la importación acrítica de un pretendido conocimiento *universal*.

El pensamiento de Jauretche será el punto de vista contrario a este planteo. Comenzará por cuestionar el carácter universal y despolitizado del conocimiento, al afirmar que el universal no es otra cosa que una reflexión surgida de una situación

particular. Razón por la cual la pretensión de un conocimiento universal no es otra cosa que la imposición de una visión particular, y que esa imposición está relacionada con la configuración de las relaciones de poder entre los países. En este punto, la coincidencia entre Jauretche y la legislación peronista es profunda: el conocimiento es una cuestión política y con ello su aplicación. Por eso, una ciencia soberana no puede nacer de los problemas extranjeros, sino que tiene que tener como fuente de inspiración los problemas locales. De ahí que lo local se vuelva el punto de partida de una nueva concepción de producción del conocimiento.

De estos planteos nacerá una serie de trabajos que cuestionarán los marcos tradicionales en los cuales se venía analizando la relación entre universidad y peronismo. En esta línea se encuentra principalmente el libro de Aritz e Iciar Recalde (2007), *Universidad y Liberación Nacional* y también varios artículos de Marcela Pronko (1997). El nexo que une estos trabajos es el abandono del análisis de la historia de la Universidad aislada de los intereses en pugna en la sociedad. Por lo tanto, la universidad aparecerá ahora como una institución atravesada por el conflicto que golpea al país en clave de liberación o dependencia económica-tecnológica-cultural.

Al poner la universidad y el conocimiento en el marco del conflicto nacional, lo que hacen los autores es reevaluar la caracterización de Jauretche sobre la relación modelo de universidad y proyecto de país: “para un país sin industria y sin producción diversificada sobran los técnicos. Basta con unos cuantos propietarios empíricos, unos doctores en economía y abogados, y una legión de educadores del coloniaje” ([1957] 2004: 133).

Entendemos que este enfoque es productivo y deja de lado algunos principios abstractos. Pero además, esta perspectiva permite abandonar los prejuicios políticos de la “interpretación hegemónica” y abordar las transformaciones peronistas en base a elementos de planificación y racionalidad. Estas políticas pueden ser criticadas, pero lo que no puede hacerse es analizarlas en base a las supuestas intencionalidades ocultas de aniquilación, propias del esquema maniqueo de la segunda posguerra. Es en este marco donde puede verse que la visión del peronismo es coherente, ya que aplica en la universidad reformas similares a las mismas que aplicaba en otras áreas del Estado: democratización, industrialización y planificación estatal. La planificación de un modelo de universidad deseable desde el poder democrático no era más que el intento de contrarrestar las imposiciones emanadas de la *colonización pedagógica*, que tenían como principal fortaleza esa pretensión de universalismo, neutralidad y con ello el poder de arrogarse la propiedad de la verdadera ciencia, denostando el resto como falso conocimiento inspirado en cuestiones políticas.

La Reforma Universitaria desde la óptica de Jauretche

La “interpretación hegemónica” se esforzó en ubicar las reformas del peronismo hasta la actualidad en las antípodas con los principios de la Reforma Universitaria. En el párrafo anterior analizamos cómo Jauretche proponía no una negación, sino un balance crítico de la experiencia en términos de movimiento político que había perdido su esencia. Entonces, podemos interpretar que lo que hay en la reforma universitaria del peronismo no es una negación de la Reforma, sino una crítica a las limitaciones de esta para tratar la cuestión universitaria. En este punto Jauretche es certero. En su devenir, pierden sustancia los principios reformistas, de ahí que se perpetúe el esquema tradicional de “una Universidad ascética, depurada de toda preocupación vinculada con el destino de la comunidad y, por consecuencia, de la nación, a la que da expertos despreocupados de los fines de la técnica y el resultado de su aplicación” ([1957] 2004: 137).

En definitiva, esto significaba que la Reforma no había tocado las bases de la universidad colonial y oligárquica, por lo que la esencia de la universidad seguía siendo extranjera: “Solo será argentina por su radicación geográfica, y el lógico producto de esa Universidad serán... ingenieros que planifican y construyen sin vincular su obra con el destino nacional, los médicos que curan a los enfermos sin buscar las raíces económicas y sociales de los males, y los abogados y jueces que consolidan la estructura de la dependencia” (Jauretche, [1957] 2004: 138).

Los principios de la Reforma, aislados de un movimiento político que afirmara la soberanía nacional, no eran más que principios modernizadores que terminaban por adaptarse sin ningún tipo de sobresaltos a la estructura de la universidad oligárquica. En función de esto, nuestra conclusión es que el conocimiento, escindido de su carácter político, lejos de tener una potencia transformadora se vuelve aquel conocimiento de carácter universal, científico, atemporal, etc., que afirma su carácter moderno, pero con ello reproduce el modelo de universidad ascética. Sumado a esto, una comunidad académica que planifica la producción, distribución y finalidad del conocimiento no hará otra cosa que reproducir patrones que miden el éxito y el prestigio académico en base a los cánones de las potencias dominantes, importados acríticamente a nuestro territorio.

Sin embargo, la crítica profunda no lleva a que Jauretche haga un planteo anti-reformista, sino todo lo contrario:

El problema pues, no consiste en resucitar la vieja Universidad por los defectos que se le ven a la nueva. El remedio no es menos Reforma, sino más Reforma es decir más politización. Pero entendiendo por politización aproximar más la Universidad

al país, para que se adecúe a la función que tiene que cumplir en el cambio de las estructuras ([1957] 2004: 139).

Jauretche manifiesta aquí que la Reforma no era más que un proceso al cual, lejos de idealizar, hay que criticar y actualizar, con vocación de superar esa tendencia a quedarse en las formas grandilocuentes “mientras su ejecutores se incorporan a la mentalidad de la ‘intelligentzia’ sin participar en la elaboración que en los hechos estaba haciendo el pueblo” (Jauretche, [1957] 2004: 138).

Aquí se establece el contrapunto con la “interpretación hegemónica”, pues para Jauretche el conflicto real no es entre reformistas y antireformistas, ya que esto solo expresa el aspecto formal. La esencia del problema es plantear la cuestión universitaria en clave nacional. Es decir, el problema educativo-científico en clave de aporte para la superación de la situación de dependencia de nuestro país (Jauretche, [1957] 2004: 139). Por lo tanto, la Reforma tiene una importancia circunstancial, mientras que para la “interpretación hegemónica” la historia de la universidad es el discurrir de los principios reformistas en el destino histórico.

Hacia una universidad nacional: las leyes universitarias del primer peronismo

El nacionalismo popular resolverá el problema de “integrar la universidad al país”, ubicando como objetivo principal de la producción del conocimiento el satisfacer las necesidades nacionales de desarrollo económico-social y promoción de una cultura propia. En este marco, la universidad se incorpora, junto a otras esferas sociales, como un pilar para la construcción de la independencia y la soberanía del país. Será este el norte que organizará los conceptos en torno a los medios, fines y objetivos que deben tener las universidades. Y será uno de los principales cambios que introduzca la Ley N.º 13031 de 1947, que reemplazó a la Ley Avellaneda de 1885 (esta última solo tenía cuatro artículos). La nueva legislación tendrá varias decenas de artículos que desarrollarán los objetivos institucionales a los cuales debían aspirar las universidades, un sistema de coordinación nacional, becas estudiantiles y el reconocimiento de la autonomía y autarquía de las universidades. Se trata de transformaciones fundamentales y novedosas, ya que el entramado de la Ley revelaba la nueva perspectiva de regulación desde el Estado, la cual era definida en la articulación entre metas estratégicas de los planes quinquenales y la finalidad del sistema universitario nacional.

La nueva legislación peronista abandonará las teorías sobre el carácter universal del conocimiento científico y la impronta neutralista en torno a qué líneas de la ciencia desarrollar y sus aplicaciones concretas. En contraposición, afirmará que

existe una función prioritaria del conocimiento, la ciencia y la cultura, la cual se relaciona con la contribución al desarrollo social; y basándose en esto sostendrá que es la conducción política la que debe definir las áreas estratégicas del conocimiento a desarrollar. Es por eso que podremos hablar de una ciencia o una universidad nacional en tanto estas desarrollen las áreas vinculados a afirmar la soberanía del país. De esta forma, el peronismo vuelve aquel anhelo universal en una comunidad destinataria real, palpable y que define su destino democráticamente, sin necesidad de sabios que interpreten su voluntad y los reales anhelos de la humanidad.

Recapitulando, las diferencias sustanciales de los proyectos en disputa en materia de Educación Superior y de concepción en torno a la producción de conocimiento durante el primer peronismo fueron introducidos por la Ley N.º 13031/47, que los estructuró de la siguiente forma:

- Define los objetivos y función de la universidad (artículos 1.º y 2.º). En estos se destaca la formación de ciudadanos comprometidos, la necesidad de poner la formación científica en función del desarrollo local (pertinencia) y el ejercicio de las profesiones liberales de acuerdo a las necesidades de la Nación.
- Detalla con precisión los órganos de cogobierno y el mecanismo de elección de rector (artículo 10.º), decano (artículo 27.º) y profesores (artículo 46.º), decisión sobre la cual definía de forma directa o indirecta el gobierno.
- Incorpora el sistema de becas universitarias (artículo 87.º).
- Sanciona la autonomía técnica, docente y científica y el pleno ejercicio de su personalidad jurídica (artículo 1.º).
- Crea el Consejo Nacional Universitario (artículo 111.º y 112.º): organismo de coordinación del cual participaban todos los rectores y era presidido por Ministro de Justicia e Instrucción Pública.
- Especifica las fuentes de financiamiento de las universidades (artículo 107.º), aportes del Estado nacional e incorpora como parte del presupuesto para las instituciones un impuesto del 2% cobrado sobre las personas que tomaran trabajo de otra.

Otro de los aspectos destacables es que, al modelo de universidad planificado, la Ley introducía los principios de igualdad social incorporando el sistema de becas universitarias del Estado. A lo mencionado se sumaba el incremento del financiamiento por medio de un impuesto que recaía sobre los sectores acomodados. Como podemos ver esto se encuentra en sintonía con el Decreto 29337 del año 1949 en el cual se eliminan los aranceles universitarios. Al tiempo que la otra ley universitaria, la 14297/54, afirmará los mismos lineamientos.

La nueva legislación proponía, como círculo virtuoso, articular investigación con docencia, proponiendo que la investigación debía ser la fuente natural de la segunda, mientras que la primera debía tener como foco los problemas locales y regionales. Otro de los rasgos distintivos y profundamente criticados será el intento por superar la formación propiamente profesional, incorporando la formación política y moral como parte integrante de la trayectoria académica. Esto se vuelve un aspecto central, tal como lo afirmaba el mensaje presidencial que introducía el proyecto de ley, ya que esta venía para corregir las desviaciones del rol central que eran producto de esa separación entre formación académica y conocimiento de la historia y los problemas que atravesaba la Nación Argentina (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1948: 670).

En el debate parlamentario los legisladores peronistas afirmaron que uno de los pilares de la desviación de su rol había sido una errónea interpretación de la autonomía y una asimilación directa de la misma con lo democrático. Desde la concepción peronista se afirmaba que “El hecho de que una institución sea autónoma y autárquica no implica necesariamente que sea democrática, porque son términos que no guardan relación” (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1948: 679). Otro de los fundamentos de la desviación era el papel que había jugado la política al interior de las instituciones: “Me refiero en primer lugar a la infiltración de la política, interpretada en el peor sentido de la palabra” (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1948: 679). El peronismo buscaba una universidad y unos profesionales profundamente politizados, pero con un sentido nacional, popular y democrático.

Como planteaba Jauretche, la universidad formaba un tipo de profesional que “Cuanto más desvinculado de la realidad a la que pertenece, es más perfecto como técnico. Ninguna importancia tiene que se haya graduado en el país o en el extranjero: la técnica que domina es universal y su función en la vida es meramente aplicarla” (Jauretche, [1957] 2004: 137). Era una crítica a la hegemonía profesionalista que habitaba en las universidades argentinas y que la Reforma no había logrado cambiar: “El egresado de esa Universidad obtiene lo que en un número anterior he llamado una ‘patente de corso’. Ha sido formado como profesional para su aprovechamiento y en la etapa de su vida en que se forma como hombre ha estado al margen de todas las preocupaciones e inquietudes que lo vinculan al destino del pueblo y el país al que pertenece” (Jauretche, [1957] 2004: 137). Estos planteos se encuentran en sintonía con lo que Perón manifestó en su discurso del acto inaugural de la Universidad Obrera Nacional: “La formación de universidades de carácter técnico en el país presupone no solamente la formación de un técnico, sino también la conformación de un ciudadano de la Nueva Argentina... porque el fin de la cien-

cia y el fin de la cultura es la virtud” (Perón, 1952). Entre estas dos afirmaciones trasciende entre líneas la crítica a la concepción tradicional donde el conocimiento es un bien neutral y apolítico. Podemos ver, así, la total afinidad entre los planteos en términos de política pública del peronismo y el pensamiento de don Arturo.

Jauretche y los debates en torno a la producción de conocimiento

“La ciencia pura es un lujo que se pueden dar algunos que no tienen nada que realizar”.

JUAN DOMINGO PERÓN

El núcleo de la propuesta peronista, que luego en consonancia retomará Jauretche, era transformar la universidad que producía conocimiento y profesionales que reproducían el país dependiente. En palabras de Perón: “Si formáramos un nuevo grupo de intelectualoides ignorantes de los que tenemos tantos, que simulan saber para aprovechar de los que saben menos, no habríamos hecho un gran progreso” (Perón, 1952). Esto significaba cambiar una forma de concebir la producción de conocimiento y con ello el papel de los universitarios en la sociedad. Siguiendo nuevamente a Perón: “no queremos escuelas para formar hombres que les digan a los demás cómo hay que hacer las cosas, sino hombres que sepan hacer las cosas por sí” (Perón, 1952). El *saber hacer* aparecía como un imperativo, lo cual está vinculado a la idea profesionalista, pero el peronismo intenta superarlo introduciendo *lo político* como determinante de esa acción, de ese conocimiento. Esto significaba abandonar la pretensión de universalidad del conocimiento e introducir la valoración social como medida para definir prioridades en torno a la investigación y su aplicación. Esta impronta se deduce de la afirmación de Perón: “En la ciencia, es el conocimiento profundo realizado en el empirismo absoluto de las realizaciones lo que importa, si no las cosas no valen” (Perón, 1952).

La coincidencia entre Jauretche y Perón en torno a la caracterización del aislamiento de las profesiones formadas en nuestras universidades es total. Ambos entienden que ello es fruto de cómo se estructura la institución históricamente y de cómo la cultura dominante se impone en sus principios formadores. Esto producirá, según Jauretche ([1957] 2004: 132), que “La enseñanza superior cumple entre nosotros la función de resolver el problema económico de los hijos de las minorías y parte de las clases medias y extraer, accidentalmente, algunos elementos calificados del seno del pueblo para incorporarlo. Carece de finalidades sociales más amplias y lógicamente carece de finalidad nacional”.

Esta carencia será solo una cuestión aparente, ya que, según él, la función estructural de nuestras universidades es reforzar por acción u omisión la *colonización pedagógica*. Tal como si la institución fuera un ejército de ocupación imperialista o una posición de avanzada de las potencias dominantes, para la cuales la consustanciación cultural con sus colonias juega un rol central en el sostenimiento del vínculo dependiente.

Utilizar el concepto de *colonización pedagógica* para analizar la historia de la universidad y de la ciencia tiene una gran riqueza, puesto que nos permite entender cómo actúan un mismo conjunto de determinaciones sociales en el ámbito universitario, sin excepción. Es decir, nos permite ver cómo los intereses extranjeros atraviesan nuestro sistema de producción de conocimiento. Pero lejos de tratarse de un reduccionismo y negar todo aporte externo a nuestra cultura, la colonización pedagógica no trata de “la espontánea incorporación de valores universales a una cultura nacional, sino que en las semicolonias o países semidependientes, es la posición que garantiza mediante el convencimiento lo que en las colonias la metrópoli debe garantizar por la fuerza y con el ejército, esto es la perpetuación del interés económico de la potencia dominante” (Jauretche, [1957] 2004: 98).

Siguiendo a Jauretche, podemos decir que, en este caso, el aparato cultural reemplaza la fuerza material del ejército colonial, de ahí la importancia de la universidad como aparato de reproducción de la dominación, esto es independientemente de los contenidos que dicte, ya que la forma en la que se entronca la universidad con los proyectos de desarrollo nacional soberano, implica reconocer su papel como institución de reproducción de la colonización en el capitalismo moderno.

Por este camino se llega a la conclusión de que todo el apartado educativo y de investigación no es otra cosa que órganos de la deformación. Por eso Jauretche no habló de intelectuales o inteligencia, sino de *intelligentzia*, esto es la mentalidad o el intelectual colonizado que deformará y ninguneará lo propio y propondrá una identificación de la cultura con los “valores universales”. Los cuales, sin decirlo, adquieren esta condición porque son los emanados por los centros de poder (Jauretche, [1957] 2004: 99). Este imperialismo de lo universal anulará y excluirá toda otra cultura. La *intelligentzia* asistirá amenamente a este concurso donde se invisibiliza el carácter violento y destructor de los hechos culturales existentes, proceso que empezó la conquista de América. Hecho que se volverá fundamental en la elaboración y perpetuación del dilema sarmientino: civilización o barbarie. Dicotomía que es clave explicativa central de la realidad nacional para las clases acomodadas, que les servirá para justificar la esencia del “gran fracaso argentino”. Justamente, la fuerza de esta dicotomía radica en que la *intelligentzia* confundió civilización con

cultura, como en la escuela se sigue confundiendo instrucción con educación, dirá Jauretche ([1957] 2004: 101). Este patrón fue acentuándose a medida que la Argentina se incorporaba al mercado mundial en su carácter de abastecedor de materias y primas e importador de los excedentes industrializados de las potencias europeas. Esta dominación es el principio por el cual las clases dominantes aliadas al poder externo, cómplices y usufructuarias de su dominación, le imponen su pensamiento al resto de la sociedad, impiden que se piensen naturalmente en función de los intereses propios e imponen su cosmovisión colonialista (Jauretche, 2012: 10).

Retomando a Jauretche, la esencia de esta incompreensión de lo nuestro preexistente como hecho cultural o, mejor dicho, su comprensión como hecho anticultural, no es producto de un error, sino la continuación de la dominación económica (Jauretche, [1957] 2004: 102). Por lo tanto, la universidad y los intelectuales colonizados juegan un rol central en la perpetuación de esa dominación económica, mientras que la universidad y los intelectuales consagrados serán parte del andamiaje cultural que sostiene el coloniaje económico, allanándole el camino y brindándole estabilidad (Jauretche, 2012: 180). De ahí que Jauretche cuestione esa pretensión de universalidad y verdad del cual se apropian la “alta cultura” y “la ciencia”. Esto lo llevará incluso al cuestionamiento de la capacidad para entender de la realidad de los valores “ilustrados”: “La incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismos ha sido cultivada en nuestro país. No pretendo desdeñar los factores lógicos que hacen gravitar lo universal, sino señalar cómo se ha evitado la compensación natural con lo propio... De ahí que el iletrado se desoriente mucho menos que el culto cuando trata de nuestros problemas en concreto” (Jauretche, 2012: 170-171).

Desde esta desorientación, producto de una *mala ilustración*, de una educación que deforma, nace la crítica a los intelectuales, ya no como un mero antintelectualismo como el que desarrollaba el nacionalismo conservador del siglo veinte. Aquí surge entonces una nueva propuesta desde el nacionalismo popular para plantear la estructura de producción de conocimiento que debe partir de negar ese tradicionalismo que, a su vez, niega un nosotros previo y que utiliza la concepción de “incorporarnos a la cultura”. El nuevo esquema deberá entonces, siguiendo a Jauretche, dejar de asumirnos como una abstracción para enriquecer y respetar eso que somos (Jauretche, 2012: 182) (siendo siempre nosotros el punto de partida). Esta afirmación implica entender que *lo universal* no es otra cosa que la imposición de una *visión particular*. Y que esta se impone, no por la razón, sino por medio de la fuerza y que ello no es otra cosa más que el reflejo de la dependencia. No por esto niega el aporte de lo universal, sino que desbarata la absorción acrítica de dicho

conocimiento. En caso contrario caeremos en una posición en la cual “no se mira la realidad para comprenderla, sino que intenta aplicar las soluciones, los esquemas de otras realidades, que acata por sobreestimación de aquellas y subestimación de esta” (Jauretche, 2012: 69). Luego agrega: “Para pensar como argentinos necesitamos ubicarnos en el centro del mundo ver el planisferio desarrollado alrededor de ese centro... Nunca seremos nosotros mismos si continuamos colocándonos en el borde del mapa, como un lejano suburbio del verdadero mundo” (Jauretche, 2012: 167).

Pensar como argentinos en un país dependiente es una posición subversiva. Tiene que ver con una nueva forma de concebir la relación de producción de conocimiento, donde el punto de partida es geográfica y temporalmente ubicado en el aquí y ahora. Este cambio introduce una solución novedosa al problema del conocimiento que las ideas del nacionalismo popular denunciaban. Se trata de un giro en la relación tradicional entre lo particular y lo universal. En esta nueva configuración lo central es resolver los problemas locales incorporando la técnica universalista a nuestros propios desarrollos.

En este procedimiento estaría la verdadera riqueza del conocimiento, en otras palabras: “Se requiere sentir y pensar como nacional para que el valor universal adquiera el sello que diversifica lo universal” (Jauretche, 2012: 167). Se trata de una lucha contra un universal homogeneizante, que tiene como único destino la producción de un pensamiento dependiente. Es por esto que, en materia de producción de conocimiento, tanto Jauretche como en la legislación del peronismo se pone a lo local como el punto de partida. Esto no significa negar lo universal, sino tal y como creía Jauretche, diversificarlo. Esto solo puede surgir de la producción de una forma de pensar y sentir nacional propia, y no de una mera incorporación, que no es otra cosa que la reproducción de algo ajeno, lo que impide jerarquizar qué tipo de conocimiento es estratégico y cuál secundario.

Ciencia, técnica y cultura como hechos políticos

El concepto de *colonización pedagógica* tiene una gran capacidad explicativa, porque nos permite entender por qué y cómo el proceso de producción de conocimiento está atravesado por intereses concretos, los mismos que condicionan cualquier actividad social. En la misma línea Varsavsky (2012) desarrolló el concepto de *colonialismo científico*, que era una aplicación particular para el campo de la ciencia y la tecnología.

El *colonialismo científico* fue la categoría utilizada por Varsavsky para desmentir el carácter neutral y objetivo de la actividad científica y sus productos. Con la particularidad de que en un país dependiente aquellas pretensiones ocultan tras su

halo la colaboración en el sostenimiento de las condiciones de dependencia. También en este concepto se mezclan las cuestiones culturales y las técnico-científicas. Varsavsky sostiene que una ciencia colonizada no puede producir conocimientos originales, ya que, al estar condicionado por los intereses económico-sociales de los países dominantes, la atadura cultural hace que los académicos y científicos reproduzcan objetivos y paradigmas importados. Es decir, eligen los temas y métodos que el extranjero, la *civilización*, consagra como prioritarios y no lo que dice nuestro país. Este autor entiende que la fuerza del *colonialismo científico* radica en ese halo de neutralidad y objetividad que detenta. Bajo esa imagen de única y posible forma de construir ciencia y conocimiento radica la posibilidad de ocultar cuáles son los intereses reales que dan forma y contenido a la producción de conocimiento y a la organización del sistema de educación e investigación. Según Varsavsky la dependencia económica explicará en un sentido amplio la falta de soberanía en la definición de un sistema científico con una orientación nacional. A nivel individual, la dependencia intelectual le parece natural: “Es natural, pues, que todo aspirante a científico mire con reverencia a esa Meca del Norte, crea que cualquier dirección que allí se indique es progresista y única, acuda a su templo a perfeccionarse... Elige alguno de los temas allí en boga y cree que eso es libertad de investigación, como algunos creen que poder elegir entre media docena de diarios es libertad de prensa” (Varsavsky, 2012).

El concepto de *colonialismo científico*, es complementario del de *colonización pedagógica*, porque tanto uno como otro entienden a una sociedad atravesada por intereses económico-sociales en disputa. De ahí que no haya ninguna actividad, en el marco de dicha sociedad, que no esté condicionada por el conflicto entre soberanía e independencia. El concepto de *colonialismo científico* refuerza la idea de que, en un país dependiente, dejar librado a la elección individual el proceso de investigación, la elección de los objetivos y sus aplicaciones, esta decisión estará condicionada por las múltiples determinaciones del campo cultural y económico. Por lo tanto, tendremos una investigación y una ciencia que responda a los intereses de las potencias hegemónicas y a su diseño.

Desde nuestra perspectiva (y siguiendo a Varsavsky), sostenemos que la ciencia, y con ella la actividad académica, “está saturada de ideología a todo nivel, como cualquier otra actividad social, y que ella es muy visible en algunos niveles (usos de la ciencia) y en otros está más disimulada” (Varsavsky, 2012: 71). Por lo tanto, no existe la independencia ni la autonomía, sino que hay complejas determinaciones que influyen de hecho en la orientación de toda actividad de producción y uso de conocimiento.

La relación entre conocimiento y dependencia fue resaltada por el propio Perón desde la perspectiva de que cualquier institución forma parte de un país, y que la forma de producción de conocimiento, de investigación y de aplicación práctica de dichos resultados no es independiente de una estructura económica y un proceso político nacional. Con ello estableció que la dependencia científico-tecnológica a la cual está sujeto nuestro país es el corazón del problema de la liberación (Perón, 2005).

Hemos realizado este recorrido por diferentes pensadores para mostrar la disputa con quienes pretenden ubicar a la ciencia y el conocimiento por fuera de la sociedad. Si estos no son tratados como una actividad social, se termina sosteniendo que la ciencia y el conocimiento son una suerte de “caja de herramientas”. Esta discusión no es exclusiva de los países dependientes, sino que a nivel mundial este paradigma tiene fortaleza, como lo demuestra la siguiente afirmación de Gibbons (1997: 36):

La ciencia no se encuentra al margen de la sociedad, dispensando sus dones de conocimiento y sabiduría; tampoco es un enclave autónomo que se vea aplastado ahora por el peso de estrechos intereses comerciales o políticos. Antes al contrario, la ciencia siempre ha configurado y ha sido configurada por la sociedad.

En sintonía con lo que hemos desarrollado se encuentra la discusión vinculada a los desafíos que existen para construir un sistema universitario autóctono. Debate desarrollado, entre otros, por Philip Altbach (2009) en su libro *Educación Superior Comparada*. Allí sostiene que el sistema de producción de conocimiento debería basarse en “que las investigaciones surjan localmente para responder a las necesidades específicas de la industria y el desarrollo local, no solo en el campo de la ciencia, sino también en las ciencias sociales y las humanidades” (2009: 103). Su planteo es similar al de los autores nacionales que hemos tratado, puesto que reconoce la existencia de sistemas universitarios y científico autóctonos que parten de lo local con una finalidad de transformación. Mientras que hay un modelo de universidad que sostiene el neocolonialismo que tenía como objetivo:

La formación de servidores civiles leales, capaces de llevar adelante una burocracia. No se trataba de desarrollar la investigación científica o estimular la investigación. La herencia educativa colonial sigue ejerciendo su poder en la continuación de la orientación en las artes liberales de muchas universidades (...) y el discurso intelectual y en el patrón de organización del sistema educativo, acorde con el de la metrópoli (2009: 103).

El debate entre un sistema de producción de conocimiento nacional o colonizado ha sido un tema de discusión que también se dio en los países desarrollados. El peronismo introdujo esa discusión de los países desarrollados en los años 50. Ello no fue una mera importación, sino que hubo una asimilación de desarrollos discutidos críticamente. No reprodujo el esquema de objetividad y universalidad, sino que propuso una nueva legislación que tenía como fin cambiar de lleno la estructura de producción de conocimiento basada en los esquemas de dominación. Por lo tanto, politizó el conocimiento y, lejos de esa aura de autonomía y universalidad, lo puso en el centro del destino nacional en clave de liberación o dependencia.

A diferencia de lo que la “interpretación hegemónica” propuso, el peronismo con su acción no se intentó destruir la universidad, sino que cuestionó los principios tradicionales que sostenían el sistema de educación superior. Uno de esos principios tradicionales era la autonomía universitaria, que el peronismo discutió y resignificó. En aquella coyuntura, esta crítica provocó el cierre de filas de la mayoría de los estudiantes universitarios que la veían como la destrucción de la democracia en la educación superior. Si nos movemos del esquema simplista que la “interpretación hegemónica” propone, el cual reproduce el esquema fascismo/antifascismo, podemos ver que el peronismo cuestionó el contenido abstracto del principio reformista de autonomía. Este se basa en la supuesta neutralidad e independencia científica que permitiría que, tanto los usos y la elección de la orientación de las investigaciones sean objetivas y universales, basadas en desarrollos racionales y sin intervención de las decisiones políticas.

La política del peronismo, al retomar el planteo de la *colonización pedagógica* de Jauretche, discute y cuestiona la existencia misma de esa *libertad* individual sin condiciones, dado que no hay sujetos que no estén condicionados por intereses económicos sociales y posturas culturales, como sugería Varsavsky. Vimos cómo la situación de dependencia forja al interior de la sociedad neocolonial aparatos ideológicos (la *intelligentzia* jauretcheana). Dejar librado al azar las prioridades de la educación universitaria y del conocimiento científico no garantiza la verdadera autonomía, de acuerdo a los planteos nacionales populares, sino que será la marca de la dependencia.

En función de este planteo, el peronismo se corre de la autonomía en abstracto para proponer una autonomía universitaria/científica que estará asociada, no a la libertad de los individuos y a la pretensión de universalidad del conocimiento, sino con la autonomía política nacional. Es decir, no hay autonomía del conocimiento si no hay un proyecto autónomo de nación. Será entonces esa conducción política por parte del Estado la que pueda darle al conocimiento el carácter autónomo. Si ese

poder que conduce es, además, la expresión de la soberanía popular, será realmente democrático. No, por el contrario, cuando esta sea ejercida exclusivamente por un grupo cerrado de académicos.

Los alcances de las transformaciones

A lo largo de las líneas anteriores hemos expuesto el intento del primer peronismo por impulsar transformaciones en el sistema de educación superior, por medio de los cambios en la legislación universitaria. El nuevo cuerpo legal buscó organizar materialmente al sistema para poder realizar ciencia argentina. Una de las cuestiones destacadas en la legislación fue la de jerarquizar los problemas locales para definir las líneas de investigación, utilizando criterios propios para la búsqueda de las soluciones, alejándose de una mera repetición de esquemas de moda introducidos por la colonización. Para ello la ley buscó la territorialización de las universidades, dividiendo el territorio nacional en regiones universitarias. El objetivo fue que cada institución se vinculara con una región en particular del territorio argentino, la que sería su fuente de problemas y también el destino o finalidad para la cual la universidad debía producir. Otro de los intentos fue transformar la universidad en un motor de desarrollo local y promoción social. En definitiva, cada región de pertenencia debía ser la fuente de los problemas concretos para la enseñanza e investigación.

Esta definición no era contraria a los planteos de la Reforma del 18, sino que coincidían con su esencia antimperialista y la impronta nacional. El enfrentamiento del peronismo no es con los principios reformistas, sino con la adaptación de los reformistas al régimen político de la Década Infame. Para los propulsores de la nueva ley universitaria, la tradición reformista posterior terminó por privilegiar principios liberales antiregulacionistas, reproduciendo una formación exclusivamente profesionalista.

Para los sectores acomodados, estas propuestas eran una muestra del dirigismo fascista de Perón. Sin embargo, en Alemania y los Estados Unidos las universidades (como sostiene Altbach) “tuvieron una participación activa en el desarrollo industrial y agrícola del siglo XIX”. Esto fue así porque “La innovación más importante de esta etapa fue probablemente la adaptación de la educación superior a la necesidad nacional de desarrollo económico y social” (Altbach, 2009: 44).

A pesar de esto, los académicos locales y los políticos opositores defendieron el modelo de universidad que sostenía el neocolonialismo. Ocurría lo mismo con el debate entre libre mercado y proteccionismo. Mientras Inglaterra adoptaba medidas proteccionistas y promulgaba la genialidad de librecambio para que la apliquen el resto de los países, los pensadores coloniales repetían acríticamente las bondades

de eliminar toda traba a la economía local. El tema del dirigismo ya había sido advertido por Jauretche:

Solo que se llama dirigismo cuando dirige el Estado y libertad económica cuando dirigen los grupos monopolistas particulares, que en los países coloniales o semicoloniales no son muy particulares, porque a su vez están dirigidos por la política del imperio predominante (Jauretche, 2012: 15).

De este razonamiento deducimos que la autonomía, entendida como libertad para elegir o ausencia de direccionamientos por fuera de la comunidad científica, no es más que un falso alzar. Por lo tanto, este hecho lo único que hace es esconder el direccionamiento existente real, en definitiva esto permitirá la perpetuación de los intereses foráneos, que se encuentran interiorizados por efecto de la colonización pedagógica. Para esto bastaría ver cómo la obtención de méritos internacionales en materia científica condiciona, mediante la lógica del prestigio, a direccionar las investigaciones individuales, de manera que pasa a un segundo plano cualquier determinación científica y de utilidad social. Se establece, así, un recorrido en el cual nuestro científico pretende recorrer el camino marcado por las modas internacionales con la finalidad de lograr el éxito individual. Esto se relaciona con el hecho de que somos un país educado en la denigración de lo propio, que busca ese halo de civilización y reconocimiento externo. Para esto es totalmente útil tener algunos científicos “de vitrina”, quienes logran reconocimiento y visibilidad internacional tal como si se tratará de una competencia, pero que desarrollan conocimientos que no alteran ni un ápice la vida cotidiana de nuestra gente. Esta lógica civilizatoria, que era muy palpable durante el periodo de hegemonía de la oligarquía, demostró ser duradera hasta el siglo veinte (y nos atreveríamos hasta hoy día). El reconocimiento internacional de determinado científico se vuelve motivo de un orgullo que pareciera ponernos un casillero más adelante en el recorrido hacia la “civilización”. Y decimos hasta nuestros días, puesto que en el mundo universitario la lógica de este prestigio sigue existiendo. Por ejemplo, cuando las universidades tradicionales publican su lugar en un supuesto ranking que mide la calidad académica de todas las instituciones indistintamente en qué país se ubiquen. Año a año las universidades se ufanan del puesto elevado que ocupan, sin cuestionar primero cuál es el estándar para medir y se comparan la calidad de universidades en la Argentina, Inglaterra, el Congo o China. Aquí sale a la luz el principio del universalismo, mediante el cual la calidad se considera una cuestión internacional que puede medirse sin importar diferencias las nacionales, locales e históricas. En nuestro país ese reconocimiento internacional a la “calidad” es utilizado como forma tal de

menospreciar a otras universidades, especialmente las creadas en la última década, cuestionando la ausencia de “calidad académica”. Instalando estos prejuicios, las universidades no pierden esa posición de prestigio, pero con esta crítica solo esconden el cambio total de paradigma que incorporaron las nuevas universidades. Algo similar ocurrió cuando Perón creó la Universidad Obrera. La lógica del prestigio se convierte en una definición abstracta de calidad que se desentiende de evaluar las políticas de inclusión social y de articulación universidad-conocimiento-sociedad.

Dichos prejuicios tradicionales y esa vocación por conquistar un prestigio que solo se encuentra fuera de nuestras fronteras da pie a la certera crítica de Jauretche:

La idea no fue desarrollar América según América, incorporando los elementos de la civilización moderna, enriquecer la cultura propia con el aporte externo asimilado, como quien abona el terreno donde crece el árbol. Se intentó crear Europa en América trasplantando el árbol y destruyendo al indígena (Jauretche, 2012: 31).

Con la finalidad de alejarse de toda esa serie de principios abstractos, el peronismo incorporó a su legislación un principio ordenador que otorgaba prioridad a determinados temas de investigación. Lo que hacía era establecer un criterio de utilidad como eje de la prioridad. Podemos afirmar que ese criterio de utilidad nacía asociado a la idea de la construcción de la Nación, lo que implicaba, como veíamos en Jauretche, una afirmación de lo propio, que concluía en el siguiente precepto: “Para pensar como argentinos necesitamos ubicarnos en el centro del mundo, ver el planisferio desarrollado alrededor de ese centro... Nunca seremos nosotros mismos si continuamos colocándonos en el borde del mapa, como un lejano suburbio del verdadero mundo.” (Jauretche, 2012: 167).

Ese criterio de utilidad social y de afirmación nacional no surgía de un capricho, sino de una reflexión en torno al rol jugado por el *intelectual colonizado*, que es quien “no mira la realidad para comprenderla, sino que intenta aplicar las soluciones y los esquemas de otra realidad, que acata por sobreestimación de aquellas y subestimación de esta” (Jauretche, 2012: 69). Esto se entronca con ese imperativo del *saber hacer*, pero además se relaciona con una cuestión profundamente política: el intelectual, el científico, el académico, las universidades serán, para el peronismo, parte fundamental en la resolución del dilema de la dependencia. Es por eso que debían saber ubicarse en tiempo y espacio, saber dónde estaban parados; en definitiva, no solo ser buenos profesionales, sino que solo podían serlo si estaban politizados, si comprendían la realidad que los circundaba y que debían transformar. Este deber intelectual-profesional era un llamado a romper las reglas del juego del sistema académico, porque este posee ya las preguntas y los hechos junto con

sus respuestas, todas ellas clasificadas. Por esto hay que meterse a plantear nuevas preguntas, para encontrar respuestas nuevas, dirá Jauretche.

El movimiento nacional, con este cambio en la forma de producción del conocimiento y la introducción de la utilidad, insertaba a la Argentina en los debates modernos existentes en dicha área. Estos cambios fueron descriptos por Michael Gibbons (1997) en su trabajo, *La nueva producción de conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades*. Su tesis central aborda la existencia de un cambio tras la Segunda Guerra Mundial, momento en el cual se abandona el modo de producción académica que tenía como fin la búsqueda de legitimidad entre el grupo cerrado de pares. Esto es un formato de carácter aristocrático que él llama “Modo 1”. Este modo perderá hegemonía a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando se pase a un modo de producción de conocimiento e investigación científica que ubica como finalidad del conocimiento la utilidad social. Ello significó establecer una primacía de la aplicación por sobre las ideas ascéticas en torno al conocimiento que priman en Modo 1. A esta nueva configuración la llamará “Modo 2”.

Estos cambios que describe Gibbons se pueden asociar directamente a los propuestos por la legislación que es objeto de estudio de este trabajo. No obstante, en el peronismo existe una particularidad que lo hace más interesante, ya que la utilidad que impone como orientadora no es la de carácter mercantil, sino que afirma que en la Argentina la prioridad debía ser la utilidad social, definida por el poder democrático. En el caso del peronismo esa utilidad social era marcada por un Estado que “...asumía la batalla contra el atraso económico y la tragedia social del tercer mundo y contra la colonización cultural de las instituciones, aquello implicaba el desarrollo de una planificación de la política nacional, implementando un uso racional de los recursos” (Recalde, 2007: 49).

De ahí el potencial de transformación esencial que tenía. La diferencia entre uno y otro concepto de utilidad es clara y nos permite superar el estigma instalado, en el cual la búsqueda de la utilidad del conocimiento es rechazada porque se la asocia únicamente a su faceta mercantil. Se desconoce que esa utilidad puede ser, como en el caso descripto, política y asociada a la construcción de un país soberano que, en su proyecto de emancipación, termina por cuestionar mediante esa utilidad el mandado impuesto por la dependencia.

Reflexiones finales

Jauretche sistematizó una crítica a la forma de producción de conocimiento. Hemos buscado rescatar las observaciones de don Arturo a la cuestión universitaria, a la vez que pusimos en relación aquellos planteos con algunos puntos de

la legislación para las universidades nacionales impulsadas por los primeros dos gobiernos de Juan Domingo Perón. A partir de esto observamos que existía una gran coherencia entre ambas líneas; pudimos ver también la vinculación de los cambios impulsados con las reformas que se estaban llevando adelante en otros países occidentales. Llegamos, así, a la conclusión de que existía una lógica en los planteos del peronismo que tenían como objeto transformar la universidad liberal reformista vigente en la Argentina. Esto nos permite afirmar que el peronismo no tenía como política gubernamental destruir la universidad (tal y como afirma la “interpretación hegemónica”). Menos aún impulsar reformas iguales a las de los países nacionalistas de Europa, tal como gustaba decir la oposición política en los Debates Parlamentarios. La meta del peronismo era incluir como parte activa a la universidad en los planes de desarrollo afirmados por la voluntad democrática del pueblo, como los dos planes quinquenales. Para esto aplicó la misma política que en las otras áreas de la sociedad, promovió un fuerte direccionamiento y planificación por parte del Estado nacional.

Pudimos ver el pensamiento nacional no es antintelectual, sino que es profundamente crítico de una construcción histórica que se hizo de los intelectuales y de su rol. En función de esto, lejos de proponer la destrucción, lo que hizo fue construir las herramientas políticas y legislativas para promover un cambio profundo del sistema de producción de conocimiento argentino, del cual la universidad fue una parte, aunque también se promocionaron cambios en materia de políticas culturales. En materia propiamente universitaria, los cambios tenían como norte la democratización en un sentido amplio, ya que abarcaron no solo al acceso a la universidad, sino también la jerarquización de la función social que la universidad tiene para con la sociedad, en términos de construcción de un vínculo que apuntale al desarrollo social, al crecimiento económico y a la cultura autóctona.

Sin embargo, en términos de transformación efectiva estas propuestas encontraron fuertes resistencias que determinaron el éxito parcial o directamente el fracaso de dichas iniciativas. Tomando por caso dos de las grandes transformaciones del peronismo, como el desarancelamiento y la creación de la Universidad Obrera Nacional (UON), podemos decir que estas fueron muestra de la aplicación exitosa de su concepción. No obstante, si tomamos como marco para evaluar el impacto, la extensión hacia otras universidades de los cambios cualitativos propuestos por las leyes N.º 13031 y 14297, en este caso la evaluación es de carácter negativa. La posterior venganza de la oligarquía y del poder imperialista en 1955 intentará borrar desde un primer instante la huella del peronismo en la universidad, como en el conjunto nacional. Para esto construirá el relato hegemónico hasta nuestros

días, en el cual se elevará a nivel de héroes a los universitarios opositores por haber resistido con éxito los embates del “gobierno tiránico de Perón”. Esto se tradujo en una “interpretación hegemónica”, que ocultó el origen nacional y popular de las dos transformaciones efectivas que produjo el peronismo: el desarancelamiento y creación de la UON.

La adscripción de la gran parte del mundo académico a la Unión Democrática es sin duda una de las causas que explica los límites de aquellas transformaciones. No obstante, el peronismo logró instalar un tema central: ¿qué articulación que debe existir entre Estado y universidad? ¿Qué papel juega el conocimiento en un proceso de industrialización y dentro del marco de una profunda inclusión social?

El primer peronismo aplicó un principio de regulación fuerte y directa por parte del Estado. Es por ello que el Poder Ejecutivo tuvo un rol en la designación docente, en la aprobación de carreras y de estatutos, entre otras cosas. Partió del diagnóstico de desgobierno que se visualizaba en las instituciones universitarias y de la idea de deformación de la función institucional a la cual había llevado la exacerbación de la política interna. Esto ameritaba afirmar una fuerte conducción y desestimar aspectos que obedecían más a una tradición liberal. No obstante, los sectores universitarios valoraban esa politiquería liberal al interior de la universidad. Y, por lo tanto, resistieron las transformaciones tendientes a una mayor regulación.

Se trata de un problema del presente, ya que si bien la centralidad del Estado en la universidad del primer peronismo puede ser chocante en la actualidad, la Argentina tiene un sistema de coordinación indirecta por parte del Estado. Esta mínima incidencia del Estado es rechazada por sectores de las universidades tradicionales quienes, sosteniendo su interpretación del principio reformista de autonomía universitaria, rechazan el papel acreditador que en la actualidad tiene el Estado argentino. Dicho de otra manera, quieren reducir el papel del Estado a un mero financista de la Educación Superior pero sin capacidad de intervenir en las políticas de enseñanza, investigación o extensión. Esto sería equivalente a afirmar que desean que toda la sociedad financie una institución que será conducida por una minoría que conforma la comunidad académica-científica. Y este es uno de los problemas centrales de nuestro sistema universitario. Podríamos también sumar la crítica a un sistema de acreditación, que en esa misma lógica corporativa termina por dar preponderancia en la decisión a los sectores académicos; ergo sería una acreditación entre pares a la vista de algunos actores supuestamente *externos*. Cabría hacernos la pregunta: ¿externos a qué?

El contemporáneo rechazo a la utilidad social como orientador, la resistencia a la intervención del Estado, del poder político y de agentes “externos” tienen que ver

con la lectura en clave liberal que hegemonizó el proceso de la Reforma Universitaria. Esta se caracterizó por reducir el proceso a reivindicaciones exclusivas del ámbito universitario, por ejemplo, autonomía y libertad de cátedra. A partir de esto, se construyó un tipo ideal llamado “modelo reformista” de universidad. El cual, en el marco de las disputas políticas como resistencia de los sectores universitarios, fue coronado con el mote de ser el único y mejor posible modelo de universidad democrática y científica.

Por ende, intentamos reconstruir la lectura hecha por Jauretche de la Reforma, en donde el autor, otrora identificado con dichos valores, termina por introducir una lectura crítica del movimiento por su pérdida de relación con la realidad nacional y por sostener reivindicaciones que son contrarias a los principios de soberanía y democracia social. Esto nos permitió ver que el legado de la Reforma no fue una constante. Ahora bien, el verdadero debate es cómo integrar la universidad al país. En esto seguimos el razonamiento de Jauretche; el problema no es sobre la Reforma Universitaria, el problema es cómo el sistema universitario y de producción del conocimiento se afirma realmente autónomo colaborando en los desarrollos que fortalezcan la soberanía económica, tecnológica y cultural de nuestra Nación. Este punto es central y ubica en el plano de las apariencias aquella discusión que centra la autonomía de la ciencia únicamente en relación al poder político y al Estado.

Retomando lo que planteábamos en la Introducción, la creación de más de diez nuevas universidades en el territorio nacional es lo que da sentido a entablar una discusión sobre las diferentes alternativas al modelo liberal de universidad reformista heredado de los años 30. Justamente porque estas nuevas universidades revitalizaron en sus estatutos, en su cultura institucional y en la afirmación de su misión, los principios nacional y populares planteados por Jauretche y por la legislación del primer peronismo en la materia. Podríamos, así, resumirlos en los siguientes puntos: pertinencia de los estudios, una fuerte misión de contribuir en el desarrollo económico, social y cultural primero de la comunidad en la cual se asienta la universidad y del país; asimismo, el principio de democratización e inclusión educativa, que garantiza el acceso a gran parte de la población que antes estaba imposibilitada de ejercer ese derecho.

Estas transformaciones fueron impulsadas por los gobiernos kirchneristas y demandadas principalmente por las comunidades en las cuales se radicaron. Estas nuevas universidades no han nacido por el impulso de la comunidad universitaria; es más, muchos sectores han sido fervientes opositores a la creación de ellas. En gran parte, estas conductas obedecen al miedo de perder el poder simbólico, de extraviar la exclusividad que detentan las universidades tradicionales. Porque, cabe

aclarar, esto no significó para las existentes una reducción del presupuesto, sino un crecimiento presupuestario para el área de Educación Superior que se elevó de un 0,5% al 1% del PBI entre 2003 y 2014, y se destaca que se trata de un PBI en constante crecimiento. Razón por la cual las quejas no nacen de perjuicios económicos, sino que se mezcla pérdida de poder simbólico con una constante oposición de los sectores universitarios tradicionales a todo gobierno que tiende a ampliar el acceso a la educación superior volviéndola un derecho y ya no un privilegio.

También es cierto que no se ha podido transformar la lógica de las universidades más antiguas, las cuales, en su mayoría, aún defienden una cultura de separación y de autonomía, que se parece más a la afirmación del aislamiento. Ahora bien, en este punto es preciso reflexionar sobre este supuesto aislamiento, ya que esa defensa de la “autonomía” ha sido también un campo fértil para la permeación de los intereses mercantiles (ya desde 1980). Hoy, muchas facultades encuentran en la autonomía un espacio de articulación con los intereses corporativos del campo privado o de los colegios profesionales. O sea, que su aislamiento lo es de las necesidades nacionales y de las decisiones mayoritarias, no se trata ya de una desvinculación de los intereses privados.

Respecto de la legislación del primer peronismo, el problema del aislamiento no se acabó con la sanción de una legislación que habilitaba una regulación directa por parte del Estado. Esta encontró una fuerte resistencia de parte de la comunidad académica. Por lo tanto, lejos de tratarse de un problema técnico o de legislación estamos frente a un problema político y de cultura institucional. Para pensar la superación de este problema es necesario analizar la experiencia de las nuevas universidades, en las cuales se ve una estructura más flexible que permite dar respuesta a las demandas de formación de la comunidad, en la cual las instancias de decisión colegiadas no se vuelven herramientas de paralización del funcionamiento utilizadas para resolver disputas facciosas. Además, estas nuevas universidades incorporan como algo natural la política de acreditación institucional y de carreras, que es el actual mecanismo de regulación indirecta por parte del Estado.

También resulta necesario que los organismos de acreditación por parte del Estado no se vuelvan, en el marco de un proceso de negociación constante, organismos con una gran preponderancia a la propia corporación académica. Ya que esto convertiría a la acreditación en una evaluación de pares al estilo Modo 1 de Gibbons, lo que deja de ser una instancia de evaluación “externa” propiamente dicha.

El problema de la articulación entre universidad-Estado-sociedad es un debate profundamente político, que no se acaba en un cambio legislativo ni puede ser reducido a un problema entre tecnócratas. De ahí la importancia de rescatar a Jauretche, Perón, Varsavsky, entre otros pensadores y políticos que reflexionaron sobre el sistema de producción de conocimiento. Pues estos autores nos permiten entender

cómo la universidad no se acaba en sí misma, sino que el modelo universitario se inserta en la discusión de un modelo de país que está atravesado por la imposición de la dependencia económica, política y cultural. En este marco se entiende por qué la universidad como estructura del Estado juega un rol fundamental en la construcción del itinerario de país, sea que se trate de un proyecto emancipador o todo lo contrario. De ahí que palabras como “vinculación” o “democratización”, propios del debate universitario, recuperan a partir de este prisma una definición más transparente y abandonan esa complejidad de debate inagotable. Introducir el debate de la Educación Superior en el marco de la discusión por el proyecto de país, nos lleva a recuperar la esencia de los cambios que anhelamos.

Bibliografía

- Altbach, P. (2009). *Educación Superior Comparada. El conocimiento, la universidad y el desarrollo*. Buenos Aires, Ed. Universidad de Palermo.
- Berdichevsky, L. (1965). *Universidad y Peronismo*. Buenos Aires, Libera.
- Buchbinder, P. (2010). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados (1947a). 15.^a Sesión Ordinaria, 23 y 24 de julio. Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1948.
- (1947b). 31.^a Sesión Ordinaria, 25 de septiembre. Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1948.
- (1948), 15.^a Sesión Ordinaria, 23 y 24 de julio, año 1947. Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación.
- (1953). Periodo extraordinario 26 de noviembre - 19 de diciembre. Tomo IV. Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1954.
- Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores (1947a). 38.^a Sesión Ordinaria, 17 de septiembre 17. Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1948.
- (1947b). 38.^a Sesión Ordinaria, 18 de septiembre 18. Buenos Aires. Imprenta del Congreso de la Nación, 1948.
- (1953). Sesiones Ordinarias, Especial y Extraordinaria. 16 de septiembre de 1953-20 de enero de 1954. Tomo II. Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1954.
- Gibbons, M. (1997). *La nueva producción de conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas*. Barcelona,. Ediciones Pomares Corredor.

- Halperín Donghi, T. (2002). *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Hernández Arregui, J. J. (1973). *Nacionalismo y Liberación*. Buenos Aires, Ed. Corregidor.
- Jaramillo, A. (2003). *La Universidad frente a los problemas nacionales*. Buenos Aires, Ediciones de la UNLa.
- Jauretche, A. (1957). *Los profetas del odio y la yapa*. Buenos Aires, Ed. El Corregidor, 2004.
- (2012). *Textos Selectos*. Buenos Aires. Ed. Corregidor.
- Kandel, V. (2010). “Gobierno Universitario y Participación Estudiantil. Consideraciones sobre el Cogobierno y la Democracia en la Universidad Pública”. Revista *Propuesta Educativa* (Flacso), año 19, N.º 34, pp. 97-103.
- Ley 13.031/1947. [En línea]. [Consulta: 4 de enero de 2013]. Disponible: <<http://www.boletinoficial.gov.ar>>.
- Mangone, C. y Warley, J. (1984). *Universidad y Peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires, Centro Editorial de América Latina.
- Perón, J. D. (2005). *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*. Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación.
- (1952). Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Universidad Obrera Nacional [en línea]. 8 de octubre de 1952. Disponible: <http://www.edutecne.utn.edu.ar/utn_documentos/01-UON_discurso_JDP.pdf>.
- Pronko, M. (1997). “La Universidad en el debate peronista. Reflexiones en torno al debate de la ley 13.031.” En: Héctor Rubén Cucuzza, (eds.), *Estudios de la Historia de la Educación durante el primer peronismo 1943-1955*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján.
- Recalde, A. y Recalde, I. (2007). *Universidad y Liberación Nacional*. Buenos Aires, Ed. Nuevos Tiempos.
- Varsavsky, O. (2012). *Obras Escogidas*. Buenos Aires, Colección Pensamiento Nacional, Ediciones de la Universidad Nacional de Lanús.

ARTURO JAURETCHE Y EL PENSAMIENTO NACIONAL

Una discusión que se actualiza¹

CARLOS MARTÍN RODRÍGUEZ (UNC)

*El intelectual siempre tiene la posibilidad de escoger,
o bien poniéndose de parte de los más débiles,
los peor representados,
los olvidados o ignorados,
o bien alineándose con el más poderoso.*

(EDWARD SAID.)

*Hay hombres que de su ciencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas las menas,
mas digo sin ser muy ducho:
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.*

(JOSÉ HERNÁNDEZ: MARTÍN FIERRO.)

¹ Ponencia presentada en la I Jornada Vida y obra de Arturo Jauretche, Universidad Nacional Arturo Jauretche, 3 de noviembre de 2014.

Introducción

El dieciséis de julio de 2014, el Ministerio de Cultura de la Nación presentó la nueva Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional (SCEPN). Como era de esperarse, las críticas no tardaron en llegar. Diferentes medios periodísticos e intelectuales, a lo largo y ancho del país, se hicieron eco de la noticia a la vez que pusieron en el tapete un concepto por demás debatido desde su misma concepción: el concepto de Pensamiento Nacional.

Tras cuarenta años de su desaparición física, es ineludible pensar en la enorme figura de Arturo Jauretche cada vez que estos temas afloran en el horizonte de la realidad argentina. Desde su constante lugar de intelectual fuertemente ligado a los intereses nacionales, don Arturo nos ha legado mucho más que su inobjetable fortaleza ética y política: nos ha transmitido la invitación a pensar nuestras coyunturas históricas en clave nacional, resistiendo los moldes categoriales foráneos más interesados en reproducir una estructura de dominación cultural que en analizar el *aquí* y el *ahora* de la Nación desde la particularidad de nuestra experiencia histórica, política y cultural.

El debate surgido a partir de la aprobación de la SCEPN nos invita a reflexionar en torno a la vigencia del concepto *Pensamiento Nacional* en nuestros días, a la vez que desnuda el carácter fuertemente polémico que de esta noción se desprende, dejando a la vista que aquella dicotomía entre *pensadores nacionales* e *inteligentzia*, que muy bien planteaba Jauretche en su momento, tiene tanta vigencia como en su tiempo a la hora de reflexionar en torno a la especificidad del Pensamiento Nacional.

En las siguientes páginas, a partir de un hecho de la realidad reciente, se intentará propiciar un acercamiento a la figura de Arturo Jauretche en tanto fiel representante de un pensamiento ligado a la reivindicación de nuestro lugar como argentinos ante el mundo y la historia.

Surgimiento y polémica en torno a la SCEPN

Con fecha tres de junio de 2014, el Boletín Oficial de la República Argentina informó la vigencia del decreto 833/2014 poniendo así oficialmente en funcionamiento a la SCEPN. Algunos de los objetivos de la susodicha secretaría mencionados en el Boletín Oficial son el propiciar instancias de diálogo que promuevan las nuevas corrientes de pensamiento; asesorar al titular de la cartera de cultura en torno a temas referentes al Pensamiento Nacional y latinoamericano; invitar a los intelectuales y docentes actuantes en el Ministerio de Cultura a interrelacionar sus líneas de trabajo, a los fines de abordar las problemáticas estudiadas desde dife-

rentes puntos de vista y análisis; y generar material audiovisual en torno al Pensamiento Nacional para que pueda ser difundido y utilizado como instrumento de formación.

Ricardo Forster, secretario a cargo de la SCEPN, remarcó en la presentación oficial de la Secretaría que: “Somos portadores de tradiciones intelectuales y políticas. Somos también nuestros espectros, nuestros muertos, aquellos que han dejado en marcha la sociedad argentina, que han construido con sus escrituras, con sus obras, con sus luchas, y vamos a tratar de que esas voces múltiples que han recorrido la vida argentina puedan cristalizarse en esta experiencia de la secretaría². Agregó, además: –La idea es convocar a movimientos sociales, de derechos humanos, y a los distintos actores de todo el país para pensar en términos federales, un proyecto de sociedad, un proyecto nacional y un proyecto integrado en la construcción de la unidad latinoamericana”³.

De forma inmediata, se desató la polémica. Plataforma 2012, un grupo de intelectuales críticos al gobierno actual, afirmó en torno a la SCEPN, en un comunicado publicado en su página web, el día siete de junio: –Desde Plataforma 2012 expresamos nuestra preocupación ante la creación de la Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional dentro de la estructura del Ministerio de Cultura de la Nación, cuya función será la de –diseñar, coordinar e instrumentar una usina de pensamiento nacional, ajustado a los lineamientos que fije la misma, según consta en el Boletín Oficial (...) –Consideramos que esta decisión se inscribe en el marco de la –batalla cultural con la que el gobierno nacional ha pretendido enmascarar a lo largo de los últimos años su voluntad de hegemonizar la producción de pensamiento, encapsulando toda posibilidad de debate en la antinomia kirchnerismo-antikirchnerismo, que ha intentado dejar afuera e invisibilizar la diversidad de voces que expresan formas de pensar el país desde una perspectiva crítica y emancipatoria⁴.

² Télam. 2014. –Forster presentó la Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional. [En línea] <<http://www.telam.com.ar/notas/201407/71308-ricardo-forster-presentacion-secretaria-de-coordinacion-estrategica-para-el-pensamiento-nacional.html>>. [Consulta: 23-10-2014].

³ *Ibíd.*

⁴ Clarín.com. 2014. –La secretaría para el Pensamiento Nacional suma críticas de intelectuales. *Clarín*. 08 de junio de 2014. [En línea] <http://www.clarin.com/politica/secretaria-Pensamiento-Popular-criticas-intelectuales_0_1153085322.html>. [Consulta: 23-10-2014].

Aníbal Pérez-Lián, politólogo argentino y docente en la Universidad de Pittsburgh, es citado por Raquel San Martín en un artículo de opinión publicado en el diario *La Nación*, el veintidós de junio de 2014, bajo el título –La patria intelectual ¿qué es hoy el Pensamiento Nacional? Pérez Lián sostiene en torno a la SCEPN: “El nombre de la Secretaría invoca una concepción anticuada del «pensamiento» como el trabajo de una elite letrada al servicio del Estado. En la era de *bloggers* y manifiestos en *YouTube*, esa visión resulta arcaica y descorazonadora. El segundo problema es que la idea del pensamiento nacional se contrapone a un supuesto «pensamiento internacional» generado en el extranjero, del que nos tenemos que defender y frente al que, implícitamente, nos colocamos en una postura subalterna. La realidad es que los intelectuales argentinos hoy son parte de las redes internacionales que definen el debate globalizado. Ricardo Forster, que ha sido profesor visitante en mi universidad, es un buen ejemplo de eso”⁵.

Un poco más conciliador, Aníbal Blanco, profesor de la Universidad Nacional de Quilmes, de la Universidad de la Matanza e investigador del CONICET, expresa lo siguiente en el artículo de San Martín: “Hablar de pensamiento nacional es problemático hoy y hace un siglo. Somos parte de una cultura periférica que se formó en contacto con culturas metropolitanas. No hay originalidad absoluta del pensamiento, pero sí tradiciones nacionales, definidas, entre otros aspectos, por la lengua y las experiencias sociales. Todos estamos globalizados, pero no todos a través de las mismas experiencias, ni con los mismos recursos ni en las mismas posiciones”⁶.

Otra voz que se hizo escuchar en esta polifonía de críticas fue la de Federico Finchelstein, profesor de la New School for Social Research en Nueva York. Finchelstein irá un poco más lejos en sus críticas a la SCEPN asociando inequívocamente –de forma un tanto sesgada– el concepto de Pensamiento Nacional al Peronismo: “Todas las formas del peronismo, de izquierda y de derecha, en toda su historia, coinciden en sostener una idea exclusiva de país y de cultura que identifica a la tropa propia con la nación argentina en su conjunto”⁷. Sostendrá además: –Hay una tradición peronista que identifica a los intelectuales con un cosmopolitismo que trasciende las fronteras y pone en duda la singularidad nacional. Y otras

⁵ San Martín, Raquel. 2014. –La patria intelectual ¿Qué es hoy el pensamiento nacional? *La Nación*. 22 de junio de 2014. [En línea] <<http://www.lanacion.com.ar/1702972-la-patria-intelectual-que-es-hoy-el-pensamiento-nacional>>. [Consulta: 23-10-2014].

⁶ *Ibídem*.

⁷ *Ibídem*.

tradiciones inscriben al pensamiento en un provincialismo que tiende a convertirlo en razón instrumental a los intereses políticos del poder de turno. Estos intelectuales instrumentales, que elogian, interpretan e incluso reflexionan sobre el alcance de la palabra y los deseos del líder son ampliamente reconocidos por el Estado⁸.

Frente a las críticas recibidas, el filósofo Ricardo Forster no dudó en responder de forma categórica por medio de una entrevista que el diario *Página 12* le realizara el día cinco de junio, contribuyendo así a la polémica surgida a partir de la creación de la SCEPN. Responderá Forster a quienes lo catalogaron de intelectual peronista dispuesto a monopolizar el debate intelectual argentino: –Vengo de una formación que podemos llamar de un marxismo crítico, de la Escuela de Frankfurt, de la lectura del postestructuralismo. La verdad que es un absurdo tratar de colocarme en la línea de José María Rosa. No tengo nada contra él, pero no vengo de esa tradición e incluso no vengo del peronismo. En realidad es todo un riesgo que ha tomado Cristina Kirchner al elegirme a mí para ser secretario en el nuevo Ministerio de Cultura. (...) –Si se tomaran la molestia de leer lo que he escrito, lejos van a ver que pueda tener una tradición de dogmatismo o pensamiento único⁹. Sostendrá, además, en torno a las múltiples críticas a la SCEPN: –Hay una crítica canalla a la que no le corresponde la palabra crítica, sí injuria o descalificación, porque no tiene que ver con un debate de ideas, con una discusión distinta¹⁰. Y afirmará como una de las principales virtudes de la nueva secretaría: –En principio, implica [la secretaría] una mirada mucho más federal del país, que se va a encargar de debatir, de generar espacios de charla y foros. Tenemos que generar un espacio que logre vincularse y articular con otros colegas e intelectuales de América latina, porque también es un gran desafío de la región. Hay que investigar cuáles son las necesidades político-regionales y generar ámbitos de encuentro intelectuales con otros países de Latinoamérica¹¹.

Este breve recorrido de opiniones en torno a la SCEPN nos ayuda a dimensionar la complejidad que el concepto Pensamiento Nacional encierra para más de un intelectual argentino, a la vez que resulta una cabal muestra de la diversidad de definiciones a las que invita la reflexión acerca de este concepto.

⁸ *Ibídem*.

⁹ Bruschtein, Julián. –Vamos a federalizar el debate. *Página 12*. 05 de junio de 2014. [En línea] <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-247901-2014-06-05.html>>. [Consulta: 23-10-2014].

¹⁰ *Ibídem*.

¹¹ *Ibídem*.

¿Pero qué es el Pensamiento Nacional? ¿De qué manera o de qué maneras podemos entender este concepto? ¿Qué genealogía podemos establecer a la hora de buscar los distintos referentes de esta forma de mirar lo nacional?

Algunas ideas acerca del Pensamiento Nacional

No son pocos los teóricos que han ahondado en la cuestión del Pensamiento Nacional intentando echar un poco de luz a este esquivo concepto.

Aritz Recalde define el Pensamiento Nacional diferenciándolo del Pensamiento Argentino en tanto éste último se circunscribiría a una producción intelectual elaborada en un ámbito geográfico determinado –el de la Argentina– mientras que –El Pensamiento Nacional aborda, desde diferentes perspectivas y ámbitos de acción, el debate sobre la *nación*¹² cuya condición intrínseca implica problematizar y poner en cuestión, cuál es el camino más adecuado para alcanzar el *desarrollo*¹³ del país en el contexto de la división internacional del trabajo mundial¹⁴. De esta definición se desprenden dos términos que merecen un poco más de atención: *Nación* y *Desarrollo*.

Por Nación vamos a entender una serie de condiciones culturales, históricas y sociales que aglutinan y permiten unificar a un conjunto de sujetos en un proyecto identitario común. Helio Jaguaribe, en *Burguesía y proletariado en el nacionalismo brasileiro*, afirma, en relación al concepto de Nación, que: –El elemento cultural, comprendido en determinada época la cosmovisión básica de un pueblo, su lengua y demás medios de significación y comunicación, como el arte y el estilo, sus instituciones y su tecnología, es el principal factor de aglutinación nacional¹⁵.

Tanto la lengua del pueblo, como su cultura, su arte e instituciones son condiciones de corte objetivo, es decir, externas al sujeto, que colaboran en la conformación de una Nación pero que no pueden conformarla por sí mismas si no se encuentran acompañadas de condiciones subjetivas. Dice el autor brasileiro: “Estas [las naciones] sólo se constituyen como tales cuando surge el proyecto político que aspira a fundarlas

¹² El subrayado es mío.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Recalde, Aritz. 2009. Cuadernos de trabajo del Centro de Estudios Hernández Arregui. Cuaderno 1: ¿Qué es el Pensamiento Nacional? [En línea] <<http://sociologia-tercermundo.blogspot.com.ar/2009/05/que-es-el-pensamiento-nacional.html>>. [Consulta: 23-10-2014].

¹⁵ Jaguaribe, Helio (1961). *Burguesía y proletariado en el nacionalismo brasileño*. Pg. 11. Coyoacán. Buenos Aires.

y mantenerlas. Las solidaridades objetivas son tópicas, por definición, y no implican el proyecto de su preservación. Es el proyecto de vida nacional lo que da a la nación su continuidad en el tiempo y su fisonomía propia, como sujeto e instrumento de acción política¹⁶. Las condiciones objetivas, entonces, deben ser articuladas por un proyecto político que permita su continuidad en el tiempo y su afirmación en la historia.

El segundo de los conceptos en los que deberíamos detenernos –Desarrollo– implica un mayor grado de complejidad dado el carácter fuertemente subjetivo de lo que entendemos por tal. Recalde sostiene: –En las naciones del Tercer Mundo el Pensamiento Nacional discute el fenómeno de la *Dependencia*, que es una condición económica, social, política y cultural estructural de nuestros países que impide la consumación de la nacionalidad y obstaculiza cualquier tipo de desarrollo independiente y sustentable en nuestros Estados¹⁷. De esta manera podemos inferir que la noción de Desarrollo, se vincularía con la posibilidad de alcanzar condiciones políticas, económicas, culturales y sociales autónomas a los poderes internacionales dominantes. Vale aclarar que para Recalde la idea de Pensamiento Nacional se definiría en oposición a lo que podríamos denominar como Pensamiento Colonial en tanto expresión de una manera de pensar que centra su eje en los modelos procedimentales extranjeros en desmedro de los intereses nacionales. En el próximo punto, cuando nos detengamos pormenorizadamente en la figura de Jauretche, volveremos nuevamente a estas nociones, medulares en el pensamiento jauretcheano.

Gunnar Olsson, en –Notas sobre el pensamiento nacional, sostiene que el Pensamiento Nacional se caracteriza por propiciar la lucha por la liberación del Pueblo Argentino frente a los modelos de dominación extranjeros. Esta liberación debe contar con el apoyo de los intelectuales y científicos que asumirán la función de orientar sus producciones a una integración con los sujetos históricos que se encuentran trabajando en la gesta emancipadora del Pueblo como concreción de una voluntad histórica compartida.

Germán Ibáñez, por su parte, plantea cinco claves recurrentes en buena parte de la producción cercana al Pensamiento Nacional que nos ayudarían a reconocer esta postura gnoseológica no sólo en los intelectuales argentinos, sino también en la producción de diferentes pensadores latinoamericanos. En primer lugar, en todo planteo propio del Pensamiento Nacional habría lo que él denomina una autode-

¹⁶ Ibídem. Pg. 12.

¹⁷ Recalde, Aritz. 2009. Cuadernos de trabajo del Centro de Estudios Hernández Arregui. Cuaderno 1: ¿Qué es el Pensamiento Nacional? [En línea] <<http://sociologia-tercermundo.blogspot.com.ar/2009/05/que-es-el-pensamiento-nacional.html>>. [Consulta: 23-10-2014].

terminación nacional; luego, la presencia de discusiones en torno a la soberanía nacional; en tercer lugar, la aparición de temas relacionados con las identidades y la diversidad cultural; en cuarto lugar, la recurrencia de debates en torno a la búsqueda de la justicia social; y, finalmente, los debates vinculados a la forma de organizar la economía de manera tal que se contemple la dimensión social de ésta.

No podríamos cerrar este segmento sin antes hacer alusión a Juan José Hernández Arregui, nombre fundamental a la hora de reflexionar en torno al concepto que nos ocupa. Hernández Arregui nos acerca la siguiente definición: —El Pensamiento Nacional es el reflejo de esa actividad política de las *masas*, de esa agitación viva del país subterráneo y el pueblo lo crea, o mejor, lo estimula. A su vez, ese ideario nacional les es devuelto a las masas políticas, en tanto nacionalismo revolucionario, por los *grupos intelectuales* nacionales que han sistematizado, o tienden a ello, tales exigencias colectivas dándoles forma de *programa político*. De ahí la rapidez con que la cultura institucionalizada se agrieta al chocar con la reacción anticolonialista de las masas y el pensamiento nacional que la acompaña. Las masas fundan el pensamiento nacional que, a su vez, se convierte en teoría y práctica de la *Revolución Nacional*¹⁸. Vemos entonces cómo Hernández Arregui articula la idea de *masa* popular con la de *intelectual* y *Revolución Nacional*, entendiendo así al intelectual como un sujeto destinado a sistematizar la voluntad de las masas en un programa político que sea capaz de propiciar un cambio concreto en la realidad nacional.

Recalde, por su parte, se arriesga a establecer una especie de —catálogo de pensadores nacionales en donde se encontrarían, entre otros, Juan José Hernández Arregui, Guillermo Gutiérrez, Rodolfo Puiggrós, José María Rosa, Manuel Savio, Enrique Gugliarmeli, Enrique Mosconi, Scalabrini Ortiz, Rodolfo Walsh, Rogelio García Lupo, John William Cooke, Arturo Sampay, Amelia Podetti, Abelardo Ramos, Norberto Galasso, Rodolfo Ortega Peña y, desde luego, Arturo Jauretche.

Creo que algunos términos vertidos en las líneas precedentes tales como *Revolución Nacional*, *masas*, *pueblo*, *programa político*, *pensamiento colonial*, *dependencia* son claves que bien pueden darnos una pauta de lo que podemos entender en este trabajo como Pensamiento Nacional, a la vez que nos invitan a introducirnos en un intelectual que ha sabido relacionar cada uno de estos términos con su irrenunciable proyecto de pensar la realidad *desde y por* la Argentina. Nos referimos, desde luego, a Arturo Jauretche.

¹⁸ Hernández Arregui, Juan José. 2005. *La Formación de la conciencia nacional*. Pg. 25. Ed. Peña Lillo. Buenos Aires.

Arturo Jauretche, profeta del Pensamiento Nacional

Ya hemos visto algunas definiciones en torno a lo que diferentes autores asumen como Pensamiento Nacional, asumiendo así las complejidades y dificultades que surgen a la hora de dar un concepto inequívoco y cerrado de tal categoría. En ese rastreo la mención a Arturo Jauretche resulta absolutamente ineludible. Ya sea desde su participación en FORJA o desde su adherencia al Peronismo, Jauretche nunca cesó de aportar a la discusión por lo nacional. Acaso para muchos el concepto mismo de Pensamiento Nacional no sea más que un sinónimo de aquél hombre que dejó una huella imborrable en la reflexión nacional a partir de su incansable lucha por transmitir la necesidad de asumir nuestra condición de argentinos y sudamericanos, rechazando los límites estancos de una intelectualidad colonizada.

Don Arturo nació con el siglo XX, en 1901, y no esperó demasiado para salir a la arena de la discusión político-histórica-nacional. En 1934 el joven Jauretche publica *El paso de los Libres*, cuya primera edición contó con un magistral prólogo de un encendido Borges. A partir de allí, el derrotero de obras no cesará en calidad ni cantidad: *Los profetas del Odio y la Yapa* (1957), *Ejército y Política* (1958), *El medio pelo en la sociedad argentina* (1966), *Manual de zonceras argentinas* (1968) son sólo algunos de los títulos más citados de Arturo Jauretche y, tal vez, los que más hayan aportado a la idea de Pensamiento Nacional.

Pero veamos un poco más en qué consiste la lucha de Jauretche y de qué manera la lleva a cabo.

Uno de los rasgos más destacados del discurso jauretcheano y que ha despertado el interés de un sinnúmero de críticos y pensadores es el carácter fuertemente oral de sus textos, siempre cargados de una gran cuota de coloquialismo que lo diferencia de un modelo prototípico de intelectual asociado al discurso académico y sus pruritos retóricos. Esta tendencia discursiva, más que un capricho estilístico del autor o una metodología de producción textual, bien puede pensarse como un claro posicionamiento cultural que implica una ruptura con el orden intelectual preestablecido de forma canónica. Aquél modelo de intelectual cuidadoso de las formas del lenguaje es subvertido por un Jauretche que procura pensar la realidad argentina desde un punto otro o, mejor aún, desde una nueva perspectiva gnoseológica.

Según Pablo Vásquez, expresado en su artículo –Jauretche y la comunicación política: –La acción política de inicios del Siglo XX trazó la necesidad de replantearse marcos teóricos diferentes a los modelos europeos vigentes para analizar la realidad nacional dada la riqueza cultural originaria de nuestra nación, el carácter de heterogeneidad de nuestro pueblo –caracterizado por –multígeno por Raúl Sca-

labrini Ortiz– y la larga tradición de confrontaciones entre las posiciones políticas más arraigadas en lo nativo de aquellas más ligadas a lo foráneo¹⁹.

Son claros los esfuerzos realizados por Jauretche a lo largo de su obra para diferenciarse de aquellos grupos intelectuales denominados por él como la *intelligentzia* argentina, más preocupados en la imitación de moldes intelectuales foráneos que en la producción de un pensamiento auténticamente nacional elaborado a la medida de las coyunturas históricas, sociales y culturales de la Argentina.

Un párrafo de Micaela Van Muylen, de su trabajo –Propuesta para una imagen nacional propia en Arturo Jauretche, nos ilustra lo antes mencionado: –Lo fundamental de la propuesta de Jauretche es superar la pasividad que él observa en la Argentina y los argentinos, obnubilados por una *colonialización pedagógica* que no permite aprehender la realidad propia. *Nos hacen zonzos*, dice él, pensamos desde las zonceras, que no conceden argumentación al funcionar como axioma o precepto²⁰.

FORJA, surgida hacia la década del '30 y cuyas filas no tardaría en engrosar Arturo Jauretche, se hará eco de la necesidad imperante de elaborar un Pensamiento Nacional y emprenderá así una sostenida tarea de divulgación a partir de reuniones callejeras y de los míticos –Cuadernos de FORJA. Horacio González, recogido por Pablo Vázquez, sostiene que: “(...) [El trabajo de FORJA] trataba de dar vuelta el mapa de significaciones culturales que resultaba dominante en la Argentina, y para tan ardua tarea los publicistas de F.O.R.J.A debieron inventar un nuevo lenguaje, quizás lo que podríamos considerar un lenguaje publicísticamente moderno y de vibrante agitación cultural²¹. La intención de expandir las nuevas ideas del Pensamiento Nacional, entonces, no podía estar exenta de una verdadera renovación del lenguaje intelectual como herramienta necesaria para construir un discurso fácilmente inteligible y cercano a las masas populares.

A partir de este breve análisis, vemos cómo se contraponen en la cultura argentina dos modelos de intelectuales fuertemente antagónicos: por un lado, un

¹⁹ Vázquez, Pablo Adrián. 2014. –Jauretche y la comunicación política. [En línea] <http://www.nacionalypopular.com/index.php?option=com_content&task=view&id=4906&Itemid=175>. [Consulta: 23-10-2014].

²⁰ Van Muylen, Micaela. 2002. –Propuesta para una imagen nacional propia en Arturo Jauretche. En *San Jauretche. Para pensar la realidad nacional*. Pg. 33. Facultad de Filosofía y Humanidades. UNC. Córdoba.

²¹ Vázquez, Pablo Adrián. 2014. –Jauretche y la comunicación política. [En línea] <http://www.nacionalypopular.com/index.php?option=com_content&task=view&id=4906&Itemid=175>. [Consulta: 23-10-2014].

campo intelectual concentrado en modelos foráneos, pasivamente aceptados, que no hacen más que reproducir un sistema de dominación cultural; y por otro lado, encontramos un nuevo modelo de intelectualidad que intentará romper los moldes estancos hasta entonces en boga a la hora de pensar la realidad, con la clara intención de analizar el pasado, presente y futuro de la Argentina a partir de una óptica claramente nacional.

La renovación de la prosa intelectual, impulsada por Jaurteche y su generación, implica entonces no sólo un cambio de corte estilístico sino fundamentalmente un vuelco epistemológico a partir del cual el intelectual argentino intentará expresar su pensamiento de forma clara, sencilla, cotidiana, sin los remilgos académicos y retóricos de la *inteligentzia* aunque sin perder por ello contundencia y profundidad. El intelectual forjista sabe que debe alejarse del olimpo para reconocerse un sujeto de a pie, un hombre cotidiano que tiene, sin embargo, la férrea tarea de desmontar las premisas foráneas que anquilosan el pensar nacional e impiden crecer a la Nación.

Resulta sumamente interesante recordar que el propio Jorge Luis Borges en su conferencia –El idioma de los argentinos, pronunciada en 1927, destacará la utilización de un lenguaje cotidiano y sin impostaciones fingidas como un valor fundamental de todo escritor genuinamente argentino. Refiriéndose a los por él denominados –fundadores de la literatura argentina dirá: –El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue una arrogancia orillera ni un malhumor. Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia. (...) Hoy esa naturalidad se gastó (...) El que no se aguaranga para escribir y se hace el peón de estancia o el matrero o el valentón, trata de españolarse o asumir un español gaseoso, abstraído, internacional, sin posibilidad de patria alguna²². Si nos atuviéramos de forma estricta a lo expresado en la cita anterior, sería muy difícil privar a Jaureche de los laureles de lo que Borges asume como –argentinos con dignidad, en tanto intelectuales fieles a su tiempo, a su lengua y a su cultura.

Jaureche no se dedicó a analizar la realidad a partir de retóricas obtusas sólo asequibles a una mínima cofradía de iniciados, sino que la formulación coloquial de su pensamiento guarda una íntima relación con el objetivo pedagógico de su discurso. Dice el propio Jaureche: –(...) rehúyo todo esoterismo, terminología técnica, y todo valor entendido para iniciados, que se utiliza generalmente para dar al profano alta idea del que escribe y ocultar el meollo de las cuestiones, induciendo a

²² Borges, Jorge Luis. 2011. –El idioma de los argentinos. En *Obras completas*. Sudamericana. Buenos Aires.

la creencia de que se trata de temas abstrusos. Y no es así: las cosas no son difíciles: las hacen difíciles los que quieren confundir para reservarse el monopolio de su manejo o para servir los intereses que medran en la oscuridad²³. Vemos, entonces, cómo la coloquialidad del lenguaje entraña en sí una voluntad esclarecedora y procura ser el medio a partir del cual se pueda llegar a las masas con la clara intención de subvertir los modelos de pensamiento y asimilación de la realidad, impuestos por una intelectualidad argentina carente de raíces y escrúpulos.

Aquellas matrices de pensamiento propias de la *intelligentzia* argentina con las que discute Jauretche poco tenían de inocentes y sus intereses escapaban al mero acto estético de lo que podríamos pensar como una –correcta expresión o una sistemática preocupación por el lenguaje y la transmisión de saberes académicos. Según el propio Jauretche: –Desentrañando la trama de nuestro coloniaje económico, que fue nuestra primera tarea, descubrimos que él se asentaba sobre el coloniaje cultural. Descubrimos que ambos coloniajes se apuntalan y conforman recíprocamente, pero que si el coloniaje económico daba los puntos de apoyo al cultural, éste era a su vez, la forma de penetración y estabilización de aquél²⁴. Vemos, así, cómo la noción de coloniaje cultural y coloniaje económico están íntimamente ligadas para Jauretche. Por lo tanto, bien podríamos asumir que, para don Arturo, la necesidad de generar un Pensamiento Nacional no responde simplemente a una tarea de corte intelectual o de mera exégesis del mundo, sino que encierra en sí la posibilidad de luchar contra la dominación extranjera que intenta cercenar las libertades de la Nación. Aquí aflora a las claras, entonces, la íntima relación que se establece entre Pensamiento Nacional y Liberación Nacional. A partir de esta relación, acaso podríamos responder a Pérez Liñán, citado en la primera parte de este trabajo, quien afirma que: –El segundo problema es que la idea del pensamiento nacional se contrapone a un supuesto «pensamiento internacional» generado en el extranjero, del que nos tenemos que defender y frente al que, implícitamente, nos colocamos en una postura subalterna. La realidad es que los intelectuales argentinos hoy son parte de las redes internacionales que definen el debate globalizado. Ricardo Forster, que ha sido profesor visitante en mi universidad, es un buen ejemplo de eso²⁵.

²³ Vázquez, Pablo Adrián. 2014. –Jauretche y la comunicación política. [En línea] <http://www.nacionalypopular.com/index.php?option=com_content&task=view&id=4906&Itemid=175>. [Consulta: 23-10-2014].

²⁴ Discurso de Arturo Jauretche del 26-6-1942. Citado en Galasso, Norberto. (2003). Jauretche y su época. De Yrigoyen a Perón, 1901-1955. Tomo I. P. 312. Corregidor. Buenos Aires.

²⁵ San Martín, Raquel. 2014. –La patria intelectual ¿Qué es hoy el pensamiento nacional?

A esta altura del trabajo quizás podríamos afirmar con cierta seguridad que la amenaza que resiste el Pensamiento Nacional no es la posibilidad de dialogar con otras culturas, ni es su propósito privar a los intelectuales argentinos de experiencias formativas en academias extranjeras, sino que su interés se concentra en el rechazo de las estructuras de pensamiento y análisis provenientes de otras latitudes que, de forma nada inocente, son utilizadas por los intelectuales serviles de turno como instrumento de dominio y menoscabo a nuestras tradiciones culturales.

Es más que evidente, además, que para Jauretche el Pensamiento Nacional no se ubica en una –postura subalterna en relación al –pensamiento internacional, tal como lo piensa Pérez Liñán. Muy por el contrario, a lo largo de su vasta obra, Jauretche se ha preocupado en remarcar la enorme importancia que encierra en sí un conocimiento elaborado *por y para* los argentinos en detrimento de aquellos moldes foráneos que algunos intentan imponernos –a veces, sin si quiera entenderlos– como incuestionables y valederos.

Una característica importante de este modo tan agudo y comprometido que tiene Jauretche de pensar la realidad argentina es la constante alusión a un sinnúmero de términos, conceptos y analogías provenientes de la cultura popular que se corresponderían a esa fuerte tendencia al coloquialismo a la que se hizo alusión en las páginas precedentes. Jauretche, lejos de desestimar el conocimiento que el pueblo ha sabido acumular a través del tiempo y la experiencia del Hombre con su realidad cotidiana, hace de esta dialéctica un pilar de su Pensamiento. Rodolfo Kusch, en *Geocultura del Hombre americano*, marca una fuerte diferenciación entre lo que él llama la –palabra común, por un lado, y la denominada –palabra grande, por otro, que muy bien podemos pensar en relación con el pensamiento de Jauretche y la forma a partir de la cual ese conocimiento es transmitido.

Dice el filósofo argentino: –Hay palabras comunes y palabras grandes. La palabra común se dice para determinar, para decir esto es, aquello es o para señalar causas. Exige una verificación y para ello sirve la lógica aristotélica. Pero la palabra grande trasciende la palabra común, dice más de lo que expresa, porque abarca un área mayor. Para ella no hay lógica, en todo caso una meta-lógica, porque abarca también la verdad de la existencia, y, en tanto dice esto, no determina, sino que reitera lo mismo en todos los hablantes. Por todo ello, en tanto no informa, sino que se la cree escuchar, es una palabra que se desempeña en el silencio (...) El habla popular dice entonces la palabra común, pero esconde, detrás, la gran palabra que

La Nación. 22 de junio de 2014. [En línea] <<http://www.lanacion.com.ar/1702972-la-patria-intelectual-que-es-hoy-el-pensamiento-nacional>>. [Consulta: 23-10-2014].

completa al sujeto viviente²⁶. No nos costaría mucho asociar la *palabra común* a las pseudo-verdades indiscutibles de la *intelligentzia* y la academia argentina, mientras que la *palabra grande* muy bien se aplicaría a la sabiduría del pueblo que expresa de forma sencilla y concreta realidades de hondo contenido humano.

Desde la perspectiva de Jorge Torres Roggero, expresada en *Jaureteche. Profeta de la esperanza*, la intención de Jaureteche, a lo largo de toda su producción intelectual, es clara: —Si la cultura occidental moderna establece la dominación constituyéndose en depositaria y administradora de la razón, la ciencia, la técnica y la ideología, obremos al revés. Si el éxito emana de un centro que está fuera de nosotros y nos subordina, obremos por contraste y descubriremos las verdades elementales de nuestra vida, el centro plural y único de donde emana nuestra propia identidad²⁷. Si la cultura occidental, entonces, impone una forma unívoca y ahistórica de pensar la realidad, cambiemos el eje de análisis. Este viraje, lejos de ser el fruto de un capricho o una simple rebeldía, constituirá el primer y necesario paso para una transformación auténtica de la realidad a partir de una clara conciencia de *quiénes* somos y hacia *dónde* queremos ir.

A modo de conclusión

En la primera parte de este trabajo, Ricardo Forster sostenía que “Somos portadores de tradiciones intelectuales y políticas. Somos también nuestros espectros, nuestros muertos, aquellos que han dejado en marcha la sociedad argentina, que han construido con sus escrituras, con sus obras, con sus luchas (...)”²⁸. Bien podríamos coincidir con Forster a la hora de afirmar que —somos portadores de tradiciones intelectuales y políticas y que esas tradiciones —heterogéneas, plurivalentes, heteróclitas— siempre han surgido y se han desarrollado a la luz de una lucha política, implícita o explícita, que justificó su existencia en un momento determinado de la historia.

Suponer entonces la producción intelectual como una esfera aséptica desprovista de intereses sectoriales resulta tan desacertado como pueril. A su vez, imaginar a los intelectuales como sujetos embrionarios cubiertos por una capa protectora

²⁶ Kusch, Rodolfo. 1986. *Geocultura del hombre americano*. Págs. 244-245. Fundación Ross. Rosario.

²⁷ Torres Roggero, Jorge. 1984. *Jaureteche. Profeta de la esperanza*. Pág. 41. Fundación Ross. Córdoba.

²⁸ Bruschtein, Julián. “Vamos a federalizar el debate”. Página 12. 05 de junio de 2014. [En línea] <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-247901-2014-06-05.html>>. [Consulta: 23-10-2014].

que los libra de la realidad y la cotidianeidad de cada día no es más que un mero ilusionismo positivista que lejos está de verificarse en la realidad y la producción concretas de cualquier intelectual.

No creo, sinceramente, que sea muy erróneo pensar en que la SCEPN vaya a optar por un concepto de Pensamiento Nacional en desmedro de otros —tal es el temor de algunos intelectuales. No creo tampoco que los sujetos que actúen en dicha secretaría vayan a pretenderse asépticos ante el mundo político en donde, necesariamente, están inmersos en tanto individuos históricamente determinados. Pero quizás el problema no sea que los intelectuales elaboren producciones afines a determinadas posiciones y/o concepciones políticas. Quizás el problema sea a *qué* intereses son serviles los intelectuales con sus producciones.

La noción de —intelectuales instrumentales que presentara Federico Finchelstein, en las primeras páginas de este trabajo, no constituye en sí ninguna novedad: todo intelectual es instrumental a algún interés político, incluso los que se declaran remisos a estas cuestiones.

Jaureche no fue ajeno a esta regla. Él también fue un pensador instrumental, él también —sirvió a una serie de intereses en desmedro de otros: sirvió a la construcción de un modo de pensar que se amoldara a nuestra coyuntura nacional de la misma manera que un sombrero debe amoldarse a la cabeza, en desmedro de modelos foráneos que sugerían adaptar la cabeza al sombrero; sirvió también a la reivindicación de las masas populares en tanto artífices de la Nación y productores de un saber práctico útil para la construcción de un Pensamiento Nacional, en contraposición a una intelectualidad que, bajo el lema sarmientino de —civilización o barbarie, no hizo más que asociar las masas populares a la ignorancia y la brutalidad; sirvió a la causa de la independencia cultural de la Nación como requisito ineludible a la hora de pensar en una independencia político-económico-soberana, en desmedro de los cipayos que pensaron la cultura extranjera como fuente de —civilización, omitiendo que tras esa noción se escondía, de forma necesaria, un enajenamiento que culminaría en el coloniaje. Como vemos, a su modo, Don Arturo también fue un —intelectual instrumental.

Reflexionar en torno a la existencia de un Pensamiento Nacional no debería significarnos un laberinto sin salida si aceptamos la diversidad de actores que, de una u otra manera, han contribuido ese Pensamiento y si aceptamos que la dicotomía entre Pensamiento Nacional y Dominación resulta fundamental e inevitable. En un país en que —al igual que el resto de las naciones latinoamericanas— lucha cada día para terminar con el escarnio de la colonización extranjera en sus más diversas formas, a salir en busca de un modo de analizar la realidad que permita

develar los oscuros intersticios por donde la colonización filtra sus rizomas constituye una herramienta de un valor superlativo que, lejos de ser un mero instrumento propagandístico del gobierno de turno, se impone como una necesidad imperiosa.

No se trata aquí de cuestionar las culturas extranjeras, sino de poner en tela de juicio los moldes que intentan obnubilarnos e imponernos un complejo de inferioridad, que es acaso el primer paso para una dominación furtiva, aunque no por ello menos concreta.

Arturo Jauretche, a través de todos sus años de producción intelectual, fue un claro ejemplo de lucha contra las *zonceras* de la *intelligentzia* argentina y sus estructuras foráneas y estancas destinadas a propiciar la asimilación de una dominación cultural.

Es notorio cómo la figura de Jauretche sigue estando vigente hoy, a cuarenta años de su muerte, cada vez que aflora la necesidad de recurrir a ese término —aparentemente tan difuso y problemático— que es el Pensamiento Nacional. La profundización en la obra de Jauretche sigue siendo un ejercicio necesario si queremos, al igual que él, hacer de nuestra capacidad de pensar y analizar la realidad un potente escudo contra las tropelías de los de afuera.

Si a cuarenta años de su muerte nos seguimos preguntando acerca del Pensamiento Nacional, quizá la obra de Arturo Jauretche no haya sido en vano y sigiendo muestra de sus frutos.

Bibliografía

- Boletín Oficial de la República Argentina. 2014. [En línea] <<http://www.boletinoficial.gov.ar/Inicio/Index.castle?s=01&idAviso=4589873&IdRubro=24&f=20140604>>. [Consulta: 23-10-2014].
- Borges, Jorge Luis. 2011. —El idioma de los argentinos. En *Obras completas*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Bruschtein, Julián. —Vamos a federalizar el debate. *Página 12*. 05 de junio de 2014. [En línea] <<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-247901-2014-06-05.html>>. [Consulta: 23-10-2014].
- Clarín.com. 2014. —La secretaria para el Pensamiento Nacional suma críticas de intelectuales. *Clarín*. 08 de junio de 2014. [En línea] <http://www.clarin.com/politica/secretaria-Pensamiento-Popular-criticas-intelectuales_0_1153085322.html>. [Consulta: 23-10-2014].
- Galasso, Norberto. 2003. *Jauretche y su época. De Yrigoyen a Perón, 1901-1955*. Tomo I. Corregidor. Buenos Aires.

- Hernández Arregui, Juan José. 2005. *La Formación de la conciencia nacional*. Ed. Peña Lillo. Buenos Aires.
- Ibáñez, Germán. 2005. —Las claves del Pensamiento Nacional Latinoamericano, Revista *Desafíos*. N° 3. Diciembre.
- Jaguaribe, Helio. 1961. *Burguesía y proletariado en el nacionalismo brasileño*, Coyoacán. Buenos Aires.
- Jaureche, Arturo. 1962. *F.O.R.J.A y la década infame*. Coyoacán. Buenos Aires.
- Olsson, Gunnar. 1969. —Notas sobre el Pensamiento Nacional, en *Antropología 3er. Mundo*. Buenos Aires.
- Recalde, Aritz. 2009. Cuadernos de trabajo del Centro de Estudios Hernández Arregui. Cuaderno 1: ¿Qué es el Pensamiento Nacional? [En línea] <<http://sociologia-tercermundo.blogspot.com.ar/2009/05/que-es-el-pensamiento-nacional.html>>. [Consulta: 23-10-2014].
- Said, Edward. 1996. *Representaciones del intelectual*. Paidós. Barcelona.
- San Martín, Raquel. 2014. —La patria intelectual ¿Qué es hoy el pensamiento nacional? *La Nación*. 22 de junio de 2014. [En línea] <<http://www.lanacion.com.ar/1702972-la-patria-intelectual-que-es-hoy-el-pensamiento-nacional>>. [Consulta: 23-10-2014].
- Torres Roggero, Jorge. 2002. *San Jaureche. Para pensar la realidad nacional*. Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. UNC.
- Torres Roggero, Jorge. 1984. *Jaureche. Profeta de la esperanza*. Córdoba. Fundación Ross.
- Van Muylen, Micaela. 2002. —Propuesta para una imagen nacional propia en Arturo Jaureche. En *San Jaureche. Para pensar la realidad nacional*. Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. UNC.
- Vázquez, Pablo Adrián. 2014. —Jaureche y la comunicación política. [En línea] <http://www.nacionalypopular.com/index.php?option=com_content&task=view&id=4906&Itemid=175>. [Consulta: 23-10-2014].

¡PARÁ, SOCIÓLOGO!

Aportes y críticas de Jauretche para la construcción de una epistemología nacional y popular¹

MAURICIO SCHUTTENBERG²

“Los sociólogos han establecido que yo soy un parasociólogo. Quizás lo soy, pero no por encontrarme al costado de la sociología, sino porque les digo ‘pará, sociólogo’, cuando entran a macanear”.

ARTURO JAURETCHÉ (2004). *TEXTOS SELECTOS*. BUENOS AIRES, CORREGIDOR.

“Yo y mis compañeros, en 1945, no apoyamos a Perón porque Perón era socialista. Lo apoyamos porque era burgués y en eso consistía su carácter progresista. Era burgués frente a la oligarquía terrateniente aliada al embajador Braden, que quería un país de vacas gordas y peones flacos. Hay gente de Filosofía y Letras proveniente de la carrera de Sociología, creada bajo el sociologismo comtiano importado de Estados Unidos, que

¹ Ponencia presentada en la I Jornada Vida y Obra de Arturo Jauretche, Universidad Nacional Arturo Jauretche, 3 de noviembre de 2014. Agradezco profundamente la lectura atenta y los atinados comentarios al Lic. Ernesto Salas, que ayudaron a terminar de dar forma a este artículo.

² Doctor en Ciencias Sociales (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Sede Argentina). Magíster en Ciencia Política (Universidad Nacional de La Plata). Investigador Asistente de CONICET. Profesor adjunto de Problemas de Historia Argentina en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y de Historia de las Ideas y los Procesos Políticos en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Correo: mauricioschuttenberg@gmail.com.

supone a Germani como un hombre de ciencia y a Jauretche como un charlatán: pero Jauretche, un peronista, desempeñó el papel que los enciclopedistas franceses desempeñaron frente a la vieja nobleza. Puso en ridículo a la mitología literaria de la Argentina agraria, en nombre de una concepción burguesa”.

ABELARDO RAMOS EN LA REVISTA *CONFIRMADO*, 29 DE FEBRERO DE 1972.

El pensamiento de Arturo Jauretche suele ser enfocado en su dimensión polémica. De hecho es común, en las biografías sobre él, que los autores destaquen esa faceta de su obra. Este aspecto, sin dudas significativo de su trayectoria, tiende a solapar otros de gran relevancia como es la crítica epistemológica que realizó y los debates que impulsó sobre la forma en la cual se construye el conocimiento en las ciencias sociales.

Este capítulo se centrará en el debate que estableció con Gino Germani como principal referencia a una forma de construir el conocimiento social anclado en la idea de trasplantar teorías pensadas para otros contextos sociohistóricos. Este trabajo apunta entonces a retomar no solo la dimensión polemista de la obra de Jauretche, sino mostrar la profundidad de sus planteos epistemológicos, aunque nuestro autor no los haya escrito en esas palabras. Esta discusión, lejos de ser archivada en los debates de nuestra historia intelectual, sigue teniendo vigencia en los debates de nuestros científicos sociales actuales.

La obra de Jauretche, como la de otros pensadores provenientes del campo nacional y popular, ha sido casi invariablemente estigmatizada por un sector de la sociología académica por su presunta “asistematicidad” y “falta de rigor”; y por consiguiente, relegada con el argumento de ser mero ensayismo costumbrista o polémico, al que se le reconocía penetración, pero nulo valor científico. En concordancia con Padilla (2010), nuestra tesis sostiene que las formas de interpretación de la realidad y de su estrategia expositiva, demuestra una postura epistemológica y una metodología (a veces subyacentes, otras veces explícitas) aplicadas de manera consecuente y en consciente desafío a las convenciones y prácticas de las tendencias hegemónicas en las ciencias sociales.

A la hora de situar el debate que Jauretche mantendrá con Germani, es fundamental destacar que existen dos momentos de crisis en la historia política argentina de la primera mitad del siglo XX que produjeron, en escritores y pensadores, la necesidad de intervenir en la esfera pública con discursos interpretativos sobre una nueva realidad nacional. Después de los dos golpes de Estado que derrocaran a los gobiernos populares de Hipólito Yrigoyen y de Juan Domingo Perón aparece la

búsqueda de una explicación capaz de generar algún tipo de respuesta, tanto a la crisis política como a los cambios sociales y culturales introducidos por el arribo de otras clases sociales a los lugares de poder (Saítta, 2004). Esta coyuntura otorgó un nuevo ímpetu explicativo que se manifestó de diversas formas y géneros.

En este trabajo pretendemos abordar los años posteriores al derrocamiento de Perón para analizar cómo se constituyen dos formas discursivas que aparecerán en pugna: la sociología “científica” y la perspectiva nacional popular. El objetivo, entonces, apunta a poner en diálogo estos discursos para indagar cómo buscan su legitimidad en su pretensión explicativa de la realidad política y de la historia argentina, cómo entienden el fenómeno peronista y cuáles son sus tradiciones e interacciones con las otras vertientes, sean estas manifiestas o implícitas³.

En este sentido, como marca Laclau (1980), las mutaciones ideológicas, lejos de arrasar con la visión del mundo vigente, son procesos de transformación y rearticulación de elementos ideológicos ya existentes. Por lo tanto, es importante repensar las relaciones de estos discursos con otros textos. El análisis del discurso de una época supone examinar la lógica discurso-contradiscurso.

También es pertinente ubicar esta discusión dentro del marco más amplio del mapa de las ideas latinoamericanas. Devés Valdés (2003) destaca que la discusión entre sociología “científica” y la perspectiva nacional y popular se enmarca en un proceso mayor, que es la pugna entre dos paradigmas: el modernizador y el identitario. Por el primero entiende una mirada hacia a los países centrales y a la inserción de los países latinoamericanos en la lógica capitalista mundial con énfasis en el concepto de *modernizar* y con un desprecio hacia lo popular. El segundo, por el contrario, discute con el anterior, y el autor lo caracteriza como las ideas que buscan la especificidad nacional, lo autóctono, la valoración de lo cultural y la reivindicación de una particular forma de ser.

Es en esta línea que proponemos introducirnos en el debate planteado entre el surgimiento de las ciencias sociales y la mirada de Jauretche. Devés Valdés (2003) señala que el espacio de las ciencias sociales fue ajeno al conformado por humanistas y ensayistas. Desconectados uno del otro, generaron sus propios discursos, medios de expresión, instituciones y referentes. Las ciencias sociales tendieron más a los Estados Unidos y a Europa en un afán de pensar lo latinoamericano y se construyeron en fuerte oposición y descalificación del espacio de las humanidades y el ensayo.

³ Este punto se retomará más adelante, pero como adelanto nos referimos a que la visión de Germani no menciona explícitamente a los pensadores nacionales y populares como estos sí lo hacen con él.

Saítta (2004) acuerda con la anterior visión y señala que a finales de los años cincuenta, las categorías para abordar problemáticas nacionales en relación a lo social ya no eran las mismas: la consolidación de la sociología como abordaje pretendidamente objetivo y científico de la sociedad cuestionaba el método ensayístico en el cual habían abrevado intelectuales de gran prestigio social y cultural, pero ajenos a las prácticas institucionalizadas del mundo académico. La creación de la primera carrera de Sociología del país en la Universidad de Buenos Aires en 1957 dirigida por Gino Germani, con la introducción de un método científico que presume de ser conocimiento objetivo de la realidad social a través de la investigación empírica, alejado de la valoración ideológica a la hora de postular una interpretación, redefine fuertemente la posición del pensamiento social predominante hasta entonces. Germani se propone clausurar las formas ensayísticas en el análisis de lo social y establecer los límites de lo que es y no es sociología. De este modo, Germani fijó los términos de la disciplina y desvinculó la figura del sociólogo de quienes ya había reflexionado sobre la sociedad argentina. La sociología “científica” se postuló como algo totalmente nuevo que emergía sin ningún precedente.

Como bien señala Sotelo Valencia (2005), desde el punto de vista de las ciencias sociales, este fenómeno se puede pensar como el tránsito de una ciencia social de tipo tradicional a una de tipo moderna basada en el método científico de investigación y observación. Tránsito que coincide con las políticas de modernización e industrialización impulsadas por la burguesía industrial y el Estado latinoamericano desde la década de los sesenta y que desplazaron, por lo menos formalmente, al viejo sistema oligárquico-terrateniente. En este proceso, las corrientes del liberalismo y el positivismo fueron desalojadas paulatinamente, en tanto expresiones ideológicas de ese modelo de desarrollo cedió el paso a los estudios científico-empiristas caracterizados por una orientación teórica y metodológica que adoptaban la mirada de la sociología funcionalista.

De esta forma, la consolidación de la sociología “científica” obliga a otros intelectuales a redefinir tanto su lugar de enunciación como la legitimidad de un sistema de interpretación de lo social alejado del academicismo de los tratados de sociología. Ahora bien, hemos marcado algunas diferencias entre los dos géneros discursivos, pero, no obstante, no constituyen campos absolutamente separados. Horacio González (2000: 328) plantea:

El ensayo sociológico es la sombra tenaz que persigue las obras de sociología. En su particular incapacidad de trazar límites seguros con otros géneros del conocimiento —pues el ensayo es por naturaleza lo que diluye cualquier límite entre teoría, filosofía y narración personal— encuentra menos su debilidad que las razones de su vigencia.

No hay una era ensayística que a la manera de prehistoria evolutiva haya desembocado luego en una etapa científica.

El autor afirma que Jauretche o Hernández Arregui fueron escritores políticos vinculados a poéticas nacionales y populares y adversarios de la sociología, pero sus obras hay que pensarlas como partes constitutivas del ciclo sociológico argentino. En este sentido nos interesa resaltar un aspecto poco abordado del pensamiento de Jauretche que es el de ser un crítico profundo de las formas de construcción de conocimiento de las por entonces incipientes ciencias sociales.

A fines de llevar adelante nuestra tarea pondremos en discusión los siguientes textos: en el caso de Germani nos centraremos en *Política y sociedad en una época de transición* del año 1962. En cuanto a la perspectiva nacional y popular tomaremos a Jauretche con *Los Profetas del odio y la yapa*, de 1957 y *El medio pelo en la sociedad argentina*, de 1966; y a Juan José Hernández Arregui con *La formación de la conciencia nacional*, de 1960 y *Nacionalismo y liberación*, de 1969.

El surgimiento de las ciencias sociales. La mirada de Gino Germani

Devés Valdés (2003) afirma que el ascenso y la hegemonía de los planteos en torno del desarrollo fueron indudablemente de la mano del ascenso y la institucionalización de las ciencias sociales. El peso de estas disciplinas en el quehacer intelectual y su transformación en coadyuvantes del proceso de desarrollo es un factor clave en la instalación del propio tema del desarrollo. Por ende, se da un giro en los temas de preocupación y la cultura autóctona y las diversas formas de entender la nacionalidad dejan paso a los proyectos modernizadores. Se forma un círculo de científicos sociales que discutirá fuertemente con otros intelectuales vinculados a la matriz nacional popular.

En este sentido, también es fundamental tener en cuenta el proceso de institucionalización de las ciencias sociales y los cambios que esta trajo aparejada. Blanco (2004) explica que el conflicto entre estas distintas formas de acercarse a lo social se desata como consecuencia de la difusión de un nuevo patrón de desarrollo intelectual e institucional de las ciencias sociales, en general, y de la sociología, en particular, y del surgimiento de una nueva demanda promovida por los organismos internacionales.

El autor destaca que, a partir de la segunda posguerra, las ciencias sociales experimentan un cambio significativo caracterizado por una declinación de la reflexión especulativa y filosófica y un optimismo generalizado acerca de los resultados que podían esperarse en cuanto se lograra un firme fundamento científico y empíri-

co. Asimismo, afirma que en el plano de la teoría las ciencias sociales se hicieron ahistóricas, empíricas en el detalle y, en gran medida, cuantitativas en el método. En el plano de la investigación, el cambio más significativo fue un progresivo alejamiento de las vastas generalizaciones históricas en provecho de la recolección y refinamiento de datos, el estudio concreto a través de encuestas y la formulación de generalizaciones empíricas y la construcción de modelos, todo ello con la esperanza de construir teorías verificables.

En ese contexto, las teorías del desarrollo son un genuino reflejo de la reorganización del mundo capitalista después de la Segunda Guerra Mundial con la incontrastable supremacía de los Estados Unidos. Sorelo Valencia (2005) destaca que desde el punto de vista ideológico, el objetivo de dichas teorías consistía en justificar el dominio de los pueblos y naciones que arribaron a la historia mundial con los procesos de descolonización y mediante la lucha por la constitución de sus estados nacionales. En ese periodo se creó un nuevo mundo en los contornos del sistema capitalista, a partir de la crisis del colonialismo histórico, particularmente de Gran Bretaña, Francia, España, Portugal y Holanda, y del desencadenamiento de poderosos movimientos políticos de descolonización, que culminarán en la formación de lo que se llegó a conocer como Tercer Mundo, y en el surgimiento del mayor conglomerado humano de la historia: la República Popular China. Los nuevos países y sus Estados-nación (unos capitalistas y otros socialistas), a diferencia de las naciones históricamente industrializadas, se caracterizaron como “subdesarrollados”, por oposición a los autodenominados “países desarrollados” del centro histórico del capitalismo. Para marcar esa diferenciación se utilizaron métodos de medición cuantitativos que establecen las fronteras existentes entre ambos grupos de países con base en las teorías del desarrollo, de factura neoclásica y funcionalista.

En este sentido, esta transformación intelectual coincidió, a su vez, con una activa campaña de promoción y estímulo de la investigación social por parte de diferentes organismos internacionales y agencias filantrópicas, que operó como factor decisivo en la institucionalización de las ciencias sociales, tanto en los países centrales como en América Latina. Surge entonces un nuevo contexto nacional con una fuerte renovación de la universidad, y un nuevo contexto internacional con la promoción de las ciencias sociales con credenciales estadounidenses, que instala nuevas preocupaciones, promueve nuevos estilos y estimula nuevas demandas: tales elementos y factores se conjugaron para que la institucionalización de la disciplina adoptara la forma impulsada por Germani (Blanco, 2004).

En esta misma línea, Buccafusca, Serulnicoff y Solari (2000) destacan que, en la fundación de la disciplina, Germani se dirigió a los sociólogos anteriores (des-

pojados de institución o despojados de métodos y procedimientos de investigación precisos) nominándolos de “parasociólogos” y “literatos”. A su entender no hacían lo que consideraba como “verdadera” sociología. Es por ello que para constituirse como el fundador de la sociología eligió desechar toda la producción de conocimiento social generado desde fines del siglo XIX, por rotularlo de no científico.

Este punto es central, Germani constantemente hace referencia a la existencia de un terreno que no ha sido abordado por los estudios científicos. Su referencia es para la historia argentina. Él se presenta entonces como el precursor de esta forma de estudiar la realidad y la legitimidad que construye tiene que ver con su aproximación metodológicamente rigurosa y “pionera”. La anterior sociología no reflejaba posiciones científicas, sino más bien comentarios ideológicos que, en su mirada, de ninguna manera podían pensarse como conocimiento científico, sino que lo define como pensamiento social.

Para explicar la realidad política argentina y, en relación a la discusión con las visiones presociológicas, Germani le otorga un peso sustancial a la inmigración en su afán de realizar una interpretación “correcta” (es decir, habría una incorrecta, pero no la nombra) del proceso peronista.

Las razones de la importancia que asignamos a este punto de partida histórico social, para situar e interpretar correctamente los fenómenos contemporáneos, que son el objeto principal de este estudio, resultarán claramente de un breve examen del procesos inmigratorio y de su significado. La Argentina contemporánea no podría ser comprendida, sin un análisis detenido de la inmigración masiva (Germani, [1962] 1974: 179).

Otro de los ejes centrales que nos habíamos propuesto tomar es la mirada sobre el peronismo. Germani analiza al peronismo dentro de un modelo que intenta explicar la evolución política de los países de América Latina, de la sociedad tradicional a la modernidad, a partir de distintas etapas. El cuarto de estos estadios, al que el autor llama, “transición hacia un régimen con participación total” es el final al cual llegaría una sociedad desarrollada.

Para Germani esa época era en esencia una *época de transición*. Vislumbra el cambio social como un proceso normal manifiesto de carácter permanente en donde los cambios se producen a un ritmo vertiginoso, ya no como en épocas anteriores en que tardaban siglos, sino violentamente, de tal modo que la intensidad del cambio es dramáticamente vivida por los hombres, que deben “ajustarse a él como un proceso habitual”. Para el autor el momento central es la crisis mundial de 1929, que produjo en la Argentina dos procesos convergentes. Por un lado, una nueva y decisiva fase de industrialización y, por otro, un proceso de urbanización

con migraciones masivas internas. Esto significaba que grandes capas populares de zonas subdesarrolladas, que habían estado al margen de la vida política, se radicaran en las grandes ciudades⁴. Masas populares sin experiencia sindical, con un movimiento gremial desorganizado por luchas internas y represión policial, con una legislación social inadecuada para el grado de industrialización alcanzado con una clase patronal reciente, en un contexto de capitalismo de especulación sin ninguna conciencia de los problemas sociales del trabajo.

En el capítulo 8 establece las etapas de transición hacia lo que llama un “régimen político de participación total en la Argentina”. En adelante, el trabajo de Germani se trata de desarrollar esas etapas. La hipótesis fuerte de Germani es:

Estas grandes masas trasplantadas de manera rápida a las ciudades, transformadas súbitamente de peones rurales, artesanos o personal de fatiga, en obreros industriales, adquirieron significación política sin que al mismo tiempo hallaran los canales institucionales necesarios para integrarse al funcionamiento normal de la democracia (Germani, [1962] 1974: 230).

En ese párrafo Germani habla de “funcionamiento normal de la democracia”. Es posible percibir en esa frase la mirada funcionalista y normativista del autor. La democracia y el desarrollo económico tienen un solo camino posible y se funden en un evolucionismo lineal. Dentro de ese marco el peronismo aparece como un fenómeno desviado de esa transición a la modernidad. Este movimiento habría abortado la evolución lineal y “natural” que la sociedad debía seguir. A grandes rasgos el paradigma funcionalista y desarrollista planteaba cinco etapas sucesivas que se inician con la sociedad tradicional, continúa con las condiciones previas para el impulso inicial o despegue, impulso inicial, madurez del sistema, y por último una sociedad desarrollada (Rostow, 1974). Germani ensaya una exploración de los motivos de la crisis de la sociedad moderna y su conexión con el fenómeno del totalitarismo. Allí recurre a un enfoque que está presente en buena parte de la literatura sociológica de la época: el esquema dicotómico del pasaje de una sociedad tradicional a una moderna.

⁴ Una mirada que cuestionará luego el argumento de Germani es la de Del Campo (1983), para quien no conviene “exagerar” el carácter tradicional de los “nuevos” obreros, ya que el 60% provenía de los sectores modernos como la prov. de Bs. As., Córdoba, Entre Ríos, Santa Fe, La Pampa. Por este motivo, con esta hipótesis se subraya el aspecto opuesto y complementario de esta transformación, es decir, se apoya la teoría de que existiría elementos de continuidad que vinculan a la vieja clase obrera con la nueva.

De ningún modo habría sido necesaria la subversión institucional, moral y económica ni mucho menos el régimen totalitario, para lograr ambas cosas. La aparición de la masa popular en la escena política y su reconocimiento por la sociedad argentina pudieron haberse realizado por el camino de la educación democrática y a través de los medios de expresión que esta puede dar. Desde este punto de vista no hay duda de que el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse irracional; lo racional habría sido el método democrático (Germani, [1962] 1974: 251).

El principal problema es entonces que las masas sin preparación ni práctica política se habían insertado en la estructura social sin tener, al mismo tiempo, canales institucionales para integrarse al funcionamiento normal de la democracia. En palabras de Germani, se dejaba a estas masas “en disponibilidad”, para ser aprovechadas por algún movimiento que les ofreciera alguna forma de participación.

La tesis de Germani es que se llega a través del peronismo a un movimiento de tipo fascista con características totalitarias, porque se crea la ilusión a estas clases populares de que están participando, pero en realidad esta es una pseudoparticipación que neutraliza a la clase obrera⁵. Esta interpretación del peronismo en clave demagógica había sido esbozada, entre otros, por los partidos socialista y comunista desde los orígenes del movimiento.

En este sentido, Germani encaja al peronismo como un movimiento totalitario, aunque el propio autor reconoce que no puede comparárselo con los movimientos totalitarios de Europa. Debe valorizarse el intento de historizar el peronismo y no caer en la clásica transpolación peronismo-fascismo-totalitarismo⁶. Sin embargo, surge un problema en su planteo: ¿cómo entender como régimen totalitario un movimiento político que tiene el apoyo de las masas, que recurre a elecciones y que es constitucional?

⁵ Louise Doyon (1977) analiza la relación entre trabajadores y peronismo desde una doble dimensión. Por un lado reconoce, acercándose a Germani, que *Perón limitó la función de los sindicatos como una voz políticamente independiente*, ocasionando el repliegue de la fuerza sindical como actor político (disolución del Partido Laborista, incorporación de la CGT a la esfera de influencia estatal). Si bien en el plano político los obreros se convierten en una fuerza impotente y sometida al control estatal, *no pudo lograr lo mismo en el plano de la lucha económica*, pues los sindicatos consiguieron retener la capacidad de promover los intereses sectoriales de los trabajadores. En este punto la experiencia obrera no se puede concebir como una masa amorfa e inorgánica activada por la convocatoria de un líder carismático.

⁶ Ejemplos abundan, quizás el más paradigmático sea el libro de Codovilla (1946).

Se llegó así a otra paradoja, en las que es fértil la historia del país: un movimiento de tipo fascista desembocó en régimen de indudable carácter totalitario, pero dotado de rasgos muy distintos de su modelo europeo, un tipo de autoritarismo basado sobre el consentimiento del apoyo de la mayoría, que por primera vez en 16 años pudo expresar su voto en elecciones regulares. Hecho este de singular significado, pues las libres elecciones habían llegado a transformarse en el símbolo principal, cuando no el único de la democracia y constituían uno de los mitos más insistentes de los partidos de la oposición democrática (Germani, [1962] 1974: 231).

Germani compara el populismo con la experiencia histórica del período transicional en Europa. Mientras en Europa reconoce una incorporación gradual de las masas a la vida política, económica e institucional, observa que en América Latina esto no se produce debido a que las masas desbordan los canales institucionales de participación. Las consecuencias de esta movilización sin integración generarán –según Germani– formas antinstitucionales que darán origen a los movimientos populistas que considera como autoritarios.

Para justificar entonces el autoritarismo del peronismo debe entonces argumentar en la dirección de que sus adeptos eran irracionales y fueron “engañados” por un movimiento político que les dio la sensación de una participación política cuando en realidad se trataba de una ficción participativa. Como bien explica Laclau (2005), la cuestión de la irracionalidad se articula sobre una tradición analítica que tendió a pensar la psicología de las masas, desde Taine hasta Freud, a partir de una lógica binaria signada por el par de opuestos racional/irracional, del que se deriva: normal/patológico, diferenciación social/homogeneidad, individuo/ grupo.

En este sentido, Germani planteaba que las características subjetivas en que las clases populares ingresan a la vida urbana e industrial, considerando su nulo entrenamiento político y, teniendo en cuenta su bajo nivel educativo, actuaron como límites para una posibilidad de acción política, ocasionando que se transformasen en la base humana de un movimiento totalitario que servía a intereses ajenos.

Coincidimos en este aspecto con Buccafusca, Serulnicoff y Solari (2000), quienes señalan que Germani resalta que la mentalidad de esas masas –que aún conserva rasgos tradicionales y que ha sido forjada en una matriz autoritaria y paternalista– provoca un choque al incorporarse a la sociedad moderna caracterizada por la existencia de individuos autónomos, racionales y libres. Estos elementos se combinan con un sistema político rígido y la incapacidad de los actores políticos para dirigir la crisis generada por la expansión social. Aparece entonces la posibilidad del surgimiento de un líder de características carismáticas que se permite reclutar y manipular a la masa movilizada. Sus vínculos con ellos son poderosos y directos y

esto se produjo debido a que la multitud no había superado la mentalidad tradicional y todavía su conducta podía caracterizarse como irracional, por ello sintieron como real las ilusiones de participación política que “el régimen” manipuló.

La aparición de un nuevo sujeto político con la llegada del peronismo a los sectores populares, caracterizados por Germani como irracionales, reeditaba, en un nuevo contexto la antinomia civilización o barbarie del siglo XIX. Dentro de esta lógica, el sujeto representado por el peronismo se inscribe en el segundo polo, por lo que la legitimidad de su apoyo no estaba dada por convicción, sino por ignorancia, prebendas y otras cuestiones alejadas de la *pureza* del ciudadano libre y racional.

El régimen peronista, típico movimiento nacional popular, por su origen, por el carácter de sus líderes, por las circunstancias de su surgimiento, estaba llamado a representar solamente un Ersatz de participación política para las clases populares. Su caída, solo fue posible por sus limitaciones intrínsecas. Y la principal de estas era que para defenderse, el peronismo debía transformar esa participación ilusoria en una intervención real; debía, en otras palabras, cambiar de naturaleza, volverse realmente una expresión de las clases populares (Germani, [1962] 1974: 231).

Germani compara el peronismo con un “modelo” clásico –podríamos pensarlo como un tipo ideal en términos weberianos– que parte de la idea que los trabajadores industriales apoyan a movimientos inspirados en postulados de clase, es decir, que sostienen la defensa de su autonomía en relación con las élites políticas de otro origen social. El autor tipifica entonces a la etapa peronista como desviación y tilda a los sectores que apoyaron ese movimiento como actores con conductas desviadas, sosteniendo que los países que se industrializan tardíamente hay un corte interno en la clase obrera, de acuerdo a los momentos de la integración del trabajador a la industria: la clase obrera “vieja” se comporta ajustadamente al modelo mientras que los trabajadores “nuevos” son los que mantendrían orientaciones desviadas⁷.

⁷ Murmis y Portantiero (1965) mostraron que la vieja guardia sindical tuvo una participación preponderante en la operación política que consolidó a Perón. Según estos, Perón se dirigió primeramente a ese sector sindical para ganar su apoyo y de esa forma poner sus recursos organizativos en pos de la conquista del poder.

Esta vieja guardia estaba compuesta por trabajadores ya adaptados a la vida urbana y con años de experiencia en la lucha social y política. Afirman que la respuesta positiva a la convocatoria de Perón debe ser entendida, no como tributaria de un fenómeno de anomia colectiva, sino como el resultado de un proceso racional a quien daba respuestas a esa clase.

Germani buscó interpretar el fenómeno peronista en las dificultades que tuvieron las nuevas masas al irrumpir en el nuevo medio urbano. En cambio, los estudios en los que se

Identifica a los obreros “viejos” con una composición de origen europeo, con una vasta experiencia dentro de la disciplina del trabajo industrial, ya que fueron incorporados a las fábricas durante la primera etapa del crecimiento industrial. En contraposición, los obreros “nuevos” son obreros más recientes, por lo que, de algún modo, no se conciben como “plenamente obreros”. Son los migrantes internos provenientes de las zonas campesinas atrasadas y se distinguen de los obreros “viejos” en la racionalidad y la práctica política.

Siguiendo esta línea, Germani nos advierte que estamos en una etapa de transición en todos los ámbitos, en el económico, el político y el moral. Es allí donde radica gran parte del problema. Estas grandes masas trasplantadas parecerían necesitar de tutela, puesto que no se encontrarían en condiciones de tomar decisiones racionales por sí mismas. Siguiendo la argumentación, Germani nos invita a pensar el peronismo en términos de anomia.

Para Buccafusca, Serulnicoff y Solari (2000), la interpretación de Germani sobre el populismo se basaba en entender este tipo de movimientos como fenómenos que se desarrollan únicamente en sociedades que están atravesando etapas transicionales, que son entendidas como asincronías. Esta asincronía estaría dada por el

inscriben tanto Torre (1990), como Murmis y Portantiero (1965) subrayan la actitud racional de la clase obrera en el apoyo a Perón, a partir de un cúmulo de demandas insatisfechas arrastradas de varios años.

A partir de lo antes expuesto los autores desarrollan otras tres hipótesis:

- 1) En el surgimiento del peronismo tuvieron una intensa participación las organizaciones obreras y dirigentes del sector de obreros viejos.
- 2) Que es difícil otorgar la caracterización de pasiva, heterónoma y con miras de corto plazo a la participación obrera en el proceso de construcción del movimiento nacional popular.
- 3) Que existió una participación conjunta de viejos y nuevos con un proyecto social de cierto alcance, cuyo componente significaba una continuidad programática con reclamos previos de las organizaciones obreras y que, a su vez, implicaba una alianza policlasista que encontraba antecedentes en el sindicalismo anterior al peronismo.

Los autores afirman que en el crecimiento capitalista que se desarrolló antes del peronismo no hubo un intervencionismo social, por lo que se generó un conjunto de reivindicaciones insatisfechas, que el sindicalismo intentó satisfacer sin éxito, hasta que entre 1944 y 1946 a través de las políticas estatales, se da respuesta a esas demandas. La mayoría de los sindicatos, viejos y nuevos, articulan una política de alianzas con un sector del aparato del Estado, que no implicó la abdicación de su autonomía. Otros autores también sostienen esta teoría, como Louise Doyon (1977), que respalda la idea de que el peronismo cambia la distribución de poder entre los grupos sociales, tanto en la sociedad como en el sistema de producción y da satisfacción a las demandas obreras que durante largo tiempo estuvieron postergadas.

cambio emergente y el pasaje rápido de un tipo de sociedad a otra, lo que provocaría la coexistencia en una misma etapa de elementos tradicionales y modernos.

En el orden moral un gran número de personas ha dejado de creer en las normas tradicionales y, al mismo tiempo, no se halla preparado para elegir, consciente y racionalmente, lo que antes aceptaba y cumplía sin reflexionar ni discutir. (...) La crisis que vivimos es parte del desarrollo de un proceso más amplio por el cual se va afirmando la personalidad humana y extendiendo su libertad, un proceso que significa elevar el poder de la razón frente a la aceptación irreflexiva de los dictados de la tradición y del pasado. Al comienzo, esta libertad solo fue el patrimonio de las elites. El hecho nuevo, a que asistimos ahora, es que ella se extiende a la gran mayoría, al hombre común y esto representa un progreso magnífico. Mas al mismo tiempo significa un grave peligro, pues para que esa libertad pueda ser efectivamente ejercida, es necesario contar con las condiciones objetivas y subjetivas adecuadas, y tales condiciones en la actualidad no existen (Germani, [1962] 1974: 234).

Otra de las hipótesis fuertes de Germani es que el peronismo en realidad no modificó casi en nada la estructura productiva del país y la situación de las clases trabajadoras. Según el autor el peronismo solo habría tenido un contenido simbólico sin avanzar en el terreno económico social en beneficio de las masas, es más, habría tenido especial cuidado en evitar “toda medida que alterara de manera efectiva la estructura social del país” ([1962] 1974: 244).

¿En qué medida realizó la dictadura estos objetivos de las clases populares? Por cierto, nada hizo en el orden de las reformas estructurales. Por el contrario, en este sector no solo provocó un empeoramiento de la situación preexistente, sino que con sus errores, despilfarros y corrupción, puso en peligro la estabilidad económica del país. Desde este punto de vista, pues, la adhesión popular al dictador produjo consecuencias contrarias a los intereses populares (Germani, [1962] 1974: 248).

Inmediatamente después, Germani parece caer en una contradicción. Por un lado, afirma vehementemente que el peronismo no modificó en nada la vida material de los trabajadores y la estructura económica y, por otro, minimiza la libertad que los trabajadores “creyeron haber conseguido” y su propia argumentación parece volverse en contra, puesto que los hechos que enumera difícilmente puedan considerarse como poco significativos.

Con la misma palabra libertad nos estamos refiriendo a dos cosas distintas; la libertad que habían perdido era una libertad que nunca habían realmente poseído. La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar

sus derechos contra capataces y patrones, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos (Germani, [1962] 1974: 244).

Esas conquistas no parecen tan poco significativas como aprecia el propio Germani. Sin embargo, el acento del autor está puesto en la cuestión subjetiva que el peronismo despertó. En este punto, entonces ingresamos en un terreno donde podríamos realizarle una fuerte crítica al trabajo del autor. Germani hace una fuerte apelación a que su sociología, a diferencia de otros géneros es “científica”, no obstante, el libro que comentamos tiene dos partes bien diferenciadas. La primera, como habíamos señalado es donde Germani respalda cada una de sus hipótesis con estadísticas, cifras, etc. En la segunda parte, dedicada al peronismo, ninguna de las afirmaciones e hipótesis está refrendada de ningún elemento empírico que dé cuenta de ellas. Nuestra hipótesis, entonces, es que al tomar al peronismo como objeto de estudio Germani hace justamente lo que critica: “ensayismo puro sin datos empíricos”. Además, las connotaciones políticas de los conceptos utilizados como “régimen”, “dictador”, etc., no están problematizados en la “mirada objetiva” que sostiene el método científico.

Tomemos como ejemplo la dimensión subjetiva de la clase trabajadora en la cual dice, el peronismo “caló hondo”. Esta afirmación parece difícil de operacionalizar cuantitativamente y, no obstante, tiene un lugar central en su visión. De la misma manera, la idea de irracionalidad y la argumentación sobre que el peronismo no modificó la estructura económica de la clase trabajadora no son sostenidas empíricamente⁸.

El significado de las conquistas fue otro. Para comprenderlo hay que recordar el estado de inferioridad y de inseguridad en que se encontraba el obrero. (...) En tal estado psíquico, la afirmación de ciertos derechos en el ámbito inmediato de su trabajo, en el ambiente mismo que ha llegado a considerar como un lugar de humillaciones, ha significado una liberación parcial de sus sentimientos de inferioridad, una afirmación de sí mismo como un ser igual a todos los demás (Germani, [1962] 1974: 244).

Todas estas experiencias contribuyeron a formar en las clases populares una conciencia bastante clara de su poder y significado; su actitud no era, como muchos

⁸ Daniel James (1988) interpreta de forma distinta la relación entre trabajadores y Estado peronista. En efecto, sostiene que el apoyo de los trabajadores a Perón se vincula con el compromiso de los obreros con un proyecto reformista dirigido por el Estado que le prometía ventajas materiales y concretas, por lo tanto, su actuar está basado en un racionalismo social y económico.

pretenden, de agradecimiento al dictador por las dádivas, sino de orgullo por haber logrado sus derechos frente a la clase patronal y de haber “conquistado el poder”, según los slogans de la propaganda oficial. (...) Contrariamente a lo que se suele pensar, los logros efectivos de los trabajadores en el decenio transcurrido no debemos buscarlos —repetimos— en el orden de las ventajas materiales —en gran parte anuladas por el proceso inflatorio—, sino en este reconocimiento de derechos, en la circunstancia capital de que ahora la masa popular debe ser tenida en cuenta (Germani, [1962] 1974: 249).

El trabajo de Germani termina con una idea fuerte, que es la desperonización del país. El problema de este movimiento es que se apoyó en las clases populares que carecían de una formación y una práctica política. A juicio del autor, las masas fueron utilizadas para el sostenimiento de una dictadura que no modificó de ninguna manera las condiciones estructurales del país.

En el análisis que el autor realiza en 1962, el peronismo aparece como una forma desviada del desarrollo. Una forma desviada que encontró su fin en sus propias contradicciones. Hay, en el análisis de Germani, una mirada de disección del peronismo, una lectura de entendimiento para guardar a ese movimiento en el museo de la historia. El peronismo aparece como algo trágico que sucedió, pero que quedaría atrás en el proceso de modernización, es como un mensaje tranquilizador de que no podrá reaparecer porque después del 55 habría vuelto el reino de la racionalidad. El gran desafío es entonces construir una democracia “moderna” sin peronismo.

La idea de democracia es construida en contraposición al peronismo. Si bien, muchas décadas después, a diferencia de la apuesta de Germani, el peronismo goza de buena salud, la idea de movimiento antidemocrático es una constante en el discurso político de la derecha. Un ejemplo, por demás elocuente, es que sobre el cierre de la edición de este capítulo, la proclama “para que el republicanismo democrático derrote al populismo autoritario” se impuso en la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical (UCR) realizada en la ciudad entrerriana de Gualayguachú, en 2015.

La tragedia política argentina residió en el hecho de que la integración política de las masas se inició bajo el signo del totalitarismo, que logró proporcionar, a su manera, cierta experiencia de participación política y social en los aspectos inmediatos y personales de la vida del trabajador, anulando al mismo tiempo la organización política y los derechos básicos que constituyen los pilares insustituibles de toda democracia genuina. La inmensa tarea a realizar consiste en lograr esa misma expe-

riencia, pero vinculándola de manera indisoluble a la teoría y a la práctica de la democracia y la libertad (Germani, [1962] 1974: 252).

Es aspecto es interesante puesto que la experiencia de los sujetos, en la mirada de Germani, no se construye en el propio desenvolvimiento de las prácticas de los obreros, sino que estos deberían seguir un plan preestablecido por la racionalidad liberal evolucionista del observador.

Otra característica de la perspectiva de Germani es que sostiene una visión evolucionista: establece una relación directa entre mayor modernización en las esferas sociales y económicas y mayor democracia y pluralismo. En las sociedades industrializadas el sistema democrático es visto como el único posible a fin de incorporar a las masas y proveerlas de canales de participación. Pero democracia y modernización tienen una correspondencia lineal y positiva. En este sentido, las formas autoritarias de gobierno son consideradas como propias de sociedades preindustriales, o de períodos de transición donde aún conviven formas y conductas tradicionales con otras de carácter moderno.

Lo nacional popular como contradiscurso

Como señalamos en el apartado precedente y, en consonancia con Horacio González (2000), no planteamos que Germani omitiera la historia del pensamiento social argentino; muy por el contrario, escribe sobre él y demuestra conocerlo bien. Con el nombre de “pensamiento social” traza la historia de sus predecesores, pero sin dejar de pensar a la ciencia como fase superior de conocimiento. Los ensayistas descansan en otros principios, no en el rigor metodológico que la ciencia exige.

Con surgimiento de la sociología “científica”, otros intelectuales que no compartían esas formas de producir conocimiento se ven en la necesidad de legitimarse nuevamente en tanto intérpretes de lo social. Jauretche es quien más acabadamente lo logra, porque de alguna manera se apoya en su lugar “marginal” tanto de los gobiernos militares como del peronismo y a partir de la prohibición de sus intervenciones periodísticas se vuelca al ensayo (Saítta, 2004).

De esta forma y, siguiendo a Devés Valdés (2003), el tópico principal de los intelectuales latinoamericanos de los años 50 y 60 es el de la conciencia: hacer conciencia, ser consciente, tener conciencia y describir los contenidos y la evolución de la conciencia. Aparece en este sentido el problema del colonialismo y del aparato cultural que este despliega para ejercer la dominación.

Ahora bien, ¿cómo no iban a rebelarse aquellos que, a diferencia de Germani, encontraban en el peronismo y en la razón de las masas el camino de la emancipa-

ción? No se trata entonces de ensayistas contra científicos, sino que los pensadores nacionales y populares asumieron que la teoría social que expresaba Germani era falsa y había que combatirla con argumentos que la rebatieran. Y era una lucha política –tanto la de Germani como la de estos–. Por ello, dentro de ese marco, no habrá cabida para lugares “objetivos” ni “científicos”. El propio surgimiento de las problemáticas le otorgará su carácter. Tanto Jauretche como Hernández Arregui presentan sus escritos combatiendo la supuesta objetividad y la neutralidad, por el contrario, los objetivos políticos que persiguen quedan rápidamente expuestos.

Sin embargo, estos intelectuales deben también legitimar sus saberes. En estos casos no será lo metodológico, sino justamente, su legitimación dependerá en gran medida en demostrar que la estructura sobre la cual está montada la sociología científica es ideológica y valorativa y que consiste en un discurso no neutral. Es decir, construyen legitimidad desnudando los supuestos del adversario.

En este sentido, compartimos con Manuele (2000) que existe en Jauretche una crítica epistemológica. El dato, cuestión central de la sociología científica, no es algo aséptico, implica teorías y formas de pensar tanto como los objetos que construye. Así, el dato matemático corresponde a instrumentos del capitalismo y el socialismo avanzado, y no a nuestra realidad. Esta se escabulle, se filtra, tiene otra densidad que no se corresponde con lo que los técnicos desean.

En la presentación misma del libro *El medio pelo en la sociedad argentina*, Jauretche establece un diálogo crítico con Gino Germani y con la sociología científica. “Excuso la ausencia de informaciones estadísticas y de investigaciones de laboratorio que pudieran darle, con la abundancia de citas y cuadritos, el empaque científico de lo matemático y al autor la catadura de la sabiduría. Las pocas pilchas que lo visten son las imprescindibles para justificar la presentación del testimonio” (Jauretche, [1966] 2006: 8).

En ese párrafo Jauretche se refiere irónicamente al uso de estadísticas y cuadros como estrategias de legitimación del discurso. A su juicio no son necesarias para el fin de dar cuenta de una realidad. En cambio, apela a un método original que daría origen a una peculiar *sociología del estaño*. La propuesta del *estaño* como método de conocimiento supone privilegiar el saber interpretativo del ensayista, basado en su propia experiencia, por encima del dato científico, cuya validez dependerá de quien lo interprete.

La corriente nacional y popular cuestiona los propios términos de “sociedad tradicional” y “sociedad industrial”, que operan como polos opuestos, como dos sociedades que se contraponen y se excluyen mutuamente. Además, ponen bajo la lupa el hecho que la teoría de la modernización crea una ilusión óptica mediante la información que recaba de la realidad empírica de los países capitalistas occiden-

tales y construye su teoría y método de exposición para aplicarlos a las sociedades subdesarrolladas. Después deriva, lógicamente, la evolución histórica de estas en función de su trayectoria lineal para asumir finalmente el perfil de las sociedades occidentales, donde los Estados Unidos figuran como el paradigma por alcanzar. En el plano teórico, esta teoría proyecta una construcción ahistórica de la realidad latinoamericana, porque es asumida como un simple reflejo del pasado histórico de los países capitalistas desarrollados. Por lo tanto, sus categorías y conceptos simplemente se ajustan a las características nativas de nuestros países y se perfilan en función del paradigma occidental representado por los Estados Unidos (Sotelo Valencia, 2005).

Este último punto es central en la crítica de Jauretche a la perspectiva pretendidamente científica de Germani. Lo que le cuestionaba era el análisis de la realidad a través de una matriz previamente construida. Es decir, la operación intelectual sería ubicar las “porciones” de realidad en los casilleros que marcaría el andamiaje teórico y en eso consistiría entonces hacer sociología. Además, el punto de partida del marco teórico germaniano estaba conformado a partir de regularidades observadas en el desarrollo de Estados, que poco tenían que ver con nuestra historia. Este es, sin dudas, un tremendo aporte de Jauretche, quien propone el camino inverso para producir un conocimiento histórico y sociológicamente situado. Es decir, la teoría deviene de la observación y del análisis de la propia experiencia nacional.

Como bien explica Acevedo Rodríguez (2009), la idea de modernización de Parsons⁹ y sus seguidores, se volvió totalmente complementaria a la reflexión sobre desarrollo que venía consolidándose en América Latina. Tal complementariedad hace adoptar a Germani tanto el componente evolutivo y la idea de círculo virtuoso del estructural funcionalismo, como la visión optimista de la modernización. En esta visión optimista se esperaba que el proceso de advenimiento de la modernización concordara con la profundización democrática. La crítica que Jauretche realiza en el plano epistemológico tiene que ver con que Germani toma un marco evolucionista basado en el proceso histórico acaecido, no en nuestras tierras, sino en las sociedades industriales. Entonces, nuestra propia realidad se transforma necesariamente en una desviación del “correcto” desarrollo al cual deberíamos acceder. Por ello, el cuestionamiento jauretcheano adopta un carácter profundo, no solo de polémica como advertíamos al comienzo del capítulo, sino de impugnación a la forma de construir conocimiento y de pensar la dinámica de nuestra sociedad.

⁹ Talcott Parsons, junto con Robert Merton, fueron dos de los más influyentes representantes del funcionalismo sociológico norteamericano.

Jauretche critica el deductivismo apriorístico como estrategia para aprehender la realidad social:

Estamos en presencia de una nueva escolástica de antiescolásticos, que en lugar de ir del hecho a la ley van de la ley al hecho, partiendo de ciertas verdades supuestamente demostradas —en otros lugares y otros momentos— para deducir que nuestros hechos son los mismos e inducir a nuestros paisanos a no analizarlos por sus propios medios y experiencias (Jauretche, [1966] 2006: 32).

En este plano, también arremete contra la supuesta objetividad del sociólogo, puesto que la mirada de Germani implica tomar por científica una mirada evolucionista y procapitalista. Lo interesante es que este planteo nos advierte de lo que algunos investigadores llaman “obstáculos epistemológicos”, es decir, cómo nuestro sentido común se naturaliza impidiendo una lectura sistemática y profunda. Lo que significaba que las tesis de Germani implicaban una toma de posición, una determinada manera de concebir el desarrollo social que invisibilizaba su subjetividad tras un complejo “aparataje” de citas y estadística. Para ejemplificar en esta práctica de “ropaje científicista”, cita un trabajo de Félix Herrero, quien destaca que si se pierde objetividad por la politización, también se dejan de enunciar aspectos reales para buscar una falsa imagen objetiva y científica. Este punto es central, en la introducción de *El medio pelo en la sociedad argentina* deja en claro que su mirada es política.

Otro de los aspectos interesantes de Jauretche en su cuestionamiento de la sociología “científica” es su crítica al dato utilizado en dicha disciplina:

Creo en la eficacia de utilizar como correctivo del dato numérico la comprobación personal para que no ocurra lo que al espectador de fútbol que con la radio a transistores pegada a la oreja, cree lo que dice el locutor con preferencia a lo que ven sus ojos (Jauretche, [1966] 2006: 11).

Luego, a partir de una serie de anécdotas, intenta relativizar la utilización de la estadística como metodología precisa para el conocimiento y para ello, retoma en muchos casos las estadísticas de la propia obra de Germani. Allí relata un relevamiento aéreo de la ciudad de Córdoba, en donde la mitad de las casas no estaban declaradas ante la municipalidad, por lo tanto dice Jauretche:

Esto significa que el 50% de la ciudad de Córdoba no existe estadísticamente, pues los datos sobre la construcción se recogen de los registros municipales. El sesudo investigador que solo se guía por estos datos y no por las empíricas comprobaciones, se encontrará con que la oficina en que trabaja y el techo bajo el duerme no tienen

existencia efectiva, según los datos de la realidad científicamente comprobada. (...) Limitándome a la construcción, ya había hecho mi composición de lugar hace mucho tiempo mediante una somera investigación reducida a la manzana céntrica de Buenos Aires en que resido, y que el lector puede hacer la suya. (...) Si a la estadística de la construcción le falla la base, ¿qué puede informar la estadística sobre la mano de obra si el dueño de casa, sus amigos, sus parientes no pertenecen al gremio de la construcción y están registrados en otras actividades? (Jauretche, [1966] 2006: 11).

Allí se refiere entonces a Germani al afirmar que

tal vez la deficiencia de nuestros datos científicos obedezca al tipo de nuestra economía y sociedad en transición, fluida en sus etapas cambiantes —como ocurrió en los Estados Unidos, cuyas técnicas son ahora modelo imprescindible, sus métodos solo son compatibles con la existencia de un capitalismo de concentración avanzada que excluyen la presencia del pequeño empresario. (...) Si Ud. Tiene alguna duda al respecto, averigüe qué dato estadístico proporciona el tallercito donde arregla su automóvil, el hojalatero que le arregla el balde, el colchonero, etc., etc., las múltiples actividades de empresarios que calculan los costos a ojo, no llevan contabilidad, no están inscriptos, etc. (Jauretche, [1966] 2006: 12).

En otro pasaje, cuestiona aún más la posibilidad de la objetividad y destaca el carácter ideológico de los enfoques cientificistas al mencionar que

He citado casos, tanto de la falacia del dato como de su utilización maliciosa para sorprender al que no está prevenido y carece de “cancha” para leer entre líneas la información. Deseo que el lector lo tenga presente, cuando recordando que el que escribe es un hombre comprometido, lo confronte con otros informantes de apariencia aséptica. La verdad es que todos estamos comprometidos, porque todos estamos en la vida, y la vida es eso: compromiso con la realidad. (Jauretche, [1966] 2006: 15).

En el caso de Hernández Arregui, sus críticas apuntan con mayor dureza a Germani. A diferencia de Jauretche, que propone una escritura más anárquica¹⁰, Arregui tiene un acercamiento a las formas “académicas” de la sociología. Presenta datos, tablas, indicadores, citas que presentan el conocimiento profundo del tema tratado. En este marco, critica fuertemente a la sociología impulsada por Germani.

¹⁰ Hago especial mención en este punto al *Manual de zonceras argentinas* y a la obra de Jauretche en general, que es una constante ida y vuelta sobre unas ideas centrales presentadas a forma de diálogos con el lector.

En su libro *Nacionalismo y Liberación*, cuestiona irónicamente varios supuestos de esa sociología, pero fundamentalmente se centra en que su carácter apolítico encierra en realidad su carácter antinacional.

*Esta sociología es una calcomanía de la yanqui. Su figura más patente ha sido el profesor italiano Gino Germani. Sus trabajos de investigación, anodinos y carentes de vuelo, están desprovistos de juicios de valor. Ya que el profesor Germani habla a sus alumnos de la sociología como ciencia pura. Esto no es casual. La sociología pura tiene por objeto apartar al estudiante de los problemas reales del país. Tal la tarea ejecutada en Argentina por el profesor Germani, una inteligencia mediocre. Mediocre y dócil como para ser juzgado por la prensa a raíz de la publicación de su libro *Política y Sociedad en una época de transición* (Hernández Arregui, [1969] 2004: 201).*

Lo que hace Arregui es criticar la idea del apoliticismo que impera en la obra de Germani y lo ubica al sociólogo como un fuerte militante de la causa antinacional.

Germani no ha fracasado del todo pues ha formado promociones de estudiantes universitarios creándoles una imagen ficticia del país. En efecto el propósito de Germani es renovar la tesis de una Argentina de raza blanca, de la baja calidad de la población criolla, de la superioridad del inmigrante, y como corolario, la aprobación de la teoría desarrollista dictada coactivamente a la Argentina por los EE. UU. (Hernández Arregui, [1969] 2004: 201).

En cuanto al abordaje metodológico, Arregui también lo cuestiona fuertemente y, a diferencia de Jauretche, se reconoce sociólogo e invierte los términos. El sociólogo es Arregui y el pseudosociólogo será entonces Germani.

*Entiende por sociología la recopilación de datos estadísticos y el estudio de minúsculos problemas de grupos, —investigaciones de campo como se les llama— mediante encuestas, test, etc., o sea de inexpresivos casos sociológicos, contentándose con describirlos y dejando de lado todos aquellos problemas relacionados con la transformación social y la forma de encararlos en la práctica. En realidad esta pseudo sociología, desprovista de valor, no ha superado lo que el fundador de la sociología, Augusto Comte, denominaba *estática social* (Hernández Arregui, [1969] 2004: 202).*

En este sentido, Devés Valdés (2003) afirma que, a medida que avanzan los años 60, los conceptos de las ciencias sociales, demasiado vigorosas como para pasar inadvertidas, influirán en todo el campo intelectual. Esto último es particularmente notorio en el caso de Arregui. Jauretche, en tanto, se presenta como un “observador

apasionado”, que basa su mirada en las experiencias vividas en “la universidad de la vida”. Manuele (2000) señala que Jauretche es la voz del pueblo, la calle, la política, en confrontación con Germani que representa el dato, la institución, la ciencia.

El primero, representante de la herencia de patricios nacionales, recupera a la nación como ese rumor que se transmite de generación en generación y que él ilustra en la genealogía que pasa por la lanza de la montonera, el cuchillo del guapo y la libreta de enrolamiento y el carnet sindical del proletariado. El segundo, recupera estructuras y procesos modernizantes: secularización política y “la estructura social argentina”. De un lado, nuevamente, la voz de la historia; del otro lado sus archivos recuperados por precisos métodos sociológicos (Manuele, 2000: 303).

Neiburg (citado en Saítta, 2004) afirma que los textos de Jauretche convencen por empatía, ya que apelan al sentido común popular y al reconocimiento de una experiencia compartida entre narrador y lector. Jauretche elige un nivel de la lengua en el que todos quedan incorporados “en el lenguaje llano de todos los días, hilvanando recuerdos, episodios o anécdotas, diré mis cosas como se dicen en el hogar, en el café o en el trabajo. Seré muy feliz si el lector adquiere en esta modesta lectura, el hábito de someter las suyas a la crítica de su modo de pensar lo habitual, utilizando la comparación, la imagen, la analogía y las asociaciones de ideas con que se maneja en su mundo cotidiano”. Su eficacia radica también en la construcción de su biografía como argumento de autoridad, ya que Jauretche hace valer las experiencias de vida como criterio de legitimación.

Si bien el tema que voy a tratar en este libro es de sociología debo prevenir al lector que no estoy especializado en la materia, y que solo ando por ella de “bozal y lazo”, como dijo Hernández, un sociólogo que tampoco era de la especialidad. Guardando las distancias con el autor de Martín Fierro intento colocármele “a la paleta” en el método, proporcionando datos y reflexiones que he recogido como actor y observador apasionado en el curso de una vida lo suficientemente prolongada para que pueda ser testigo de casi todo lo que va del siglo (Jauretche, [1966] 2006: 7).

En el prólogo de *El medio pelo en la sociedad argentina* deja en claro su aproximación.

Con esto se comprenderá por qué he subtitulado este trabajo como “apuntes para una sociología” con la esperanza de proporcionar al sociólogo, desde la orilla de la ciencia, elementos de información y juicio no técnicamente registrados, que suelen perderse con la desaparición de los contemporáneos. Al mismo tiempo, pretendo ofrecerle a mis paisanos un espejo donde vean reflejadas ciertas modalidades nuestras. (...) El sociólogo apreciará los hechos que refiero, valorándolos según el juicio que

surja de su particular inclinación interpretativa. Yo solo pretendo señalarlos y es su tarea determinar causas, lo que no excluye que ocasionalmente me aventure hasta las mismas, cuando lo imponga la descripción de los grupos identificados (Jauretche, [1966] 2006: 8).

Una dimensión interesante de los pensadores nacionales y populares, que los diferencia del enfoque germaniano es el de que se reconocen como parte de un pasado, de una lucha que se libra desde los orígenes de la nacionalidad. Así en general, todos los escritores de esta corriente dedican buena parte de su obra a realizar biografías. Abelardo Ramos escribió sobre la vida de Manuel Ugarte; Norberto Galasso realizó innumerables publicaciones sobre autores nacionales; Puiggrós, sobre Rosas, y todos hacen referencia a un pasado común que los entronca.

Otro de los ejes que surge con fuerza es la tarea de aportar a la creación de una conciencia nacional anticolonial. Para que este proceso se realice el intelectual debe escribir desde el pueblo, es decir, desde la realidad misma del pueblo y para poder realizar esto, los intelectuales deben dejar de lado su carácter diferenciado de este.

En la misma línea, Padilla (2010) señala que la adopción del método inductivo puede verse, en Jauretche, como un modo de inmunizar el pensamiento contra los dispositivos de la colonización pedagógica. No resultaría correcto reducir la metodología jauretcheana a un empirismo y un inductivismo ingenuos que fetichizan el “sentido común” como fuente de verdad y validez. Su propuesta, consistente en “el simple sistema de mirar sin anteojeras y juzgar según el sentido común”, permite ser leída como un programa tendiente a resistir y neutralizar los efectos de la trama de “zonceras” que conforman la pedagogía colonial.

En el libro *Los profetas del odio y la yapa*, Jauretche arremete contra el aparato de la colonización pedagógica que en la visión del autor se trata de un sistema de legitimación de ideas contrarias al desarrollo nacional y de una falsificación de nuestra historia. Dentro de ese marco, su objeto de estudio es la *intelligentzia*, ya que son los integrantes de ese grupo quienes atentarían contra el desarrollo de un país al que despreciarían.

Asimismo, dentro de ese enfoque que realiza sobre la *intelligentzia*, problematiza, en uno de los pasajes más interesantes, los sistemas de legitimación de los discursos y de las voces autorizadas. De esta forma, la gran prensa, las instituciones académicas, los intereses foráneos “construyen figurones” que respaldan y se transforman en “militantes” de la causa antinacional.

Se trata de un círculo vicioso: el aparato de la colonización pedagógica elabora el personaje a través de un proceso en el que este va haciendo carrera en el profesorado, el periodismo, en las ciencias o en las letras, en la política, etc. (Jauretche, [1957] 2004: 176).

Según las propias palabras de Jauretche “lo que nos interesa es que aquí, entre nosotros, son piezas de un sistema y que el sistema construye los figurones deliberadamente para la función colonizadora (Jauretche, [1957] 2004: 181).

Incluso profundiza en esta idea, las instituciones envisten de prestigio a “los figurones”, pero en realidad allí no hay más que una maniobra política. Como ejemplo, toma el premio Nobel otorgado a Bernardo Houssay, a quien acusa de haberse quedado con los laureles del trabajo en conjunto con otros investigadores. “El descubrimiento dejó de llamarse Houssay-Biassotti para ser atribuido solamente a Houssay. El doctor Houssay parece que no tuvo interés en aclarar y se hizo el pancho” (Jauretche, [1957] 2004: 185).

Más adelante destaca que, justamente Houssay, queda a cargo del Centro de Investigaciones Científicas de la Argentina, con el poder que otorga la consagración de los científicos. El caso de Houssay es, para Jauretche, solo un ejemplo de cómo existe un aparato legitimador que otorga prestigio a quienes se insertan en él, siempre y cuando dejen de lado la causa nacional. Asimismo, castiga a quienes se apartan o plantean un acercamiento al pueblo. Cita varios casos de científicos de renombre que habían quedado al margen de la “modernización” académica posperonista, por el hecho de haber colaborado con el gobierno de Perón.

El intelectual por el hecho de serlo, se siente distinto del pueblo del que proviene, conforme a la idea de civilización y barbarie con que lo ha adoctrinado la colonización pedagógica que continúa operando aún más eficazmente sobre él, según se eleva en el plano cultural. El intelectual de las nuevas extracciones ya incorporado a las mismas premisas de la vieja “intelligentzia” se siente depositario de una misión cultural: adecuar al país a la imagen preestablecida y que sigue siendo imitación para asimilar el país al modelo propuesto (Jauretche, [1957] 2004: 215).

El ensayo sobre el colonialismo pone énfasis en la ruptura, el conflicto y en el acercamiento al pueblo. “Pretendo hacer un llamado al debate necesario, en los talleres, en los hogares, en los cafés, en la expatriación y en las cárceles. Él no nos debilitará, sino que por el contrario, nos ahorrará muchos errores al capacitarnos” ([1957] 2004: 231).

En este punto, la mirada de Arregui coincide con la de Jauretche. Él también denuncia la existencia de una casta intelectual al servicio de los intereses foráneos. El autor dedica un capítulo de su libro *Nacionalismo y liberación* al problema de los intelectuales y le apunta directamente a Gino Germani. Comienza marcando que el problema de la educación nacional es central, en especial en los países coloniales, pues al igual que Jauretche, sostiene que allí la enseñanza es profundamente anticolonial.

A partir de ahí hace un repaso por todas las instituciones educativas y finaliza afirmando que la universidad es el órgano más rígidamente adaptado al orden establecido y está formada, según la óptica de Hernández Arregui, por intelectuales colonizados. Toda la argumentación gira en torno a esta colonización, por ello destaca que la universidad se inventa a sí misma proclamando el “saber puro”.

Otro de los puntos en discusión que aparece en Jauretche contra la visión de Germani es el tema de la irracionalidad de las masas y la visión sobre el peronismo. Para Jauretche el acompañamiento de las masas a Perón lejos estaba de ser un acto irracional. Todo lo contrario, según él, las ventajas materiales y las aspiraciones de progreso hacían de ese seguimiento un acto puramente racional y comprensible. En *El medio pelo en la sociedad argentina* dice:

La ciudad parecía invadida, pero no hacía más que repetir lo ocurrido algunos decenios antes cuando llegaron sus padres en las terceras de los barcos de ultramar. Era una multitud alegre y esperanzada que ascendía de golpe a niveles de progreso que ni siquiera había imaginado. Esa multitud era alegre porque llegaba al trabajo estable y al salario regular como a una fiesta en donde se sentía desacomodada. De la carencia de recursos para las cosas elementales, pasaba este a una abundancia que no estaba en relación con sus hábitos de consumo —o mejor, de no consumo—: fue el apogeo de la venta de discos, pañuelos de seda, perfumes baratos, diversiones, del gasto superfluo, en una palabra, y del ausentismo frecuente en el trabajo que desapareció cuando los hábitos de consumo y las necesidades del nuevo nivel de vida se aprendieron en la única forma que se aprenden: por su ejercicio. Entonces se inventó el resentimiento, palabreja que ya se había utilizado antes para los padres de esos mismos gringuitos que la usaban ahora. Porque lo que ocurría era que el país real se hacía presente por fin gracias a las circunstancias favorables (Jauretche, [1966] 2006: 258).

El apoyo de los trabajadores a Perón no estaría sustentado en una falta de “racionalidad” o de “preparación” política, sino que se trataba de una acción perfectamente racional, puesto que el gobierno peronista había modificado sustancialmente su realidad económica. “Son peones de ‘pata al suelo’, trabajadores ocasionales y desocupados habituales, que ingresan al trabajo estable, desbordan la ciudad que no está preparada para recibirlos y desbordan también al viejo sindicalismo reclamando cuadros que los interpreten” (Jauretche, [1966] 2006: 183).

En la misma línea, Arregui afirma que con el 17 de octubre de 1945 se termina una época de humillación y adviene “la nación al mundo”. Como Jauretche, cuestiona la idea de irracionalidad de masas y para el autor esta irracionalidad estaría asentada en las clases altas y medias.

La invasión de provincianos en la época de Perón, fue un hecho social no inducido, sino determinado por leyes económicas, la necesidad de mano de obra industrial. De ahí la irracional conducta de las altas clases y las medias frente a este fenómeno colectivo creado por las propias contradicciones económicas del país. El paso del campo a la ciudad entronca con las mejores perspectivas de vida en la sociedad industrial. Deplorar tales migraciones, no sólo es ignorancia de las clases medias urbanas, sino la demostración palpable del papel que, la más de las veces inconscientemente juegan al servicio de la oligarquía (Hernández Arregui, [1960] 2004: 219).

En este sentido, al igual que Jauretche, posee una visión negativa de lo que él denominaba el “medio pelo”. Para Arregui, la clase media es la clientela de la universidad y busca en ella las vestiduras, el prestigio y, a su vez, esa actitud, las vuelve funcionales a los intereses de la oligarquía. “La clase media retrocede ante el avance del pueblo y se parapetan en el orgullo de la superioridad universitaria”. En este punto es notable la conjunción de su mirada con *El medio pelo en la sociedad argentina*, es decir, la clase media vista como un sector que busca acercarse a la oligarquía y a vivir de acuerdo a esas pautas culturales ajenas a su propia formación.

En un pasaje arremete contra los intelectuales provenientes de ese sector social, quienes declaman su irritación moral contra “los líderes auténticos del pueblo”.

Tal el caso de Perón en la Argentina en quien aborrecieron el fracaso de ellos mismos segregados del pueblo. Pueblo al que desdeñan tras el subtítulo de la crítica al demagogo o a la ignorancia de las masas. (...) Piensa la clase media universitaria que al pueblo hay que enseñarle a “ser libre” (Hernández Arregui, [1969] 2004: 195).

Gino Germani fortalece la posición de la clase dirigente ganadera con su autoridad de sociólogo científico. Esta sociología extranjera estaría intentando una enseñanza antinacional (Hernández Arregui, [1969] 2004: 216).

En este sentido, una de las críticas que le formula Arregui a Germani es no sumergirse en el terreno cultural y que sus análisis son superficiales. Lo que en realidad le cuestiona es no tomar en cuenta la “Argentina profunda” y quedarse solo con una mirada de los principales centros urbanos. “Germani confunde como la oligarquía, y en general, como el habitante medio de Buenos Aires, la ciudad puerto con el país” (Hernández Arregui, [1969] 2004: 207).

Como cierre y, relacionado con lo anterior, aparece la idea en los ensayistas nacional populares que América Latina o “América hispánica” es una unidad cultural homogénea, a diferencia de las particularidades que Germani planteaba para el caso argentino. Para estos autores no habría tal especificidad, sino que más bien se debe pensar en términos latinoamericanos.

Esta idea viene enlazada con que en realidad el “liberalismo”, en una maniobra ideológica, construye una historia de las capitales, de “la civilización blanca”, separándola de esa América “profunda”. Estamos en presencia entonces de una “historia falsificada” adrede que estaría marcándonos la incomprensión de nuestro presente y generaría, también, una desvalorización de nuestro pueblo y de nuestras potencialidades como nación.

Algunas reflexiones

Luego del repaso de la obra *Política y sociedad en una época de transición* podemos afirmar que Germani intentó explicar el fenómeno peronista desde una mirada evolucionista y funcionalista algo lineal, puesto que pensó a este movimiento como una desviación del correcto desarrollo por el cual las sociedades transitan hacia la modernidad. De la misma forma, sus hipótesis de los obreros “viejos” y “nuevos”, de la irracionalidad de las masas, de que el gobierno peronista no benefició a esos sectores realmente, de que solo se trató de una cuestión subjetiva, no aparecen sustentadas en un material empírico como Germani le exigía a los cientistas sociales. De hecho, varios años después algunos de sus seguidores refutaron estas tesis.

Esta concepción de Germani se alimentaba de la visión que sectores opositores (radicales, conservadores, socialistas, comunistas) habían construido del peronismo, tanto en el ascenso político de Perón como en los años posteriores. Estos mismos argumentos, junto a los de que el peronismo era una suerte de nazifascismo criollo, que había crecido aquí cuando estos movimientos eran derrotados en Europa, además que era un dictador que había “engañado” a los obreros y a los humildes con demagogia y corrupción, habilitaron luego el uso de la fuerza para derrocar al gobierno.

Esta visión se había reforzado en la lectura que, incluso, los partidos socialista y comunista realizaron del 17 de octubre como la aparición de lumpenes arreados por la policía y, por lo tanto, no verdaderos obreros. Esa visión atravesada por el clivaje de civilización o barbarie sirvió de base para la lectura de Germani. Este autor le dio una apoyatura en lo que denominó como “ciencia objetiva”, apoyada por datos de la estadística y de la “moderna teoría social” funcionalista.

Ese marco histórico nos permite relacionar la teorización acerca de los “obrerros nuevos” y “obrerros viejos”, las masas disponibles por su falta de conciencia de clase y la figura del dictador patriarcal y autoritario. Todo esto explicado en el marco de una supuesta desviación en las etapas “deseables” del desarrollo socioeconómico.

Justamente, es contra ese entramado de elementos supuestamente científicos que cuestionaban al peronismo, que Jauretche y Hernández Arregui, entre otros,

desde la perspectiva nacional popular saldrán a criticar y a desnudar su carácter político. Ellos construyen su discurso en oposición a las visiones que consideran opuestas, utilizan las palabras de los “otros” para retomarlas y cuestionarlas.

Aquí nos interesa resaltar como aporte sustancial del capítulo la cuestión de la profunda crítica epistemológica a la traspolación de teorías construidas para dar cuenta de la evolución de países con características muy diferentes al nuestro. La crítica apunta a desnudar ese racionalismo que importa formatos teóricos y que se enmarca en el ideal de neutralidad valorativa. Este punto es interesante para desarrollar puesto que hoy día difícilmente haya investigadores que sostengan la posibilidad de una desvinculación del objeto de estudio. No obstante, en los años del debate que encarnó Jauretche esto todavía no estaba del todo saldado.

La dimensión política de la mirada sobre lo social es otro elemento sumamente interesante que Jauretche nos deja de ese debate. El poder desnudar que tras la interpretación consensualista del desarrollo evolucionista de Germani se encuentra una lectura liberal no cuestionadora del orden capitalista, constituye un aporte en el contexto histórico de la discusión. La adopción de esta tradición lo lleva a Germani a adscribirse a la idea de que la acción humana subjetiva puede ser comprendida objetivamente, a partir de estructuras subyacentes que son atemporales y apodícticas.

Jauretche, en tanto, propone una aguda crítica a la perspectiva anterior y nos insta a tomar el camino opuesto, es decir, partir de una mirada más atenta y aguda sobre nuestra propia sociedad en busca de explicaciones, que ya no son causalidades que encuentran su correlato en un marco teórico predeterminado, sino que nos abre a pensar la complejidad de lo social en el marco de la propia experiencia histórica.

Como bien apunta Saítta (2004), Jauretche exhibe uno de los rasgos que mejor caracteriza su modo de intervención pública: interviene a partir de la palabra de los otros para discutirlos, para ratificarse a sí mismo en un programa político, para demolerlos. De allí que sus palabras adquieran la forma y los giros de la polémica, y que incorporen los procedimientos más eficaces del trabajo con la voz del otro, la parodia, el doble sentido, la alusión, para desplegar y revalidar la postura propia.

La autora —nosotros lo agregaríamos también a Hernández Arregui— plantea que Jauretche en *El medio pelo en la sociedad argentina* busca interpelar al sociólogo que estudia su sociedad a través de investigaciones de laboratorio y de estadísticas y que confía en la objetividad del dato científico. Jauretche reivindica el “estaño” como método de conocimiento, un método de conocimiento que implica que el saber solo se adquiere a través de la propia existencia y que otorga una validez relativa a los datos científicos puesto que este depende de quien los interpreta.

Habíamos señalado que la legitimidad de Jauretche, y otros pensadores nacionales y populares, radica en gran medida en la posibilidad de invalidar el discurso que se le opone, de desnudar las “falacias” del “cientificismo yanqui”. En ese plano, arremeten con una intencionalidad política bien manifiesta contra el aparato de “colonización mental” que está en manos de los intelectuales. Los intelectuales nacionales y populares tienen como objetivo y, en relación con lo anterior, formar una conciencia nacional. Esa tarea exige arremeter contra la intelectualidad a quien culpan de construir una “historia falsa”. Esa “historia falsa” es la que imposibilitaría la conformación de una nacionalidad. Se evidencia una diferencia en los destinatarios de estos discursos. Es evidente que Jauretche no publicaba para ser leído por otros teóricos, sino para comunicarse con los actores sociales e influir sobre los procesos políticos.

Los pensadores nacionales y populares asumieron que la teoría social que expresaba Germani era falsa y había que combatirla con argumentos que la rebatieran. Y esa era una lucha política –tanto la de Germani, como la de estos–. La diferencia es que Germani encubría ese carácter político en la supuesta asepsia científica. En tanto, Jauretche y Hernández Arregui ponían en entredicho el conjunto de sus afirmaciones, tanto como la forma de recabar el dato científico.

Como cierre, el trabajo buscó rescatar un aspecto poco retomado de Jauretche que no es el del polemista, sino el de un crítico muy agudo en las formas de construir conocimiento en las, por entonces, incipientes ciencias sociales. Este plano de la obra no parece ser el más conocido pero indudablemente en este campo sus planteos revisten una gran importancia y actualidad. Hoy las preguntas que las ciencias sociales se formulan sobre la etapa actual y las respuestas tentativas que muchos intelectuales están ofreciendo hacen necesario retomar la mirada jauretcheana y pensar el presente de la mano de su ojo crítico.

Bibliografía

- Acevedo Rodríguez, C. (2009). “Germani y el estructural funcionalismo”. *Revista Universum*, vol.1, I, N.º 24, pp. 12-20.
- Blanco, A. (2004). “La sociología, una profesión en disputa”. En: Federico Neiburg y Mariano Plotkin (editores). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós.
- Buccafusca, S.; Serulnicoff, M. y Solari, F. (2000). “Temperaturas de época: Gino Germani y la fundación de la carrera de Sociología”. En: González, Horacio (comp.). *Historia crítica de la sociología argentina*. Buenos Aires, Colihue.

- Codovilla, V. (1946). *Batir al naziperonismo*. Buenos Aires, Anteo.
- Del Campo, H. (1983). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires, CLACSO.
- Devés Valdés, E. (2003). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Tomo II. Santiago de Chile, Editorial Biblos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.
- Doyon, L. (1977). “La organización del movimiento sindical peronista 1946-1955”. *Desarrollo Económico*, vol. 24, N.º 94, julio-septiembre 1984.
- Germani, G. (1974). *Política y Sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Paidós.
- González, H. (2000). *Historia crítica de la sociología argentina*. Buenos Aires, Colihue.
- Hernández Arregui, J. J. (1969). *Nacionalismo y liberación*. Buenos Aires, Ediciones Continente, 2004.
- (1960). *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires, Ediciones Continente, 2004.
- James, D. (1998). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Jauretche, A. (1966). *El medio pelo en la sociedad argentina*. Buenos Aires, Editorial Corregidor, 2006.
- (1957). *Los profetas del odio y la yapa*. Buenos Aires, Editorial Corregidor 2006.
- Laclau, E. (1980). *Política e ideología en América Latina*. México, Siglo Veintiuno Editores.
- (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Manuele, M. (2000). “Arquetipos de una sociología ‘orillera’: tilingos y guarangos en Arturo Jauretche”. En: Horacio González (comp.). *Historia crítica de la sociología Argentina*. Colihue, Buenos Aires.
- Mora y Araujo, M. y Llorente, I., (1980). *El voto peronista. Ensayo de sociología electoral argentina*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1965). *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Padilla, M. I. (2010). “Arturo Jauretche vs. Gino Germani. La clase media argentina”. *Miríada* (Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador) vol. 3, N.º 6.
- Rostow, W. W. (1974). *Las etapas del crecimiento económico, un manifiesto no comunista*. México, Fondo de Cultura Económica.

- Saítta, S. (2004). "Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)". En: Federico Neiburg y Mariano Plotkin (editores). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós.
- Sotelo Valencia, A. (2005). *América Latina: de crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo XXI*. México, Universidad Obrera de México.
- Torre, J. C. (1990). *La vieja guardia sindical. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Wainerman, C. (2001). "Introducción. Acerca de la formación de investigadores en ciencias sociales". En: Catalina Wainerman y Ruth Sautu (compiladoras). *La trastienda de la Investigación*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES.....	7
EN LA HUELLA DE DON ARTURO, <i>por Ernesto Villanueva</i>	9
¿QUÉ DECIMOS HOY CUANDO HABLAMOS DE PENSAMIENTO NACIONAL? <i>por Ricardo Forster</i>	13
ARTURO JAURETCHE: CÓMO PENSAR EN NACIONAL, <i>por Norberto Galasso</i>	19
EL DUELISTA, <i>por Horacio González</i>	33
“DESDE LA ORILLA DE LA CIENCIA. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, <i>por Aníbal Ford</i>	47
1. ¿Sobre qué me está informando?.....	47
2. La historia de doña A	51
3. Primera salida: en torno de lo micro.....	51
4. Segunda salida: la microhistoria tiene sus historias cruzadas	52
5. Tercera salida: acotación posiblemente innecesaria	54
6. Cuarta salida: las microhistorias y la crisis.....	55
7. Quinta salida: las “problemáticas guachas”	56
8. Sexta salida: “esperando que amanezca”	58
9. Séptima salida: Olascoaga y el Dialog	61
Bibliografía.....	63

JAURETCHE: UN MODO NACIONAL DE VER LAS COSAS, <i>por Aníbal Ford</i>	65
Todo taller de forja parece un mundo que se derrumba.....	65
Un modo nacional de ver las cosas	69
Bibliografía.....	75
ENTREVISTA DE ANÍBAL FORD A ARTURO JAURETCHE (1970)	77
29 DE JUNIO DE 1935: FORJA, 80 AÑOS DE VIDA, <i>por Ernesto Jauretche</i>	93
Bibliografía.....	102
ARTURO JAURETCHE, UN INTELLECTUAL DE SU TIEMPO, <i>por Ernesto Salas</i>	103
La colonización pedagógica / Aparatos ideológicos.....	107
El saber conjetural o la sabiduría del pueblo	109
Bibliografía.....	112
PENSAMIENTO NACIONAL Y UNIVERSIDAD. Una aproximación a las transformaciones impulsadas por el primer peronismo en las universidades nacionales a la luz del pensamiento de Jauretche, <i>por Julián Dércoli</i>	115
Introducción	115
Un breve análisis histórico.....	117
Universidad y Nación, una relación conflictiva	120
La Reforma Universitaria desde la óptica de Jauretche	122
Hacia una universidad nacional: las leyes universitarias del primer peronismo.....	123
Jauretche y los debates en torno a la producción de conocimiento.....	126
Ciencia, técnica y cultura como hechos políticos.....	129
Los alcances de las transformaciones	133
Reflexiones finales	136
Bibliografía.....	141
ARTURO JAURETCHE Y EL PENSAMIENTO NACIONAL. Una discusión que se actualiza, <i>por Carlos Martín Rodríguez</i>	143
Introducción	144
Surgimiento y polémica en torno a la SCEPN.....	144
Algunas ideas acerca del Pensamiento Nacional	148

Arturo Jauretche, profeta del Pensamiento Nacional	151
A modo de conclusión	156
Bibliografía.....	158
<i>¡PARÁ, SOCIÓLOGO! Aportes y críticas de jauretche para la construcción de una epistemología nacional y popular, por Mauricio Schuttenberg</i>	161
El surgimiento de las ciencias sociales. La mirada de Gino Germani.....	165
Lo nacional popular como contradiscurso.....	176
Algunas reflexiones.....	187
Bibliografía.....	189

Durante el año 2014, la Universidad Nacional Arturo Jauretche desarrolló múltiples actividades para conmemorar los 40 años del fallecimiento del ilustre autor del pensamiento nacional. Los artículos y conferencias que integran este volumen son el producto de esa movilización y un aporte al conocimiento de su vida y su obra para las nuevas generaciones. Por estas páginas transitan reflexiones actuales, desde una época propicia a ello, motivadas aun por los textos jauretcheanos y la vida de nuestro querido maestro. Gracias al desinteresado interés que despertó en los hijos de Aníbal Ford, que autorizaron para este proyecto algunos escritos sobre Jauretche, se reeditan aquí *Desde la orilla de la ciencia* y *Jauretche: Un modo nacional de ver las cosas*. Junto a ellos, transcribimos una ineludible entrevista sobre la vida de Homero Manzi –con detalles de la vida política de ambos–, que el autor le realizara a don Arturo en el año 1970.